



Inspector Sejer, 4

KARIN FOSSUM

LA LUZ DEL DIABLO

«Una escritora extraordinaria que es también una gran exploradora de la mente humana.» *Jo Nesbø*

DEBOLSILLO

KARIN FOSSUM

La luz del diablo

Traducción de
Kirsti Baggethun y
Asunción Lorenzo

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Si no hubieras nacido, no habrías leído esto.

Tampoco habría supuesto ninguna diferencia. Y cuando ya no existas, será como si nunca lo hubieras leído. Y tampoco supone ninguna diferencia. Pero ahora, mientras lees, sucede algo:

Se come unos segundos de tu tiempo, como si un animalito, peludo de letras, masticando, cortara el paso entre tú y tu siguiente minuto. Nunca lo alcanzarás.

Devora imperturbable los microorganismos del tiempo. Nunca quedará satisfecho.

Tú tampoco.

TOR ULVEN

Gracias a Terje Ringstad y Tor Buxrud

Edificio del Juzgado. 4 de septiembre. 16.00 h.

Jacob Skarre miró el reloj. Había acabado su turno, pero sacó con cuidado un libro de su bolsillo interior y leyó el poema de la primera página. «Como jugar en realidad virtual —pensó—. ¡Chas! Y estás en otro paisaje.» La puerta estaba abierta, y de repente se percató de que alguien lo observaba. La mujer quedaba fuera de su entorno, pero la magnífica visión periférica de Skarre la captó. No era más que otra conciencia que tocaba la suya. Una vibración ligerísima, casi imperceptible, que al final lo alcanzó. Cerró el libro.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer no se movió, seguía observándolo con una extraña mirada. Skarre contempló ese rostro tenso y de repente le resultó conocido. La mujer ya no era joven, estaría rozando los sesenta, llevaba un vestido y unas botas oscuras. Un pañuelo al cuello. Parte de la razón de por qué lo llevaba se veía debajo de su barbilla, en contraste con lo que la mujer probablemente tuviera de rapidez y elegancia. Caballos de carreras con vistosos jinetes sobre un fondo azul. Su cara era ancha y con los rasgos muy marcados, echada hacia delante por la prominente barbilla. Las cejas eran oscuras y casi continuas. Contra la tripa apretaba un bolso. Pero sobre todo destacaban sus ojos. Dentro del pálido rostro había un par de luminosos ojos que miraban tan fijamente a Skarre que él no podía apartar su vista de ellos. Entonces se acordó. «Una curiosa coincidencia», pensó expectante. Estaba

como atornillado en ese silencio interrogante. Cada segundo saldría algo importante de la boca de esa mujer.

—Se trata de una persona desaparecida —dijo ella.

Su voz era tosca. Una herramienta oxidada y crujiente que se estaba poniendo en marcha tras un largo descanso. Detrás de la frente blanca ardía un fuego. Skarre vio el fulgor en el iris de su ojo. No quería sacar conclusiones anticipadas, pero la mujer estaba obviamente obsesionada por algo. Poco a poco fue cayendo en la cuenta del tipo de caso de que se trataba. Repasó mentalmente los informes del día, pero no recordaba que hubiera pacientes desaparecidos de instituciones psiquiátricas en su zona. La mujer respiraba con dificultad, como si le hubiese costado mucho llegar. Pero había tomado la decisión, era como si algo definitivo la empujara. Skarre se preguntó cómo había conseguido sortear la recepción y la mirada de halcón de la señora Brenningen y llegar hasta su despacho sin que nadie la hubiese parado.

—¿A quién busca? —preguntó con amabilidad.

La mujer seguía mirándolo fijamente. Él la miró con la misma intensidad para ver si ella desviaba los ojos. De repente parecía confundida.

—Sé dónde está.

Skarre se sorprendió.

—¿Lo sabe? Entonces ¿no está desaparecido?

—No creo que le quede mucho tiempo —contestó la mujer. Sus finos labios empezaron a temblar.

—¿Quién? —preguntó Skarre. Y añadió, porque de repente lo intuyó—: ¿Se refiere a su marido?

—Sí. Mi marido.

Asintió firmemente con la cabeza. Seguía erguida e inmóvil, con el bolso apretado contra la tripa. Skarre se reclinó en el sillón.

—Su marido está enfermo y usted está preocupada por él. ¿Es mayor?

Era una pregunta inadecuada. La vida es vida mientras haya vida y signifique algo para alguien. Quizá todo. Se arrepintió, cogió un bolígrafo de la mesa y empezó a darle vueltas.

—Es casi un niño —contestó ella con tristeza.

La respuesta le extrañó. ¿De qué hablaba realmente? Su marido estaba enfermo, quizá moribundo. «Y senil», pensó. De vuelta a la infancia. Al mismo tiempo, tenía una extraña sensación de que la mujer intentaba contarle algo diferente. El abrigo tenía bolitas por la parte del pecho, y el botón del medio se había cosido con descuido, lo que hacía que la tela se arrugara ligeramente. «¿Por qué me estoy fijando en esas cosas?», pensó.

—¿Vive usted lejos de aquí? —Skarre miró el reloj. ¿Tendría dinero para un taxi?

La mujer se enderezó.

—Calle de Prins Oscar, número 17. —Lo pronunció con consonantes afiladas—. No era mi intención molestar —añadió.

Skarre se levantó.

—¿Necesita ayuda para volver a su casa?

Ella seguía mirando fijamente sus ojos azules, como si fuera algo que quisiera llevarse consigo. Un calor, el recuerdo de algo vivo, como el joven inspector. A Skarre le ocurrió de repente algo extraño, eso que pasa de vez en cuando, que el cuerpo funciona a su antojo. Bajó la vista y se miró los brazos. Los pelos rubios se estaban erizando. Al mismo tiempo, la mujer se dio lentamente la vuelta, disponiéndose a salir. Acto seguido desapareció por el pasillo. Skarre se quedó mirándola desde la puerta. Su manera de andar era breve y angulosa, como si intentara ocultar algo. Él volvió a su mesa. Eran las 16.03. Por curiosidad, anotó algunas frases en una libreta:

«Mujer de unos sesenta años se persona en el despacho a las 16.00 h.

Parece confundida. Dice que está buscando a su marido, al que no cree que le quede mucho tiempo. Lleva un abrigo marrón y un pañuelo azul al cuello. Bolso marrón, botas negras. Posiblemente trastornada. Se marcha al cabo de unos momentos. Rechaza la ayuda para volver a su casa».

Se quedó pensando. Sería solo un alma desorientada, de las muchas que andaban por ahí. Por fin dobló la hoja y se la metió en el bolsillo de la camisa. Ese episodio no pintaba nada en el Informe diario.

«¿Alguien ha visto a Andreas?»

Estas palabras podían leerse en el periódico más importante de la ciudad. Así suelen expresarse los periódicos, en un tono informal, dirigiéndose a nosotros, como si nos habláramos de tú y nos conociéramos de toda la vida. Rompamos las barreras formales y empleemos un tono directo, desenfadado, en esta sociedad tan enérgica y tan decidida. Por este motivo, aunque de hecho haya poca gente que lo conociera, que le hablara de tú, hagamos caso omiso y preguntemos: ¿Alguien ha visto a Andreas?

Y luego su foto. Un chico guapo, de dieciocho años, con la cara fina y el pelo rebelde. Digo guapo, soy lo bastante generosa como para usar esa palabra. Tan guapo que todo le resultaba demasiado fácil. Iba por el mundo tomándose las cosas con naturalidad. Es una conducta bien conocida. A nadie le viene bien tener ese aspecto. Como intemporal, como imposible de determinar. Un chico encantador. Cuesta un poco emplear esa palabra, y sin embargo encantador.

El 1 de septiembre por la tarde salió de su casa, en la calle Cappelen. No dijo adónde se dirigía. «¿Adónde vas?» «Voy a salir» Es lo que suelen contestar los de su edad. Una especie de tacañería sin límites. Se creen

algo completamente excepcional. Y la madre no tuvo luces suficientes para presionarle. Quizá aprovechara la mala voluntad del hijo para alimentar su propio martirio. Su hijo estaba a punto de dejarla sola y eso era algo que la madre odiaba. Pero, en el fondo, se trataba de conseguir que la respetara. Ella debería haberle educado de tal manera que hubiera sido impensable que él no le contestara respetuosa y detalladamente: «Sí, voy a salir con tal persona. Pensamos ir al centro. Estaré en casa antes de las doce». Eso no es exigir demasiado, ¿verdad que no? Pero ella fracasó, como tantos otros. Eso pasa cuando gastas todas las fuerzas que tienes en ti mismo, en tu vida, en tu dolor. Sé de lo que hablo. Y el dolor se haría más grande. El chico nunca volvería a casa.

Sí, he visto a Andreas. Puedo verlo cuando quiera. Muchos se extrañarán cuando por fin lo encuentren. Naturalmente especularán y harán conjeturas, escribirán informes, discutirán y los archivarán. Cada uno con su propia teoría. Y se equivocarán, por supuesto. La gente grita con muchas voces. Yo he vivido dentro de este barullo, sin hablar, durante casi sesenta años. Me llamo Irma. Por fin soy yo la que habla. No os haré perder mucho tiempo, y no digo que esté en posesión de la verdad. Pero lo que estás leyendo ahora es mi versión.

Me viene a la mente un recuerdo de la infancia. Puedo hacerlo aparecer siempre que lo desee. Estoy en la entrada con una mano en el picaporte. Dentro reina el silencio, pero sé que están ahí. Y sin embargo, no se oye ni un ruido. Abro la puerta con mucho cuidado y entro en la cocina. Mi madre está junto a la encimera quitando la piel a una caballa hervida. Todavía noto el olor, un olor empalagoso, desagradable. Hace un

movimiento con su pesado cuerpo, dando vagas muestras de que me ha visto. Mi padre está ocupado en algo cerca de la ventana. Está metiendo masilla a presión en las rendijas para evitar las corrientes. La casa es vieja. La masilla es blanca y blanda como la arcilla. Mis dos hermanas están sentadas a la mesa de la cocina, enfrascadas en libros y papeles. Recuerdo esa luz pálida, amarilla, un poco nauseabunda del sol que entraba brillando en la cocina verde. Yo tengo unos seis años. Instintivamente, me da miedo hacer ruido. Me quedo allí de pie, sola, mirándolos. Están todos ocupados en algo. De repente me siento muy inútil, casi como si sobrara, como si hubiese nacido demasiado tarde. A menudo pienso que soy un accidente que no pudieron evitar. Mis hermanas se llevan dos años. Ocho después llegué yo. ¿Qué pudo hacer que mi madre deseara otro hijo al cabo de tanto tiempo? Pero la idea de que yo tal vez fuera una obligación desagradable no me desespera. Es un pensamiento muy viejo, llevo conviviendo con él demasiado tiempo.

El recuerdo es tan real que noto que el borde del vestido me hace cosquillas encima de las rodillas. Permanezco en medio de la luz verdosa y me doy cuenta de lo sola que estoy. Nadie me saluda. Soy la más pequeña. No estoy haciendo nada importante. No pretendo que mi padre suelte todo para cogerme en brazos y lanzarme por los aires, peso demasiado para eso. Él padece reumatismo, y yo estaba gordita y era bastante ancha, con el esqueleto de un caballo. Mi madre solía decirlo: como un caballo. Solo era Irma volviendo a casa. Nada digno de crear revuelo. Las cabezas, los imperceptibles movimientos por si era algo importante, y luego el descubrimiento de que solo era Irma. «Nosotros estábamos aquí primero», decían.

La indiferencia me dejó sin aliento. Tuve la misma sensación que aquella vez que le rogué a mi madre que me hablara de cuando nació. Se

encogió de hombros, pero me contó que fue en medio de la noche y con una horrible tormenta. Truenos y vendaval. Me encantó saber que había llegado a este mundo acompañada de atronadores ruidos. Pero entonces mi madre añadió, con una risa seca, que en un par de minutos todo había acabado. «Saliste deslizándote como un gatito», dijo. La buena sensación que tenía se desvaneció. Seguía esperando, con las piernas rígidas plantadas en el suelo. Al fin y al cabo había estado un buen rato fuera. Podría haberme pasado cualquier cosa. ¿Acaso no vivíamos junto al mar? A intervalos regulares llegaban a nuestro muelle barcos de otros países. Los marineros pululaban por las calles mirando a todas las que tenían más de diez años. Sí, es verdad, yo tenía seis, pero era grande como un caballo, lo acabo de decir. O podía estar tirada en el asfalto junto al Almacén de Verduras, en cuyo tejado solíamos jugar. Con el tiempo pusieron a tres pastores alemanes allí arriba para que vigilaran, pero antes de aquello subíamos a jugar, y podía haberme caído por el borde. O haber muerto aplastada bajo las ruedas de un camión remolque. A veces tienen veinte ruedas, y ni siquiera mi esqueleto lo habría aguantado. Pero a ellos esas cosas no les preocupaban. Esas no, pero sí otras. Si me veían con una manzana, me preguntaban quién me la había dado, porque no la habría robado, ¿no? ¿Había dado las gracias? ¿Me habían dado recuerdos para mis padres?

Mi cerebro trabajaba febrilmente para encontrar alguna tarea. Para poder desaparecer dentro de esa complicidad que pensaba que ellos tenían. No es que me negaran nada, pero tampoco me pedían nada. Te diré algo: esas cuatro personas tenían un aura común. Era nítida y de color rojizo, y no temblaba apenas, como ocurre con la de otras personas. Estaba alrededor de ellos, tiesa como un aro. Yo estaba fuera, rodeada de una niebla incolora. ¡Hacer algo sería la solución! Del que

hace algo no se puede dudar. No se me ocurría nada, no tenía deberes, porque todo eso era antes de que empezara el colegio. Por eso me quedé quieta, mirando al techo. A la caballa hervida, a los libros que estaban por todas partes. A mi padre, que trabajaba de un modo tan quieto y preciso. ¿Y si me diera un trozo de masilla blanca? Podría moldearla con los dedos.

Por un segundo se me ocurrió algo que me parece muy importante. Importante explicármelo a mí misma y a ti, que estás leyendo esto, explicar cómo pudo ocurrir. Lo de Andreas. De repente intuí esa enorme cantidad de reglas que flotaban en la habitación. En el silencio, en las manos que trabajaban, en las caras herméticas. Unas reglas a las que tenía que ceñirme y seguir punto por punto. Continuaba en el silencio de la cocina mientras notaba que esas reglas se me caían encima como una trampilla del techo. Y entonces lo vi con toda claridad. ¡Dentro de esas reglas yo era inatacable! Dentro de esos marcos de dedicación y decencia nadie podía atraparme. El concepto «dentro de» implicaba tratarme con la gente sin miradas esquivas, no herir a nadie, y a la vez sentir cierta tranquilidad por ser como los demás. Pensar como los demás. Pero dentro de mí veía una calle con altos muros. Lo que sería mi vida. Y me sobrevino una terrible tristeza. Hasta entonces tal vez había creído en la libertad. Como hacen los niños, que creen que todo es posible. Pero tomé una decisión aunque era pequeña y tal vez no entendía todo. Seguí un antiquísimo instinto para sobrevivir. No quería estar sola, prefería ser como ellos y seguir las reglas. Pero algo se desprendió justo en ese instante, algo que se elevó, voló y desapareció para siempre. Por eso recuerdo tan bien ese momento. Allí, en la cocina, en la luz verde, a la edad de seis años, perdí mi libertad.

Esa niña callada, de buenos modales... En fotos de fiestas navideñas y de cumpleaños estoy sentada sobre las rodillas de mi madre, mirando a la cámara con una sonrisa piadosa. Ahora tengo unas mandíbulas de hierro que envían dolores a las sienes. ¿Cómo pudo acabar así? Seguramente las razones sean muchas y diferentes, y algunas se deban a meras casualidades, a que justo esa noche se cruzaran nuestros caminos. Pero ¿y el propio crimen? ¿De dónde viene esa idea repentina? ¿Cuándo nace el asesinato? ¿Allí y en ese momento? En ese caso puedo compartir la culpa con las circunstancias. Que viniera por mi camino, que él fuera como era. Porque en su compañía yo ya no era Irma, sino Irma con Andreas. Y eso era distinto a Irma e Ingemar. O a Irma y Runi. Ya sabes, la química. Cada vez surge una nueva fórmula. Irma y Andreas se destrozaron el uno al otro. ¿O no es así? ¿Es algo que va surgiendo con el transcurso de los años? ¿El crimen está dormitando en alguna parte, en la clave personal del cuerpo? ¿El asesinato es el final de un largo e ineludible proceso? Por necesidad he de contemplar mi vida a la luz de aquello tan terrible que ocurrió, y he de ver aquello tan terrible a la luz de lo que ha sido mi vida. Como harán todos a mi alrededor. Echar la vista atrás en busca de algo que pueda explicar la parte que se deje explicar. El resto quedará flotando en una zona gris de suposiciones.

Pero volvamos a lo de antes. Allí estaba yo, en el silencio de la cocina. Mi presencia sin ruido le hizo chillar. Era bonito, ahora no lo aguantaron. Mi madre se volvió y se acercó a mí. Se agachó y me olió el pelo.

—Necesita un lavado —dijo—. Huele.

Por un momento pensé en ir a por mis cosas de dibujar. Notar el olor de las ceras que tanto me gustaba usar. Pero salí por la cocina al jardín, atravesé la verja, pasé por delante de la herrería cerrada y me interné en

el bosque. Entre los abetos reposaba una agradable oscuridad de un tono verde grisáceo. Caminaba con mis sandalias marrones por el sendero seco y vi un hormiguero. Me puse a hurgar con un palo, disfrutando del caos que fui capaz de crear. Una catástrofe en esa sociedad cuyo orden tal vez tardaría semanas en restaurarse. ¡El deseo de destrozar! La placentera sensación de poder mientras hurgaba con el palo en el hormiguero. Una buena sensación. Miré a mi alrededor en busca de algo que darles de comer. Un ratón muerto o cualquier otra cosa. Entonces podría haber contemplado cómo lo devoraban. Dejarían todo, olvidándose de la catástrofe, algo de comer sería lo primero, estaba segura de ello. Pero no encontré nada, y seguí mi camino. Llegué a una pequeña granja abandonada. Me senté en el escalón de la puerta y pensé en la historia de los que antaño habían vivido allí: Gustav e Inger con sus doce hijos, llamados Uno, Segunda, Trevor, Firmin, Femmer, Sexus, Syver, Otto, Nils, Tidemann, Ellef y Tollef. Era inconcebible, pero cierto. Ellos ya no vivían.

Sí, juro por un Dios en el que no creo que he visto a Andreas. Retrocedo hasta ese momento terrible en que lo sentí llegar, el deseo de destruirlo. En ese mismo instante vi mi rostro en el cristal de una ventana. Y recuerdo la sensación, una dulce presión, como aceite caliente corriendo por mi cuerpo. La certeza de que aquello era algo malvado. Mi cara en el cristal azulado. Ese ser humano espantoso, terrible, en que se convierte uno cuando el diablo sostiene la vela.

1 de septiembre.

Un niño iba andando solo por la calle. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta Nike negra, con el logo blanco en la espalda y un parche de tela

verde oliva en el pecho. Lo esperaban en su casa a las seis. A lo mejor llegaba a tiempo. Sobre la ciudad reposaba un débil resplandor de un cielo brumoso. Empezaba a soplar el viento. Septiembre, y tal vez un poco triste, pero él no pensaba así. Hasta ahora la vida había estado bien.

El niño tenía unos siete años, era delgado y guapo. Iba con las dos manos metidas en los bolsillos. En uno guardaba una bolsita de chuches. Llevaba ya quince minutos andando y la chaqueta empezaba a arder.

Levantó la mano y se secó la frente. Tenía la piel color café y el pelo abultado, rizado y negro, los ojos chisporroteaban en el rostro oscuro.

Entonces ocurrió algo. Por detrás de él llegaba un coche; dentro había dos hombres mirando por las ventanillas. Compartían una opinión: que en ese momento la vida era mortal. Esa ciudad no deparaba ninguna sorpresa. Simplemente estaba allí, dividida en dos por un río, satisfecha en su mediocridad. El coche era un Golf verde. El dueño era conocido por el apodo, Zipp, por el sonido que hace al abrirse la bragueta de unos vaqueros muy estrechos, y que, para ser más precisos, se abre con dedos temblorosos y mejillas enardecidas. Su verdadero nombre era Sivert Skorpe. Zipp era rubio, tenía el pelo rebelde y una expresión de curiosidad constante en su joven cara; algo bobalicona, dirían algunos. Pero solía tener éxito con las mujeres. Gozaba de buen aspecto y además era sonriente, juguetón y simple. No del todo superficial, pero no dirigía nunca sus pensamientos hacia dentro, razón por la que vivía sin conocer lo que había más al fondo. El amigo, sentado a su lado, tenía pinta de fauno o algún otro personaje de cuento. No competía nunca. Era como si se sintiera por encima de la caza. Las chicas tenían que acercarse a él. Zipp no lo entendía. Conducía despacio. Los dos tenían la misma callada esperanza de que algo sucediera. Descubrieron al niño.

—¡Frena! —exclamó Andreas.

—Joder. ¿Por qué?

Zipp gruñó y patinó con el embrague. No le gustaba ese ruido.

—Solo voy a charlar un poco.

—Déjalo, Andreas, no es más que un niño.

—¡Un negrito! Me aburro.

Bajó lentamente la ventanilla.

—Ese niño de mierda no lleva dinero encima. Lo que necesitamos es pasta. Tengo mucha sed, joder.

El coche avanzó despacio hasta llegar a la altura del niño. Este los vio y miró hacia el otro lado. No hay que mirar fijamente a los ojos de la gente, tampoco a los de los perros. Se concentró por completo en sus zapatos y no aflojó el paso.

—¡Hola, chaval!

Un joven de pelo rojizo y rizado lo miraba por la ventanilla del coche. ¿Debía responder? El joven era un adulto, o casi.

—Hola —dijo en voz baja, y como sin interés, para dar a entender que no tenía tiempo. A lo mejor querían preguntarle por el camino. Seguía andando y el coche lo seguía a él.

—Joder, qué chaqueta tan chula llevas.

El joven movía la cabeza con admiración.

—¡Nike y todo, coño! Tu papi tiene pasta, por lo que veo.

—Me la ha regalado mi abuelo —murmuró el niño.

—Si hubiera sido unas tallas más grande te la habría mangado —se rio el joven—, pero supongo que me quedará un poco pequeña.

El niño no contestó, se concentró en las puntas de sus zapatos.

—Te estoy tomando el pelo —prosiguió el joven—. Solo quería preguntarte por dónde se va a la bolera.

El niño no se atrevía a levantar la cabeza.

—Está ahí mismo. El cartel se ve desde aquí —le indicó.

—Sí. Ya te he dicho que te estaba tomando el pelo. —Se rio en voz baja y, en tono adulator, sacó la cabeza por la ventanilla—: ¿Quieres que te llevemos a casa?

El niño negó intensamente con un gesto. Más adelante descubrió un portón.

—Vivo allí —mintió.

—Conque sí, ¿eh? —El hombre se rio violentamente—. ¿Cómo te llamas?

No contestó. Había dicho su nombre las veces suficientes como para saber la reacción que provocaba.

—¿Es un secreto?

—No —murmuró.

—¡Entonces dilo, chico!

—Matteus —susurró.

Se hizo el silencio. Los dos del coche se miraron.

—Pero ¡qué coño estás diciendo! —gritó el otro—. ¡Qué nombre tan cojonudo! ¡Matteus! ¡Evangélico y todo! —Chasqueó la lengua—. ¿De dónde vienes?

Miró risueño los rizos negros y las mejillas tostadas del niño. En sus ojos hubo un breve instante de añoranza que Matteus no tuvo posibilidad de descubrir.

—De aquí al lado —contestó, señalando.

—No, quiero decir de qué parte del mundo. Eres adoptado, ¿no?

—Déjalo ya, Andreas —dijo Zipp con un gemido.

—De Somalia —contestó el niño.

—¿Por qué no te pusieron un nombre noruego, como a otros adoptados? Aunque no sé yo. —Hizo un movimiento con la cabeza—. Cada vez que me encuentro con negros o chinos que se llaman Petter y Kåre me quedo sin habla. Joder, es insoportable.

Soltó una carcajada, dejando a la vista una fila de dientes blancos y puntiagudos. Matteus apretó los labios. Se llamaba Matteus el día que lo encontraron los que él llamaba mamá y papá. En un orfanato de Mogadiscio. No quisieron cambiarle el nombre. Alguna que otra vez deseaba que lo hubiesen hecho. Ahora se limitó a mirar fijamente esa verja que había un poco más adelante, apretó la bolsa de chuches con su mano marrón y echó otro vistazo dentro del coche. Entonces giró, y dio unos pasos por la entrada de coches de esa casa desconocida en la que no vivía. Vio un soporte con cubos de basura, se metió detrás y se agachó. Olía a podrido. El coche aceleró y desapareció. Cuando consideró que ya se habrían alejado, salió otra vez como a escondidas y siguió andando. Ahora más deprisa. Su corazón, que había palpitado con fuerza, empezó a tranquilizarse. El episodio le había producido una sensación de miedo en el estómago, una especie de intuición de lo que le esperaba más adelante. Un coche venía por la calle. Por un momento de locura pensó que tal vez habían vuelto. Que se habían dado cuenta de que no vivía allí, ¡y ahora venían a por él! El corazón empezó a latirle otra vez con más fuerza mientras el coche se acercaba. Se detuvo al otro lado de la calle.

—¡Vaya, vaya, Matteus! ¿Otra vez en la calle? ¡Pero cuánto te mueves, tío!

Matteus echó a correr. Los hombres se rieron, pisaron el acelerador y el coche desapareció en dirección al centro. Eran las 18.17 cuando abrió la puerta de su casa.

Zipp y Andreas vivían en el error de pensar que se conocían el uno al otro. En realidad, se trataba del conocimiento de pequeñas cosas sin importancia, como lo que les gustaba y lo que no les gustaba, y algo de cómo se

comportaban. Además, los dos estaban demasiado interesados en ellos mismos como para descubrir nuevos aspectos del otro. Zipp sabía que Andreas prefería la cerveza con corcho azul. Que le gustaban los Doors y que comía las salchichas sin mostaza. Y que ninguna chica era lo bastante buena para él. Esto último le resultaba imposible de entender. Casi todas las chicas lo miraban con ojos de admiración. «Andreas es demasiado guapo», pensaba Zipp, lo que hacía que su manera de ser fuera indolente y relajada, y a veces provocara a su amigo. Había en Andreas algo inquebrantable, algo intachable y tan lento que a veces le entraban ganas de pegarle o de darle una patada para verle perder el equilibrio. Comprobar si era posible. Zipp también sabía dónde trabajaba y vivía. Había estado en su habitación y en su lugar de trabajo, Cash & Carry. Entre botes de pintura, cuchillos de cocina y sartenes de teflón. Era un sitio de mujeres. Andreas era el único chico que trabajaba allí.

Andreas sabía que el padre de Zipp había muerto hacía muchos años, pero nunca se acordaba de cómo se llamaba o de por qué había muerto. Aunque Zipp estaba en paro y siempre le pedía dinero, le gustaba su compañía y el hecho de que tuviera coche. Este era de su padre, claro, su madre no sabía conducir. Pero ella pagaba la gasolina. La madre de Zipp trabajaba por turnos en una institución, y casi nunca estaba disponible; o estaba trabajando o durmiendo. En el sótano de su casa había un pequeño cuarto de estar, un sitio donde ir cuando no tenían dinero. Resultaba cómodo ir siempre con la misma persona. Zipp era previsible, y eso le gustaba a Andreas. Y por último, pero no por ello menos importante: era seguro estar con él.

No tenían gran cosa que ofrecerse el uno al otro. Y sin embargo estaban siempre juntos, todo era mejor que la soledad. Cuando Zipp quería invitar a un tercero o un cuarto, Andreas siempre conseguía convencerle de que no lo hiciera, diciendo que eso solo complicaría las cosas, que así no tendrían sitio

para las chicas en el asiento de atrás, lo que era un buen argumento. Tenían pequeñas discrepancias, pero nunca acababan en peleas. Por regla general llegaban a un acuerdo y solía ser Andreas el que conseguía sacar provecho del conflicto, con tanta agilidad que Zipp no se daba ni cuenta. Habían traspasado algunos límites, cosas sin importancia; una vez en un quiosco, de donde se llevaron cartones de tabaco y dinero de un cofrecillo. En otra ocasión robaron un coche. El Golf se había quedado sin batería y la idea de caminar por las calles como colegiales no les hacía mucha gracia. Pero no llegaron lejos. En el fondo eran bastante cobardes. No empleaban la violencia, y jamás habían usado un arma, pero Andreas tenía un cuchillo que le regalaron cuando hizo la confirmación. A veces lo llevaba colgado del cinturón, tapado con la camisa. A Zipp no le gustaba ver el cuchillo. Algunos días bebían demasiado. El cuchillo colgaba como un péndulo sobre la estrecha cadera, estaba muy a mano. Él no provocaba a nadie, nada de eso, y tampoco se dejaba provocar. Su persona tenía el efecto contrario en la gente, se sentían bien en su compañía, se relajaban mirando esos ojos claros. Pero cuando bebía, se transformaba. Un desasosiego le iba creciendo por dentro, y ese chico perezoso desarrollaba una inquietud casi febril. Sus finos dedos no descansaban nunca, se movían por todas partes hurgando en todo, algo que siempre extrañaba a Zipp. Él, por su parte, se volvía poco a poco indolente y luego le entraba el sueño cuando bebía demasiado. Andreas era en realidad extraño. Ante todo era un estado de ánimo, como si no estuviera del todo presente. No eructaba cuando se emborrachaba. No tosía, no le entraba hipo. Todo lo que le rodeaba estaba quieto. Tampoco olía a nada en especial. En cambio, Zipp usaba un *aftershave* de Hugo Boss cuando se lo podía permitir, o mangaba un frasco en el supermercado Cash & Carry cuando se sentía animado. Andreas no usaba nada. Siempre tenía el mismo aspecto, el pelo nunca se le veía grasiento, lo llevaba siempre limpio, aunque no demasiado,

siempre estaba igual. Si alguna vez Zipp iba a despertarlo un domingo a mediodía, y Andreas aparecía en la puerta en bata, no tenía aspecto de tener sueño. Sus ojos estaban siempre abiertos. Llevaba el pelo siempre igual de largo. Sus zapatos nunca se desgastaban. Era curioso.

Ahora Andreas estaba esperando que le pagaran el sueldo. Entre los dos poseían la vertiginosa suma de sesenta coronas. No daba ni siquiera para dos cervezas.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Andreas de repente.

Zipp hizo una mueca.

—Estoy pensando en Anita.

—Joder, tío, ¿de qué sirve pensar en ella?

—¿Qué quieres decir?

Zipp se enfurruñó.

—Esa tía está más muerta que mi abuela.

—Qué cosas dices.

Zipp tuvo que mirar por la ventana para disimular.

—¿Cuántos perdigones hay en una carga? —preguntó con voz apagada.

—Depende, supongo. ¿Por qué?

—Estoy pensando en su cara. En cómo quedó. Anita estaba buena.

Andreas se encogió de hombros.

—Si te encuentras lo bastante cerca, la carga sale como una única bala desgarradora. Hablé un momento con Roger. Dijo que el hueso de la nariz se le había salido y que la mandíbula estaba abierta. Un ojo había volado. —Dio una calada al cigarro—. Y Anders —prosiguió—. Estaba justo detrás de Anita cuando sonó el tiro. La parte de arriba de la cabeza se le perforó por completo.

Zipp permanecía callado, imaginándose lo que estaba oyendo. Tanto

detalle. Su cerebro estaba atestado de imágenes de películas prohibidas para menores de dieciocho años, *widescreen* y efectos sonoros digitales.

—¡Joder! —Andreas puso los ojos en blanco—. ¿Por qué te pones así? No se trata de tu hermana. «Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.»

Andreas estaba citando a Roy Batty. Pero Zipp seguía pensando en Anita. Se acordaba de su risa, su voz y su olor. Se acordaba de la pequeña piedra verde en su nariz. Todo había volado, hecho pedazos.

—Al fin y al cabo me acosté con Anita. Resulta extraño pensar en ello ahora —dijo Zipp en voz baja.

—¿Hay alguna salsa en esta ciudad en la que no hayas metido la trompa?

—No, ja ja. No muchas —contestó. Se sorbió los mocos—. El diablo se le metería en el cuerpo —murmuró—. Conozco a Robert. Alguien tuvo que comerle el coco.

—Ya. Estaba completamente lleno. Pero no del diablo.

—¿No?

—Joder, tío. ¡Estaba pedo! Iba hasta arriba de alcohol. Con el coco paralizado. ¡Vaciado, imbécil y jodidamente drogado! Ese es el diablo.

—Creo que voy a hacerme abstemio —dijo Zipp con aire sombrío.

Al oír eso, Andreas se echó a reír, por lo monstruoso de lo anunciado. Dejaron el tema. El ambiente se distendió y Zipp se quitó la sangrienta imagen de la cabeza. Condujo un rato en silencio.

—¿Estuviste donde la Mujer ayer?

Por el rabillo del ojo veía el muslo de su amigo, con los pantalones claros.

—Así es —contestó Andreas.

Zipp pudo oír la sonrisa que acompañó a la respuesta, además de la invitación a que no preguntara más. No es que fuera un secreto. Él había contado lo que ocurría, que se acostaba con ella. ¿O no lo había dicho? Quizá

solo le estaba tomando el pelo. Andreas era tan misterioso, tan difícil de entender.

—No entiendo cómo te puede gustar hacer eso —se rio Zipp.

—Unas coronas extra —respondió Andreas escuetamente. La voz no expresaba ninguna irritación, pero se notaba no obstante alerta—. Como siempre tienes tanta sed... —Y añadió con gran dramatismo—: Lo hago por nosotros, Zipp.

Zipp intentaba escuchar para oír todo lo que no decía. Andreas posaba para una artista, que lo pintaba sin ropa. Zipp intentaba imaginarse en qué posición, si estaba tumbado en un sofá, sentado en una silla, o tal vez de pie en alguna postura imposible. No se había atrevido a preguntar. Pero sentía una gran curiosidad. Pensar en desnudarse delante de una mujer y dejarse observar en actitud pasiva no le provocaba más que malestar. Ciertamente tenían sexo después, según Andreas. Pero qué sensación, pensaba Zipp. Tener que estar de pie, sin moverse, mientras una mujer escrutaba su cuerpo al detalle. No es que él estuviera descontento. No estaba ni gordo, ni era demasiado bajo, ni nada de nada. Pero que te mirara así una mujer...

—¿Y no termina nunca ese jodido cuadro? Llevas meses yendo a su casa.

Zipp dio una calada al cigarro. Sin saber por qué, tenía la sensación de estar acercándose a algo peligroso. Y a la vez era como si algo lo empujara hacia delante. Se dio cuenta de que nunca había visto enfadado a Andreas. Siempre estaba tranquilo, hablaba en voz baja, inspiraba confianza. Durante once años había estado siempre igual.

—Se tarda un año en hacer un buen cuadro —constató Andreas, como si estuviera aleccionando a un niño. Retorció los extremos del pañuelo que llevaba al cuello, que hacía juego con la camisa.

—¡Joder! ¿Un año? Entonces te quedan aún muchas chuches por recoger. —Zipp tiró la ceniza del cigarro por la ventanilla—. Imagínate que la tía se

hace famosa y cuelgan el cuadro en un lugar donde pueda verlo todo dios. En el banco, por ejemplo. O en el cine Saga. Joder, yo me moriría.

Zipp dejó el coche en punto muerto. Andreas miró pacientemente el semáforo rojo.

—Nadie va a reconocerme —dijo sin inmutarse.

—¿Ah, no? ¿Es de esas cosas como de Picasso, con las dos orejas en el mismo lado de la cabeza?

Andreas dejó escapar una risita cansada ante esa ignorancia infinita.

—El cuadro estará bien —dijo sin más.

—¿Qué edad tiene esa tía?

Andreas parpadeó con indulgencia.

—La suficiente como para conocer más artes que esas colegialas con las que tú te mueves.

Ese era uno de los comentarios preferidos de Zipp. Todo lo que se refería a las prestaciones de esa mujer en la cama, que él tenía en alta consideración. ¡Ah!

—¡Cabrón! —dijo con una gran sonrisa—. ¿Sería posible para un niño del coro aprender algunos trucos?

En ese momento Andreas se volvió hacia él, justo cuando el semáforo se puso en ámbar. Midió a Zipp con la mirada de arriba abajo, desde el pelo hirsuto, que siempre se negaba a quedarse quieto, la nariz respingona y la hendidura en la barbilla, hasta los redondos muslos y esos vaqueros cursis que llevaba siempre. STRETCH. Con la cabeza pequeña y el torso fuerte, Zipp recordaba a lo que en efecto era: un metrosexual. Empezó a sudar. Andreas lo estaba evaluando, cada detalle de su cuerpo. ¡Y descartaba lo que estaba viendo! Zipp nunca conseguiría ligarse a la Mujer. Se arrepintió de haber sacado el tema. Siempre acababa igual. Él lo intentaba, pero nunca llegaba a ninguna parte. ¡Ojalá hubiese tenido dinero para una ronda!

Contempló a su amigo con disimulo. Andreas tenía estilo. Llevaba pantalones grandes y anchos y camisas sueltas. Nada más, nada chillón. Calzaba mocasines, nunca zapatillas de deporte. En verano se remangaba y se abría los botones. Pero siempre esa ropa ancha, clara y ligera. Ondeaba a su alrededor, haciéndole parecer más estrecho, más largo aún. Zipp, en cambio, metía a presión la misma cantidad de kilos, es decir setenta y tres, en vaqueros estrechos y camisetas que le quedaban como medias. Encima llevaba una chaqueta de piel corta hasta la cintura y ancha por los hombros, que no le proporcionaba esa forma de atleta que él buscaba. Parecía más bien hinchado. Le extrañaba, porque no estaba gordo. Tenía las piernas ligeramente arqueadas y el culo respingón, pero no llamaba la atención. Envidiaba el estilo y la elegancia de Andreas, pero no podía copiarle. El efecto no sería el mismo. No es que le faltaran mujeres. Pero incluso en eso Andreas jugaba con ventaja. Fingía no verlas. Excepto a la Mujer. Y aún no sabía qué edad tenía ella. ¿Treinta o más? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Zipp tenía una tía de cincuenta, y la idea no le agradó. Una mujer de cincuenta. Con hijos y todo. ¿Qué pinta tendrían las mujeres por ahí abajo después de haber parido a un montón de críos? Por fuerza, distinta a la de las chicas jóvenes.

—¿Tiene hijos? —se le escapó.

—Un montón —contestó Andreas—. Cuatro o cinco.

—Joder. En una tía así habrá demasiado hueco, ¿no?

Andreas subió la ventanilla y esbozó una pequeña sonrisa ácida.

—«Yo he visto cosas que vosotros no creeríais.»

—¿Qué significa eso?

—Son mucho, mucho más profundas, Zipp.

En lo alto de la ciudad, con vistas al río, había una suntuosa casa de más de

un siglo de antigüedad. Algo caduca, pero la madera verde seguía defendiéndose contra las inclemencias del tiempo. Allí vivía la artista Anna Fehn.

Una noche, a principios del verano, estaba dando una vuelta por la plaza, observando a la gente. Tenía el ojo entrenado. «La mayoría de la gente no es guapa —pensó—. Son una selección casual de los dos que son el origen de su creación. Brazos y piernas largos del padre, con manos y pies minúsculos de la madre.» Apenas nadie aparecía como un total armonioso. Casi nadie impresionaba. Y sin embargo ella sabía que no se trataba de pesado o ligero, basto o fino, sino del porte que tenían. Conscientes de quiénes eran, y con el orgullo como fuerza motriz. O metidos a presión dentro de algo que no admitían. Entonces descubrió a Andreas. En un café, con un amigo. Lo primero que pensó fue que el joven se aburría. La vida no le bastaba. Había algo importante que él no había encontrado. No muy original, pues era algo que le pasaba a la mayor parte de la gente. Pero él no tenía esa expresión atontada, volviendo todo el rato la cabeza en busca de chicas, o pensando en si alguien lo estaba mirando. Ese joven estaba completamente tranquilo, con sus largas piernas extendidas debajo de la mesa. Anna miraba los zapatos de cuero en el suelo y la camisa de algodón sobre la piel clara. El pelo que se movía ligeramente, los finos dedos alrededor del vaso. Estaba casi tumbado en la silla, solo apoyada en las patas de atrás. El mero hecho de estar así sentado, en perfecto equilibrio, en peligro de caerse y golpearse la cabeza contra la piedra y sin embargo tener ese aspecto tan relajado... Tan poco interesado. Tan inalcanzable. Le impresionó. Miró a su amigo. No encajaban bien. Los dos se habían bebido la jarra de cerveza casi entera, pero aún no estaban borrachos. Por lo demás, tenían el mismo aspecto que la mayoría de los jóvenes. No pertenecían a ningún grupo definido, no eran ni roqueros, ni punks, ni pijos, sino unos chicos normales y corrientes, alrededor de los

veinte. Pero Andreas tenía una elegancia perezosa y una melena espléndida que le llegaba hasta los hombros. Anna intentó buscar el color. Si mezclara carmín, siena quemado y ocre claro, para luego añadir unos reflejos de blanco marfil, tal vez lo lograra. Se acercó un poco más. Al dividir la cara en sectores, como suelen hacer los artistas, la frente, las mejillas, los ojos, la mandíbula, se dio cuenta de que el joven no era guapo en el sentido clásico. Tenía los ojos un poco demasiado hundidos, la nariz larga, estrecha y curvada, y hacia la punta caía en picado a la boca, que era demasiado pequeña, pero regular y bonita. La barbilla era estrecha y pronunciada. Encima de la ceja izquierda tenía un lunar, como de camino a la línea del pelo. El conjunto resultaba fuerte. Imposible de ignorar. Era delgado y alto, y además distinguido, a pesar de su juventud. Ella jugó con la idea de cómo sería su cuerpo desnudo. Había algo en esos jóvenes que desaparecía en cuanto se convertían en hombres. Ese momento en que el cuerpo vacilaba, antes del último paso a adulto. Él estaba allí ahora. Su piel tenía un lustre que recordaba a la nata. O era estudiante o un chico con sueldo bajo en su primer trabajo. Seguro que necesitaba dinero. Por un momento le dio la espalda. Miró hacia un escaparate iluminado, directamente a un vestido que no se podía permitir el lujo de comprar. «¡Anna, sé sincera, es demasiado corto para ti!» Se rio de sí misma y se volvió de nuevo. No quería decirle nada mientras estuviera acompañado, por miedo a ponerle en un apuro. De modo que se puso a esperar pacientemente. Antes o después uno de los dos tendría que bajar a los servicios de debajo de la plaza. Mientras esperaba, lo colocaba en la postura en la que se luciría. Esa expresión perezosa, indiferente, también era una pose, una protección que él usaba. Su amigo no lo había calado. Parecía más joven y un poco más tonto quizá. Además, se levantó de repente y desapareció. Anna Fehn actuó rápidamente. Se acercó a la mesa y se inclinó hacia él.

—Soy pintora y siempre necesito modelos. Si te interesa ganar unas coronas puedes llamar a este número. Me llamo Anna.

Le alcanzó una tarjeta con su nombre y número de teléfono. Él no se mostró asombrado, solo la observó con cierta curiosidad. Cogió la tarjeta. Miró el número y se la metió en el bolsillo de la amplia camisa, que llevaba abierta. Anna pudo ver su estrecho pecho.

—Para que quede claro —dijo ella—. Me estoy refiriendo a un desnudo.

El joven asintió con la cabeza, lo había entendido. Esa misma tarde la llamó desde una cabina. Ella se imaginó que vivía en casa de sus padres y que no quería implicar a nadie. La noche siguiente se presentó ante su puerta. Se desnudó sin vacilar, aunque no paraba de echarle constantes miradas. Dijo que eso era algo que nunca había hecho. Ella le orientaba de un modo muy profesional, pero no sin permitirse mostrar algo de calor maternal. Le habría gustado mostrarle otra cosa, pero, por Dios, podría ser su madre. La primera tarde se limitó a hacer un rápido esbozo, asegurándose de que el joven era capaz de permanecer en esa postura durante mucho tiempo sin sentirse incómodo. Andreas se vistió y se marchó. Y desde entonces llegaba todas las semanas a la misma hora. En realidad no llegaron a conocerse. Andreas no hablaba nunca de sí mismo, ni tampoco mostraba interés por saber algo de ella. No tenía ningún plan o deseo para el futuro. De vez en cuando hablaba de su amigo Zipp. O, aunque rara vez, de alguna película que le gustaba. O tal vez de música. De nada más. La idea se le ocurrió de repente. No estaba preparada, no lo había planificado en absoluto. Soñado con ello, tal vez, ¿quién no? Una noche, en mitad del trabajo, fue como si él se perdiera. Ya no posaba. Sus ojos desaparecieron dentro de uno de los grandes cuadros de la pared. Desapareció parte de la agilidad de su cuerpo. Ella estuvo a punto de comentárselo, pero cambió de idea. Lo estuvo observando un buen rato sin que él se diera cuenta. Contuvo la respiración y se quedó quieta con el pincel

en la mano. Sabía que él no estaba pensando en ella, eso lo habría notado. Se acercó a Andreas en silencio. Él se enderezó y buscó de nuevo la postura inicial. Pero ella lo había visto, sin querer. A él no le gustó. Ella quería decirle que no importaba. Esbozó una breve sonrisa y le acarició la mejilla. Pero al notar su piel en la mano, no pudo parar. El pómulo, alto y elegante, asomaba claramente debajo de la piel blanca. No se volvió hacia otra parte. Se quedó quieto, dejando que ella lo acariciara. La luz, que caía desde una lámpara a la izquierda, era penetrante, pensada para el trabajo. Ella podía ver cada poro de su piel, y las finas venas en las sienes.

Los párpados como papel de seda. Su piel olía a piel, su pelo a pelo. Él obedeció, dejándole obtener lo que quería.

El cuerpo de Anna llevaba mucho tiempo dormido. Le abrumó todo eso que se despertó en ella, todo lo que corría y rezumaba. Ella quería entregarse del todo, amar a toda costa, gritar y arañar, pero se contuvo. No quería asustarle. Luego, cuando él se marchó, ella volvió en sí. Al chico le faltaba ardor. Ella pensaba que siendo tan joven rebosaría de pasión. En algún lugar tendría que estar. Pero ella nunca la encontró. Y sin embargo continuaron. Siempre, cuando ella acababa el trabajo, tenían sexo. Él no tomaba nunca la iniciativa, siempre era ella. «¡El cuadro no debe acabarse jamás!», pensó. Sin avergonzarse. Eran adultos. En el fondo, ella esperaba que él presumiera de eso ante otros.

Vendo cortinas, ropa de cama y telas en una tienda muy respetable. Vuelvo a casa a las cinco de la tarde. El resto del tiempo estoy aquí haciendo cosas. Casi nunca viene nadie, alguna vez mi amiga, o puede que mi hijo, Ingemar. Escucho cortésmente lo que dice. Nunca me invita a su casa ni a ninguna otra cosa, nos resulta demasiado difícil. Las visitas

hay que considerarlas más bien como una obligación, una sesión durante la que nos controlamos el uno al otro. Que todo sigue en orden. De vez en cuando está bien poder decir que ayer vino Ingemar a tomar café a casa. Suena auténtico y correcto. La compañía, el trato con otras personas, sentir su olor, o la certeza de que ellos puedan sentir el mío es más de lo que puedo soportar. Voy a la tienda regularmente a comprar lo que necesito. Solo lo imprescindible. A veces me paso por la biblioteca, donde tomo prestadas biografías. O leo los periódicos. Es gratis, como sabes. Voy justo antes de la hora de cerrar, entonces está todo muy tranquilo, nunca hay cola delante del mostrador. El bibliotecario es un hombre. Parece triste. Qué pesado debe de ser tener que leer todo eso.

No hablo con los vecinos. Si me gritan algo por encima de la valla les contesto, pero sigo mi camino. No soy infeliz, pero tampoco feliz. No conozco a nadie que lo sea. Un médico al que voy una vez al año dice que tengo una salud de caballo. Lo dice como reprendiéndome, y sé a qué se refiere, pero él no puede entenderlo. No soporto tener que explicarlo. No es en absoluto mala persona, no finge, se limita a mirarme. Quiere serme útil, pero en el fondo no tiene fuerzas para ello.

Las personas son complicadas. Resulta más fácil amar cosas, tareas, o quizá animales, pero huelen mucho y dejan muchos pelos o cosas peores. La tarde se me va en arreglar la casa. Friego, lavo, ordeno y quito el polvo. Siempre está todo limpio. Al final echo unas gotas de lejía en todos los desagües. Mata las bacterias y elimina los olores. Detrás de la casa tengo un bonito jardín con un pequeño cenador. Cuando me siento fuera en verano pongo una protección de esterilla. Si alguien me espicara desde detrás del seto, no podría verme. No es que me quede en sujetador, eso no se me ocurriría nunca. Pero me gusta ese espacio cerrado. Yo nunca he molestado a nadie. Nunca he exigido gran cosa a nadie, ni he sido

irrazonable. No defraudo al fisco, no robo en la tienda y pago todas las facturas uno o dos días antes de que venzan. Alguna vez bebo un poco de vino los sábados por la noche, pero nunca demasiado. Veo la televisión. Sigo las noticias en los periódicos, estoy al tanto de lo que sucede en las calles, en Argelia, en Ruanda. Duermo bien, sueño muy poco, y no tengo miedo a morir. De hecho, deseo a menudo morir. De repente, en el sillón rojo, sin ser consciente de ello. Junto a la ventana, con el sol en la cara. Lo último que siento es un suave calor. ¡Qué pena cuando ya no esté aquí!

En resumen: cumplo con mis obligaciones. ¿Qué tienen de malo las obligaciones, acaso no es lo que mantiene organizada la sociedad? Cada noche cuando me acuesto queda un día menos. Es un alivio. No me avergüenzo. Cuando me despierto por la mañana siempre me asombro un poco de seguir aquí. Pero me parece bien y hago lo que tengo que hacer. No creas que me siento infeliz ni nada de eso, estoy bien. Estaba bien. Luego ocurrió lo de Andreas.

Tenía dieciséis años cuando abandoné la casa amarilla. Las reglas se habían convertido en una jaula. Yo no dejaba entrar a nadie. Detrás de las rejas construí una vida, un estado en el que podía sobrevivir, que consistía en orden y visión de conjunto, disciplina y control. Mis padres me vieron marchar con duda y alivio. Algo se podía leer claramente en sus ojos. «No nos echéis la culpa a nosotros si algo va mal», decían. No me dijeron adiós agitando la mano. Por fin tendrían paz. Tampoco tenía ninguna fe religiosa. «Hay más cosas entre el cielo y la tierra», dijo mi madre, de espaldas. Me habían dado lo que ellos mismos habían aprendido: la mejor manera de sobrellevar la vida. De modo que me

marché, con las reglas sobre los hombros. Contemplaba el mundo a través de las rejas. Todas las personas de mi entorno eran inconstantes, inútiles y asquerosamente impulsivas. Las personas se mueven, eso me intranquiliza.

Tengo una amiga, lo he mencionado, ¿no? Runi. Me visita alguna que otra vez. Por regla general soy yo quien la visita a ella, lo prefiero. Una invitada en mi casa me hace sentirme como prisionera, no puedo levantarme e irme cuando quiera. Ella habla mucho y tiene muchas preocupaciones. No más que yo, pero yo no hablo tan fácilmente de las mías. Excepto ahora, a ti. Runi es una mujer estupenda, de aspecto, quiero decir. Moderna, sin pasarse. Sabe que está de buen ver, es importante para ella. La mayor parte del tiempo sonrío, es habladora y animada. Pero cacarea mucho de todo lo que le molesta y algunas veces resulta un poco pesada. Eso a mí me cansa. A veces hay cosas que me gustaría decirle, pero no lo hago. Como cuando uso su cuarto de baño. Entro en el cuartito, me levanto la falda y hago pis. Me limpio bien. Me lavo las manos. No me cuesta nada. Eso no puedo decírselo a Runi, no lo entendería. Tú tampoco. Es verdad que es encantadora, pero carece de contacto consigo misma y con el suelo que pisa. Nunca reflexiona sobre las cosas. Cuando ocurre algo no está preparada. ¿De dónde saca esa creencia infantil de que a ella no va a pasarle nunca nada? Ya es una adulta. Y no sabe mentir. Una vez —tengo que admitir que fue un ataque de vileza— estaba sentada en su cuarto de estar comiendo tarta de nata y gominolas, ella no paraba de hablar de lo a fondo que limpiaba la casa los viernes y cuánto le dolía la espalda luego. Yo tenía mi opinión al respecto. Notaba el olor a polvo en la habitación, tengo un olfato estupendo. Cuando Runi se fue a por algo a la cocina, yo cogí una gominola de la tarta, la tiré debajo del sofá y decidí esperar. Primero una

semana, pero luego puse toda mi alma en el proyecto y esperé una semana más. Para realmente desafiar al destino esperé una tercera semana. Y entonces fui a visitarla. Cuando ella se fue al cuarto de baño, me agaché y encontré la gominola. Ya no era verde. Nunca la confronté con la gominola llena de pelusas, no soy una persona malvada. Intento ayudarla, somos amigas, por Dios, ¿qué es una amiga? ¿Alguien con quien estar de vez en cuando, sin demasiadas molestias? Porque en realidad no la quiero. Si ella se muriera, me sentiría tremendamente conmocionada, pero al mismo tiempo ya me habría librado de mucho. ¿Sentir dolor por su muerte? Creo que no. Todo lo que ha terminado está bien.

Me saca por ahí, a veces a un restaurante o al teatro. Me cuesta bastante salir. Estar sentada entre un montón de gente, tan cerca que se puede oír lo que están diciendo, es para mí una dura prueba. Una vez fuimos a La Cocina de Hanna, porque era su cumpleaños. De eso hace ya mucho tiempo. Nuestra mesa estaba muy cerca de dos mujeres jóvenes, bueno, jóvenes en comparación con nosotras, pero completamente adultas. Chillaban y hacían mucho ruido, se reían como adolescentes. Bebieron demasiado y acabaron bastante borrachas. Por fin comprendí que eran dos mujeres de vida alegre. No soy una idiota. Partes de su conversación no se pueden citar, de lo fuertes que eran. Tenerlas tan cerca. ¡No poder escapar! Runi lo organiza todo cuando salimos. Algunas veces me conmuevo. Cuando oigo su voz en el teléfono preguntando si quiero ir con ella, y el miedo a que tal vez diga que no. No tiene a nadie más. La vida no es fácil para nadie.

Si algún día me encontrara ante un tribunal, seguro que me declararían trastornada en el momento de los hechos. No lo estaba. Lo recuerdo todo, así que debía de estar en pleno uso de mis facultades

mentales, ¿no? ¿Y ves que pienso coherente y ordenadamente? ¿Que he tenido un desarrollo normal y que mis facultades mentales no están mermadas? Estoy convencida de ello.

He cubierto el cadáver con una lona de plástico. No pienso moverlo, ¿cómo podría? Pesa un montón, como mucho sería capaz de arrastrarlo hasta un rincón. He colgado un viejo saco de patatas para tapar la ventana. Del techo cuelga una bombilla desnuda. Él yace boca arriba con los brazos a los lados. Ya no es guapo. Lo he dicho siempre, que la belleza física es un regalo frágil. Yo, por mi parte, no tengo mucho que perder. Sé que soy fea. Nadie lo ha dicho nunca en voz alta, pero lo noto en la gente cuando me encuentro con una mirada, la expresión muerta que me devuelve. «¿Por qué no te arreglas un poco?», me dice Runi irritada. Le asusta que no luce. «Deja a los jóvenes tener su piel tersa en paz», pienso yo. Como Andreas, él es joven y de piel tersa. Bueno, ya no. Mis pensamientos están con él. No es que lo hayan olvidado. Nunca será olvidado. Respecto a mí, no estoy segura.

Andreas fumaba Craven. Ni Prince, ni Marlboro, como los demás. Cuando se quedaba sin tabaco, iba al quiosco, se inclinaba hacia delante y decía: «Craven». Y la persona de detrás del mostrador sacudía la cabeza y buscaba en los estantes. No había mucha gente que comprara esa marca. Él atraía la atención allí donde estuviera, pero cuando la recibía, la rechazaba. Zipp sabía que él mismo estaba con Andreas por pura casualidad. Tampoco notaba la diferencia entre Prince y Marlboro. Entre Coca-Cola y Pepsi. Se fijaba en el envase. Se preguntaba si la gente mentía o si realmente era más inteligente. Quizá Andreas mintiera. No siempre era de fiar. También había otra cosa en Andreas que le extrañaba. Algo que le faltaba. Nunca era capaz de decir: «Un

día, el año pasado, el sábado pasado», o «Joder, Zipp, ¿sabes lo que me pasó ayer?». Nunca hablaba de lo que había ocurrido. Solo de lo que estaba pasando en ese momento, o de lo que iba a ocurrir. Y no era porque lo que había ocurrido fuese demasiado terrible para hablar de ello, porque no lo era. Zipp lo sabía. Hacía once años que eran amigos. Pero jamás se oía a Andreas decir: «¿Te acuerdas de aquella vez?». No, eso no ocurría nunca.

—En 2019 —dijo Andreas— tendremos treinta y nueve años. ¿Has pensado en eso?

Zipp se encogió de hombros. No, no había pensado en ello, y no le dio la gana de ponerse a calcular, pero seguro que era correcto. Casi cuarenta.

—¿Y qué?

Andreas iba estudiando las aceras según caminaban.

—Para entonces el ser humano habrá colonizado varios planetas. Todos los animales se habrán extinguido. El aire estará mortalmente contaminado, y los primeros seres artificiales estarán viviendo entre nosotros sin que lo sepamos.

—Ves demasiadas películas —dijo Zipp—. ¡Necesitamos dinero, tío!

Andreas leyó en voz alta un cartel publicitario colgado en la pared de una casa.

—«Viajes al sol Saga. Aire limpio, agua cristalina.» Ya sé —dijo—. Coge hacia Furulund.

Pronunció esa orden de una manera suave, como si Zipp fuera un niño. No se le ocurría que alguien pudiera contradecirle, al menos no muy en serio.

—¿Furulund? ¿Por qué?

—Aquello está muy tranquilo.

—Pero ¿ahí hay dinero, Andreas?

—Claro —contestó sin inmutarse.

Zipp hizo un cambio de sentido, y Andreas se sacó un peine del bolsillo. Se puso a peinar su rebelde pelo.

—Ganas de una tía, ¿verdad? —bromeó Zipp—. ¿Alguien más joven, para cambiar?

Andreas siguió luchando con sus rizos.

—Cállate la boca y sigue conduciendo.

Zipp forzó el motor del Golf al máximo, pasaron por delante de la fábrica de dinamita y continuaron a lo largo del fiordo. Andreas iba mirándolo todo. Al cabo de cinco minutos pidió a Zipp que redujera la velocidad. Un ciclista iba en sentido contrario, un hombre de unos cuarenta años, en una bicicleta de carreras. Llevaba una mochila a la espalda, casco y guantes, e iba a una velocidad endiablada. Andreas lo descartó y miró fijamente por el parabrisas. Se estaban acercando a una zona de playa, con un buen sitio para bañarse, bancos, mesas y varias barbacoas permanentes que se usaban continuamente en verano.

—Abajo a la derecha —ordenó Andreas.

—Allí no hay más que un miserable quiosco que está cerrado porque es otoño —protestó Zipp.

—Hay gente —dijo Andreas—. Aquí viene gente a hacer footing. Si tenemos suerte veremos a alguna tía con bolso.

Zipp maniobró con cuidado hacia el agua.

—Despacio. No conocemos este lugar, estamos buscando algo.

—¿Buscando qué?

Andreas sacudió incrédulo la cabeza.

—Vamos a parar a alguien y preguntarle por el camino.

—¿A quién?

—A cualquiera que aparezca —suspiró Andreas. La ingenuidad de su amigo le resultaba insoportable.

—Es jodido vivir en una sociedad que te cobra cuarenta coronas por una

jarra de cerveza. Si de verdad queremos conseguir algo esta noche, necesitamos mil —opinó Zipp.

El mar golpeaba la playa. Entre gris, verde y helado. Una vieja casa de algún club deportivo estaba a punto de derrumbarse. Fuera había apilados un montón de muebles de jardín destrozados, una hoguera de San Juan que nunca habían hecho arder. El verano había sido seco. Se metieron en el aparcamiento y miraron hacia el agua. Muy a lo lejos vieron a una persona andar con dificultad por la playa. Andreas abrió la guantera y sacó una gorra. Se la puso y se metió los rizos dentro. Zipp se rio al leer las letras en la tela azul.

—«Holy Riders. En el camino por Jesús.» ¡Joder, qué malo eres, Andreas! Hacía mucho viento. Andreas sacó un pie del coche.

—Una tía —dijo escuetamente—. Con cochecito. Genial.

—¿Por qué?

—Las tías son como inválidas cuando empujan cochecitos de bebés. —Se volvió a mirar a Zipp—. Piensa en lo que hay dentro.

—¿Qué estás planeando?

Zipp estaba nervioso. No podía protestar, ellos se pertenecían el uno al otro, hacían cosas juntos. Pero había pensado muchas veces que algún día se pasarían de la raya. Esa raya era, por cierto, desagradablemente flexible. Andreas llevaba el cuchillo en el cinturón, debajo de la camisa.

—Primero tenemos que comprobar que lleva bolso. Si vive cerca, lo habrá dejado en casa. Pero si no, todas las tías llevan bolso.

Esperaron mientras la persona se aproximaba lentamente empujando el cochecito a lo largo de la línea del agua; las ruedas se hundían en la arena suelta. La mujer era muy alta, llevaba un pañuelo en la cabeza y una gabardina clara que ondeaba al viento.

—Esa tía mide dos metros —exclamó Zipp, que medía uno setenta.

—No importa. Las tías tienen pocos músculos.

La mujer había visto el coche. Se inclinó para tocar lo que había en el cochecito. Vieron un trozo de un edredón azul. Andreas forzó la vista.

—Veo el bolso —susurró—. Está encima del edredón. ¡Genial!

—¿Por qué?

—Es peor cuando lo llevan al hombro.

Se quedó unos instantes mirando con los ojos entornados debajo de la visera. Repasó mentalmente el plan de ataque. No consistía ni en amenazas ni en violencia, sino en pura agilidad.

—Tú quédate aquí sentado, con el motor en marcha. Busca algo en la guantera. Imagínate que estás mirando un mapa o algo así. Yo salgo y le pregunto por el camino. Las instalaciones deportivas. Le quito el bolso y vuelvo aquí a toda prisa.

—¡Pero ofrecerá resistencia!

—No suelen hacerlo. Se asustan demasiado.

Andreas salió y se acercó a la mujer. Ella lo descubrió y aflojó el paso, a la vez que miraba algo insegura el coche. «Las mujeres son raras —pensó Andreas—, no son capaces de oler que algo está a punto de ocurrir. O se fijan en cosas diferentes a las de un tío. Porque tienen más enemigos, quizá. Ser mujer. Tener que estar todo el tiempo en guardia. ¡Qué coñazo!» Ella había empezado a subir hacia el aparcamiento, así que tendría que pasar por delante del coche. De repente giró el cochecito para tomar otra dirección. La maniobra fue tan obvia que casi daba pena. ¿De dónde sacaría esa idea? ¿Por el mar espumante? ¿Porque el camino estaba cortado al otro lado, o por el bebé, quizá? Esa responsabilidad más allá de ella misma. Y porque ellos eran hombres. Un miedo repentino, inexplicable. Además, el viento soplaba de una manera amenazante y el mar golpeaba la playa. Nadie la oiría si gritaba. Andreas se detuvo, volvió la cabeza y miró hacia la mujer. Ella se giró, quizá

dudando. Él reaccionó con rapidez e hizo un gesto como de desamparo. La luz era blanca e intensa y hacía que le brillara la cara. La mujer se metió por un sendero que subía del mar. Una posible salida. Zipp esperaba en el coche. Seguía a Andreas con la mirada, este seguía a la mujer, ella andaba deprisa y entonces oyó la voz. Reacia, se dio la vuelta. A la gente le cuesta ignorar a una persona que emplea un tono amable. Ese joven no era peligroso, ¡qué idea tan ridícula! Ella simplemente había tomado sus precauciones, alejándose de un posible peligro. El bebé del cochecito le había hecho ver lo peligroso que era el mundo. Ella apenas dormía por la noche; cuando lo hacía, el bebé desaparecía de su conciencia y eso no podía soportarlo.

—¡Perdona!

Andreas gritó con una voz muy fina. La camisa amarilla ondeaba al viento alrededor de su delgada cintura. La mano derecha tapaba el cuchillo. Parecía un chico un poco grande recibiendo la confirmación. Zipp esperaba nervioso en el coche y vio que la mujer por fin se paró. No le parecía correcto haberla elegido a ella como víctima, con ese bebé. Le asustaba un poco la manera en que la mujer se agarraba al cochecito. Una desesperación en sí, las manos blancas aferradas al manillar. No se trataba del bolso, sino del bicho de debajo del edredón. Pensó que algo podía ocurrir, que ella estaba fuera de sí por el niño. Zipp echó el freno de mano y salió del coche, a pesar de que Andreas le había dicho que permaneciera dentro. Andreas estaba ya casi al lado de la mujer. Se detuvo a cierta distancia para no asustarla. Tenía una manera de ser irresistible. Zipp pudo ver por los ojos de ella que estaba leyendo lo que ponía en la gorra, que miraba la pequeña cruz y debajo el texto. Bajó los hombros. Incluso se pasó una mano por el pañuelo que llevaba en la cabeza de un modo casi coqueto, y lo miró sonriente. Andreas abrió la boca y dijo algo. La mujer contestó y empezó a señalar más allá del aparcamiento, hacia el camino. Zipp se acercó. Miró fijamente el cochecito y

vio el bolso. Era de nailon, negro y rojo. Andreas dio unos pasos más, mirando hacia el otro lado, se estaba acercando al bolso prácticamente de espaldas. Zipp seguía andando, de repente Andreas lo descubrió y por un instante pareció perplejo. Se encontraban ya bastante arriba del sendero. Abajo no había ninguna playa, solo una cuesta empinada hacia el mar, que bajaba en cascadas de piedras afiladas. De repente Andreas atacó. Dio un salto hacia delante, se apoderó del bolso y volvió al coche lo más deprisa que pudo. La mujer gritó, intentando desesperadamente orientarse en esa nueva situación, entender que la habían engañado justo en el momento en el que había concluido que eran chicos decentes, con buenas intenciones. Algo le sobrevino, una enorme rabia, o quizá impotencia. Buscó automáticamente con el pie el freno del cochecito, un acto instintivo, y salió corriendo tras ellos.

—¡Métete en el coche! —gritó Andreas.

Pero Zipp no se movió. Iban corriendo hacia él, pero él seguía inmóvil, porque vio cómo el cochecito empezaba a rodar cuesta abajo, hacia el agua. ¡La mujer se había equivocado con el freno! Paralizado, vio cómo el pequeño vehículo de terciopelo azul volcaba. Gritaba como loco mientras corría y casi chocó con Andreas. La mujer se detuvo en seco. Por fin se dio cuenta de lo que ocurría. Se dio la vuelta de un salto y vio a Zipp desaparecer de su vista. Entonces ella lanzó un grito estridente y corrió tras él. Andreas se quedó parado, mirando asombrado. El bolso se le cayó de las manos. A lo lejos escuchó el bramido del mar, y una ola encrespada estuvo a punto de tirarlo. Oyó unos débiles gritos. Por fin vio aparecer el pelo rubio de Zipp. Estaba rojo de ira.

—¡Corre, joder, corre!

—¡El niño! —gritó Andreas. Cogió el bolso y salió corriendo.

—¡El cochecito ha chocado contra una piedra y ha volcado! ¡El niño ha

salido disparado! ¡Me cago en la madre que lo parió!

Se metieron en el coche y cruzaron el aparcamiento con un rugido. Ninguno de los dos se atrevió a mirar hacia atrás. Pero seguían oyendo el bramido del mar, un pesado estruendo que subía y bajaba.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡El niño gritaba como un loco!

—Relájate, todo ha ido bien —dijo Andreas.

—¿Has dicho bien? ¡Podría haberse ahogado!

—¡Pero no se ahogó!

—Al menos se ha hecho daño. ¡Joder, deberías haber oído cómo gritaba!

—Peor sería si no hubiese gritado.

—¡Jesús!

—¡No mezcles a Jesús en esto!

El Golf subió la cuesta rugiendo, como taladrando la gravilla, peligrosamente inclinado. Unos ruidos horribles salían de la caja de cambios. Andreas tuvo que agarrarse a la manilla de la puerta. Se arrancó la gorra y se la metió en el bolsillo. Los rizos salieron revoloteando en libertad.

—Nos vio a los dos. Vio el coche. ¿Tienes el bolso?

Zipp hablaba como a golpes.

—¿Crees que soy un aficionado o qué? —murmuró Andreas.

—Esta noche la poli vendrá a hacernos una visita.

—No, la tía está demasiado centrada en el niño. Se olvidará de todo lo demás.

—¿Eres idiota o qué? —gritó Zipp, esforzándose por agarrar el volante con manos temblorosas.

—Yo sé cómo son las mujeres. Ella dará gracias a Dios por que el crío se ha salvado. Y entenderá lo insignificante que es el dinero. A partir de ahora esa tía tendrá nuevos valores en la vida. ¡Cállate la boca y conduce!

Se lanzó dentro del bolso y hurgó en él. Sacó un biberón.

—La leche está caliente —dijo extrañado. Luego sacó un chupete azul, una red antiinsectos para el cochecito y una cartera. La abrió impaciente—. Se llama Gina —dijo extrañado—. Imagínate, llamarse Gina.

—¿Hay dinero? —preguntó Zipp perturbado.

—Billetes de cien. Cuatrocientos. ¡Joder, Zipp, te lo digo, soy invencible en elasticidad y fuerza! Según Tyrell Corporation: ¡El insurrecto Nexus 6!

Zipp gruñó algo completamente incomprensible y aceleró. Tenía la frente llena de sudor. Andreas no estaba bien de la cabeza.

Mi madre no era realmente una madre, sino más bien una instancia correctora. Por eso soy una niña educada. Digo «sí gracias» y «no gracias», «no importa, lo que tú quieras». Tengo un firme apretón de manos. Miro directamente a los ojos de la gente. Recuerdo sus nombres. Recuerdo pequeños detalles, lo que les gusta y lo que no les gusta, observo cómo se sonrojan y no digo nada. Yo no importo mucho. Me cuido a mí misma, no me falta de nada, no es un sacrificio. Puedes pasarte la vida peleando y exigiendo, y vivir una vida con dolor. ¿Por qué iba yo a vivir así? Nada me resulta importante, lo bastante importante. No me importa ser la última de la fila, soy una persona paciente. Si otros tienen prisa, les dejo que pasen delante. Me gusta. Me río de ellos cuando no me ven. Me río de su expresión «a vida o muerte». Solo lloro en días malos. Pero no tengo muchos días malos. No tenía.

Lloro alguna vez, casi extrañada por esa brecha que se abre completamente sin previo aviso. Cuando veo fotos de países pobres. Niños con moscas en las comisuras de los labios, vejestorios desdentados sin carne en el cuerpo, con costras y heridas, carentes de agua, que me acusan con la mirada. Tal vez yo tenga parte de culpa. Pues alguien tiene

la culpa. Quizá parte de la culpa sea mía. Nunca he hecho nada por mejorarlo.

Me alegro de que Henry desapareciera. Lo veía venir. Veía la cara que ponía cuando me desnudaba por las noches. Asco no, solo un terrible apuro, y yo no lo ayudaba. No era cosa mía. Se suponía que Henry me ayudaba a mí. Lo dijo el médico: «Deja que tu marido te ayude». Pero no era capaz. Es más fácil vivir solo. Y así se ahorra todo lo que está ocurriendo, y eso está bien. Mi hijo Ingemar nunca lo menciona. Le digo que no lo haga, solo que intente comprender. Él no me quiere, ya lo sé. Tampoco me odia, nunca lo he creído, pero yo le he transmitido la única vida que conozco. Es una persona decente. Trabaja en la Dirección General de Consumo. No debe dinero a nadie y no bebe. No sé exactamente en qué consiste su trabajo, quizá decida lo que van a costar las cosas. Todo el mundo se queja de los precios de todo, y todos tienen sueldos demasiado bajos. «¡Hagamos huelga!», gritan. «¡Esto no podemos tolerarlo, se nos ignora, no se nos valora, los demás lo han conseguido! ¿Por qué nosotros no?» Nadie se hace ya adulto. Por todas partes veo niños quejicas. Runi, por ejemplo, se queja mucho.

Alguna rara vez deseo que Ingemar venga a casa, que demos un paseo hasta el centro. Cogidos del brazo. Irma Funder paseándose con su hijo adulto. Él no es alto ni elegante, pero sí bastante guapo. La cara ancha la ha heredado de mí, y le queda muy bien. Es muy serio. Alguien que ha reflexionado sobre las cosas. Ciertamente no tiene metas muy altas, pero cumple con su deber y no se queja. Caminando por la ciudad con Ingemar. Vamos a algún café. Él paga, y lleva la bandeja a la mesa. Saca la silla. Pero no viene. Ya hace mucho. Si yo se lo propusiera, «vamos a dar un paseo por el centro», me miraría extrañado. Pero ahora me alegro de que se mantenga alejado.

La casa es vieja. Henry solía decir que estaba edificada sobre terreno arcilloso. Que solo era cuestión de tiempo, o de fuertes lluvias, que se desprendiera, se deslizara por la cuesta y chocara contra el número 15. Henry se preocupaba por todo. A mí me encanta esta casa. Conozco todas las habitaciones, el contenido de cada cajón. Los escalones que bajo cuando me voy a trabajar. Iba. Todo aquí es mío, viejo, conocido y completamente inalterable. Un día, hace ya mucho, Ingemar estaba sentado a la mesa y le dio por decir que había que pintar la casa. «¡De rojo!», dijo. Ahora es blanca, con los marcos de las ventanas verdes. Qué miedo sentiría cada vez que atravesara la verja. De que algo rojo y grande se levantara delante de mí. De que me pusiera a gritar. Te cuento estos pensamientos sueltos. Es muy importante para mí que veas que estoy cuerda, que recuerdo cosas, que no estoy loca. Ya sé que la gente va a condenarme. Pero prefiero ser mi propio juez. No hay ninguna excusa. Tampoco las quiero. Pero existe una explicación. Andreas no era más que un niño. Yo no deseaba su muerte. ¿Qué estoy diciendo? Claro que deseaba su muerte en ese único segundo de maldad. Estando allí pensé: «¡Ahora lo mato, tengo que matarlo!». ¿Estaba completamente sola en eso? ¿En ese terrible momento en que lo destrocé? Recuerdo una extraña luz en la habitación. ¿De dónde viene? ¿La has visto alguna vez?

La mujer gemía y se lamentaba. No se percataba de nada, ni de que tenía frío, ni de que el niño se estaba enfriando por llevarlo en brazos. Solo estaban ella y el pequeño bulto con la boquita mojada. Y el llanto de eso que amaba más que nada en el mundo. Un frágil balido. Se quedó sin aliento, el niño no respiraba. Lo sacudió, dio unos pasos y al niño por fin le entró aire en los pulmones. Y volvió a balar.

Fue dando tumbos por entre las piedras hasta que el niño se tranquilizó. Le quitó con cuidado el gorro. Vio un rasguño en el cráneo desnudo. Con un brazo apretaba al niño contra su pecho con cuidado para no hacerle daño, con el otro intentaba subir el cochecito por la empinada cuesta. Se resbalaba hacia atrás, pisaba el suelo con mucha fuerza para no caerse y sollozaba de desesperación. Por fin llegó arriba, empapada de sudor y con los brazos doloridos. Metió al niño en el cochecito y lo tapó con el edredón. Una de las ruedas se había doblado y costaba mucho empujarlo. Por suerte llevaba las llaves en el bolsillo de la gabardina. Ya en casa sacó el portabebés, lo colocó en el asiento trasero del coche, lo fijó con el cinturón de seguridad y condujo hasta urgencias. Maldijo a los dos que la habían atracado. Odio e ira flotaban por su cuerpo como lenguas de fuego. ¡Ojalá sufrieran las peores desgracias! ¡Ojalá chocaran con el coche camino de la ciudad, perdieran la razón y quedaran paralizados de cintura para abajo!

El niño dormía. Profundamente, sin miedos. Pero tenía esa cosa rara en la cabeza. Un minúsculo rasguño. Tardó once minutos en llegar al centro. Sacó al niño del portabebés y entró en urgencias.

El médico examinó la pequeña herida. Dejó al niño casi desnudo. Iluminó sus iris azules con una linterna. El niño babeaba y agitaba los brazos.

—Parece que está bien —dijo—. Pero tienes que denunciar el robo del bolso.

—No —dijo ella cansada—. Lo único que importa es el niño.

—¿Cómo se llama?

Ella sonrió algo avergonzada.

—Aún no tiene nombre. Celebraré un bautizo civil cuando encuentre uno. Ninguno me parece lo bastante bueno —dijo con orgullo. Como se había quedado sin dinero, el médico le hizo una factura casi simbólica. Cuarenta coronas.

Se fue a casa. Lo amamantó durante un buen rato. Luego se quedó sentada junto a la cuna, incapaz de dejarlo. Al cabo de un rato cambió de idea y lo metió en su cama. Estiró el edredón sobre ellos. Apagó la luz. Intentó tranquilizarse, pero no lo logró. No creía en Dios, se había dado de baja de la iglesia. Pero en la oscuridad, debajo del edredón, intuía los contornos de algún propósito. Eso la abrumó. Que ella y el niño significaran algo más allá de lo que ella opinaba cuando pensaba en su propia existencia. Algo los estaba siguiendo, viéndolos allí tumbados juntos. Y luego le llegó otro pensamiento: que ella algún día saldría del tiempo. O el niño. Que podía ocurrir de repente. Puso una mano en la cabeza del pequeño. Encajaba perfectamente en la palma de su mano. Él no se movió. Dormía profundamente.

Zipp y Andreas estaban ocupados bebiéndose el dinero de la mujer. Zipp encogido como un vejestorio; aquello había sido demasiado para él. Andreas se columpiaba en la silla, una demostración silenciosa. El primero que mencionara al niño habría destrozado la velada. Eso tan asqueroso e inesperado que les había sucedido.

Habían planeado una jugada rápida y limpia, de unos segundos de duración. ¡Ya! Cuatrocientas coronas. Ningún daño a nadie.

Andreas estudiaba el ventilador del techo. Giraba despacio y le recordaba a una película que le gustaba. Siguieron bebiendo, esperando pacientemente a que la embriaguez se les posara sobre la frente como un paño refrescante. La vida iba teniendo poco a poco mejor pinta, las chicas eran más guapas, el futuro más luminoso. Zipp se quitó la espuma del labio superior. Y entonces se le escapó:

—¿Cómo crees que le habrá ido al niño?

Andreas soltó un suspiro de adulto cansado de la vida. Dejó el vaso en la mesa sin hacer ruido.

—Los bebés son de goma. El cráneo no se ha cerrado aún, es elástico. — Se encontró con la mirada asustada de Zipp—. Está formado por unas placas blandas que se juntan a presión. Curioso, ¿verdad?

—¡Me estás tomando el pelo!

Zipp dejó vagar la mirada. Andreas tenía respuesta para todo, pero no le costaba nada mentir. Al mismo tiempo era lo que quería: tener una respuesta a cualquier precio. Esa tía del cochecito había sido una mala elección. La cerveza sabía igual de buena que siempre, no era eso. Pero joder, ese niño no era más que un bulto. Zipp se apretó contra el borde de la mesa, intentando tranquilizar su corazón. Todavía podía verlo. Ese ridículo cochecito de terciopelo azul camino del precipicio. Lo veía bajar a sacudidas y de repente golpear contra una piedra y volcar. Las pequeñas manos haciendo gestos desesperados. Un quiosco vacío, un coche abandonado, mierda, no había nada. ¡Pero sí una persona viva!

—Si ha pasado algo, mañana saldrá en el periódico.

—Déjalo ya, Zipp. ¡Relajémonos!

Andreas volvió a mirar el ventilador. Giraba lentamente y no lograba mantener alejado el humo. Pero a él le gustaba el movimiento, esa velocidad regular, las grandes aspas como un rotor bajo el techo. Verlo le hizo canturrear por lo bajo la famosa canción de los Doors. «I will never see you again, my friend.»

Zipp se aclaró la garganta.

—Luego podemos ver una película en mi casa. ¿Vale?

Miró suplicante a Andreas. Necesitaba olvidar el episodio de la playa. Tres o cuatro cervezas y una película de acción. Y luego a la cama. Pronto estaría olvidado. En el futuro, tendrían que concentrarse solo en los quioscos.

—*Blade Runner* —dijo escuetamente Andreas—. Si no está alquilada.

—Ay, no, esa no. ¡Otra vez no!

—Tú no entiendes nada. *Blade Runner* es la mejor.

Andreas hizo un gesto grandilocuente.

—La he visto varias veces —se quejó Zipp—. Sé lo que va a ocurrir.

—Esta noche ocurrirá otra cosa en la pantalla —dijo Andreas—. Esa película vive su propia vida. Tiene capa tras capa. Se tarda en poder absorberlas todas.

Zipp se puso triste y vació el vaso.

—Tienes que evolucionar, tío. Eso es lo que te ocurre —dijo Andreas, secando el círculo mojado que el vaso había dejado en la mesa—. No comprendes que el tiempo pasa.

Zipp hizo una mueca. Andreas estaba completamente enganchado a *Blade Runner*. La había visto cien veces, y nunca se hartaba. De vez en cuando citaba frases de ella. Zipp estudió la clientela del pub. Por regla general conseguía atraer la mirada de alguna chica si no estaba sentada demasiado lejos. Inmediatamente sentía el cosquilleo en el bajo vientre. Le encantaba ese cosquilleo, ponía en marcha la sangre y lo dejaba aturdido. Una chica le devolvió la mirada. Andreas siguió la mirada de Zipp y puso los ojos en blanco. Una niña con ropa ajustada. Jersey a rayas, tan corto que se le veía la tripa. Un minúsculo aro en el ombligo. Tetas rebosantes como dos pelotas de goma.

—Silicona —dijo Andreas—. Cuánta mierda hay debajo de la ropa de las tías últimamente.

—Me importa un bledo lo que haya —dijo Zipp con una gran sonrisa— con tal de poder acariciarlas. En chicas tan jóvenes no distingues las de verdad de las falsas. A esa Mujer tuya seguro que le cuelgan. No tienes ni idea de cómo son las tetas de las chicas jóvenes. Ya es hora de que te enteres.

Esta está con una amiga. Mira, ahí viene. Ha ido al baño a cambiarse de compresa, creo. Conozco a esa clase de chicas. Se ponen húmedas cuando las miras.

Andreas examinó a la amiga con una mirada muerta. Zipp no fue capaz de verlo, pero la chica sí. La falta de interés en los ojos claros. Les dio la espalda. Al parecer, desanimada por no haberle impresionado.

—Cuelgan como perdices —murmuró Andreas—. Ni siquiera ofrecen resistencia, abren las piernas de par en par antes de que disparen.

—No conseguiremos que estas chicas vean *Blade Runner* con nosotros —dijo Zipp preocupado—. ¿Qué te parece *Independence Day*?

—Ni muerto.

Andreas se acercó a la barra. Sacó uno de los billetes de cien de Gina del bolsillo de la camisa y echó una breve mirada a las chicas. «¡Ven a cogernos, ven a cogernos!», suplicaban los hombros redondos. ¡Qué desastre! Dejó una generosa propina y volvió a la mesa con otras dos jarras.

—¿Qué tiene de malo la amiga? —preguntó Zipp.

—Todo —contestó Andreas—. En su cabeza ocurre solo una cosa.

—¡Joder, cuánto sabes!

—Ahí dentro hay una cinta que da vueltas y repite todo el rato lo mismo. Lleva dando vueltas desde que la tía tenía las tetas del tamaño de una ciruela. Dice: «¡Que te guste, por Dios, que te guste!». Y cada vez que no se cumple, la tía se extraña muchísimo. Joder, es increíble.

—Tú también eres increíble —murmuró Zipp—. ¿Y qué pasa con esas viejas arpías con las que tú te relacionas? ¿Qué dice su cinta?

Andreas dio un pequeño sorbo.

—«Me gustas, me gustas.» Esa es la diferencia.

Se bebieron la cerveza fría. Se habían olvidado del niño, que era lo que pretendían. Un rato después estaban sentados en el cuarto de estar del sótano

de Zipp viendo *Blade Runner*. Andreas estaba totalmente absorto. Zipp pensaba en la chica del jersey ajustado.

—Ese tipo que hace figuras de papel —dijo Zipp, señalando la pantalla— es uno de los malos, ¿no?

Andreas gimió.

—¿No decías que te acordabas de todo?

—Ahora me acuerdo. Los humanos artificiales. Los replicantes. Que solo viven cuatro años.

—Correcto, Zipp. Alégrate por el tiempo que te ha sido asignado.

Andreas arrancó una esquina de una revista que había sobre la mesa.

—Te puedo fabricar una picha dura. —Se inclinó hacia la pantalla—. Ahora pide una Tsingtao. Joder, esto es increíble. Salomé y la serpiente.

—Lo he visto otras veces —contestó Zipp malhumorado.

—La manera en la que ella se muere —dijo Andreas conmovido—. Cojonudo. Ahora sale volando por el cristal.

—Eso se llama *slow motion*. No es exactamente algo innovador.

—¿Tú no lo entiendes! —exclamó Andreas—. ¡Mírala! Solo lleva un impermeable transparente. Y esa sangre dentro del plástico cuando le alcanzan las balas es genial. La muerte de Salomé. Simplemente maravilloso. Y esa frase está muy bien —prosiguió—: «¿Puede el creador reparar lo que ha hecho?». —Miró a Zipp—. ¿Aplastar los globos oculares de alguien solo con los dedos gordos? ¿Tú habrías tenido valor para hacer algo así?

Zipp pensaba que no. De repente se le ocurrió que Andreas tal vez fuera un replicante, que se animaba al ver a uno de los suyos. Con memoria implantada y una respuesta sentimental incorporada, como Roy Batty. Un diseño avanzado de Tyrell Corporation. «El insurrecto Nexus 6.» Pronto caería víctima de las células replicantes. Y se llevaría incluso la música de

Vangelis a través de toda la lista de créditos. Para entonces Zipp estaba a punto de dormirse.

—«Despierta» —dijo Andreas dándole un golpe en el hombro—. «Es la hora de morir.»

Quiero estar en paz. El precio que pago por eso es no contar, no ser vista o considerada importante. Con el abrigo marrón no se me toma en serio. Y además esto otro, bueno, si la gente supiera, que Dios no lo quiera, pero lo peor de todo...

Estoy sana, dice el médico, no tengo nada malo. Fuerte como un caballo. Ese animal me persigue. Tengo los pies ligeros, me muevo con agilidad, aunque soy de complexión fuerte. Algunos dirían gordita, pero al menos tengo curvas. No soy alta, me parece bien, las mujeres deben ser bajas. Otras son tan distintas a mí que resulta extraño. Soy casi invisible por completo, nadie se fija en mí. La gente se aparta automáticamente cuando me cruzo con alguien por la acera. Pero no ve de quién se aparta, no soy más que una sombra en el rabillo de su ojo. Eso no me entristece, no conozco otra cosa. Pues sí, tengo un hijo, Ingemar. Cuando era pequeño lo cogía en brazos, lo mecía y lo acariciaba. Me sentía casi asombrada por lo que había recibido. El que dependiera de mí, que moriría si lo abandonaba. En esos tiempos Irma florecía. Otro ser humano dependía por completo de ella. ¡Ella era vida o muerte! Pero no duró. Nada dura. Él creció, me sobrepasó, y hablaba hacia mis pies. Luego se fue de casa. Eso es lo que ocurre. Soy invisible, tan terriblemente común, y tan horriblemente diferente. Conozco a unos cuantos, los conozco mejor que ellos me conocen a mí. Creen conocerme, pero se equivocan. Se equivocan en todo.

Pasaron unos días antes de que la desaparición de Andreas se publicara en los periódicos. Compañeros suyos del trabajo han salido diciendo cosas positivas sobre él, como se hace siempre. Nadie va a tener que sentirse mal luego en caso de que lo encuentren muerto. La palabra cuelga entre las líneas del periódico como una bacteria venenosa. Nadie se atreve a pronunciarla en voz alta, podría hacerse realidad. ¿Si creen que se ha quitado la vida? «No, no, por Dios, Andreas no. Él se paseaba tranquilamente por la vida. No se habría ido por voluntad propia, tampoco tenía enemigos.» «Pues sí, es verdad, corría algún que otro riesgo, cosas inocentes, de las que hacen los chicos. Una o dos cervezas las noches de sábado. Eso no es un delito, ¿no? Estamos muy preocupados.» Posan ante el fotógrafo del periódico e intuyen la sensación, la de que a lo mejor conocen a alguien que ha muerto en circunstancias misteriosas. Porque si de repente apareciera en perfecto estado, si solo hubiera ido en barco a Dinamarca para correrse una juerga, qué anticlímax sería. Pudiendo haber sido algo grande. Yo no les he decepcionado.

He apagado todas las luces de la casa, excepto la del baño. Andreas se descompondrá pronto. Como un trozo de carne que dejamos en la encimera. Cambia de color, se pone blanda, como gelatinosa, y luego empieza a oler. En un determinado momento la carne se vuelve venenosa. Yo también soy venenosa ya, tal vez huelo distinto. Yo, que soy tan cuidadosa con esas cosas. Jabón y desodorante. Me lavo el pelo a menudo. Y los suelos. Los cristales están relucientes. Todos los pomos están limpios. Pero yo misma soy un trozo de carne podrida. No quería que esto ocurriera.

—¿Matteus?

El niño oyó la voz un segundo después de que se cerrara la puerta. Se puso inmediatamente a buscar la bolsa de chuches en el bolsillo. ¿Su madre se daría cuenta y le diría algo?

—Sí —contestó en voz baja, haciendo crujir la bolsa.

Su madre salió del cuarto de estar y fue a su encuentro. La mejilla del niño se apretó sobre el pecho de la mujer.

—¿Te has encontrado con alguien por el camino?

—Mi chaqueta estaba debajo de todas —se apresuró a decir.

Fue una respuesta demasiado rápida. Ella sospechaba algo.

—El abuelo está aquí.

Matteus se lanzó directamente a los brazos abiertos. Y luego voló, voló como el viento, casi hasta el techo.

—Ten cuidado con tu espalda —dijo Ingrid a su padre.

Y luego sonrió. Tras muchos años solo, el hombre había levantado cabeza, se había estirado del metro noventa y seis a los dos metros, al menos esa era la impresión que daba. Debido a una mujer.

—Vienes con diecisiete minutos de retraso —dijo Sejer mirando fijamente a su nieto.

—Mi chaqueta estaba colgada debajo de todas —repitió Matteus.

—¿Ah, sí? —Sejer sonrió—. Y todas las presillas se habían enganchado, ¿no?

Una fina red de líneas apareció en su rostro conforme crecía la sonrisa. No había nada que le entusiasmara tanto como ese nieto de color chocolate. Cuando estaba con él se quedaba completamente atontado, enternecido, las rodillas casi le flojeaban. Eso era inquietante teniendo en cuenta en qué consistía la vida y todo lo que podía pasar, tema del que él sabía mucho. El niño se metió por debajo de su brazo y lo agarró de las manos desde atrás.

—¡Hazme la llave de policía! —le pidió entusiasmado.

—Ya te daré yo llave de policía —dijo el abuelo, y le dio vueltas en el aire, lo cogió y lo llevó al sofá—. ¿Prometes decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Matteus chilló de regocijo. Ingrid los contemplaba, apoyada en el marco de la puerta. Sejer la miró. Tenía la espalda arqueada de una manera que le recordaba a la madre.

—¡Te has olvidado de la hora porque te lo estabas pasando muy bien! —aventuró, mirándolo fijamente a los ojos marrones—. Te olvidaste de la voz de mamá.

—No —gritó Matteus, poniéndose boca abajo.

—Te encontraste con un perro sin dueño por la calle. Te quedaste sentado en la cuneta acariciándolo mientras pensabas en cómo pedirle a mamá que te dejara que te lo quedaras. Un desaliñado perro callejero. ¿Tengo razón?

—¡No, no! —volvió a gritar el niño. Cogió un cojín y se lo puso sobre la cabeza.

—Te encontraste con una pandilla de chicos de mierda que no te dejaban pasar.

Se hizo el silencio. Ingrid miró extrañada a su padre, y luego a su hijo, que se había encogido, convirtiéndose en una pelota de vaqueros y terciopelo.

—Estaban dentro de un coche.

—¿Quiénes?

Ingrid se acercó a él de un salto.

—Relájate —dijo Sejer—. El niño está aquí.

—¿Qué te hicieron? ¡Cuéntamelo!

—Nada.

El niño hablaba a los cojines del sofá.

—¡No me mientas!

—¡No me gusta mi nombre! ¡Matteus es un nombre tonto! —gritó, tirando el cojín al suelo. No lloraba. Casi nunca lloraba. Había entendido rápidamente que era diferente, que de él se esperaban otras cosas. Que lo mejor sería moverse tranquilamente y no hacer demasiado ruido. Con ese color, además del nombre, era demasiado para la gente.

—Quiero saber lo que te hicieron —repitió la madre.

—Ingrid —dijo Sejer—, si no te lo quiere decir, tiene derecho a guardárselo para él.

Matteus se aclaró la garganta.

—Me preguntaron por el camino de la bolera. Pero sabían dónde estaba. Luego volvieron. No me hicieron nada.

Se acercó a la nariz la bolsita de chuches que tenía apretada en la mano y la olió. Contenía Coca-Colas ácidas, gominolas y nubes.

—Perdóname —dijo la madre en voz baja—. Lo que pasa es que me preocupo mucho.

El inspector Konrad Sejer cogió a su nieto y se lo sentó sobre las rodillas. Husmeó su pelo rizado y pensó en el futuro, concentrándose al máximo para interpretar las oscuras imágenes que veía, aún lejanas.

—Dijeron que llevaba una chaqueta muy chula —dijo Matteus riéndose.

—Lo que hay dentro es mucho más chulo —dijo Sejer—. Acompáñame a la puerta. Tengo que volver a casa.

—No te vayas. Kollberg no está solo, lo sé.

—Quiero ir a casa, con Sara.

—¿Ella va a vivir contigo? ¿Y dónde voy a dormir yo cuando vaya a tu casa?

—Ella no va a vivir allí. Vive con su padre. Porque él está enfermo. Pero viene a verme, y algunas veces se queda a dormir. Si está ella cuando tú

vengas, tendrás que dormir en el suelo. Completamente solo. En un colchón de gomaespuma.

Matteus parpadeó asustado. Seguía jugueteando con la mano de su abuelo. Ingrid tuvo que girarse un poco, riéndose.

—No estará tan gorda que no haya sitio para todos, ¿no? —preguntó, lleno de esperanza.

—No —contestó el abuelo—, ella no está gorda.

Sejer acarició un poco tímido el brazo de su hija y salió al patio. Dijo adiós a Matteus desde la puerta. Condujo lentamente el coche hacia su casa. Más adelante se acordaría de eso, de los pocos minutos que tardaba en ir de casa de su hija a la suya. Su vida había sido ordenada, previsible y segura. Solitaria, tal vez, pero tenía al perro. Un leonberger de setenta kilos, sin ningún tipo de amaestramiento. En realidad eso le daba un poco de vergüenza. Sara también tenía perro. Un pastor alemán bien amaestrado. A Sejer no le gustaban las sorpresas. Estaba acostumbrado a estar siempre a la altura. Tenía casi todo. Buena reputación. Respeto. Y después de muchos años de viudedad, tenía a Sara. La vida ya no era previsible. Ahora ella lo estaba esperando. Habían invitado a cenar a Jacob Skarre, un agente de policía más joven, que a Sejer le caía bien, y al que curiosamente consideraba un amigo, aunque podía ser su hijo. Pero le gustaba relacionarse con alguien que aún era joven. Y había de admitir que le gustaba tener a alguien que escuchaba, que todavía tenía algo que aprender. No había tenido ningún hijo. Bueno, ya había terminado con su secuencia de pensamientos.

Frenó con suavidad en el cruce con semáforos. «Sara está en la cocina. Se ha vestido de fiesta, no excesivamente, solo un poco. Se ha puesto un vestido —pensó—. Se ha cepillado el largo flequillo rubio. Ella no se estresa. Sus movimientos son lentos y suaves, como yo conduzco el coche por la ciudad. Su nuca. Se estremece. El corto pelo rubio sobre la piel lisa. Los hombros

anchos. Ella mira el reloj porque me espera ya, y Jacob llegará en cualquier momento. La cena está lista, y si no lo está, ella no se pone nerviosa. Ella es algo muy especial. Está siempre a la altura. Es mía.» Se puso a tararear una canción de Dani Klein, «Don't Break My Heart.» Y entonces se miró en el espejo. Por un momento se asustó al ver lo canoso que tenía ya el pelo. Sara era tan rubia y con la piel tan tersa... «Bueno, bueno. Soy un hombre adulto», pensó Konrad Sejer mientras maniobraba con el coche dentro del garaje del inmueble. Optó por la escalera, aunque vivía en la planta 13. Le importaba ya bastante mantenerse en forma, y tal vez le diera tiempo a darse una ducha rápida. Subió corriendo sin perder el aliento. En el momento de bajar el picaporte de la puerta oyó el alboroto del perro, que salía a su encuentro con la lengua fuera. Abrió un poco y silbó. El animal se puso sobre dos patas y lo acorraló contra la pared. Acabó mojado por todas partes. Tendría que ducharse sí o sí. El perro trotó despacio hasta el cuarto de estar. Sara gritó hola.

Entonces percibió el olor. Se quedó un momento husmeando. Notaba más olores que venían de la cocina, nuez moscada y queso derretido. Pan blanco recién hecho en el horno. Seguía oliendo al perro, que le había lamido por todas partes. Pero ¡lo otro! Ese olor extraño que venía del cuarto de estar. Dio unos pasos, echó un vistazo en la cocina. Sara no estaba allí. Siguió, el olor se hizo más intenso. Ella estaba sentada en el sofá, con los pies en la mesa baja. Sejer oyó una música suave que procedía del tocadiscos. Billie Holiday, «God Bless the Child». Sara se había pintado los labios y llevaba un vestido verde. Su pelo brillaba, rubio y lustroso, y él pensó: «Está guapa, no es eso». Pero siguió mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en voz baja. No había rastro de preocupación en su voz.

—¿Qué estás haciendo? —tartamudeó él.

—Me estoy relajando —contestó con una sonrisa radiante—. La cena está lista. Ha llamado Jacob, está a punto de llegar.

«Huele a hachís —pensó Sejer—. Aquí, en mi cuarto de estar. Conozco ese olor, es muy especial, no me equivoco.» Se quedó mudo, un animal sin habla, un pez en tierra. El olor flotaba por toda la habitación. Miró inquieto hacia la puerta del balcón, se acercó y la abrió. ¡Estaba tan sorprendido, tan terriblemente desconcertado!

—Konrad —dijo ella—. Estás muy raro.

Él se volvió lentamente.

—Eh, qué va. Es que me he acordado de algo. —La voz no le obedecía del todo. Intentó pensar. Jacob podía llegar en cualquier momento. Sara no tenía pinta de estar drogada, pero quizá la tuviera más adelante. Jacob pensaría que él estaba al corriente de todo, y no era así. ¿Qué coño podía hacer? «Ella es psiquiatra —pensó—, trabaja con gente muy enferma, muchos destrozados precisamente por la droga, heroína y éxtasis, y ella ha estado aquí drogándose. En mi sofá. Yo creía que la conocía. Pero no es así, y sin embargo... ¡Justo tenía que ser esto!» La arruga de su frente estaba más pronunciada que nunca.

Ella se levantó de repente. Le puso las manos en el pecho y se estiró sobre las puntas de los pies. Todavía quedaba distancia.

—Pareces preocupado. Por favor, no lo estés.

Lo único que notó fue el olor a caramelo del lápiz de labios de Sara. Tragó saliva rápidamente y sonó un clic en su garganta.

«¿Por qué me convierto en un niño en los brazos de esta mujer?», pensó. Y luego, en voz alta, oxidada, dijo:

—Aquí huele raro, ¿no crees?

Sara se rio, algo pícaro.

—Se me ha caído una nuez moscada en la musaka, y no la he encontrado.

Sejer se miró fijamente los pies. Ya no le daba tiempo a ducharse. Jacob llamaría enseguida a la puerta. El aire fresco de septiembre entraba a chorros en la habitación. Billie Holiday cantaba. No sabía si seguía oliendo, la habitación se fue enfriando lentamente. «La ley noruega —pensó—. Según la ley noruega.» Sonaba ridículo. «A ella le podía decir todo —pensó—, pero esto no.» De repente se le ocurrió que esa mujer seguía sus propias leyes, y sin embargo tenía una moral más elevada que la de todos los que él conocía. Se sentía como un colegial. Se dio cuenta de que había muchas cosas que no conocía, que no había probado. Sentía curiosidad por las personas, quería saber de ellas, saber cómo eran y por qué eran así. Quería entender, no juzgar a primera vista. Pero en ese momento notaba algo vacilante en su interior. Sonó el timbre. Sara fue a abrir. Jacob era astuto, no era un colegial, aunque tenía pinta de serlo. ¿Seguía allí el olor? Su mirada se detuvo en la foto de Elise en la pared, frente a él. Ella le sonreía. No tenía preocupaciones. Desapareció para Sejer por un instante, estaba más muerta que de costumbre. Le costaba más meterse dentro y sacarla, su voz, su risa. Era una especie de nueva tristeza, que ella estuviera a punto de desaparecer de un modo diferente. Aquello no acabaría nunca. Salió al balcón. Le gustaban ese aire fresco de otoño y los colores nítidos. Más que el verano. Tomó aliento varias veces. Pensó que debería hacer más ejercicio, le quedaba aún algo de vida. Matteus crecería negro en un mundo blanco. Él, su abuelo, tendría que estar allí. Sejer sacudió la cabeza, algo confundido. No entendía esa repentina tenebrosidad. Se volvió cuando Jacob Skarre se acercó a él.

—¡Qué bien huele!

—¿A qué te refieres? —preguntó Sejer, nervioso.

—Al olor que viene de la cocina —contestó Jacob.

Comieron, bebieron y hablaron de trabajo. Sara contó historias del hospital Varden, donde era jefa de unidad. No estaba en absoluto drogada, al menos él

era incapaz de notarle nada. Pero la miraba de reojo de vez en cuando, y observaba a Jacob más minuciosamente que de costumbre. Lo que ocurría era que Jacob tenía muchísimo tacto. Si hubiera notado algo, nunca lo habría dicho. ¿Debería mencionárselo cuando estuvieran solos? Pensaba en eso mientras el joven agente relataba un episodio de disparos. Era bastante horrible, y sin embargo una vieja historia que se repetía constantemente con pocas variaciones. Pero Jacob necesitaba consultar a su dios, intentando buscar un sentido a algo que no lo tenía. Porque no lo tenía. No había ningún objetivo, no era parte de ningún plan que les habría conducido a algo bueno. Sejer estaba casi seguro de eso.

—Era un grupo de jóvenes que iba a celebrar una fiesta. Todo se desarrolló como siempre. Los chicos fueron a por bebidas y luego a por las chicas. Uno de ellos, Robert, tenía un estudio. Y equipo de música. El dueño estaba fuera, la ocasión era perfecta. Se trataba de drogarse, pillar a una chica, darse el lote y presumir de ello al día siguiente.

Skarre miró a Sejer con los ojos más azules del mundo.

—Algunos también se fumaron un porro. No eran drogadictos; resulta casi decadente fumarse un poco de hachís en momentos festivos, y tampoco es un gran crimen en nuestra época. En resumen: todo acabó en la más profunda desgracia. Borracheras y disputas. Robert fue a por un rifle y le pegó un tiro a su novia directamente en la cara. Ella se llamaba Anita y tenía dieciocho años. Murió en el acto.

Skarre se detuvo y concentró la mirada en su copa de vino, sosteniendo correctamente el pie de la misma para no dejar marca en el cristal. Resultaba curioso lo atento que era ese chico.

—Eran jóvenes normales y corrientes —le contó a Sara—. Sé que suena como si fueran una pandilla de depravados, pero no era el caso. Todos tenían

trabajo o estudiaban. Provenían de hogares decentes. No habían cometido ningún delito.

Se puso a dar vueltas al vino en la copa.

—En cierto modo resulta imposible de comprender, ¿verdad? Salvo que sea algo que se apodera de ellos. Algo que viene de fuera.

—No puede culparse al diablo —dijo Sejer con una sonrisa.

—¿No?

—¿El diablo no ha sido excluido oficialmente de la Iglesia noruega? ¿No se ha decretado que no existe?

—Es la mayor metedura de pata jamás cometida por los seres humanos —dijo Skarre meditabundo.

—¿Por qué? —quiso saber Sara.

—Si no creemos en él, tampoco lo reconocemos cuando aparece de repente.

—¿Echarle la culpa al diablo? Por Dios. ¡Causaría buena impresión en el juzgado!

—No, no —dijo Jacob sacudiendo la cabeza—. Intentad verlo de esta manera. Nos encontramos constantemente con el diablo. La cuestión es cómo lo afrontamos. —Se calló unos instantes—. En realidad no creo en el diablo —dijo con una sonrisa—. Pero de vez en cuando me asalta la duda. Por ejemplo, cuando vi la foto de Anita. Lo que quedaba de ella. O el rostro de Robert a través de la ventanilla de la celda cuando fue arrestado. Él es una buena persona.

—Somos buenos y malos, Jacob —dijo Sara—. No una u otra cosa.

—Sí. Algunos son buenos en el fondo. Otros cínicos. Me refiero a esa tónica fundamental que existe en cada ser humano. En Robert es buena. ¿No estás de acuerdo, Konrad?

Sí, estaba de acuerdo. Y no lo entendía. Se quedó levantado, permitiéndose una hora más. Sara y Jacob vivían en la misma dirección, así que compartieron un taxi. Se tocó el muslo, que era la señal para que el perro pudiera acercarse y tumbarse a sus pies. Los pensamientos volaban. Matteus, Sara, Jacob, Robert y todo lo que estaba sucediendo. Pero en el fondo la vida no estaba mal. Tuvo que admitir que el vino tinto contribuía a su manera. Tenía lo que necesitaba y un poco más. Matteus se las apañaba, todos estaban sanos, él se hallaba a gusto en su trabajo. Y lo de Sara tendría que resolverlo. Más adelante. Levantó la cabeza y miró a Elise. Como en la casa ya reinaba el silencio y nadie podía verlo, la dejó acercarse lentamente.

También Ingrid Sejer estaba levantada. Había acostado a Matteus a las ocho, le había cantado y lo había envuelto en el edredón. Luego fue a buscar la mochila del niño para comprobar que no faltaba nada. Libros y ropa de gimnasia. Estaba cuidadosamente cerrada, con las correas fijadas en el agujero de más adentro. Se la llevó al cuarto de estar. La abrió. Revisó los libros, comprobó que el lápiz tuviera punta, que la goma de borrar, el pegamento y las tijeras estuvieran en su sitio. Una hoja doblada cayó al suelo. No reconoció el papel azul. Quizá fuera un mensaje de la profesora para ella.

VOI A ACERTE TRES RAJAS ROJAS EN LA ESPALDA Y VOI A
HECHAR SAL EN EYAS PARA QUE TE ESCUESA.

¡MALDITO NEGRO!

Como ya he dicho, Andreas era guapo. Tenía una piel perfecta. Clara y lisa, con rubor en las mejillas. Y limpia. Siempre he sido consciente de la importancia de la limpieza, lo aprendí muy pronto. Nunca dejo nada por ahí sin colocar, ni fuera, ni dentro. Salgo por las noches a comprobarlo. Los vecinos no cuidan demasiado ese aspecto, he visto de todo, desde partes de arriba de biquinis hasta tazas de café sucias en sus mesas. No quiero decir que sea una catástrofe, pero no lo entiendo. Que desde la ventana puedan verse las tazas sucias y sin embargo irse tranquilamente a dormir. Yo, por mi parte, siempre tengo consideración con los demás, opino que hay que tenerla. Al fin y al cabo, no estamos aquí solos.

Estoy sentada en el sillón rojo, escuchando en la oscuridad. Aunque reina el silencio, de vez en cuando me parece oír algo fuera. Un aviso de todo lo que vendrá. Una corriente silenciosa de gente llegando a mi casa, extrañada. Ingemar no va a echarme de menos, pero cumplirá con su deber. Pondrá una esquila en el periódico. Avisará a mis dos hermanas, que viven muy lejos, pero que me escriben para Navidad. Todo en orden. Mantenemos el contacto como las demás personas.

En realidad los seres humanos no tenemos miedo a la muerte, solo a ser olvidados. Sabemos que seremos olvidados y la idea resulta insoportable, ¿verdad que sí? Conforme vaya pasando el tiempo visitaremos cada vez con menos frecuencia la mente de los que quedan. Los que vacían tu casa y se reparten lo que hay. Tiran la basura. Y se olvidan. Si supieras que todas las noches alguien encenderá una vela y te dedicará unos pensamientos, recordándote por unos breves segundos. Entonces podríamos abandonar la tierra en paz. Nadie encenderá una vela por mí. ¿Quién iba a hacerlo? Me las he apañado de tal manera que

seré mencionada con horror y extrañeza. Como una de esas historias urbanas. Quizá salga una foto mía en el periódico. He quitado de aquí todas menos una, en la que estoy casi joven, tendría unos cuarenta años. Lo peor de morir no es la muerte ni el entierro —no hay nada más ordenado que eso: muerte y entierro—, sino las horas de antes, cuando caes en manos de los vivos. Ellos no son más que seres humanos. Me imagino algunas de las palabras que dirán. No voy a reproducirlas aquí, pero se dirán. Los conozco.

Andreas deambulaba sobre sus largas piernas, Zipp andaba con decisión a su lado. Iban camino del río. No les preocupaba si era el monótono murmullo o las luces que brillaban en el agua negra, pero el agua atraía. El aire era húmedo y Zipp se calentaba las manos en los bolsillos de la chaqueta. Encontraron un banco, se sentaron y permanecieron en silencio. Cuando fluye el agua delante de tus ojos no hace falta hablar. En lugar de eso se imaginaban cada uno por su lado cómo sería caerse dentro, luchar contra la corriente y el frío del agua. Hubo un momento de profunda gravedad. Zipp pensaba apenado en la chica del jersey a rayas. Se rascó irritado la ingle.

—Una última jarra estaría muy bien ahora.

Andreas asintió con la cabeza y miró la corriente con los ojos entornados. Algo negro y pesado que nunca rompía a hervir. Habían gastado ya el dinero de Gina.

—Si hubiese pasado por aquí una vieja con bolso se lo habría quitado, joder —dijo—. Se lo habría quitado y habría salido corriendo.

—Ya hemos hecho bastante por hoy —murmuró Zipp—. Además, las viejas están ya durmiendo.

Volvieron a callarse. Se oía un lejano murmullo procedente de la plaza

detrás de ellos, risas y tacos. Muchos estaban borrachos después de haber bebido toda la tarde para hacer acopio de valor y confianza en ellos mismos, y ahora salían a exhibirse, listos para el combate, por así decirlo. Había tentativas de empujones en la cola para los taxis y les llegaba alguna que otra palabra suelta. «Orangután.» «Maldito turco de mierda.»

—Mierda —dijo Andreas de repente—. Desplumemos a alguien.

—¿A quién?

—A quien sea.

—Tranquilízate.

Zipp era incapaz de entender lo que le estaba pasando a Andreas. No se comportaba como de costumbre. Algo le estaba mordiendo por dentro. Se volvieron a la vez y contemplaron la ciudad en busca de un animal herido, una presa fácil. Pero la mayoría se defendía razonablemente bien. Incluso era posible que alguno atacara. En su deseo de desfogarse tenían incluso miedo, miedo de sus propios planes, que se estaban insinuando muy dentro de ellos. Un sentimiento intuitivo de las consecuencias que aquello podía acarrear. Como si se estuvieran acercando al final de un proceso iniciado mucho tiempo atrás. El miedo les proporcionaba una dosis de adrenalina. Era una buena sensación. Estaban acercándose a la parada de taxis. Pasaron por delante de la carpa de la cerveza, que seguía allí, ahora con calefacción incorporada. Chasquearon irritados la lengua al escuchar las risas y el entrechocar de vasos. Cruzaron la calle principal y pasaron por delante de la fachada del ayuntamiento. Zipp descubrió que se estaban acercando a la iglesia. Andreas iba delante, él detrás. No entendía muy bien qué harían allí arriba, en el cementerio. Nadie estaba arreglando las tumbas a esas horas. Ninguna vieja con el dinero de la pensión en el bolso. La iglesia se erguía sobre una colina encima de la plaza y era sin duda el edificio mejor ubicado de la ciudad. Allí habría estado el palacio si la ciudad hubiera tenido un rey,

pensó Zipp, mirando de reojo a Andreas. Caminaron por entre las tumbas leyendo las inscripciones de las lápidas. «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Andreas iba con los brazos en jarras mirando fijamente los textos. Zipp daba patadas en la tierra, desconcertado.

—Aquí termina —dijo Andreas en voz baja.

Zipp lo miró boquiabierto.

—¿Qué quieres decir?

—Todo. Lo que somos nosotros.

Zipp miró confuso a su alrededor. Les rodeaban el silencio y la oscuridad.

—¿Qué te pasa? No vayas a trabajar mañana —sugirió a su amigo—. Podríamos salir de la ciudad haciendo autostop. Nos inventamos algo. Vámonos a Suecia, joder.

—He faltado demasiado.

Zipp se fijó en el desánimo de la voz de Andreas. Definitivamente algo iba mal. De repente, se puso nervioso.

—Por el momento vivo un poco de la caridad del jefe —prosiguió Andreas—. Tengo que tener cuidado.

—Pero tu jefe es una tía. No entiendo cómo puedes dejarte dirigir por una tía.

—El jefe es el jefe. Es ella la que me paga.

—¿Y si le ofrecieras algo en especie? ¿Un polvo por día libre?

—Hay un límite.

—¿Dónde está ese límite?

—En las varices y el bigote.

—¿Y la Mujer? A ti te gustan así, ¿no?

Andreas no contestó.

—¡Oye! —Zipp no pudo resistir la tentación, a la vez que intentaba hacer reír a su amigo—. ¿Te acuestas en una piel de oveja o qué?

Andreas lo miró con cara seria. Zipp no pudo controlar la risa, se imaginó a Andreas tumbado desnudo sobre una piel de oveja. Y a una vieja con pincel y bata de pintor. Se tronchaba imaginándose, tal vez tuviera una pelota de colores en las manos. O una naranja. Y se rio aún más. Daba alaridos en el silencio entre las tumbas, estaba doblado de risa, jadeando en la hierba. Algunas sacudidas a través de la nariz respingona, seguidas de una tos ronca hacia dentro, y luego más sacudidas. Andreas esbozó una sonrisa forzada, se sacó las manos de los bolsillos, dio un salto hacia delante, cogió a Zipp por la chaqueta y se puso a darle golpes. No con fuerza, por Dios, eran amigos, pero Zipp estuvo a punto de perder el equilibrio. Dio unos pasos vacilantes hacia atrás levantando las manos, en un tímido intento de defenderse. No se libraba de la cómica imagen; siguió riéndose hasta que se le saltaron las lágrimas, mientras intentaba mantener a su amigo a distancia. Andreas intentó otro asalto. Se lanzó hacia delante, había hierba en el suelo, Zipp se cayó pero sin hacerse daño, seguía luchando con esa tremenda risa. Entonces vio la cara de Andreas. Había algo diabólico en su expresión, como si estuviera fuera de control. ¡Y ahora estaba encima de él, joder! Andreas estaba decidido, su fuerza era pura determinación y Zipp estaba totalmente desarmado por el ataque de risa, preguntándose qué le esperaba. Una bofetada o un rodillazo en el estómago. Andreas tenía un aspecto extraño. Zipp pensó que iba a soltarlo, pero eso no sucedió. Mientras miraba fijamente a Andreas entre lágrimas de risa, intentaba recordar lo que había dicho para provocar tal seriedad en esa cara que tan bien conocía. Esa cara que estaba tan cerca. Los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas, los dientes que lucían blancos en la oscuridad. Zipp notó la respiración caliente contra su barbilla. Andreas le había inmovilizado los brazos y lo tenía boca arriba, desamparado, con sus vaqueros estrechos. Y entonces, despacio, Andreas empezó a embestirle rítmicamente. Zipp lo miró asombrado, incapaz de entender lo que estaba haciendo. Él no era muy rápido

y Andreas estaba como muy lejos, mientras lo embestía sin cesar. De repente se detuvo. Sus ojos volvieron a ver y miraron a Zipp con una enorme vulnerabilidad. Lo soltó. Zipp se quedó tumbado, intentando entender. Y entonces, antes de que le diera tiempo a reponerse, notó la mano de Andreas entre los muslos. Empezó a acariciarle, esa mano estrecha le acariciaba sin parar. Le pilló por sorpresa. Notó asustado cómo se le venía encima el deseo, y algo terrible lo alcanzaba como un trueno por dentro, un miedo tan grande que estaba a punto de reventar. Por fin, desde el fondo de su alma, consiguió gritar. Le subió desde los pies y le recorrió el cuerpo hasta que lo soltó en la cara de Andreas, sin aliento, y de un inmenso salto consiguió ponerse en pie. Siguió gritando, bramidos desarticulados en una voz que él mismo no reconocía. ¡Cerró los puños, dispuesto a abatir lo que fuera, a destrozar y romper en pedazos!

Andreas se levantó muy despacio, sin apartar la mirada. Zipp era un animal furibundo, listo para el ataque. Andreas se mantenía a una distancia segura, siguiéndolo con la mirada, preparándose, en ese momento Zipp era más fuerte, lo bastante fuerte como para matar. Un pequeño error, y mataría con las manos.

—Mierda, Zipp —susurró—. No era mi intención.

—¡Cállate! ¡Cállate la boca, maricón de mierda!

—No era mi intención...

—¡No quiero oír nada! No quiero saber nada. ¡No me toques, joder!

Andreas levantó de repente la voz. Por muy extraño que fuera, Zipp notó un enfado detrás de las palabras.

—¡Simplemente es así! ¡Siempre ha sido así!

Había una súplica en sus ojos. Zipp se sentía totalmente desconcertado. Nunca se había imaginado eso, ni en sus más remotas fantasías. Cualquier otra cosa. Que era terriblemente exigente con las chicas, que prefería a

mujeres adultas, todo eso estaba bien, era propio de él, pues encajaba con el resto de su persona. Pero ¿marica?

—La Mujer —susurró ansioso—. ¿No es más que un jodido farol?

—Así es. —Andreas se miraba los zapatos—. Ella es una coartada.

—¿Qué coño estás diciendo! ¿Una coartada?

—Tú te lo creíste, ¿a que sí?

—¿Te acuestas con tías o no?

Zipp no lograba controlarse, sus sentimientos eran un caos. Ni siquiera era capaz de ver lo más obvio, no había entendido absolutamente nada, pero era evidente. Andreas nunca había mostrado interés por las mujeres, y él, como el idiota que era, había estado ciego como una gallina. Una miserable gallina.

—Me acuesto con ella. Pero no es más que una coartada.

Por fin se hizo el silencio. Un foco que había junto a la pared de la iglesia lanzaba una luz blanca al trozo de tierra en el que se encontraban, uno inclinado hacia el otro, con los puños cerrados. Zipp tenía la sensación de que todo había sido puesto en escena por alguien más arriba. Alguien los había colocado allí, alguien le estaba poniendo las frases en la boca. Y eso que había sentido. El deseo cuando Andreas lo tocó, y luego las ganas de destrozarlo. Pateaba el suelo, desconcertado. No quedaba nada más por hacer que marcharse. Todo eso le resultaba demasiado difícil. Si lo hubiera sospechado, pensado un par de veces, habría podido estar preparado. Pero si se marchaba ahora, todo habría acabado. Para siempre. Él lo sabía y Andreas lo sabía. Seguía esperando con los puños listos para el ataque, o para defenderse si hacía falta. A partir de ahora tendría que vivir con la certeza de que Zipp lo sabía. De que tal vez se chivara. Y Zipp tendría que vivir con lo que Andreas había hecho. Por unos segundos el deseo le había ardido por dentro. Al fin y al cabo era una mano como todas las demás manos, como la mano de una chica. ¡Aquello de allí abajo entre las piernas vivía su propia

vida, joder! ¿Cuál era en realidad la diferencia? ¿Había alguna diferencia? ¡Le entraron ganas de volcar todas las lápidas, de arrancar todas las plantas, de aplastar la ciudad entera!

—El que tú... —tartamudeó Andreas—. El que hayas reaccionado así no significa nada. Es completamente natural, todas las personas...

—¡Cállate! —Zipp estaba muy alterado. Todavía seguía allí—. ¡Sé muy bien que no soy marica, joder! No hace falta que tú me lo digas. ¡Mierda, Andreas, cállate la boca!

Se tiró del pelo y de repente se puso a sollozar por lo bajo mientras se secaba mocos y lágrimas, viendo lucir en la oscuridad la camisa amarilla de Andreas. ¡El mundo estaba en ruinas, pero esa jodida iglesia seguía allí en pie, y quería destrozarla! No podía ir por el mundo con un marica. La gente podía enterarse y entonces, claro, pensarían que sí, que él también lo era. Eso es lo que la gente pensaría. Que eran novios o algo por el estilo, que llevaban años dándose por el culo. Se dio la vuelta y se marchó. Llegó a la esquina de la iglesia.

En la parte de delante había un banco. Se sentó en él, necesitaba reflexionar. ¿Ir a casa a acostarse después de aquello? No se podría dormir con todo el futuro hundido en la oscuridad. Durante años había vivido en una mentira, engañado. A lo mejor Andreas lo había deseado siempre, a lo mejor había sido un eterno visitante en sus sueños cuando se encontraba en el calor, debajo del edredón. Le temblaban los hombros. Lloró en silencio. Andreas marica. Eso significaba entonces que cualquiera podía ser marica, porque por fuera no se notaba. Otra gente que conocía, gente normal y corriente. Incluso chicas. Pensó en Anita. Que Robert había sido una coartada. Él y todos con los que ella había follado. Pero Anita estaba muerta, así que no importaba nada. Quizá nadie era lo que pretendía ser. ¿Lo era él mismo? ¡Sí, joder! Un buen amigo. ¿Era un buen amigo? ¿En serio esperaba Andreas que no le diera

la espalda? Eso sería demasiado pedir. Pero al mismo tiempo se trataba de una amistad, ¿no? ¿Y todos esos años? Necesitaba tiempo. Unos días para pensar. Pero no estaba acostumbrado a solucionar problemas pensando. Además, tenía frío. Escuchó unos pasos que se arrastraban detrás de él. Sabía que era Andreas. Pensaba que habría elegido otro camino. Zipp miraba la gravilla fijamente. Quería salir de esa situación, volver a la que tenían antes, pero comprendía que no podía ser, que tenían que encontrar una nueva manera. ¿Qué diría la gente si de repente dejaban de tratarse? Siempre habían estado juntos. Comprendió que justo eso fomentaría las habladurías. Primero se diría como una broma. «¿Lo has oído? Zipp ha roto con Andreas.» El rocío le había mojado los zapatos. Tenía los pies helados.

—¡Si vuelves a hacerlo te mato!

Andreas abrió las manos.

—¡No lo haré nunca más!

Se encogieron de hombros. Zipp se levantó, casi mecánicamente. Empezaron a andar los dos en el mismo segundo, pasos lentos hacia el portón de piedra. En cuanto salieron fue como si algo se cerrara detrás de ellos, desapareciendo para siempre en la oscuridad entre las tumbas.

Zipp se limpió la nariz. Creció en su propia generosidad cuando dijo:

—¡Joder! La gente no entiende nada. Odio esta ciudad.

Andreas asintió con un gesto de la cabeza. ¿A que esa era una ciudad de mierda? ¿No vivía gente decente allí o qué? ¿Qué sabía la gente sentada en sus calentitos cuartos de estar viendo culebrones y poniendo verde a todo el mundo de menos de veinte años, qué sabían ellos de lo complicado que era todo? ¡Maldita gente de mierda! ¿Y qué decía Roy Batty cuando las cosas iban de mal en peor? «Mi mejor y único amigo.» Y luego, a través de la oscuridad, dos voces frágiles:

—No vas a chivarte, ¿no?

—No.

Todo había acabado. Por un instante se habían asomado a un precipicio desconocido que había vuelto a cerrarse. Solo unos minutos después caminaban como antes, uno al lado del otro. Zipp comprendió que Andreas lo necesitaba. ¿Acaso no acababa de responder a su amigo con el máximo respeto? Y entonces ¿qué podría él exigir a cambio que nunca había recibido?

¡EL MÁXIMO RESPETO!

Le sonaba por dentro un canto, una sensación completamente nueva. Ya no se dejaría hundir por nadie. La relación cambiaría, necesariamente, a mejor. Andreas era más guapo, más listo, más popular, tenía más dinero y ropa más bonita, pero ¡joder, era marica! La palabra provocó en Zipp la siguiente asociación: arañazos en el ano, vaselina y mierda debajo de las uñas. ¿No era eso lo que siempre había creído? En realidad la vida estaba muy bien. Él era completamente normal. En ese instante se acordó de aquel tremendo deseo que acababa de sentir bajo la mano de Andreas. Pero joder, lo había doblegado, y ¿acaso no se encontraba en su edad más activa, hirviendo de ganas y vitalidad? Y nadie los había visto. Compartían destino, una extraña experiencia, algo fuerte e inquietante, pero habían encontrado otra cosa. Algo mejor. Estaba seguro de ello. No, seguro no, pero tenía la esperanza de que así fuera. Esa clase de esperanza que solo puede tener un joven de dieciocho años.

Dieron la espalda a los muertos y se dirigieron al centro. Andaban en silencio. Camino de algo cruel, algo verdaderamente terrible, peor de lo que acababa de suceder. Los dos habían dado un traspié, pero se habían enderezado. Ponían cara de pocos amigos a todos con los que se cruzaban, se metieron por calles estrechas, caminando con las manos hundidas en los bolsillos. El cuchillo de Andreas oscilaba en su cadera. Tenían que buscar un recuerdo de esa noche que eclipsara lo otro. Cuando más tarde pensarán en

ello podrían referirse a eso otro sabiendo de lo que se trataba realmente, de esa jodida tarde en que habían acabado en la hierba el uno encima del otro. Zipp recordaba las afiladas caderas contra sus muslos. Tragó saliva, quería continuar. Era ya cerca de medianoche. Tenían que alejarse del centro y dirigirse hacia un barrio más tranquilo. Miraban todo, pero evitaban mirarse el uno al otro, era demasiado pronto. Tal vez al día siguiente. La noche los ayudaría a llegar hasta allí. Pasaron por delante del cine que había a mano izquierda y cruzaron la calle. Allí se encontraban el quiosco Grotten, una óptica y una tienda de objetos de segunda mano. Todo estaba más silencioso y más vacío. Y por allí, como enviada por el mismísimo diablo, caminaba una mujer sola.

La descubrieron los dos a la vez. Una mujer robusta con abrigo marrón. Llevaba unos zapatos de tacón, era evidente que no estaba acostumbrada a usarlos. Sin decir palabra, aumentaron la velocidad, andando al compás, como un solo cuerpo de caza. Con las cabezas muy juntas, como inmersos en una importante conversación. Antes o después la mujer se volvería y los vería. No sabían muy bien qué querían de ella. Simplemente había aparecido en el momento oportuno, un emocionante juguete para dos imprevisibles niños grandes. Había algo en ese cuerpo asustado que les decía que estaba completamente sola, que nadie la esperaba. Una mujer de cerca de sesenta años, al menos eso pensaron, que se paseaba por las calles en mitad de la noche, sin que un marido o un hijo fueran a recogerla. Claro que estaba sola. Y como iba andando, no viviría muy lejos. O quizá no se atrevía a ponerse en la cola de los taxis. Había habido casos de asesinatos de gente que estaba en una cola de taxis; ella leería los periódicos, como todo el mundo. Entonces la mujer se volvió. Miraron fijamente su cara blanca. Ella aumentó la velocidad,

pero tenía problemas debido a los zapatos. Tras unos ocho o diez pasos se volvió de nuevo y cruzó la calle, iba muy pegada a las ventanas de una agencia inmobiliaria que lanzaba cascadas de luz, tal vez se sintiera más segura allí. Pasó por delante de un parque y giró a la izquierda, dejando atrás el centro. Ellos estaban ya en la calle Thorne, cerca de una cuesta. La mujer volvió a girar a la izquierda. El camino pasaba por una zona de casas bajas no muy nuevas. Andreas sugirió que se separaran.

—Yo la sigo —susurró—. Ella se tranquilizará al ver solo a uno. Tú corres por los jardines, así no podrá verte desde la calle. ¡Acompañaremos a la vieja a su casa!

Zipp obedeció. Siguió con la mirada a la mujer y pensó en lo aterrada que estaría, tal vez tuviera miedo a morir. Sus zapatos traqueteaban contra el asfalto. Andreas subía la cuesta tras ella, Zipp se metió en los jardines y corrió entre arbustos y frutales, invisible en la oscuridad. Andreas continuó. Podía oír la respiración de la mujer como breves golpes. Procuraba andar despacio. Ella se volvía constantemente, él andaba tranquilo con pasos largos. Se sentía frío como el hielo, y se aseguró de que el cuchillo estuviera en su sitio. A lo mejor la mujer iba rezando. Ya en mitad de la cuesta ella se volvió. Él pensó: «Ahora está casi a salvo». La adelantó y la miró. Oyó pasos por la gravilla. Una verja que se cerraba. Una llave en una cerradura. Él estaba ya justo detrás de la casa, atravesó agachado el seto y entró sigilosamente en el jardín, oculto por la oscuridad entre los árboles. Se quedó quieto escuchando. Alguien respiraba justo detrás de él.

—La mujer está dentro. ¿Qué hacemos ahora?

Los ojos de Zipp brillaban con ternura en la oscuridad, como llamas detrás de un cristal empañado. «Mi mejor y único amigo.»

Andreas se quedó pensando unos instantes. Luego se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y lo deslizó entre las manos.

—Joder. ¿Vas a estrangularla?

Zipp estaba pálido. En ese instante vieron encenderse la luz dentro de la casa. Un débil brillo caía por la ventana hasta la hierba.

—¿Crees que soy imbécil o qué?

Andreas se ató el pañuelo tapándose la cara, dejando visibles solo los ojos. A continuación sacó la gorra del bolsillo del pantalón y la presionó contra su pelo. Puso una mano en el hombro de Zipp, y ocurrió el milagro: este no la apartó. Por un instante sintió que se le doblaban las rodillas de pura gratitud. Iban a compartir todo. Ese feo secreto de la hierba junto a la iglesia, y lo que estaban a punto de hacer. Nada realmente grande. Solo atracar a una vieja. Ni un solo reparo se cruzó por sus agitados corazones.

—Tú espera aquí. Yo entro.

—Seguro que la vieja ha cerrado con llave —dijo Zipp dudando.

—Yo entro donde quiero. —La voz de Andreas era profunda y firme. Quería reparar todo lo que había ocurrido. Había que eclipsar el gran dolor con algo, el miedo podría servir. La sensación de riesgo y la emoción se apoderaron de su cuerpo, sacándole de ese sentimiento paralizante que tenía junto a la iglesia.

—Joder, Andreas —murmuró Zipp—. Esto es *dirty business*.

—*I am the business* —dijo Andreas mofándose, y desapareció al doblar la esquina.

No el animal más grande y más peligroso del bosque, pero sí el más grácil, el más rápido y tal vez el más astuto. No había ningún enemigo a la vista, solo una presa fácil. Zipp anduvo de puntillas hasta la pared. No consiguió estirarse hasta la ventana, pero podía ver el techo y una lámpara de araña en lo que debía de ser el salón. Se oían unos débiles sonidos procedentes del interior. Zipp se quedó inmóvil en la oscuridad. Ojalá la mujer no tuviera un marido con escopeta de caza, o un jodido perro. Había oído historias de cosas

que podían ocurrir y estaba loco de emoción. Esa noche tan oscura con esa luz tan extraña. Los árboles callados, el rocío en la hierba, como plateado a la luz de la luna. Se apoyó en la pared y apretó la oreja contra la madera fría.

Con lo guapo que era Andreas estoy segura de que podía conseguir las chicas que quisiera. Es fácil amar lo bello. Los creyentes hablan de la perfecta obra de creación de Dios con un resplandor bobo en los ojos. Pero hay mucha gente inusualmente fea. Como yo. Que tenemos que esforzarnos infinitamente más. Apostar por otras cualidades, por así decirlo. Pero incluso yo encontré a alguien, o tal vez fuera Henry el que me encontró a mí. Me quedé tan sorprendida cuando se me declaró, tan terriblemente conmovida por el valor que debió de echarle, que acepté enseguida. No contaba con que nadie más me lo pidiera. ¿Iba a tener más ofertas yo, Irma Funder? ¿Yo, que soy cejijunta y tengo las piernas demasiado gordas? ¿Y la osamenta de un caballo? No pensé mucho en si lo quería o no, no exigiría nunca tanto de la vida. ¿No es un trabajo que hay que hacer? ¿Qué es eso de amar? ¿Necesitar a alguien más de lo que uno se necesita a sí mismo? ¿Esa maravillosa sensación de conseguir por fin salir de lo tuyo, despegar y volar dentro de lo otro? No sé qué cosa de este mundo podría librarme de mí misma, excepto la muerte. ¿Y qué es la pena? ¿Que uno ya no tiene lo que tenía? Ni siquiera estoy apenada por Henry. O por mi hijo, que nunca viene a verme. En suma, ¿existe realmente en algún ser humano un solo pensamiento sin egoísmo? Ahora ayudo a Runi, porque ella me ayudó ayer. Si amo lo suficiente a este hijo, él me llevará en palmitas más adelante. Cuando sea vieja. Bueno, Ingemar no. Pero lo espero de todos modos. Equilibrio. Compra y venta. Vamos a sobrevivir aquí, a hacer equilibrios por este solar que es el

mundo, y que nunca se acaba. Construimos y construimos, no nos atrevemos a parar; mientras lo hacemos espero que un día se levante algo grande y alto que sobrepase todo. Entonces nos topamos con alguien y nos lanzamos al precipicio. El resto son hormonas que chorrean, calor, humedad, un corazón palpitante. Todo lo que fluye dentro de nosotros. Bioquímica. ¿Me entiendes? Henry y yo tuvimos incluso un hijo. Vivíamos como los demás, al menos creo que era así. Cuando él desapareció, fue extraño al principio, mucho silencio en la casa, pero me acostumbré rápidamente. Me sentía a gusto sola. No tenía que preguntarle todo el rato lo que opinaba y creía. Estoy sola, claro, pero ¿quién no? Hay cosas peores. Enfermedades y dolores. Humillación. Como Andreas me humilló a mí. Era insensato, pero sobre todo joven. Como tal tendría derecho a comprensión, supongo. ¿Lo tiene todo el mundo? No sé por qué me eligió a mí, quizá fuera una casualidad, de esa manera en que la vida es una asquerosa casualidad.

Me llamó Runi, quería que fuera al teatro con ella. Está recién restaurado tras el incendio. Lo inauguró el rey, la lámpara de araña era en sí algo increíble, ella la había visto en la televisión. La obra se llamaba *Relaciones azarosas*. Cuando me llamó le dije que sí; debería haberle dicho que no. Siempre he pensado que es peligroso andar de noche por la ciudad. Venden heroína en la plaza. Pero no quería que ella sospechara de mí, que pensara que tal vez no fuera como las demás, de modo que dije que sí. Ella es mi coartada. Tengo que mostrar un poco de interés de vez en cuando para que no me den la lata. Me preparé. Era todavía de día y no se me ocurrió tener miedo de andar los veinte minutos hasta el centro. Elegí un vestido azul marino con cuello blanco. Debajo llevaba una ropa interior fina, bragas de seda y una ceñida camiseta que mantenía todo en su sitio. Los zapatos eran de tacón, pero no tendría que

andar mucho. Salí con tiempo. Nos sentamos en el vestíbulo con un oportito cada una. Me fijé en la puerta del lavabo de señoras, es algo que hago siempre. Runi hablaba y se reía todo el tiempo; de vez en cuando se quejaba, como hace siempre, de la juventud o de lo que se le ocurría. De la vida en general. Yo a ratos la secundaba, en cierto modo hay algo sospechoso en una persona que nunca se queja. Al menos Runi sospecharía, así que dediqué un poco de tiempo a quejarme del autobús, aunque había ido andando. Que nunca llegaba a la misma hora. Y de los programas de televisión. De la siempre creciente criminalidad en nuestra ciudad. Bueno, temas hay de sobra. Una juventud incompetente. La basura en las calles. Toda esa porquería sintética en la comida, ya sabes a qué me refiero. Ella asentía y bebía. Es agradable estar de acuerdo.

Teníamos unas localidades estupendas, pero a ratos me costaba oír lo que decían. Nos tomamos otro oportito en el descanso. No entendía la obra, pero no se lo hice saber. Me encogí de hombros, exigente, y dije: «Bueno, a lo mejor no está tan mal, pero desde luego he visto cosas mejores». Runi se mostró de acuerdo. Pero el teatro estaba espléndido. En rojo y oro. Y la lámpara de araña, un sueño en cristal. Cientos de minúsculos prismas. La luz que atravesaba cada superficie. Runi dijo que estaba hecha en Chequia. Un regalo de la Caja de Ahorros. La lámpara antigua, de 1870, funcionaba con gas, pero en 1910 fue sustituida por electricidad. El teatro se incendió. Fue Georg Resch, dijo Runi, quien tomó la iniciativa. Es rápida cuando se trata de mostrar lo poco que sabe. Tardamos en salir. Había gente por todas partes, obstaculizando la salida. Gente desconocida me estrujaba y empujaba. Notaba los distintos olores, los caros abrigos de lana, los perfumes pesados y el humo de los primeros cigarros. El murmullo de voces. Un zumbido ondulante que subía y bajaba. Si cerraba los ojos, podía dejar

que me llevara la corriente, entregarme. Pero manejo las tentaciones sin problema. Pienso en el día que siempre llega después. Clavé la mirada en el abrigo de Runi, tenía la sensación de que la gente me aplastaba por completo, me costaba respirar. Es mejor ver la televisión o leer un libro. Por fin salimos y la multitud se dispersó en todas las direcciones. Runi quería ir andando, su casa estaba cerca. Yo dije que cogería un taxi, con la esperanza de que el taxista fuera noruego. No soy racista, pero no los entiendo cuando chapurrean. Entonces se irritan. Ya tienen sus problemas de antes, y no quiero exponerlos a Irma Funder, razón por la que esperaba que el taxista fuera noruego.

Había que andar dos manzanas desde el teatro hasta la parada de taxis de la plaza. Caminé a lo largo del río y me paré en la esquina, mirando esa cola infinita de gente joven que empujaba y daba codazos, maldecía y gritaba. No fui capaz de ponerme en ella, por nada del mundo. Me quedé dudando unos instantes, tenía frío, no podía decidirme, lo que no es muy típico de mí. Tendría que volver a casa a pie, sin más. Eran las doce menos cinco de la noche. Al levantar la cabeza y ver la iglesia iluminada con focos pensé, como hacen los niños: «Esta es la hora de los fantasmas». Miré desconcertada a mi alrededor, pero no vi más que la ruidosa cola de taxis y unas almas sueltas deambulando por ahí. Llegó un coche libre, apagó las luces y volvió a desaparecer. ¿Y si me quedaba en la esquina esperando a que la cola fuera más corta? En ese momento llegó una pareja y se colocó detrás. Encendieron sendos cigarros. Crucé la plaza y opté por coger la calle principal. No había ningún peligro mientras anduviera por ella, llegaba hasta el parque. Allí sí que había oscuridad total. La última cuesta estaba escasamente iluminada. Caminaba por el lado derecho y lo más deprisa que podía, pero me molestaban los zapatos. Intenté hacerme poco interesante, como

en realidad era, pero los zapatos me delataban. Era como si llevara un cencerro al cuello. «¡Venid a por mí, venid a por mí!», gritaban. Llevaba dinero en el bolso, pero no mucho. No soy idiota. Solo para el taxi. Pasé por delante de la óptica y el Especialista de la Bicicleta. Me pareció oír pasos detrás de mí, pero no me volví. Si hubiera alguien allí, sería presa del pánico. No quedaba mucho para llegar a casa. Al cabo de unos minutos todo habría acabado. Vi mi casa en la mente, mi casa con los marcos verdes, y la luz exterior que me había acordado de encender y me daría la bienvenida. Todo el tiempo me parecía oír algo, pasos ligeros, no traqueteantes como los míos, y no pude resistir la tentación. ¡Entonces los vi! Dos hombres jóvenes. Me hablé con severidad a mí misma. Había gente en las calles, se dirigían al mismo sitio que yo, era así de sencillo. Pero tenía la sensación de que me miraban fijamente, que me escrutaban como una posible presa, aunque claro, las mujeres somos unas histéricas. Siempre nos imaginamos lo peor. Pero también sabemos lo que es crecer en un mundo de hombres. Aceleré el paso. Me volví de nuevo para controlar. Seguían allí. Iba pegada a las ventanas y escaparates, por un instante me sentí segura en la luz. Otra vez en la oscuridad. Cuando me volví por tercera vez, uno de ellos había desaparecido. Respiré aliviada, era una buena señal. ¡Él había llegado ya a su casa! Pero no aflojé el paso. Pensé en todo lo que podía pasar. No, no tenía miedo de morir. Tampoco recé a Dios. Podían sucederme cosas peores que la muerte. Lo pensé detenidamente y sabía que no me ocurriría nunca. Eso pensamos a veces, y luego ocurre de todos modos. Como aquella vez que me puse enferma y tuve que ingresar en el hospital. Ser cuidada por otros. Subí la empinada cuesta pensando en ese hospital y en todo lo que pasó. Una pesadilla que casi eclipsaba lo que me estaba pasando en ese momento. Me sirvió de ayuda. Seguía oyendo los

pasos. Lo que me asustaba era el hecho de que no me adelantara. Un joven con piernas largas debería haberme adelantado hacía mucho. Ya podía ver el tejado de mi casa, oía palpar mi corazón, me dolían las piernas y sudaba dentro de la ceñida camiseta. Cerré la verja con un fuerte estallido a propósito, como si alguien dentro de la casa vacía lo oyera y se levantara del sillón. Ya solo me quedaban unos pasos. La escalera exterior tenía cinco peldaños, me di cuenta de que no tenía la llave preparada, tuve que hurgar dentro del bolsillito del bolso. Estaba debajo de la luz como una diana viva. Pero encontré la llave y la metí en la cerradura. La puerta se abrió. Tenía el llanto en la garganta de puro alivio. El joven se iría a su casa a dormir. «¡Tranquilízate, Irma!» Miré dentro de la cocina sin dar la luz. Entonces di un respingo. En la oscuridad lucía un ojo rojo. Era la cafetera eléctrica, estaba encendida y medio llena de café. Me había ido sin desenchufarla. Mi maravillosa casa, que es todo lo que tengo, podría haberse quemado. Tiré violentamente del enchufe. La cocina olía como un tostadero de café. Encendí la luz y quité la jarra de la placa. Tuve que apoyarme en la encimera. Era demasiado. El teatro, toda esa gente empujando, el paseo por la oscura ciudad de noche, el hombre desconocido y la cafetera enchufada en mi vieja casa. Me enderecé. Me juré a mí misma que tardaría mucho en repetir una salida como esa. Luego me metí en el cuarto de baño. Me coloqué de espaldas al espejo y dejé caer el vestido al suelo. Me saqué la ceñida camiseta por la cabeza. Metí los brazos en una bata. Es blanca, sí, por pura terquedad mía es blanca. Como de todos modos nunca duermo en casa de nadie... me quedé en el vano de la puerta mirando dentro de la cocina. La jarapa. Me haría falta un espantamiedos. Tenía vino en el sótano, y acto seguido quité la jarapa y apareció la trampilla del sótano. Agarré la anilla y la levanté. Entonces

sucedió algo. Oí un ruido, venía de la entrada. ¡No había cerrado la puerta! Debido a la sorpresa de la cafetera enchufada me había olvidado de echar el pestillo, había cruzado la entrada corriendo, solo pensando en evitar la catástrofe. Me quedé tiesa como un palo mirando, sin dar crédito a lo que veía. Un hombre con un cuchillo en la mano entró en la cocina. Sus ojos, que eran todo lo que podía ver bajo la visera de la gorra azul, brillaban de valentía. Llevaba un pañuelo que le tapaba la cara, y miró fijamente el bolso que yo había dejado sobre la encimera, y en el que había doscientas coronas. Pero sí que tenía joyas, una cubertería de plata y algún dinero en metálico en la caja fuerte del despacho de Henry. Durante los primeros segundos reinó un silencio absoluto. Era como si el joven husmeara lo que había a su alrededor, como si el olor a café quemado le extrañara. Acto seguido me miró fijamente. Se tambaleó un poco, el cuchillo temblaba. Di un paso hacia atrás, pero él me siguió, me acorraló contra la encimera, me puso el cuchillo debajo de la barbilla y bufó:

—El dinero. ¡Rápido, joder!

Las rodillas empezaron a temblarme. Y ocurrió la desgracia, no pude evitarlo. Algo caliente empezó a chorrear por los muslos, pero él no se dio cuenta, estaba demasiado atento al cuchillo que vibraba, revelando el miedo que tenía. Tanto miedo como yo. Miré hacia el despacho de Henry. Quería abrir la caja fuerte, pero mis piernas no me obedecían. Él se irritó, me amenazó con el cuchillo, me dio un empujón con el puño cerrado. No con fuerza, pero me estremecí. Gritó con voz ahogada a través del pañuelo:

—¡Date prisa, vieja! ¡Date prisa!

Yo solo era una vieja y él un niño, lo noté por su voz. Seguía allí de pie y me volvió a empujar. Por fin conseguí arrastrar los pies hasta el

despacho. Me quedé delante de la caja fuerte mirando la rueda, pero no recordaba la clave. Quería vomitar, salir corriendo. Darle todo lo que tenía, al fin y al cabo en la caja no había tantísimo, tal vez cinco mil coronas. Pero no me acordaba de la clave. Él se estaba poniendo nervioso ya en serio, pensé instintivamente que tenía que procurar que se tranquilizase, intentar explicarle lo de la clave, que la tenía apuntada. «¡En una tetera, está en una tetera en la cocina!», sollocé. Gritó que no tenía tiempo. Me agarró del cuello de la bata. Me la cerré instintivamente porque tenía miedo, y él se dio cuenta de que eso era lo peor. Que viera como era yo. Con una mano tiró con fuerza del cinturón y lo mantuvo tensado, acto seguido levantó el cuchillo y lo cortó por la mitad. La pesada tela blanca se separó. Me tapé con las manos, pero era demasiado tarde. Él miró extrañado, retrocedió unos pasos con una expresión rara, no exactamente de asco, pero no entendía lo que estaba viendo. Se limitó a sacudir la cabeza, se había olvidado de a qué había ido allí. Y sin embargo, los segundos transcurrían y lentamente fue entendiendo. Lo que estaba viendo era mi intestino. Sale de la piel del estómago y acaba en una bolsa. Estaba casi llena, y además reventada, la punta del cuchillo la había reventado. El contenido bajaba chorreando por las bragas. No pude mirarle a la cara, me di la vuelta y corrí hasta la cocina, pero él vino detrás con la lengua fuera. Se paró delante de mí con el cuchillo levantado.

—¡Eso... me importa una mierda! ¡Quiero el dinero!

«Detrás de él —pensé mientras sentía lo que me corría por las piernas. Estaba aguado, aún no digerido, y el olor empezó a extenderse... yo, que soy tan cuidadosa con esos olores—, detrás de él está la trampilla del sótano abierta.» Él no se percató, no paraba de patear de impaciencia, vi que estaba a punto de estallar, pensé que sería capaz de pincharme si no

obtenía pronto lo que quería. Entonces lo empujé. Se oyó un jadeo cuando cayó hacia atrás por la empinada escalera, y un estruendo y un asqueroso sonido sordo cuando dio contra el cemento. Un débil estertor que duró unos segundos. Luego se hizo el silencio.

Zipp estaba esperando en la oscuridad. Le llegaron algunos sonidos desde dentro de la casa, una mujer gritando, pasos por el suelo. Miraba una y otra vez por la ventana, pero no veía más que el techo y un trozo de un cuadro. Transcurrió una eternidad. ¿Por qué no volvía Andreas? Miró a su alrededor en busca de algo en lo que poder subirse. En el jardín había un pequeño cenador y dentro se veían unas sillas. Se acercó sigilosamente, cogió una y la llevó hasta la ventana. La metió con fuerza en un macizo de rosas que le pinchaban a través de los pantalones. Se subió en ella y miró dentro. Vio una mesa de cocina y una jarapa. Nada más. Ninguna persona. Todo estaba en silencio. Se quedó aturdido subido en la silla esperando, sin entender dónde se habían metido. ¿Se había ido a la mierda el proyecto entero? ¿Había pasado lo peor? ¿La poli estaba de camino? ¡Mierda! Se bajó de un salto, y justo en ese instante oyó un débil sonido. Se volvió aliviado y miró hacia la esquina de la casa. No había nadie. ¿Andreas le había gastado una broma? ¿Había robado a la vieja y se había largado? ¿Estaba ya en la calle contando el dinero, riéndose al pensar en él, que seguía esperando en la oscuridad? Volvió a subirse a la silla de un salto. Se quedó mirando un buen rato, hasta que le dolía la nuca. De repente vio a una mujer allí dentro. Salía por una puerta, llevaba solo un camisón y se dejó caer en una silla. No parecía estar herida o lesionada, menos mal. Zipp decidió quedarse subido en la silla hasta que ella hiciera algo. ¿Llamaría a la policía? ¿O lo había hecho ya? Zipp se bajó de nuevo, dio una vuelta corriendo alrededor de la casa y se quedó

medio oculto en la esquina. No había nadie. Volvió donde antes, siempre corriendo. Ella seguía sentada en el mismo sitio. Intentó oír sirenas a lo lejos, pero no oía nada. Solo un débil murmullo de la ciudad más abajo. Estaba cansado y aturdido. Por todo lo que había ocurrido ese día irreal. Hurgó hasta encontrar el tabaco. Dio una calada intensa y vio la larga punta incandescente. Quería toser, pero logró contenerse. Se acabó el cigarro y volvió a subirse a la silla. Dios, la vieja seguía allí sentada, en la misma postura que antes. Estaría en estado de shock, pensó. Pero él no podía quedarse allí toda la noche. Tenía que marcharse. Abandonar solo ese oscuro jardín. ¡No podía ser! Pero el tiempo transcurría. Llevaba ya mucho rato esperando. Salió silenciosamente por la verja mientras se preguntaba una y otra vez: «¿Dónde coño está Andreas?».

El martilleo cuando se precipitó por la escalera, ese asqueroso sonido cuando se golpeó la cabeza, ¡no puedo ni describirlo! Traspasó hasta mi propio cuerpo como un agudísimo dolor. «¡Se habrá dado un golpe de muerte!», pensé. Ese cuerpo frágil y ese suelo de piedra. Cerré la trampilla. Así al menos no podría volver a subir y amenazarme. Desde luego tenía que llamar a alguna parte, pedir ayuda a alguien. A Runi, tal vez, o a Ingemar. ¡No, por Dios, a Ingemar no! ¡Y esa pinta que yo tenía! Fui tambaleándome hasta el baño. Me cambié la bolsa. Me costó colocarla bien, porque me temblaban las manos. Pensé en lo que él había visto. Lo que nadie debía ver jamás. Oír hablar de ello, saberlo, bueno, si era completamente necesario. Pero verlo. ¡NO! Su rostro, lleno de incredulidad. Quizá no supo qué era, quizá creyera que yo era un engendro, un monstruo. Un intestino rojo y reluciente sobre el estómago, en cierto modo recuerda a, bueno, perdóname, pero me cuesta mucho

hablar de esto. La verdad es que recuerda a un pene. Y yo soy una mujer.

Fui a por un camisón limpio. Me senté junto a la mesa de la cocina. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada. Estaba encapsulada, sin lugar para pensamientos, ni siquiera para la desesperación. Entonces levanté la cabeza. Instintivamente mis ojos buscaron la ventana. Por un instante de locura me pareció ver una cara detrás del cristal. Miré sin quitar el ojo ni un instante, pero el rostro no volvió a aparecer. Habría transcurrido una eternidad cuando por fin formulé la pregunta: «¿Qué debo hacer ahora?». Cuando por fin me llegó la respuesta, salí de la parálisis. Y con la realidad también llegaron los sentimientos. Por poco me dejaron inconsciente; recordé sus ojos, iluminados de miedo y valentía. El llegar hasta aquí y meterse en esta casa era importante para él. ¿Cómo puede llegar a ser tan importante el dinero? Estaba sentada a un metro de la trampilla. Si la abría, la luz de la cocina me dejaría verlo. Tenía que levantarme e investigar. Quedarme junto al agujero abierto y mirar hacia abajo. Entonces me acordé, tenía que llamar enseguida. Explicarlo todo. Había muchas cosas que hacer. Me levanté con pesadez. Abrí la trampilla. No tenía valor para mirar abajo. Pero no podía hacer como si no hubiese ocurrido. Si me iba a otra habitación y me quedaba en ella hasta la mañana siguiente, él seguiría allí en el suelo. Estaba de espaldas contando, hasta diez, hasta veinte. Él no sería capaz de salir de allí, debía de estar demasiado herido para eso. Treinta, cuarenta. Me di la vuelta despacio. ¿Por qué no gritaba? Me agaché. Enfoqué el primer escalón, luego el segundo. La luz bajaba inclinada por la escalera. Lo primero que vi fueron sus pies. Llegaban hasta el segundo escalón. El cuerpo estaba retorcido en una postura imposible. Un brazo estaba estirado, el otro no podía verlo, tal vez lo tuviera debajo. La frente era una mancha

blanca en la oscuridad del sótano, su gorra había desaparecido. Nadie podía estar en esa postura y seguir vivo. El ángulo de su cabeza me hizo presentir algo terrible. Me quedé el tiempo que pude aguantar mirando, buscando sonidos con el oído, pero todo estaba silencioso, como en una tumba. Volví a enderezarme. Entendí que había sucedido lo más terrible que podía suceder. Estaba muerto.

El pensamiento me llegó sin dramatismo, como algo grande y tranquilo. ¿Qué podría haber hecho yo si él hubiese seguido vivo? Tendría que haber llamado a una ambulancia. Y esa idea, contarlo todo, no, no, me resultaba impensable. ¿Gente desconocida pisoteando la casa de Irma? Cerré la trampilla. Puse la jarapa encima. Era sencillo. Nadie sabía que el joven había venido a mi casa. Intenté pensar. Había que hacer unos planes importantes. «Inspira profundamente, inspira, respira, inspira, respira.» Decidí quedarme en casa el día siguiente. Casi nunca faltaba al trabajo, nadie sospecharía nada. Podía achacarlo a una incipiente gripe. Entonces me fue invadiendo esa extraña sensación de que eso era algo que me había sucedido antes. No lo entendía. El miedo tenía que haberme gastado una broma. Pero siempre pensaba que antes o después pasaría algo terrible. En la imaginación había repasado casi todo, como cuando jugaba con distintas ideas sentada en el sillón rojo junto a la ventana. Esa pesadilla que me alcanzaría. Ya estaba aquí. Era algo que esperaba. Al entender esa relación, me fui tranquilizando lentamente. Lo peor de todo había ocurrido. En otras palabras, ya estaba superado. El problema ya estaba al descubierto, ahora había que solucionarlo. Había llegado la hora de actuar. Me dije a mí misma que primero tenía que dormir. Estaba agotada. Luego tenía que deshacerme de las huellas. ¿Había dejado él alguna huella? Miré a mi alrededor, entré en el despacho. ¿Y el cuchillo? ¿Estaba en el sótano? Hablaba

conmigo misma en voz baja. «Hay un hombre muerto en el sótano. Vino a atracarme. Fue un accidente. Nadie sabe que está aquí, y casi nunca viene nadie a esta casa. Tiene que haber una salida. ¡Tiene que haber una salida!» Apagué todas las luces, excepto la del baño. Me fui a la cama. Me tapé con el edredón. Contemplé la habitación sombría. Quería cerrar los ojos, pero no podía. No paraban de chorrear.

Zipp consiguió subirse encima de una pila de leña en la parte de atrás de la casa de Andreas. Se veía una débil luz detrás de las cortinas. La ventana estaba cerrada. Le parecía recordar que Andreas dormía siempre con la ventana abierta. Pensó: «Aquí estoy como un vulgar mirón». La cama estaba decorosamente hecha, con la colcha de rayas blancas y negras. Y el cartel con la foto de los Doors. En el pequeño escritorio había una botella vacía de Coca-Cola. Andreas no se encontraba allí. Zipp tenía el pleno convencimiento de que su amigo estaba acostado en su cama. Pero no era así. Bajó de un salto al suelo. Tenía que irse a casa. ¿Dónde coño iba a ir si no? ¿Esperar a la mañana siguiente y llamarlo entonces? La preocupación fue sustituida por el enfado. Echó a andar de nuevo. Pasó por delante de la iglesia y las tumbas. Andaba deprisa, con las manos metidas en los bolsillos. Caminando por las calles y jodidamente solo. Necesitaba una noche. Con el día llegaría la solución, alguna explicación tonta. Andreas siempre tenía una explicación. Sacó la llave y abrió la puerta. Bajó corriendo al sótano. Se quitó a toda prisa los estrechos vaqueros. Tenía la piel pegajosa, con las marcas de las costuras dobles en los muslos. Se tumbó en el sofá y se tapó con una manta. Miraba fijamente la oscuridad. Andreas había hecho todo. Zipp solo miraba. Nadie podría culparle de nada. Por fin notó un ligero alivio. Justo antes de ser devorado por la oscuridad, se acordó de la silla. Seguía debajo de

la ventana de la mujer. ¿Qué pensaría ella? ¿Qué pensaron ellos? No pensaron, se limitaron a correr impetuosamente hacia delante. De repente vio en su mente al bebé golpearse contra las piedras. La pequeña boca con las encías desnudas. El mar espumoso, los gritos furiosos. «Lo que éramos nosotros acaba aquí», pensó.

Estuve tumbada un buen rato temblando, como con fiebre. No me sentía ni bien ni mal, solo era un cuerpo que vivía su propia vida confusa, sin conexiones. Soñé que el intestino crecía. Que rebosaba, lenta pero constantemente, hasta arrastrarse por el suelo. Tuve que enrollarlo y llevarlo en las manos, para que todo el mundo pudiera verlo. Un enorme enredo de intestinos. «¡Mirad!» Entonces me desperté. No me había olvidado de aquello tan terrible del sótano. Simplemente lo mantuve algo alejado por un rato, como un perro rabioso a cierta distancia, que no podía alcanzarme porque estaba encadenado. Pero gruñía por lo bajo. Abrí los ojos y miré el papel pintado de la pared. El perro volvió a gruñir, ahora con más fuerza. Yo seguía tumbada, rígida como una plancha de madera, intentando interpretar los extraños sonidos. Al mismo tiempo sabía con toda claridad que no estaba loca. No estoy loca. Estoy muy lúcida, cuento todo como realmente fue, hasta el mínimo detalle. ¿Sigues leyendo?

Volvía a reinar el silencio. Tal vez fueran los restos de un sueño. Entonces empezó a aullar. Primero un largo y débil aullido, luego más fuerte. Jamás he oído un aullido tan triste, venía de un ser en grave peligro, de un dolor extremo. Por mi cabeza subía un pensamiento demencial, pero lo reprimí. No era posible. ¡Tan malvado no podía ser el mundo! Bastante mal estaba ya de antes. Pero el sonido venía del sótano.

Un grito sofocado, sin fuerza, le costaba lo indecible gritar. Me incorporé, temblando de espanto, y me metí una esquina de la almohada en la boca. ¡El hombre estaba vivo! ¡Estaba abajo en el sótano, pidiendo ayuda a gritos! Me di la vuelta de un salto en la cama hasta quedar boca abajo, y me apreté la almohada contra la cabeza. No soportaba escuchar esos gritos como de un animal herido, me llamaba a mí. Tal vez pudiera oírlo más gente. Los vecinos. Gente que pasaba por la calle. Se pararían a escuchar, tomarían nota de la dirección. Tal vez creyeran que yo estaba maltratando a alguien. Estaba a punto de vomitar. ¿Por qué había venido aquí? ¡Ojalá se callara! Por fin me levanté y crucé la habitación con sumo cuidado. Quería evitar que él oyera los pasos por encima de su cabeza. Al parecer tenía fuertes dolores. No era más que un chico y nunca había oído a nadie gritar con tanto dolor, con tanta angustia. Un chico joven. Completamente solo abajo en la oscuridad, tumbado en el suelo helado.

Me detuve en la cocina. Encendí la luz que había sobre la encimera. No podía hacer nada sin que él me oyera. Abrir un grifo o la puerta del frigorífico. Saqué con cuidado una silla y me dejé caer sobre ella. Con una mano en la tripa noté el contenido caliente de la bolsa a través de la tela del camisón. Volvió a hacerse el silencio. Quizá se hubiera desmayado, o quizá estuviera reuniendo fuerzas para gritar aún más alto. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada. Entonces empezó de nuevo, ya más alto. Me levanté bruscamente, me acerqué a la radio que tenía sobre la encimera y la encendí. Radio nocturna. Había música. Subí el sonido hasta alcanzar un volumen con el que no podía oírle. Escuché sorprendida toda esa pasión que flotaba por la habitación. «*I will always love you. Hold me, baby, hold me now.*» Me encogí junto a la mesa. No pertenecía a ese mundo, era una persona a la que nadie amaba. Y ahora

estaba allí, una mujer de mediana edad con una bolsa de excrementos sobre la tripa, ocupando sitio. De repente noté que quería vomitar, pero no salió nada, solo un sabor a oporto agrio. El chico dejó de gritar. ¿Podía arriesgarme a abrir la trampilla? ¿Echar un rápido vistazo y volver a cerrarla? Empecé a enrollar la jarapa. La trampilla quedó al descubierto. Escuché ansiosa, no oía nada. El chico habría perdido el conocimiento. Yo podía volver a la cama, aplazar el problema aún unas horas. Miré a la pared, directamente al calendario abierto por septiembre. «Estamos en otoño —pensé—. Va a estar aún más oscuro y más frío que esto.» Metí la mano en la anilla y abrí la trampilla. Eché una mirada a la cara pálida. Los ojos me miraban fijamente por encima del pañuelo, y escuché un grito tan desgarrador que estuve a punto de caerme. Recuperé el equilibrio y dejé caer la trampilla con un estallido. No estaba en absoluto muerto. Viviría mucho tiempo, aún le quedaban fuerzas. Sabía que yo estaba arriba, que podía salvarlo. Volví a subir el volumen de la radio. Regresé a la cama. Oía la música a través de la puerta abierta. Un hombre gritó desesperado «*I lied for you and that is the truth*». Me quedé sentada en la cama hasta que amaneció. La luz gris entró chorreando por la ventana como agua sucia. Yo, que soy tan escrupulosa, no pude detenerla. Él había dejado de gritar.

2 de septiembre.

Una mujer adulta, bien vestida, entró en la recepción. Se paró y miró a su alrededor. A continuación se acercó con pasos cortos y decididos a la pequeña jaula de cristal. Vista desde la entrada principal había algo ridículo en esa pequeña jaula. Pero la señora Brenningen se sentía muy a gusto sentada en su interior. Allí estaba protegida, no le llegaba el aliento de la

gente a la que atendía. No tenía que tocar a nadie. Era una especie de semáforo. Rojo o verde. Casi siempre rojo. La mayoría tenía que sentarse hasta que alguien tuviera a bien ir a buscarlos. La mujer estaba sin aliento. La señora Brenningen pensó enseguida en allanamiento de morada o robo. Le habían robado algo, estaba indignada. Tenía manchas rojas de agitación en las mejillas, y el lápiz de labios le había dejado como migas secas en las comisuras de los labios. La señora Brenningen sonrió atentamente a través del cristal.

—Tengo que hablar con un policía.

—¿De qué se trata?

La mujer se mostró negativa. Era obvio que no le apetecía compartir lo que le preocupaba con una recepcionista. Pero al fin y al cabo en ese lugar las tareas estaban repartidas y era importante que llegara al despacho que correspondía. Pero sobre todo había que averiguar si tenía algo que hacer allí o no. La oficina de pasaportes, por ejemplo, se había trasladado más abajo en esa misma calle.

La mujer desapareció dentro de sí misma. Se acordó del silencio oprimente de la casa. Aunque nunca había nada de ruido tan temprano por la mañana, había intuido enseguida que faltaba algo. Algo esencial. Se acercó a la habitación del chico de lado, como un cangrejo. Abrió la puerta y echó un vistazo dentro. Él no estaba allí. Confundida, volvió a cerrar y se mordió el labio inferior. En la puerta había un póster que llevaba años colgado en el mismo sitio. Pero ella lo vio entonces por primera vez. «*Kneel in front of this brilliant genius.*» Volvió en sí porque la mujer de la jaula carraspeó, pero no contestó a la pregunta.

La señora Brenningen representaba a la administración pública y no quería discutir. Llamó al despacho de Skarre e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta doble de cristal. La mujer desapareció por el pasillo. Skarre la estaba

esperando en la puerta. Ella lo estudió de arriba abajo, obviamente nada animada por lo que estaba viendo.

—Perdona. ¿Eres un aspirante?

—¿Cómo dice usted?

Parpadeó.

—Se trata de un caso grave.

«Me lo imagino, por eso ha venido hasta aquí», pensó Skarre. Sonrió, tras haberse recordado a sí mismo una palabra de la Biblia sobre la paciencia.

—Se llama becario —dijo discretamente—. No, ya acabé mi formación. Vamos al grano.

—Vengo a denunciar la desaparición de mi hijo.

Le señaló una silla.

—Su hijo ha desaparecido. ¿Cuándo tiempo lleva desaparecido?

—Anoche no volvió a casa.

—Ajá, de modo que estamos hablando de una noche.

Skarre se retorció para sentarse detrás del escritorio.

—Sé lo que está pensando. Que no hay razón para preocuparse. Pero usted no puede pronunciarse al respecto, ¿no cree? Usted no lo conoce.

Skarre hizo un leve gesto negativo con la cabeza. Era una situación que conocía muy bien. El hijo había desaparecido en otras ocasiones. Ahora ella quería vengarse de una vez por todas y darle su merecido. A Skarre no le importaba, fuera como fuese, tenía que hacer su trabajo. Sacó un formulario estándar: «Denuncia de desaparición». Rellenó lo del lugar, fecha, hora, su nombre, apellido y cargo.

—¿Nombre completo del desaparecido?

—Andreas Nicolai Winther.

—¿Sobrenombre o apodo?

—No tiene, nunca ha tenido.

—¿Fecha de nacimiento?

—El 4 de junio de 1980.

—¿Domicilio?

—Vive conmigo. Calle Cappelen, 4.

—De acuerdo. Necesito una descripción. Altura y constitución. Si usa gafas y cosas así.

La mujer se puso a describir a su hijo. No llevaba barba, no usaba gafas, ningún rasgo característico, dentadura en buen estado, dialecto del este, estado psíquico normal. Un metro ochenta y cinco de estatura, rubio, ojos azules, bueno, casi verdes, para ser precisa, pelo largo y rizado, rojizo castaño. Nada especial en su manera de andar. Skarre escribía. En la mente se formó una imagen que probablemente no se correspondiera con la realidad.

—¿Usa tarjeta bancaria?

—No la quiere.

—¿Ha estado fuera toda la noche alguna otra vez?

—Eso no tiene nada que ver con el caso —contestó ella malhumorada.

—Pues sí que lo tiene —dijo Skarre.

—¿Para que ustedes puedan archivarlo debajo del montón por considerarlo menos importante?

—Su hijo es un adulto —dijo Skarre despacio mientras intentaba mantenerse sereno ante esa mujer tan cortante.

—Lo que se dice adulto.... —dijo ella con tono seco.

—En el sentido jurídico. Es mayor de edad y como tal tenemos que considerarlo. Tiene que perdonarme por hacerle estas preguntas, pero usted comprenderá que puesto que su hijo es mayor de edad y seguramente capaz de cuidar de sí mismo, en un principio optamos por no considerar este caso como crítico. Si se tratara de un menor, todo sería distinto. Estará de acuerdo en eso, ¿no?

Su voz era extremadamente amable.

—Suele venir a casa.

—Y esta vez también irá. La mayoría suele aparecer bastante pronto. Algunos están agotados después de un viaje en barco a Dinamarca, o una fiesta que ha resultado ser demasiado fogosa. ¿Ha ocurrido antes? —repitió.

—¿Que se haya ido en barco a Dinamarca? —Lo miró ofendida—. Eso es algo que él no se puede permitir. Sí que ha ocurrido antes —admitió—. Una vez. Tal vez dos. Pero no por costumbre.

—Lo solucionaremos —dijo Skarre—. Uniendo nuestros esfuerzos —añadió, como sugerencia optimista.

Ella abrió su bolso y sacó una foto. Skarre se quedó mirándola. Era inusualmente guapo. Entendió por qué su madre tenía miedo. «Contrólate», pensó.

—¿Quién le ha sacado esta foto? —preguntó con curiosidad.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo ella en tono mordaz.

—Por nada —contestó Skarre, encogiéndose de hombros—. Simplemente intento ser amable. A mi manera torpe.

—Perdóneme —susurró ella—. Estoy fuera de mí. Me levanté a las ocho para despertarlo. Trabaja en Cash & Carry. Vi que no había dormido en su cama. Esperé hasta las diez para llamar a la tienda, a la sección de ferretería. No había acudido. No es la primera vez que falta, he de admitirlo.

—Está usted enfadada con él —dijo Skarre con voz suave— porque la hace sufrir con estas desapariciones, ¿a que sí?

—¡Claro que estoy enfadada! —respondió ella.

—¿Más enfadada que preocupada? —La miró fijamente con sus ojos azules.

—Ha desaparecido —dijo la mujer en voz baja—. Yo al menos he hecho ya lo que podía hacer.

—Haré un informe. Déjeme la foto. Publicaremos un anuncio de búsqueda. Para empezar, en el PT.

—Y eso ¿qué es?

—*Polititiende*, periódico de la policía. Ellos tienen contacto con organismos públicos de todos los países nórdicos. Ya sabe, vivimos en la época de internet. Será un buen principio.

—¿Y la televisión y los periódicos? —propuso ella.

—Tal vez sea demasiado pronto. Eso lo deciden otros. Yo no soy más que un simple agente, ¿sabe usted? —Se remangó. Que no pensara que aquí no se actuaba. «Si supiera lo que aquí se trabaja», pensó Skarre—. ¿Cómo iba vestido?

—Pantalones de algodón claritos, camiseta y una camisa clara encima, seguramente amarilla. No lo vi al marcharse, me dijo adiós desde la entrada, pero la camisa amarilla no está en su armario. Y zapatos negros. Es guapo —añadió.

—Sí —dijo Skarre con una sonrisa—. ¿Y su padre? ¿Él qué dice?

—No lo sabe.

—¿Está de viaje?

—Se ha ido de casa —dijo ella en voz baja.

—Tal vez debería estar informado.

—Por mí no, al menos.

Ella se mostró un poco esquiva. Skarre la miró interrogante.

—Estaría bien que pudiéramos colaborar. ¿No habría alguna posibilidad de que estuviera con su padre?

—¡Ni la más mínima! —contestó ella con vehemencia.

—¿Lo ha comprobado usted?

—No.

—¿Ha llamado a sus amigos?

—Solo tiene uno. Estuvieron juntos ayer. Lo he llamado, pero no contesta nadie. Lo intentaré de nuevo.

—Pero entonces estará allí.

—No, conozco a su madre. Lo habría mandado a casa.

—¿De modo que en la práctica podrían estar desaparecidos los dos?

—No lo sé. Tengo de sobra con uno.

—Necesito el nombre del padre —dijo Skarre—. Y el de ese amigo. Y sus números de teléfono. Si a usted le resulta difícil ponerse en contacto con el padre, nosotros podemos encargarnos.

Ella se lo pensó unos instantes, intentando digerir las consecuencias. Quizá una confrontación que ella temía desde hacía tiempo. Meterse en un lodo del que por fin se había alejado.

—¿Y qué van a hacer ustedes ahora? —preguntó.

—La denuncia queda registrada. Nos pondremos en contacto con usted si ocurre algo. Sugiero que se quede en casa por si él llama.

—No puedo quedarme sentada en casa esperando. No lo soporto.

—¿Trabaja usted?

—A tiempo parcial. Hoy libro.

—Intente no estar enfadada. A lo mejor no es eso lo que él necesita cuando aparezca.

—¿Qué quiere decir ahora? ¿Está usted preocupado por él? Pero ¿no dice que se ha ido en barco a Dinamarca?

—No —contestó Skarre, cansado ya—. No he dicho eso. Esperemos a ver. Quizá esté sentado abajo esperándola. —Se recordó a sí mismo que eso era lo que siempre había soñado ser y lo que quería hacer. Estar al servicio de la gente—. ¿Tiene familia con quien hablar? ¿Que la pueda apoyar?

La señora Winther se frotó un ojo. Skarre oyó como un pequeño clic

cuando el pobre globo ocular era desplazado por la cavidad del ojo de la mujer.

—Necesito un taxi. ¿Podría pedirme uno?

Skarre metió la denuncia en una carpetita de plástico y llamó a la centralita para que pidieran un taxi.

—Por favor, llámenos cuando llegue. No se le olvide.

Acentuó la palabra «cuando». La señora Winther desapareció. Salió por la puerta con una expresión atormentada, como si hubiese cumplido con un desagradable deber, sin sueldo. Skarre se quedó sentado, contemplando la foto. «Andreas Winther —pensó—. Admítelo. Estás acostado en algún sitio debajo de un edredón, con una monumental resaca. Al lado de una chica cuyo nombre no recuerdas. Supongo que será guapa, al menos ayer lo era. Estás esforzándote al máximo por encontrar una disculpa que puedas presentar en el trabajo. Un intenso dolor de cabeza. Sospecha de fiebre. Con esa cara seguro que consigues hechizar al jefe para que haya reconciliación. Sea hombre o mujer.»

De repente Konrad Sejer apareció en la puerta. Cada vez que lo veía, Skarre se sorprendía de lo alto que era. Y de la enorme presencia que tenía. El hombre se dejó caer en la silla libre, como si la hubiera fabricado con sus propias manos. Se subió los calcetines, que tenían los elásticos muy dados de sí.

—¿Algo en marcha?

Descubrió la foto. La cogió y la estudió minuciosamente.

—Probablemente no. Pero guapo sí que es. Desaparecido desde ayer. Andreas Winther. Vive con su madre.

—Al parecer, un joven con encanto. Averigua si se le conoce por la ciudad.

—Menos mal que la señora Winther no puede oírte.

—Seguro que está a punto de volver. Los chicos no abandonan tan fácilmente las comiditas de su mamá.

Sejer no mostró mucho interés. Había demasiados casos como ese, pero sobre todo una serie de cosas que le preocupaban más. Robert, por ejemplo. Que insistía en declararse culpable de la muerte de Anita. Para la desesperación de su abogado defensor. «Tiene arreglo, Andreas —pensó—. Vete a casa ya.»

El nuevo día llegaba abriéndose camino a la fuerza. Me quedé en la cama esperando a que fueran las nueve. Luego me levanté y me arrastré hasta la cocina. Me estorbaban hasta mis propios pies. ¿Sonaba yo realmente así? ¿Era verdad? Miré la pequeña irregularidad debajo de la jarapa, la anilla de hierro. «Hay un hombre medio muerto gritando en tu sótano, Irma. ¡Es una pesadilla real, y no acaba aquí!» Fui hasta el teléfono. Estuve un buen rato con el auricular en la mano. Por fin marqué el número del trabajo. Me extrañaba que lo recordara, que mi cerebro no estuviera invadido por eso tan terrible del sótano, que funcionara a pesar de todo. Podía recordar lo que necesitaba cuando lo necesitaba. Opino que los seres humanos somos muy extraños en ese sentido. Pero tenía que llamar. Debía evitar a toda costa que alguien se presentara en mi puerta. Ese pensamiento produjo un resoplido involuntario de mi interior. Yo podría haber estado allí muriéndome durante días, hasta que el olor llegara a casa del vecino. Cogió el teléfono Merete.

—Pero, Irma, ¿estás enferma? ¡Perdóname, pero como nunca te pones mala! Claro que sí, los mantendré bajo control. Tómate el tiempo que necesites.

Parecía muy contenta. Todos los demás son más jóvenes que yo,

conmigo se sienten cohibidos. Ahora podrían explayarse y hablar mal de los clientes todo lo que quisieran. Y de mí, claro. A Merete no le daba ninguna pena. Yo tenía razón, como de costumbre, siempre he tenido razón. Me la imaginaba en el pequeño despacho detrás del mostrador. Una mirada hacia la tienda, a Linda, la de las uñas postizas. Sonrisas de complicidad. No, eso no me dejó abatida, ha sido así siempre.

—Gracias —susurré con una voz apenas audible.

—¿Has ido al médico? —se apresuró a preguntar, contenta de haberse acordado en medio de la alegría.

—Voy a llamar ahora. Puede que sean unos días.

—No te preocupes por nosotros. Mantendremos la tienda en marcha.

«Sí, claro», pensé, nunca me he creído indispensable. «Estoy oyendo la voz de Merete por última vez», pensé. Era muy aguda, como gorjeos. «Ahora pueden soltarse la melena. Yo no volveré nunca.»

—Que te mejores —se apresuró a decir Merete. Y acto seguido, había desaparecido.

Ella flotaba en su propio mar, sin tener ni idea de lo lejos que queda el fondo. Por un instante me dio pena. Ella y todos los que son jóvenes y saben tan poco.

Me quedé un rato escuchando. Ni un sonido procedente del sótano. «Ya ha muerto —pensé—. No ha sobrevivido a la noche. Si lo hubiera hecho, estaría gritando en este momento, habría oído mi voz y estaría gritando pidiendo socorro.»

Entonces gritó. Muerta de espanto, tiré el aparato al suelo. Él tendría que haberlo oído caer. La pesadilla no había acabado, seguía allí gritando. ¡Tenía que llamar para pedir ayuda!

Metí los brazos en una chaqueta de punto y miré la jarapa. Tenía que llamar a una ambulancia. ¿Por qué no había llamado antes? ¿Cuánto

tiempo llevaba allí? ¿Más o menos desde medianoche? ¿Desde medianoche? ¿Ah, sí, eh? ¿Y por qué? «Porque creía que estaba muerto.» ¿Qué clase de respuesta era esa? Me dejé caer sobre una silla. No veía más que el mantel de flores, las de siempre, yo misma las he bordado, punto a punto. Tardé un año en bordar este mantel, es mi orgullo. Perdona. Estoy divagando, pero el mantel sí que es bonito, lo sigo pensando. ¿Un poco de café quizá? Miro fijamente la cafetera. Un poco de café no podría empeorar las cosas. Me levanté y abrí el grifo. Él volvió a gritar, un sonido un poco más débil ya. Encendí la radio. ¿Qué estaría pensando ahora, oyendo la música? Que yo estaba loca, seguro. Pero no estaba loca, eso era lo que me daba miedo. De hecho, me sentía bastante racional. En mi cerebro seguía habiendo un espacio abierto, y tremendamente despejado.

Abajo hacía frío. ¿Y si bajara de puntillas y lo tapara con una manta? No tendría que mirarlo, solo ponerle encima la manta y subir corriendo. Yo necesitaba tiempo. Naturalmente que lo encontrarían. Lo organizaría para que así fuera, pero primero tenía que buscar una solución para mí. Serían demasiadas cosas que explicar. El pensamiento resultaba imposible, ¿qué pensarían? Ingemar. La gente del trabajo. ¿Y si salía en el periódico? Miré por la ventana al jardín. Al pequeño cenador y la parte de arriba del seto. Vi el tejado de la casa del vecino. Ellos podían ver la ventana de mi cocina desde el primer piso. Corrí la cortina. Cambié de idea y la volví a descorrer. A esta hora siempre estaban descorridas, había que evitar todo lo que se pudiera considerar fuera de lo normal. Fui a por la manta al sillón rojo. Una manta de lana roja con flecos era casi demasiado caliente. Cuando dormía la siesta después de comer solía quitármela de una patada. La tenía entre las manos. ¿Qué pensaría él? ¿Se pondría a gritar más fuerte que nunca? ¿Podría

escucharlo la gente desde la calle? Empecé a enrollar la jarapa. La anilla de hierro era grande. Mi mano entera cabía en ella. Volví a escuchar. Todo estaba en silencio, como si también él escuchara. Tiré lentamente de la trampilla. Sabía que ahora la luz caería hacia abajo y le llegaría a la cara. Me quedé así, con el corazón palpitando. Entonces oí unos gemidos bajos. Quizá pensara que estaba llegando la ayuda. A mí no podía hacerme nada, estaría hecho trizas. Yo no era capaz de entender que eso estuviera ocurriendo en mi propia casa. Puse el pie en el primer escalón. Tenía por delante una tarea fácil, bajar los escalones, eran nueve en total, echarle la manta encima, darme la vuelta y volver a subir. Una buena acción. Por el rabillo del ojo vi la cara blanca. O mejor dicho, lo poco que quedaba visible por encima del pañuelo. ¿Por qué no se lo había quitado? ¿No era capaz de mover los brazos? Me iba mirando todo el rato los pies, lo hacía siempre, tenía miedo de caerme, romperme algo y acabar en el hospital. Cuando me quedaban dos escalones, tuve que dar un pequeño salto. Tenía las piernas encima de ellos. Desdoblé la manta con torpeza, porque estaba nerviosa. Se la puse encima. Por nada del mundo tenía que mirarle a los ojos, podía llegar a sentir algo. Pero noté su mirada, sabía que me estaba mirando. Se oyeron unos sonidos como gárgaras. Miré fijamente el suelo, a la derecha de su cabeza. Un charco de sangre ya coagulada. Me di la vuelta y volví a subir. Él gritó de nuevo. Pidió agua a gritos. Llevaba mucho tiempo sin beber. No podía dejarle morir de sed. Tenía que subir a por agua, y luego bajar. «Lo peor de todo es morir lentamente de sed», pensé. ¿Podría beber de un vaso? ¿O chupar agua de una toalla mojada? De repente me mareé. Otra cosa me estaba penetrando en la conciencia, sin preaviso, algo muy conmovedor. Lentamente subí la escalera pensando en ello. Yo no poseía

nada en el mundo. Ninguna cara se iluminaba al ver a Irma Funder. Pero la vida de aquel joven estaba en mis manos.

Zipp salió de la cama de un salto. Había dormido en el sótano. Entonces se acordó de todo. Eran las once de la mañana, el periódico habría llegado. Andreas estaría ya en el trabajo. Con independencia de lo que pudiera haber ocurrido anoche, Andreas estaría ahora en su puesto, trajinando por la ferretería con su sonrisa torcida. Era marica, resultaba increíble. «¿Qué me pasa a mí? —pensó Zipp, preocupado—. ¿Qué clase de señales le envió para que se me insinuara? ¿Son los estrechos vaqueros de los que siempre se ríe? ¿También he atraído a otros maricas sin saberlo?» Apretó los puños. Le sudaban las manos. ¿Qué podría decirle cuando volvieran a verse? ¿Podrían hablar de sexo y bromear como antes? ¿Olvidar lo que había sucedido? Bueno, quizá. Pero ¿hacer siempre como si nada? ¿Podía ser? ¿Estando juntos en el pub Andreas miraría a los chicos? ¿Siempre lo había hecho? ¿Dónde coño se había metido? Tenía la mirada clavada en el vídeo de *Blade Runner* que había encima de la mesa. Justo en ese instante oyó pasos en la escalera. Su madre asomó la cabeza.

—Por lo que veo, llegaste tarde anoche.

Lo dijo con una sonrisa. No le llevaba la cuenta de lo que hacía, con tal de que estuviera sano y salvo y volviera a casa por las noches. A ella le gustaba seguir disfrutando de su compañía. La mayor parte de los jóvenes se marchaban de casa a esa edad y ella hacía lo que podía para retenerle. Y mientras el chico no tuviera trabajo, no podría marcharse.

—¿Por qué no estás durmiendo? —dijo él, malhumorado.

—La guardia de anoche fue fácil —dijo ella contenta—. Pude dormir un

poco entre las dos y las cinco. —Puso los brazos en jarras—. Ha sonado el teléfono. No me ha dado tiempo a cogerlo.

«¡Andreas!»

—Tengo que ir a la Oficina de Empleo —dijo Zipp y se levantó.

Ella dejó vagar la mirada. ¿De repente le habían entrado las prisas por encontrar un trabajo?

—Te prepararé unas rebanadas de pan con algo. Vas a desayunar, ¿no?

—¿Has recogido el periódico? —preguntó él, mirando al suelo mientras tiraba de los vaqueros hacia arriba.

—Claro. Incluso lo he leído. ¿Sabes qué hora es?

Como no solía lanzarse sobre el periódico en busca de ofertas de trabajo, Zipp tuvo que dominarse un poco. Lo dejó al lado del plato y miró la primera página. Nada. Hincó los dientes en una rebanada de pan con mantequilla de cacahuets, y hojeaba mientras masticaba. Solo venían las cosas de siempre.

—Las ofertas de trabajo están en la parte tres —le informó la madre, que lo observaba desde la encimera. Le tocaba guardia otra vez esa noche y tenía todo el día libre. A él no le hacía mucha gracia. No le gustaba que su madre estuviera en casa. Era lista, como todas las madres, e iba al grano.

—Ya lo sé —murmuró, y siguió hojeando.

—Estás buscando algo —constató ella—. ¿Qué buscas?

—Alguna catástrofe —contestó Zipp, encogiéndose de hombros.

—¿Para qué?

—Seguramente para tener un poco de emoción en la rutina diaria.

Se acabó la primera rebanada mientras repasaba página tras página. Solo leía los titulares en negrita.

—Solo lees los titulares —comentó su madre.

—Sí, señora. Si leo todas las letras mayúsculas, acabaré estando bien informado.

Ella sacudió escandalizada la cabeza y esperó a que la pila se llenara de agua. «Zipp no ha fregado un plato en su vida», pensó. A lo mejor eso no estaba bien. ¿Habría sido diferente si hubiese tenido una hija? ¿Más sencillo tal vez? ¿Ayudaría en casa? No estaba segura. Amigas suyas que tenían hijas se quejaban siempre de lo complicado que era. Todo lo que había que explicarles. Sexo. Menstruación. Se estremeció. No, entonces era mejor un hijo. Aunque estuviera en paro. Era alegre y guapo. Le iría bien en la vida, estaba segura de ello. Había muchos jóvenes que estaban en paro y no todos eran admitidos en los centros de enseñanza. Pero mantenerlo resultaba caro. Siempre necesitaba algo.

—Voy a llamar a Andreas.

Zipp lo dijo en voz alta. Sonaba muy normal y lo lógico era que Andreas le respondiera. Se levantó, fue al cuarto de estar y marcó el número con dedos entrenados. Su madre lo miraba, deseosa de saber.

Agarraba el auricular con mucha fuerza. No, no había ido a trabajar. Tampoco había llamado. ¿Él no sabía nada? Su madre estaba preocupada. Incluso había ido a la policía.

—¿A la policía?

—A denunciar su desaparición. Anoche no volvió a casa.

—¿Ha desaparecido? —preguntó Zipp. Notó que su madre estaba escuchando por un invisible cable vibrante desde la cocina.

—¿Estuviste ayer con él?

La pregunta llegó de repente. ¿Quién sabía que habían estado juntos? Alguien los habría visto. ¡Y todo esto lo habían organizado ellos! Más valdría mantenerse cerca de la verdad.

—Claro. Estuvimos un rato en *Headline*, y luego vimos un vídeo.

—Qué curioso. Pues ya aparecerá, entonces.

—Claro que sí. Conozco a Andreas. Hace lo que le viene en gana.

Intentó reírse, pero le salió un pitido.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, acercándose a él.

—Andreas —contestó, colocando el auricular en su sitio—. No ha ido hoy a trabajar.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

Su madre clavó la mirada en Zipp, intuyendo que algo pasaba, captando cada detalle. Que sus ojos vagaban y que se rascaba cada dos por tres el pelo hirsuto. El chico hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé. Todo fue como de costumbre —añadió de repente.

—¿Como de costumbre? —Ella frunció las cejas.

—Quiero decir anoche.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

Se hizo el silencio. Él buscaba palabras, pero no las encontraba. Quería volver a la cocina, pero al sonar el teléfono se detuvo. La madre no hizo ademán de cogerlo. Él se encogió de hombros con indiferencia y descolgó el auricular.

—¿Hola? ¿Zipp? Soy la madre de Andreas.

—Ah, sí —carraspeó mientras pensaba desesperadamente en todo lo que había pasado y en qué podía decir, o mejor dicho, no decir.

—Andreas no volvió a casa anoche. ¡Fui a su habitación a las ocho a despertarlo y no estaba! ¿Estuvisteis tú y Andreas por el centro ayer?

—Sí —contestó mirando hacia atrás. De repente comprendió que lo que contestara ahora sería importante. Importante para lo que podría ocurrir luego, después de todo lo que habían hecho. El niño del cochecito azul, la vieja de la casa blanca. Algo muy, pero que muy malo, no sabía qué. No entendía lo de la vieja en camión sentada sin moverse junto a la mesa. Y Andreas, que nunca llegó a salir.

—Estuviste con él. ¿Dónde estuvisteis?

De pronto su voz sonaba severa.

—Aquí. En mi casa.

El vídeo estaba en la mesa del sótano. ¿Acaso no estaba diciendo la verdad?

—Primero fuimos al pub, luego vimos una película aquí. *Blade Runner* —dijo.

—¿Cómo?

La voz sonaba insegura.

—¡No volvió a casa anoche! —repitió—. ¿Sabes dónde está?

—No —contestó con voz clara y contundente, porque era verdad y de nuevo era como un alivio decir algo que era verdad—. No, no tengo ni idea de dónde está. Le he llamado al trabajo. Me han dicho que no había llegado aún.

—¿Así que tú lo sabías? He ido a la comisaría —dijo—. Tendrá que aprender a ser responsable. Al fin y al cabo, ya es un adulto. O al menos debería serlo pronto. Y anoche... ¿a qué hora os separasteis? ¿Dónde estabais?

Zipp pensó con rapidez.

—Estuvimos dando vueltas por el centro. Por la plaza y eso.

—Sí. ¿Y luego?

—Nada, solo dimos vueltas. Nos despedimos a medianoche —añadió.

Alrededor de medianoche. Sonaba creíble. Alrededor de medianoche, fue entonces cuando descubrieron a la vieja. Donde la óptica.

—¿Y dónde os despedisteis?

—¿Dónde?

¡Joder, quería saberlo todo!

—¿Dónde? En la calle Thorne, creo.

Se le escapó. ¿Por qué lo dijo? Porque fue allí donde Andreas le dijo que

se alejara de la calle y fuera por los jardines en la oscuridad, mientras él seguía pisando los talones a la vieja.

—¿La calle Thorne? ¿Qué hacíais por allí?

—Nada —contestó, sintiendo una creciente irritación con esas madres que querían saberlo todo, como si tuvieran derecho a preguntar y hurgar.

—Pero... la calle Thorne, ¿no fuisteis juntos hacia casa? ¿Adónde iba él?

—No lo sé. Solo dábamos vueltas por ahí —repitió.

—¿Ocurrió algo? —La voz sonaba preocupada—. ¿Estabais borrachos, Zipp?

—No, qué va.

—¿Se encontró él con alguien?

—No, que yo sepa. —Quería colgar. Acabar con esa pesadez—. Dígale que me llame cuando aparezca —dijo—. Dígale que le espera un buen rapapolvo.

Al decirlo, recordó el otro significado de «polvo», el que empleaban cuando hablaban de chicas. Aquello que Andreas había querido echarle junto a la iglesia. Quiso retirar la palabra, pero ya la había dicho. «A partir de ahora todo será difícil», pensó.

La madre de Andreas colgó por fin. La de Zipp estaba con el cepillo de fregar los cacharros en la mano, goteando agua y jabón.

—¿Quién era?

—La señora Winther —contestó—. Ha ido a la policía a denunciar la desaparición de Andreas.

—¿Ah, sí?

—Supongo que es para vengarse. Al fin y al cabo, él es mayor de edad.

—Andreas es bastante especial —dijo ella mirándolo de un modo inescrutable.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Solo que no es como todo el mundo. Se le habrá ocurrido alguna extraña idea.

—¡Qué sabes tú de eso!

Su reacción le sorprendió a él mismo. Y a su madre también. Ella volvió a la cocina. Zipp cogió el periódico y bajó corriendo al sótano. Allí empezó de nuevo. Artículo por artículo, página por página; el periódico era extenso, tenía trabajo para mucho tiempo. No ponía nada de una mujer con un cochecito de bebé. Ni tampoco nada de la vieja. ¿Cómo iba a ponerlo? Todo había sucedido después de que cerraran la edición.

—Esto no debe convertirse en un hábito —dijo Sejer.

Estaban sentados en el pub Kongens Vaapen con una cerveza. En mitad de la semana.

—No, eso sería terrible, Konrad —dijo Skarre riéndose.

No habían hablado de hachís, Sejer había pensado en la posibilidad de mencionárselo pero lo dejó estar. Si Jacob tenía preguntas, que se las hiciera. El tiempo pasaba, y nunca volvería a ocurrir.

—¿Has pensado —preguntó Sejer ya con la segunda cerveza— que si el nuevo edificio de la policía se construye en el barrio de Grønland y nadie está dispuesto a adelantar el dinero para mejorar las carreteras, podemos arriesgarnos a tener que esperar el tren cada vez que nos toque salir de emergencia?

—Será divertido —contestó Skarre, tirando de un rizo de su nuca y enrollándose en un dedo.

—Tienes ya una larga melena —dijo Sejer.

—Sí. Estoy pensando que si aguanto unas semanas más, podré hacerme una coleta.

—¿Coleta? —repitió Sejer, frunciendo las cejas.

—Voy a decirte una cosa —insistió Skarre—. Si llevara los rizos recogidos en una coleta, mi pelo destacaría mucho menos que ahora.

—Coleta. ¿Con uniforme?

—He mirado el reglamento. «Pelo y barba han de estar bien arreglados y de largo moderado. El peinado no debe impedir el uso correcto de la prenda de cabeza u otros efectos. Caso de llevar melena, se llevará recogida o en forma de moño. No se permitirá el uso de pasadores o diademas.»

—¡Vaya, te lo sabes de memoria! Estamos hablando de tener un aspecto neutro, Jacob.

—Todo el mundo lleva coleta hoy en día —dijo Skarre.

—¿Qué será lo siguiente? ¿Un aro en la oreja?

—Perla, Konrad. Yo me la quito antes de ir a trabajar. Pero no es necesario. «Se pueden utilizar adornos muy pegados a la oreja y de escaso diámetro.»

—Bueno, bueno, tampoco eres exactamente un infiltrado. Pero si no nos construyen pronto el nuevo edificio —prosiguió Sejer— se nos fastidiará la colaboración con los juristas. No funciona ni ahora que estamos a doscientos metros en la misma calle. ¡Deberíamos trabajar en el mismo edificio!

Skarre cogió la botella de cerveza Irish Stout y rellenó el vaso.

—Si me pongo mucha gomina parece más corto. Por cierto, que sepas que el colega Gøran lleva el pelo más largo que yo, solo que él no tiene tanta cantidad.

—¿Y te quedará bien el pelo pegado a la cabeza, Jacob?

—No lo sé. Pero nadie me toma en serio con estos rizos. La señora Winther me preguntó si era becario o algo así. —Bebió un sorbo de la oscura cerveza—. ¿Cómo le va a Robert? —prosiguió.

Sejer suspiró.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, bien. Aunque suena a tópico, creo que puedo decirlo.

—Esos jóvenes que estaban con él... ¿No pudieron hacer algo?

Sejer dibujó una raya en la parte empañada del vaso.

—A lo mejor pensaban que solo pretendía asustar. Hacer que el otro quedara en ridículo. Ojalá se hubiera contentado con eso.

—¡Pero tendrían que haber hecho algo! ¿Un chico borracho como una cuba con una escopeta cargada, y todos a su alrededor mirando paralizados?

—No existen soluciones para todo —objetó Sejer.

A Skarre no le gustaba la idea de que los seres humanos dependieran tantísimo del momento y de sus instintos primitivos.

—Sin duda tuvo que ser algo sorprendente —dijo Sejer.

—Lo bastante fuerte como para sacarlo de ese arrebató que se había apoderado de él. Pero no les dio tiempo. Y tampoco tienen ni idea de psicología.

Sejer notó que algo le penetraba en la conciencia. Le apetecía liarse un cigarro. Pero solo fumaba uno al día, y solía hacerlo por la noche, antes de acostarse. Si se fumaba uno ahora, habría cubierto el cupo. Fumarse dos quedaba descartado.

—Estaba decidido a pegar el tiro. Necesitaba desahogarse.

«Podría fumarme medio —pensó—. Y luego permitirme una colilla antes de acostarme. Pero supongo que eso sería autoengañarse.»

—Pero es jodido, perdóname la expresión —añadió Skarre mirando al techo—, que todos se quedaran mirando sin más.

—Resulta muy difícil entrometerse en esos casos. Casi nadie lo hace.

—Quizá beba un poco menos ahora —comentó Skarre pensativo.

—Quizá beba más —dijo Sejer.

Skarre bajó piadosamente la cabeza y entrelazó las manos.

—Imagínate que Anita, en el momento en que él levantó la escopeta y le apuntó, hubiese empezado a cantar con voz clara ese hermoso y excelente salmo: «Onward, Christian soldiers».

Sejer se echó a reír a carcajadas. Era una risa a una frecuencia muy baja que sonaba en todo el local.

—Qué propuesta tan encantadora —dijo, todavía riéndose—. Al menos sorprendente. Sí, tal vez lo hubiera desconcertado por un momento.

—Estamos hablando de la fuerza de la Palabra —dijo Skarre—. ¿No se te ha ocurrido ni por un instante?

—Es cierto.

—Ahora todo el mundo flota en el aire. Nadie lleva piquetas para aferrarse a la tierra —dijo Skarre, muy dramático.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Sejer, curioso—. ¿Tú das por sentado que irás al cielo?

—Bueno, lo que se dice «dar por sentado», no lo sé. Si allí arriba hay división de opiniones, lo discutiré con el ángel. —Dio un trago directamente de la botella—. La señora Winther ha llamado dos veces esta tarde —dijo con voz cansada—. Espero que el chico aparezca pronto; de lo contrario, nos va a dar mucho la lata.

—¿La señora Winther?

—La madre de Andreas, desaparecido desde ayer.

—Es tu trabajo —respondió Sejer secamente.

—Vale, vale. Mensaje recibido. Sé cuál es mi trabajo. —Skarre hizo un rápido saludo militar—. Averiguar, Asegurar, Relacionar Hallazgos, Buscar Verdaderas Soluciones tanto a la Culpabilidad como a la No Culpabilidad del Acusado.

—¿Aún siguen enseñando esa retahíla en la Academia? Ella al menos viene a pedir ayuda. Los seres humanos somos muy raros —prosiguió Sejer

—. Son testigos de las cosas más increíbles. No es que se lancen inmediatamente a informarnos. Claro que alguien sabe dónde está el chico.

—¿Por qué estás tan seguro de ello? —quiso saber Skarre.

—Como solía decir mi madre cuando aún era capaz de hablar: simplemente lo sé. Hay gente que presencia un asesinato y nunca lo revela. Tiene alguna razón para callar. Una razón no necesariamente muy justificable.

—Me pregunto qué estará haciendo ese chico.

—¿Tanto te interesa? Tenemos de sobra con otros asuntos.

Skarre se mojó los labios en la oscura cerveza.

—Pero es muy guapo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay mucha gente a la que le encantaría meterle mano.

—¿Esas son las cosas que se te ocurren cuando te imaginas lo que puede haber sucedido?

—Parece un ángel. Si tarda en aparecer, al menos será objeto de mucha atención. Si tienes pinta de lagarto, a la gente le importa una mierda, un bledo, quiero decir. Es ley de vida. Pero en cambio con los guapos... Basta con ver a esa mujer que viene por ahí. Todo el mundo se vuelve a mirarla.

Sara los saludó con la mano desde el otro extremo del local, se pasó los dedos por el flequillo y se dirigió hacia la mesa donde ellos estaban sentados. No tuvo en cuenta la vergüenza de Sejer, sino que se inclinó para besarle en la frente.

Skarre irradiaba entusiasmo.

—Kollberg está atado al bastidor de las bicicletas, marcando su territorio en la pared —explicó Sara.

Se tomó una copa de vino blanco para acompañarlos. Luego cruzaron los

tres el puente. Se despidieron de Skarre junto a la fuente de la plaza y lo vieron desaparecer por las calles en penumbra.

—¿Jacob no tiene novia? —preguntó Sara.

Sejer se encogió de hombros.

—No, que yo sepa.

—Tiene que estar muy solicitado. Un chico guapo. Y divertido. ¿Prefiere tal vez a los chicos?

Sejer se detuvo en seco.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué te indignas tanto?

Sejer echó a andar de nuevo.

—No me indigno, solo creo que no es el caso.

—Has reaccionado como si te hubiera insultado.

—No descarto que Jacob sí hubiera reaccionado así.

—Me extraña. Habría contestado que sí o que no.

—No se lo preguntes, Sara. ¡Por Dios!

—Tú no puedes responsabilizarte de lo que yo diga. ¿No te parece?

—No, claro. Pero quizá él piense que estamos especulando sobre eso y que hacemos circular rumores. No se lo menciones.

—Si estás tan seguro de que me equivoco, ¿por qué te preocupas tanto?

—No me preocupo. Solo digo que no lo conoces, y que tal vez lo pongas en un aprieto.

—¿De manera que tú tampoco excluyes por completo la posibilidad...?

—¡Sara!

Pensó en lo que Skarre había dicho. «Es muy guapo». ¿Por qué lo había dicho? Y lo de la coleta y la perla en la oreja. No, no, muchos hombres llevan ahora coleta. Caminaron un rato en silencio.

—Qué difícil resulta —dijo Sara, extrañada—. Cuánto miedo tenemos.

—Sí —contestó él—. A veces me siento intranquilo. No sé por dónde vas a salir.

—Por aquí —dijo ella apretándole el brazo—. ¿Por qué no nos divertimos un poco? Mira ese portal —dijo señalando—. Ese de allí, al lado del quiosco.

—¿Sí? —contestó él, interrogante.

—¿Entramos y nos metemos mano?

Sejer estuvo a punto de atragantarse con la respuesta.

—¿Meternos mano? ¿En ese portal? ¡Creo que estás loca! —Se miró avergonzado las puntas de los zapatos—. Hace treinta años que no meto mano a nadie en un portal —admitió.

—Entonces ¡ya es hora! —se rio ella, tirándole del brazo.

Pero él la arrastró consigo, pasando por delante del portal en cuestión, y pensó de repente que se sentía muy mayor junto a ella. También joven, pero a veces viejo, porque ella era muy juguetona y él era incapaz de abandonar su habitual manera de ser tan correcta y dejarse llevar. Correr riesgos. Kollberg le llegaba a Sara a la cadera. Ella parecía una niña con un león atado. Siguieron andando en silencio. Pasaron por delante del Ayuntamiento. EL PAÍS SE EDIFICA CON LA LEY. Sara admiró la iglesia iluminada.

—Pero al menos podemos pasarnos por el cementerio y volcar algunas lápidas.

Su voz era fina y suplicante. Él tosió asustado.

—¿Volcar algunas lápidas?

—Solo una —le rogó—. Una pequeña, de la que ya nadie se ocupe.

Él jadeó de repente, sorprendido por su propia sinceridad. Nadie había conseguido alterar sus pensamientos sobre la muerte. ¿Podría afectar a Elise que ellos hablaran así? ¿Afectaría a cómo lo sentía él, debería tal vez levantar la voz y corregir a esa mujer, recordarle severamente que había cosas en la vida que para él eran sagradas?

—No estás bien de la cabeza —murmuró.

—¿Tú no haces nunca nada ilegal? —preguntó ella, preocupada.

—No —contestó riéndose entre dientes—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Es útil e importante. ¿Vas a morirte sin haber incumplido nunca una sola regla?

—Eso es imposible. Pues claro que he hecho tonterías.

—Cuéntame —le pidió ella, entusiasmada.

—No, no —contestó incómodo—. Son cosas que pertenecen al pasado.

—No te creo si no me cuentas algo.

Él reflexionó unos instantes y por fin empezó a hablar, un poco a regañadientes.

—Hace muchos años... —Se paró y la miró—. Hace muchísimos años, yo no era más que un chico... para que lo sepas. Bueno, travesuras de juventud, ya sabes, típicas de la edad, supongo que todo el mundo...

—¿Vas a ir al grano?

—Bueno. —Se mojó los labios—. Hace muchos años tenía un amigo llamado Philip. También tenía un viejo Ford. A menudo hacíamos excursiones con el coche. Cuando iba a buscarlo a su casa tenía que pasar por una barrera donde se pagaba un peaje. Cinco coronas —añadió—. Eso era mucho para un chico joven. Cada vez que llegaba a la barrera me sentía igual de irritado. En una garita había una mujer que se encargaba de cobrar. Allí estaba año tras año, sacaba la mano de la garita, yo le ponía cinco coronas, ella abría la barrera y yo pasaba. Cada vez que iba a casa de Philip. Miraba siempre fascinado esa mano. Esa mujer tenía lo que llamaría «manitas de gatita».

—¿Manitas de gatita? —se rio Sara.

—Esas manos blandas y blancas. Un día se me ocurrió intentar poner otra

cosa en ellas. Porque la mujer estaba muy segura de recibir dinero. Para ver cómo reaccionaba si de repente recibía otra cosa.

—¿Qué pusiste? —se apresuró a preguntar Sara.

—Había recogido a Philip. Llegamos a la barrera y nos paramos delante de la garita. Ella nos miró y sacó la mano.

—¿Y tú le pusiste...?

—Un ratón muerto.

—¿Un ratón muerto! —chilló Sara.

—Un ratón que había caído en la trampa de la habitación de Philip. Le faltaba el rabo. ¡Qué grito dio la mujer! Lo describiría como estridente. El ratón le cayó sobre las rodillas, ella se levantó tan deprisa que se golpeó la cabeza en el techo y dio otro grito, más fuerte aún. También Philip se puso a gritar. Yo me limitaba a mirar con creciente preocupación. «¡Levante la barrera, levante la barrera!», grité. La barrera se levantó como un resorte, y nos alejamos tan deprisa que las cubiertas del viejo Ford chirriaron.

Sara sonrió contenta.

—¿Y sabes qué? —prosiguió Sejer—. La mujer desapareció. No volvimos a verla nunca por allí. Quizá lo dejara a causa de aquel ratón. Quizá tuviera miedo de que la siguiente vez fuera una araña. O una serpiente. O cualquier cosa. En realidad —murmuró— hicimos que una persona dejara su trabajo por acoso.

—¿No seas histérico!

—¿Por qué otra razón podría haber desaparecido así de su puesto de trabajo? —dijo él, preocupado.

—Pudo deberse a un montón de cosas.

—No estoy tan seguro.

Siguieron caminando al compás, Sejer con pasos más cortos de lo que era natural en él.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿Eso es lo único que recuerdas de tu lista de infracciones?

—¿No te parece suficiente?

—Es una historia bastante conmovedora —admitió Sara—. Pero un poco pobre.

—Las tuyas son mucho mejores, claro.

—Alguna vez te las contaré. Tarde, una noche. ¿O será demasiado para ti?

—Ya lo eres —dijo él—. Tú eres demasiado para mí.

—Qué difícil es —dijo Sara de repente— vivir el presente. En este momento. Nos pasamos la mayor parte del tiempo en el pasado. O en el futuro, más o menos a partes iguales. ¡Pero vivir el presente! Casi nadie lo consigue. Excepto los niños. O los idiotas. O las personas enfermas, que tienen algún dolor crónico del que no pueden librarse. La mayor parte del tiempo estamos preocupados por algo.

—¿Tú no? —le preguntó él dudando.

Le apretó la cintura. Le extrañaba lo distintos que eran. En realidad no encajaban, su relación no duraría para siempre. «No durará.» Ella inventaba cosas, él no sabía si tenía nervios para todas sus ocurrencias. Había algo imprevisible en Sara, nunca había conocido a nadie como ella. ¿Sería posible llegar a conocerla de verdad? ¿Seguir esos extraños saltos, acostumbrarse a ellos? ¿Disfrutarlos? Claro que le gustaban. Ella le hacía reír. Pero de repente se ponía seria como una tumba. Cambiaba de humor muy deprisa, a la vez que llevaba siempre el control. Como si opinara que había que seguir todos los impulsos. No evaluarlos y reprimirlos, como hacía él. Pensar primero y actuar después. ¿No era eso importante?

Más tarde, cuando ya estaban en casa, Sejer fue a la cocina. Sara lo siguió. De repente estaba en el vano de la puerta, mirándolo. La expresión de su cara lo dejó perplejo.

—Voy a hacer café —murmuró Sejer abriendo el grifo.

—No es café lo que necesito —dijo ella. Atravesó la habitación, cerró el grifo y se apretó contra él.

Sejer vacilaba, pero se encontraba apresado e inmovilizado. Notó lo decidida que estaba ella, y que no cedía.

—Llévame en brazos a la cama —le ordenó.

Él sacudió la cabeza en un gesto negativo, pero no la soltó.

—Está bien. La cocina me vale. Contra la encimera, como en las películas americanas.

—¿Cómo?

—Parece muy emocionante —susurró ella.

Sejer se sentía aturdido. No sabía si sería capaz. Pero seguía estrechándola en sus brazos, y notó eso que le subía por dentro. ¡Era capaz de reprimir todo, pero eso no! A la vez que algo le daba vueltas en el cerebro diciéndole que se calmara, que no se lanzara desenfrenadamente, como un adolescente. Pero no quería fallar, en esto no. Mejor en otras cosas, como en no saber cocinar o en no controlar al perro.

—¿Serás capaz de dejar de pensar por fin?

—No me lo pones fácil —dijo él—. No soy más que un hombre.

—Claro —dijo ella con una sonrisa—. El pobre macho, que se volvió tan vulnerable el día que se irguió sobre dos patas. —Sara se rio cruelmente contra su pecho—. Pensáis que todo es muy difícil para vosotros, que vuestros instintos son tremendos, mucho más fuertes que los nuestros, pero no es así.

—¿Ah, no? —carraspeó él. Le faltaba el aliento. ¡Que Dios lo amparase!

—Ahora —dijo ella apretándose contra él—, ahora que tengo tantas ganas de ti, ¿sabes cómo me siento? ¿Te lo ha contado alguna mujer?

Él lo intentó, pero le resultaba completamente imposible recordar a otras

mujeres en un momento como aquel, porque notaba el deseo de ella a través de su propio cuerpo y le extrañó lo que era capaz de poner en marcha en otra persona.

—Es como tener un pez entre las piernas —susurró Sara—. Un pez suave con una boca plana que cornea dulce e insistentemente, ¡me vuelvo loca si no llega a colarse!

—¿Un pez? —dijo él, asombrado.

Sonó el teléfono. Sejer reaccionó rápidamente, era algo que tenía metido en el cuerpo. Miró el reloj, era casi medianoche. O era Ingrid o algo del trabajo. Tenía que contestar. Se acercó al aparato, descolgó y escuchó unos segundos. Sara fue tras él, lo miraba con los brazos cruzados. Él volvió a colocar el auricular en su sitio.

—Tienes que irte, ¿verdad? Alguien ha muerto.

Sejer asintió lentamente con la cabeza.

—Es lo que tiene ser la novia de un policía —dijo Sara, nerviosa.

Él intentó mantenerse en pie. Se apoyó en el viejo escritorio, notó cómo las llaves le rozaban la espalda.

—¿Ha muerto alguien? —repitió Sara.

—Mi madre —contestó él en voz baja—. Mi madre ha muerto. Hace dos horas. —Luego, con un profundo suspiro—: Mientras yo estaba bebiendo cerveza.

Pasó por delante de ella y salió a la entrada. Luego volvió sobre sus pasos.

—Tengo que llamar a Ingrid.

—Ya me imagino.

—¿Qué vamos a decirle a Matteus? —susurró.

Bajó despacio al garaje, sin parar de darle vueltas a la cabeza: «Esta es la

última vez que voy a ver a mi madre. Subir hasta la residencia. Entrar por la puerta, acercarme a la cama por última vez.» Condujo despacio por la ciudad. Era bonita de noche, la vieja torre rojiza iluminada, las farolas que se reflejaban en el agua del río. ¿No había más calma que de costumbre? Al entrar en el aparcamiento de la residencia vio que algo era diferente. Era de noche, y no hora de visitas, el lugar estaba vacío. Todo era nuevo y extraño. El que se encontrara allí en medio de la noche. Que la puerta estuviera cerrada. Tuvo que llamar al timbre y hablar a la caja de la pared. Casi como entrar por caridad. Carraspeó unas palabras turbias al micrófono y se apoyó en la puerta. Ya dentro vaciló mientras miraba de reojo hacia la escalera. Tendría que pensar un poco primero. La enfermera de la sección lo vio desde el cuarto de guardia.

—¿Quiere estar solo?

Él asintió con la cabeza.

—Tómese el tiempo que necesite.

Localizó la ancha puerta metálica azul. La mujer llevaba años postrada en la cama, incapaz de moverse, sin reconocer a su hijo cuando iba a verla. Debido a una trombosis en el tronco del encéfalo. Un minúsculo tapón en el lugar equivocado, y desapareció. Solo el corazón le seguía latiendo. Pero sus ojos vagaban por la habitación, en busca de algo que nunca encontraban. ¿Qué veía ella? ¿Veía todo por primera vez cada vez que lo veía? ¿Se daba cuenta de que la habitación era siempre la misma? ¿Quería algo y no podía conseguirlo? Sejer había oído hablar de esas cosas. ¿Podría él igual haber sido una lámpara? ¿O un perchero? ¿Tenía ella pensamientos sobre la imagen? ¿Pasaba algo en ese cerebro destrozado, algo daba vueltas, algo conocido o querido, una especie de consuelo? «Ya no», pensó. Se quedó un buen rato mirando la puerta. «Me están viendo desde el cuarto de guardia — pensó—. Están viendo que me da miedo entrar. Esto me supera. No solo esto,

sino todo lo que vendrá, todo lo que ocurrió hace mucho tiempo. No, no hace mucho». Tuvo la sensación de que acababa de ocurrir, que Elise le había sido arrebatada de nuevo. Pero ahora se trataba de su madre. ¿No era capaz de concentrarse en ella ni siquiera esta última vez? Entró. Por alguna razón miró el reloj justo en ese momento: 00.45. La puerta crujió quejumbrosa al cerrarse tras él. La lámpara junto a la cama estaba encendida, pero la pantalla estaba vuelta hacia la pared, de tal modo que la cara quedaba en sombra. Ellos pensaban en esas cosas, fue un gesto que le conmovió. Por un momento le sorprendió lo normal que era el aspecto de su madre. Pero al acercarse más vio su palidez. La boca un poco más estirada que de costumbre. Pensó que no estaba como era ella de verdad. Era suave como la nata, blanda como la mantequilla. Acercó una silla a la cama, pero no mucho. Necesitaba un poco de distancia, tenía que acercarse con cuidado. Intentó recuperar algo de la infancia y de todo lo que había sido. El postre de fresón. Las pequeñas gallinas marrones en jaulas en el jardín. La masa de pan hinchándose bajo un paño sobre el banco de la cocina. El olor a fruta y azúcar. Y su voz, oía su voz con gran claridad. La suave pronunciación tras muchos años en Dinamarca.

«Konrad. Ya es hora de acostarse.»

Las palabras sonaban en su oído claras como el cristal. Ella solía estar sentada debajo de la lámpara con su labor de costura. Era imposible protestar, decir: «No quiero acostarme». Su madre se habría echado a reír. Se habría levantado lentamente, lo habría cogido del brazo y lo habría acompañado al piso de arriba, donde estaba su cama. ¡Que algo tan diminuto, delgado y suave pudiera tener tal poder sobre él! Pero siempre con amor, para el bien de su hijo. Jamás había dudado de eso. Levantó la cabeza y la miró. Pensó que era hermosa, que siempre lo había sido. Incluso ahora. Si estaba seria tal vez fuera porque se encontraba ante las puertas del cielo, mirando algo tan grande

que se sentía un poco cohibida, ella, que siempre dominaba la situación. «Pero si yo no soy creyente», se dijo a sí mismo. Se encontraba en estado de excepción, en un barco que se hundía. Se inclinó lentamente sobre la cama. Las manos de su madre no estaban frías, pero tampoco calientes, y muy secas.

—Madre —dijo en voz baja.

Qué raro decir esa palabra en voz alta y ya nunca más recibir respuesta. Volvió a reclinarsse en la silla, pensó que debía irse a casa ya. Se levantó, pero dejó la silla junto a la cama, como si ella aún pudiera recibir visitas. Miró de nuevo el reloj. 00.52. Calculó en la cabeza. Siete minutos. Eso era lo que le había dado en agradecimiento por todo. Siete minutos por una vida entera. «Tómese el tiempo que necesite.» Empezó a temblar. Tenía los hombros levantados de vergüenza. Se giró y volvió a la cama. Se sentó en el borde. Cogió las manos delgadas y las mantuvo firmes en las suyas. Durante mucho rato.

3 de septiembre.

La señora Winther había envejecido desde la última vez. Su enfado había desaparecido, dando lugar a un creciente pánico que se notaba como una luz vacilante en sus ojos.

—Nos tomamos muy en serio el hecho de que Andreas aún no haya regresado a casa —dijo Skarre con compasión—. Pero mucha gente ha estado desaparecida durante más tiempo y luego ha aparecido. Siempre hay una explicación.

La mujer escuchaba, pero las palabras no calaban en ella.

—Esta vez sí es algo serio —tartamudeó—. ¡Algo le ha ocurrido!

—¿Se ha puesto ya en contacto con el padre?

Ella abrió los ojos de par en par.

—A él mantengámoslo fuera de esto.

—Obviamente no podemos obligarla, pero le recomendaría que informara al padre —dijo Skarre—. Tal vez él pueda ayudarnos.

—Apenas se ven. Eso sí que lo sé —dijo ella con vehemencia.

Skarre la miró a los ojos.

—Perdóneme por decir esto: Si algo le ha ocurrido a Andreas, ¿cómo se sentiría su padre si no se le hubiese informado?

—Pero, ¡Dios mío! ¿No dice usted que va a aparecer? ¿Qué quiere decir realmente?

Skarre se tocó la frente, llena ya de sudor.

—Por una u otra razón, está desaparecido. Por segundo día. No sé por qué. Pero usted no debería estar sola en esta situación.

La mujer se retorció las manos y murmuró algo, pero él no pudo oírlo.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

—De acuerdo —susurró ella.

—¿Él vive en la ciudad?

—Sí. Tendrán que llamarlo ustedes. Habrá problemas.

—¿Por qué habrá problemas? —preguntó Skarre con prudencia.

—No nos hablamos.

—Pero ahora se trata de Andreas.

—Ya. No nos hablamos en lo que se refiere a Andreas.

—¿Podría decirme algo más al respecto?

Ella no contestó.

—Si usted quiere que la ayudemos, tiene que colaborar. ¿Por qué va a haber problemas? —preguntó de nuevo.

—Nosotros... él, Nicolai, su padre... piensa que Andreas se está desviando del buen camino, por así decirlo. Que yo no me doy cuenta de lo que está

pasando. Que anda metido en cosas que no están bien. ¡Pero él no vive con el chico como yo!

Skarre se esperaba algo así. Iba a decir algo pero se contuvo en el último momento.

—Andreas es un buen hijo. Si alguna vez ha hecho algo, han sido cosas de esas que hacen todos los chicos. Cosas de la edad.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Skarre.

—Una fiesta de vez en cuando. Robar manzanas de los jardines —dijo ella con aire arisco.

—¿Robar manzanas? —Skarre frunció las cejas—. ¿Un joven de dieciocho años?

—¿Entiende a lo que me refiero? —murmuró ella.

—No muy bien, a decir verdad.

—Tiene un amigo. Zipp. En realidad se llama Sivert Skorpe, pero lo llaman Zipp. Van siempre juntos. No puedo seguirlos y no sé lo que hacen, pero no tengo ninguna razón para creer que sea algo peligroso. O ilegal.

—¿El padre de Andreas opina de otro modo?

—Sinceramente, no sé muy bien lo que opina.

—¿Tiene Andreas más contacto con su padre de lo que usted cree?

—¿Que lo vea en secreto, quiere decir?

—Ya es mayor de edad. —Skarre sonrió—. Tal vez no le cuente a usted absolutamente todo.

—¡Claro que no! ¡Pero seguir viviendo en casa y comer gratis, eso sí quiere!

Se arrepintió y se tapó la cara con las manos. La señora Winther era guapa, pero sus manos revelaban el principio de la decadencia.

—¿Por qué voy a creer que algo va mal si él no me dice nada? Se levanta y se va a trabajar. Es muy aseado. Sale por las noches. Sé que está con Zipp.

Conozco a la madre de Zipp. Ella tampoco ha dicho nunca nada. Ven muchas películas en vídeo, creo. Dan vueltas en el coche mirando a las chicas. Zipp conduce un viejo coche heredado de su padre. Cuando tienen dinero van al pub. Hasta los veinte años no se puede entrar, pero ellos entran. Andreas es alto, uno ochenta y cinco.

—Ya —dijo Skarre—. Hábleme de Zipp.

—No tiene trabajo. No quiere trabajar. Andreas le paga las cervezas. No sé por qué lo hace, es demasiado bueno.

Skarre sonrió. Tenía una sonrisa cegadora, pero se contuvo un poco, teniendo en cuenta la gravedad de la situación.

—Necesito una lista de gente que lo conoce. Amigos, compañeros. Todos los que se le ocurran.

—Solo va con Zipp —se apresuró a decir ella.

—Pero tiene que haber más gente que lo conozca. Tiene compañeros. Y un jefe.

—Usted no lo entiende —dijo ella—. Solo va con Zipp. ¡Si alguien sabe algo es él!

Skarre estaba luchando contra su propia impaciencia.

—Necesito algo más para ponerme en marcha —dijo, en un repentino intento de mostrarse severo—. ¿Una novia?

—Ahora no tiene —contestó ella hoscamente.

—No me importa que sea una ex. A juzgar por la foto, habrá habido alguna durante todos estos años.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. Pero yo no sé sus nombres.

—¿De ninguna de ellas? —preguntó Skarre, asombrado.

—Nunca quiere traerlas a casa.

—Ajá.

—Pero buscaré a alguien que responda por él, si es a eso a lo que se refiere.

—Eso estaría muy bien —dijo Skarre, y anotó los nombres que ella le facilitó. Eran dos.

—Llamó usted a su amigo. ¿Qué dijo?

—No pudo ayudarme —dijo ella—. Pero sí estuvieron juntos esa noche.

—¿Dónde?

—¿No va usted a hablar con él?

—Claro que sí. Solo lo pregunto.

—Se tomaron una cerveza en el pub Headline. Luego vieron una película en casa de Zipp. Y al parecer, eso fue más o menos todo.

—¿Y a qué hora abandonó Andreas la casa? ¿Se lo dijo?

—Salieron a dar una vuelta después de la película. Andando.

—¿Así que se despidieron en la calle?

—Eso creo —contestó ella, dubitativa.

—¿Dónde se despidieron? —preguntó Skarre. Cerró con fuerza los ojos y esperó.

—¡Por Dios! Eso puede preguntárselo a Zipp —dijo ella, descorazonada.

—Quiero saber lo que le contestó a usted —dijo Skarre—. Por favor. ¡Déjeme hacer mi trabajo!

—Pero no entiendo...

—¡No importa! —Skarre intentó cogerle la mano—. ¡Solo le pido que conteste a mis preguntas!

Ella retiró velozmente la mano y empezó a lloriquear.

—Se separaron a medianoche. Creo que dijo a medianoche. Le pregunté que dónde y contestó que en la calle Thorne. En algún sitio de la calle Thorne. No entiendo qué hacían allí, en ese barrio. Los dos viven en otra zona.

—Gracias —dijo Skarre—. Sigamos. ¿Está a gusto en el trabajo?

—No lo sé muy bien. —Ella vaciló—. Una ferretería no es algo maravilloso. Pero fue lo que le tocó. En la Oficina de Empleo. A él le habría gustado trabajar en una tienda de música, pero no consiguieron encontrarle nada en ese campo. No creo que se esforzaran gran cosa, anotan los deseos en sus papeles, pero eso no significa nada. Los jóvenes tienen que coger lo que se les ofrece.

—Para un chico de dieciocho años que entra por primera vez en el mercado laboral puede haber cosas bastante peores que una ferretería —opinó Skarre.

—¿Qué? —se apresuró a preguntar ella.

—Ahórreme tener que enumerarlas todas —rogó Skarre—. ¿Ha estado alguna vez metido en temas de droga?

—No. Y no me vaya a decir que «eso me contestan todas».

—No lo diré. Pero que usted sepa, no ha sido su caso, ¿no?

—Así es.

Skarre tomaba notas. Pensó en cómo se comportaría él si algún día tenía hijos. Si perdería por completo la visión de la realidad.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen Zipp y Andreas?

—Desde primero del colegio. Zipp no era muy listo, y además estaba gordo. Parecía una salchicha demasiado rellena. —Sonrió de repente—. Andreas lo tomó bajo su protección. Siempre me ha extrañado que sigan juntos, son muy distintos.

—¿A usted le gusta Zipp? —preguntó Skarre.

Ella se lo pensó. Veía en sus adentros ese pelo rubio con el flequillo hirsuto.

—Sí —dijo sencillamente—. Podría haber encontrado algo peor.

—Bien. ¿Andreas parece estar contento con su vida?

—No le falta de nada. Si hubiera sido infeliz, yo lo habría sabido.

—Usted y su hijo... ¿tienen una buena relación?

—Es imposible tener una buena relación con un hijo adolescente. Da lo mismo lo que yo haga, los chicos de esa edad no quieren escuchar a las viejas, es así. Con el tiempo, usted entenderá a qué me refiero.

—¿Podemos entonces afirmar que parece contento?

—Con su vida. No conmigo —contestó ella con amargura.

«En realidad soy muy ingenuo —pensó Skarre—. Pensaba que me esperaban cosas buenas más adelante en la vida. No parece que sea así.»

—¿Ha notado algo especial en su conducta últimamente? ¿Algo que le haya intrigado?

—No se me ocurre nada.

—¿Llevaba algo consigo cuando se marchó?

—Cartera y cigarrillos. En su habitación no falta nada.

Skarre levantó la vista.

—Nada que yo note —añadió ella.

—Voy a ir a hablar con su amigo. Usted quédese en casa, junto al teléfono.

Ella se levantó y atravesó la habitación. Skarre tenía una extraña sensación. Había algo en esa mujer, en todo lo que no decía. ¿Quién era Andreas Winther? Se le ocurrió pensar que ella no lo sabía. Abandonó el despacho y fue al de Sejer. La puerta estaba cerrada. Extrañado, se asomó al despacho de Holthemann.

—¿Y Konrad?

Holthemann se empujó las gafas sobre la nariz.

—Ha dicho que llegaría un poco más tarde.

Skarre lo miró asombrado. Eso era algo que no ocurría nunca.

—¿Pasa algo?

—Su madre. Murió anoche.

La información hizo a Skarre mover la cabeza muy serio.

—Debemos enviar unas flores, ¿no?

El jefe de sección frunció las cejas.

—No lo sé. ¿Es necesario? Era bastante mayor.

Skarre permaneció unos instantes en el vano de la puerta. Era bastante lógico que la gente se muriese a la edad de —no sabía muy bien— tal vez ochenta y muchos. Eran esas cosas que los adultos tenían que aceptar sin armar mucho revuelo.

—Yo me ocuparé —murmuró, y se marchó.

La gravedad de la situación llegó flotando como una sombría niebla del mar. ¡Un policía en la puerta! Zipp sonrió forzosamente. «Joder, tengo miedo —pensó—. Miedo por Andreas.»

—Jacob Skarre.

—Entre, bajemos al sótano.

La madre salió de la cocina.

—No, siéntese aquí. Traeré café.

—Bajamos al sótano —dijo Zipp malhumorado—. Ha venido a hablar conmigo.

Ella lo miró como ofendida. A pesar de una notable obesidad, llevaba un ajustado chándal blanco y el pelo recogido con una pinza roja en lo alto de la cabeza. Se giró sobre sus talones.

—Quiere meterse en todo —dijo Zipp, desesperado.

Skarre sonrió.

—Por mí, está bien hablar contigo a solas.

Bajaron la escalera y se metieron en el cuarto de estar del sótano. Skarre echó un vistazo a su alrededor. Se dio cuenta de que Zipp estaba nervioso,

pero eso solía pasarle a casi todo el mundo. No obstante, tomó nota de ello. También del pelo hirsuto y el pantalón estrecho. El cuarto de estar del sótano, con ventanucos muy arriba en la pared. «Como el estudio de Robert», pensó. Televisor y aparato de vídeo. Pósters colgados. Genesis. Jagger. Un cenicero rebosante. La manta en el sofá, que a lo mejor significaba que el chico a veces se quedaba a dormir allí. Zipp cogió los cigarrillos de la mesa. Encendió uno y exhaló. Miraba fijamente a Skarre, que estaba sentado en un sillón mirándolo con amabilidad. Pasó el tiempo. El rescoldo crecía. El silencio continuaba. Polvo gris se arremolinaba en un rayo de luz que entraba por uno de los ventanucos.

—¿No va a preguntarme nada?

Skarre sonrió amablemente.

—He venido más bien para charlar. Tengo que averiguar cómo es Andreas. Qué puede haber maquinado.

—Ya, entiendo —dijo Zipp.

—Vamos primero a lo concreto. Cuándo os visteis, cuándo os separasteis. Cosas así. Los puntos fijos.

Zipp había tenido tiempo para pensar. La situación le resultaba completamente imposible. Todo eso que habían hecho y que él no podía contar. Que le gustaría ayudar, pero que no podía. «¡No te chives!»

Tenía que alejarse tanto a sí mismo como a Andreas de la casa de la vieja. Al fin y al cabo, podía contar la mayor parte de lo que habían hecho. Que estuvieron en *Headline*. Que vieron *Blade Runner* juntos. Que luego se dieron una vuelta por el centro. Pero no lo del cochecito del niño. Ni lo de la casa y la vieja. Tampoco lo del cementerio. Joder, muchas cosas.

—Primero estuvimos en el pub —dijo.

—¿Qué pub?

—*Headline*.

—¿A qué hora?

—A las ocho de la tarde.

—¿Habíais quedado fuera?

—Eh, sí. No —se decidió deprisa—. Andreas apareció aquí.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las siete y media —contestó.

—De acuerdo.

Skarre anotó. Tenía que procurar mantener al chico tranquilo. Admitió todo lo que contaba sobre las horas, sonreía muy calmado, escuchaba cortésmente, asentía y anotaba. Zipp empezó a relajarse, hablaba más, fumaba y sonreía.

—No comprendo lo que ha pasado, joder. Espero que esté bien.

—Esperemos que sí. ¿Es tu mejor amigo?

Zipp tragó saliva.

—Mi mejor y único amigo.

—A ver. Apareció aquí alrededor de las siete y media. Fuisteis andando hasta Headline. Tardaríais unos quince minutos, ¿no?

—Algo así.

—¿Sabes de dónde venía él?

—De su casa, ¿no?

Zipp lo miró nervioso.

—No. Salió de su casa en la calle Cappelen a las cinco y media. Justo después de comer.

—¿Ah, sí? Pues no, no dijo nada.

«Joder —pensó Zipp—. Podría haber dicho la verdad. Que llegó antes de las seis. Que nos dimos una vuelta por la ciudad en el coche.» Pero luego estaba lo del cochecito del niño. Zipp se esforzaba por mantener despejada la

cabeza. «Repetir lo que es verdad —pensó—, y decir “no lo sé” a todo lo demás.»

—¿De modo que no mencionó dónde estuvo desde las cinco y media hasta las siete y media?

—No lo sé.

—¿No lo recuerdas?

—No lo mencionó —se corrigió Zipp. Se chupó los labios. El tío parecía muy majo. Pero Zipp había visto bastantes películas en vídeo como para dudar de él. Los cerebros agudos disfrazados de seres amables.

—De acuerdo. Fuisteis juntos al pub. ¿Tomasteis cerveza?

—Un par de ellas. Tal vez tres o cuatro. Luego fuimos al videoclub y alquilamos una película. La vimos aquí, en mi casa. *Blade Runner*.

—Una película fantástica —dijo Skarre con entusiasmo.

—Impresionante —respondió Zipp en voz baja.

—¿Y después de la película volvisteis al centro?

—Caminamos un poco. Por donde el río. Y arriba, por la iglesia.

Tragó saliva al acordarse de la iglesia.

—La iglesia. ¿Por qué?

—Ni idea. Yo seguía a Andreas —dijo Zipp, pensativo—. Luego volvimos al centro. Andábamos sin rumbo fijo. Había mucha gente en la plaza. Nos sentamos en un banco a charlar. Andreas tenía que levantarse pronto al día siguiente para ir a trabajar, así que dijo que se iba a casa. Nos despedimos sobre medianoche.

—¿Dónde?

—En la plaza —repitió Zipp.

—¿En la plaza? —Skarre volvió a asentir con la cabeza. Se controló, no debía mostrar lo que estaba pensando. A la madre le había dicho que se

despidieron en la calle Thorne. ¿Por qué mentía?— . ¿Andreas estaba como siempre?

Zipp se encogió de hombros.

—Sí, como siempre. No sé nada más, porque me vine a casa y me acosté.

—¿Cómo supiste que él no volvió a casa?

—Lo llamé al trabajo. Sobre las once.

—¿Para qué lo llamaste?

—Para charlar un poco.

—¿Así que lo llamas de vez en cuando para charlar?

—En realidad lo llamé para pedirle prestados unos CD.

Skarre echó un vistazo a los pósters.

—¿No sabes si Andreas tenía algún problema? ¿No te contó nada?

Zipp contaba las colillas del cenicero. «¡No, no lo cuentes todavía! Solo si pasa mucho tiempo y él no ha vuelto.»

—Nada que tenga que ver con este asunto —dijo por fin.

—De acuerdo. Tú lo conoces. Tendré que creerte. ¿Podría ser algo con alguna chica? —sugirió Skarre.

—¿Una chica? Sí, quizá.

—Pero tú conoces su círculo de conocidos. Necesito algunos nombres. Más personas con quien hablar.

—Él solo va conmigo.

—Pero tiene compañeros, ¿no?

—Nunca los ve en su tiempo libre. La única es esa artista —dijo, vacilante.

—¿Artista?

Zipp no estaba seguro de si debía continuar o no. Pero era bueno tener algo que contar. ¡Y quién sabía, quizá simplemente estaba con ella, en medio de una gran orgía! Con el fin de cuidar de su coartada.

—Va una vez a la semana a casa de una artista. Ella lo pinta —carraspeó.

Skarre lo miró muy atento.

—¿Sabes su nombre?

—No. Pero creo que vive arriba, en la colina. En una vieja casa verde, según Andreas.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo?

—Desde primero del colegio.

—¿Y tienes realmente la sensación de conocerlo?

«Dios. Creía que lo conocía.»

—Si no aparece en unos días, supongo que volveremos —dijo Skarre.

—Vale. —Zipp se levantó de un salto del sofá—. Y si me acuerdo de algo, le llamaré.

Skarre lo miró detenidamente. Durante tanto rato que Zipp empezó a retorcerse. Intentó meter las manos en los bolsillos, pero los vaqueros eran demasiado estrechos. Cuando el policía se hubo marchado, se tumbó en el sofá y miró al techo. No había nada en qué fijar la mirada, de modo que cerró los ojos e intentó buscar una explicación. No oyó a su madre, que bajaba sin hacer ruido por la escalera. Solo la intuyó como una sombra a través de los párpados. Clavó la mirada en su cabeza. Con ese chándal blanco y la pinza roja recordaba a una gallina. Ella apretó los labios.

—Te conozco, ¿sabes? ¿Qué está pasando?

«Te conozco.» Zipp odiaba esa frase. Se levantó del sofá, se abrió paso por delante de ella, cogió la chaqueta y desapareció por la verja. Bajó con pasos rápidos por la calle principal hasta llegar a la plaza, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, con las manos hundidas en los bolsillos. Si seguía una vez más esa ruta, lo entendería todo. Pasó por delante de la óptica, la tienda de bicicletas y el parque. Subió la cuesta con pasos largos. La vieja nunca lo había visto, no lo reconocería. Se estaba acercando a la casa. Miró hacia dentro, aflojó el paso, contempló las ventanas. No vio nada. Siguió hacia delante, oculto por

el tupido seto. Se paró un poco más arriba. Metió la cabeza en el seto todo lo que pudo, apartando unas ramas que pinchaban. La casa tenía una pinta muy normal. Impertérrita, dentro del frondoso jardín. Era de una planta, además de un sótano completo. Miró las ventanas del sótano. Se veían dos detrás de unas flores a punto de marchitarse. A lo lejos oyó pasos. Se retiró del seto y volvió a bajar la calle. Algo extraño estaba pasando. Le apetecía una cerveza, pero no tenía dinero. No obstante, fue hacia el centro y llegó a *Headline*. Se quedó delante de la puerta cerrada y miró por la ventana. Podía vislumbrar la mesa en la que estuvieron sentados aquella noche. En su cabeza oyó la voz de *Andreas*: *«I will never see you again, my friend»*.

La bombilla desnuda del techo se reflejaba en sus ojos como dos minúsculos puntos. Él no se movía, solo me miraba fijamente. Me recordaba a una liebre en una trampa. ¡Qué indefenso estaba! Me conmoví, simplemente. Eso no ocurría a menudo. Vi un débil movimiento a través del pañuelo y entendí que estaba abriendo la boca.

—Agua —dijo en voz baja. Apenas consiguió pronunciar la palabra.

El cuerpo yacía de un modo extraño, quieto, como si no le perteneciera. De hecho, no se me ocurrió rechazar ese ruego. Pero de todos modos me quedé un rato mirando los ojos azules. El resto de la cara estaba oculto por el pañuelo. Pero los ojos penetraron como fuego en los míos. No parpadeaban, solo rogaban en silencio. Por fin subí a la cocina. Abrí el grifo, dejé correr el agua. «¿Qué estás haciendo, Irma? ¿Has perdido por completo la razón?», dijo el agua, fluyendo y chorreando. «No, no.» Pero por una vez hice lo que quería. Él no me preguntó lo que yo quería, deseaba y necesitaba. La respuesta era tiempo. Por eso me tomé mucho tiempo. Luego volví a bajar. Vio el vaso.

Por fin parpadeó. Al llegar al final de la escalera tuve que saltar por encima de sus pies. No los había movido, tal vez se los había roto. No quise preguntar, me limité a quedarme allí con el agua. Las lágrimas empezaron a correrle.

—El pañuelo —dije torpemente—. Quitate el pañuelo.

Pero él no se movió, solo me miraba fijamente a mí y al vaso, mientras parpadeaba sin parar. No quería tocarlo. Pero era incapaz de volver a subir con el vaso. Si me inclinara, tal vez él se levantara del suelo con un terrible grito y me mordiera. Pero parecía estar sumamente débil. Me quedé allí un buen rato. Él me estudiaba de la misma manera que yo lo estudiaba a él. La bombilla del techo nos tenía cogidos en ese momento tan extraño. Congelados en un círculo de luz. «Irma —pensé—, llama para pedir ayuda. ¡Tienes que hacerlo ya! Pero no me moví. Me quedé mirando dentro de los ojos claros. En la parte derecha de la cabeza tenía una gran herida que había sangrado mucho. La sangre se había coagulado y quedado como en un pastel en el suelo. No entendía por qué el chico no gritaba, si yo estaba a su lado. No intentaba quitarse el pañuelo, ni levantar la cabeza, y por fin comprendí que no podía. Yo no llevaba ninguna pajita, y me sentía incapaz de tocarle. Di un trago de agua mirándole por encima del borde del vaso. Nunca olvidaré sus ojos cuando oyó el sonido del agua bajando por mi garganta. Los cerró en silencio. Aquello no me gustó. El que fuera capaz de esconderse simplemente cerrando los ojos.

—Buscaré una solución —dije—. Por supuesto que te daré agua. No soy tan mala.

Sacudió levemente la cabeza. De repente empezó a toser sin parar. La garganta le gorgoteaba. Puso los ojos en blanco. «Ahora se muere ante mis ojos —pensé—. Sería terrible, pero al mismo tiempo hermoso y

tremendamente desgarrador.» Pero no se murió. Toqué el pañuelo con dos dedos y lo bajé.

El parecido con Andreas era notable. Nicolai Winther tenía cincuenta y pocos años, era alto y delgado, con la nariz puntiaguda y los ojos muy juntos bajo unas finas cejas. Tenía el pelo rizado y desarreglado.

—¿Qué estará haciendo el chico? ¿No saben ustedes nada?

No paraba de dar vueltas a los botones de su chaqueta, de tal manera que en cualquier momento podían saltar por la habitación.

—Por desgracia, no. Pero no hay razón para pensar que le haya pasado algo grave. A veces las personas necesitamos un respiro. Un poco de tiempo para nosotros mismos. Sin sentir la necesidad de explicárselo a todo el mundo. Eso ocurre y Andreas es un adulto. Pero su madre está preocupada. Y nuestro deber es estar al servicio de la gente.

«Vaya, qué discurso», pensó Skarre tomando aliento.

—Dos días y dos noches —dijo Winther lentamente—. ¿Qué demonios habrán hecho?

—¿Ellos? ¿Se refiere a Zipp?

Winther asintió con la cabeza.

—¿A quién si no?

—He de recordarle que Zipp está en su casa. No sabe nada.

A Winther le dio un ataque de tos, combinado con una risa mezclada con gruñidos.

—No me venga con cuentos. Están siempre juntos.

—Sí —admitió Skarre—. También lo estaban el 1 de septiembre. Pero se separaron a medianoche y desde entonces nadie lo ha visto.

Winther intentó relajarse.

—Se habrá pasado de la raya. Lo estaba esperando.

—¿Qué quiere decir?

Skarre abrió las orejas al máximo.

—Sabía que antes o después ocurriría algo.

—¿Cómo podía saberlo?

—Porque... —Miró al suelo—. Porque hay algo en Andreas... Algo que no entiendo. No quiere hacer nada. —Dio unos pasos—. Resulta difícil de explicar. ¿Usted no tiene hijos?

Echó una breve mirada a la joven cara de Skarre.

—No, como puede ver no soy más que un niño.

La respuesta provocó al otro una sonrisa, y de hecho, bastante amable.

—Ha hablado usted con su madre. Supongo que le habrá contado muchas cosas.

—Está muy preocupada —dijo Skarre, con mucho tacto.

—Y poco preparada. Llevo mucho tiempo diciéndolo. Él es un chico raro. Espero por Dios que no esté metido en asuntos de drogas o algo por el estilo. Si se emborracha, no pasa nada. Estará borracho. ¿Han comprobado en los hospitales y sitios así?

—Es lo primero que hacemos siempre. Ha desaparecido sin dejar rastro. Obviamente contamos con que aparezca en cualquier momento. Pero tenemos la obligación de hablar con todo el mundo. Dice usted que es un chico raro. ¿Qué quiere decir con eso?

Winther se concentró.

—Es una buena pregunta. Todo empezó muy bien. Tuvimos un niño guapo y bien dotado, con todo lo que debe tener un chico. Con todas las posibilidades. Y se crio como la mayoría de ellos. Nunca estaba enfermo, nunca daba problemas. En el colegio sacaba buenas notas, aunque no excelentes. No tiene ningún proyecto ni deseos para su vida. Nunca muestra

ningún entusiasmo por nada. Ningún entusiasmo —murmuró, como si sus propias palabras le extrañaran—. Nunca le han interesado ni los coches ni las bicicletas, como a casi todos los chicos. Se contenta con estar con Zipp. Andreas carece por completo de intereses. No hay nada que le impresione.

Se frotó la delgada barbilla con una mano áspera.

—¿Y sabe usted? Eso me asusta. ¿Qué va a ser de él?

Skarre nunca había oído hablar a nadie con tan poca piedad de su propio hijo. Y no lo hacía por maldad, simplemente estaba abatido por algo que no entendía.

—Va por ahí como adormilado, pero siempre tengo la sensación de que algo está brotando en él. O tal vez sea que espero que sea así.

Se hizo un largo silencio mientras Skarre intentaba colocar a Andreas en alguna casilla. No fue capaz.

—¿Tienen usted y Andreas una relación estrecha?

Winther se acercó a la ventana.

—Él no tiene una relación estrecha con nadie.

—¿Y con Zipp?

—Me sorprende que eligiera a Zipp. Andreas es muy superior a él. Zipp va detrás. Me pregunto si a lo mejor lo necesita para algo.

Skarre anotó algo en el cuaderno.

—No lo conozco —prosiguió Winther—. Es mi hijo, pero no lo conozco. Algunas veces pienso que no hay nada que conocer.

Lo último lo dijo cabizbajo, como avergonzándose.

Por fin se sentó. Apoyó la barbilla en las manos y fijó la mirada en algo que podría ser la rodilla de Skarre dentro del pantalón del uniforme.

—Tiene que haber algo que le interese, ¿no? —preguntó Skarre en un flaco intento de consolarlo.

—Ve bastantes películas. De hecho, creo que ve la misma una y otra vez.

Una especie de visión futurista. ¿No es eso bastante enfermizo?

—No. —Skarre sonrió—. ¿Ha oído hablar de ese hombre que hace ocho años que va todos los sábados a ver el musical *Cats*, en Londres?

Winther esbozó una sonrisa torcida.

—Tendré que creerle. Bueno, la música le interesa un poco. No cantar, ni tocar, solo escuchar. Nada de música viva. Música en lata. Hi-Fi. Equipo de megafonía. Un poco más de bajo aquí, un poco menos discante allí. Membranas. Cables de oro. Cosas así. Quizá ni siquiera la música en sí.

—Sonido —añadió Skarre—. ¿Le interesa el sonido?

—¿Eso es algo que puede interesar a alguien?

—Claro que sí. Es una ciencia.

—Pero no es una cosa que pueda apasionar —dijo Winther—. Se puede estar interesado en ello. Él tiene trabajo y sueldo, pero nunca dinero. Comparte su sueldo con Zipp. ¿Por qué demonios hace eso?

—¿Porque es un buen amigo?

Winther lo miró sorprendido.

—Entonces ¿en qué está pensando usted al decir que a lo mejor está metido en algo?

Winther cerró los ojos.

—¿Que a qué me refiero? No lo sé. Quizá a que ese tic tac que hay dentro de él ha estallado por fin.

Sonrió un poco de su frase tan dramática.

—¿Sabe usted si alguna vez ha estado involucrado en algo delictivo?

—Intuyo que él y Zipp han intentado cosas.

—¿Por qué lo intuye?

—Lo intuyo de esa manera en que se intuyen cosas relativas a los hijos. Se lo he dicho a su madre, pero no quiere escuchar. Pide pruebas.

—Nosotros también. —Skarre sonrió. Se esperaba cualquier cosa. Pero no

eso—. Pero estamos hablando de un joven guapo que lleva una vida normal, que se levanta y va a su trabajo todos los días, y que pasa su tiempo libre en compañía de un buen amigo. Y que, de hecho, no tiene antecedentes penales, porque he de admitir que lo comprobamos enseguida. Está claro que resulta difícil ver el problema.

—Voy a contarle algo. —Winther se levantó de nuevo—. Tal vez no le parezca tan raro, pero usted no tiene hijos. Perdóneme por usarlo en su contra, pero es imposible no hacerlo porque te lanza dentro de otro mundo, y no exagero. Usted no tiene hijos, por tanto vive en una realidad completamente distinta a la mía.

—Digámoslo así —respondió Skarre en voz baja.

—No pensé en ello entonces, pero lo pienso ahora. Cada vez que Andreas iba al médico o al dentista. Para una inyección, un empaste y esas cosas a las que tienen que someterse los niños. Estábamos preparados para que hubiera problemas, claro. Que tuviera miedo. Que gritara y se negara. O al menos que estuviera un poco desesperado. Pero nunca lo estaba. Le daba igual. Decía «vale», y nos íbamos. Permanecía estoicamente sentado mientras el médico le pinchaba o el dentista le taladraba. Sin emitir sonido alguno. Yo estaba orgulloso de él. Pensaba que era muy valiente. Pero ahora, al pensar en ello, me resulta... anormal.

«No tuviste el hijo que deseabas —pensó Skarre—. Nadie lo tiene. Mi padre tampoco lo tuvo.» Se acordó de aquel funesto día que entró a ver a su padre después de haber llamado tres veces a la pesada puerta de su despacho. Con las manos a la espalda y la voz más firme que fue capaz de producir, le dijo que no quería estudiar teología, sino solicitar el ingreso en la Academia Superior de Policía. Que estaba seguro de conseguir entrar, porque sus notas eran buenas y su estado físico inmejorable. Se puso firme, preparándose para lo que vendría, como si llevara un chaleco antibalas. Y luego, la escena de la

matanza que siguió. Primero fue atravesado por la negra mirada de su padre. Luego su voz, que le cortaba el pecho como un cuchillo, y en dos minutos estuvo despellejado. Desplumado de todo. La desesperación de su padre era como agua hirviendo sobre el cuerpo sin piel. No le acusó de nada, no pretendió convencerle de que cambiara de opinión. Pero estaba en su derecho, dijo, de mostrarle su infinita decepción. Y salió de la habitación. Luego le pidió perdón. Si Jacob había tomado esa decisión, por supuesto que le apoyaría. Con la única condición de que fuera el mejor hombre que había tenido jamás la policía. Skarre sonrió con tristeza.

—Tiene usted que presionar a Zipp —insistió Winther—. Él sabe algo seguro. Y si se calla, tiene que ser porque se trata de algo grave. Algo que ellos han hecho. ¿Me entiende usted?

—Sí, lo entiendo y le creo. Vamos a ponernos con el asunto. Con esto como punto de partida.

Winther se marchó. Skarre pensó en la promesa que acababa de hacer. Al mismo tiempo, era presa de una extraña sensación. De que algo muy raro le había sucedido a Andreas.

Di un fuerte grito, desgarrador, que retumbó en el sótano. Él clavó los ojos en mí, intentó decir algo, pero yo me di la vuelta, me agarré a la escalera para subir de nuevo y me di contra el cable de la bombilla, que empezó a oscilar. El haz de luz daba vueltas por el sótano y cerré la trampilla con fuerza. Corrí hasta la entrada, abrí la puerta e intenté serenarme. Me quedé un rato jadeando en los escalones de fuera. Pisé la gravilla y me fui al jardín de atrás. No entendía nada de todo aquello. Por qué tenía que sucederme a mí. Las flores de los macizos estaban a punto de marchitarse. Yo misma me estaba marchitando, las rodillas

apenas me sostenían. Buscaba algo que hacer con las manos, algo que pudiera parecer cotidiano, cuando vi la silla. ¡Una silla del cenador estaba colocada justo debajo de la ventana de la cocina! Me quedé paralizada, intentando entenderlo. ¿Quién había estado allí mirando dentro? Se me ocurrió una desagradable posibilidad. Eran dos. ¡Al principio eran dos! El otro estaba esperando en el jardín y acercó la silla a la ventana. Estaba a punto de desmayarme. Pero luego pensé: «No, no, fue el chico del sótano el que se subió a la silla y miró dentro antes de atacar». La cogí, me costó un poco subir los dos escalones del cenador. Si hubieran sido dos y el otro hubiera estado esperando en el jardín, si él supiera que su amigo seguía dentro de la casa, habría venido a llamar a mi puerta hacía mucho. Quería obligar a mi cuerpo a estarse quieto, pero mis pies vibraban, y la vibración se extendía hacia arriba, yo temblaba de ira. Entré en la casa, pisé ruidosamente el suelo de la cocina, levanté furibunda la trampilla y grité hacia él.

—No tengo nada. ¡Solo algo de plata vieja! ¿Por qué viniste aquí?

—No lo sé —sollozó.

El llanto fue demasiado para ese cuerpo tan deteriorado. Se ahogó a sí mismo. Me quedé un rato mirándolo. Parecía tan miserable, tan pequeño y desamparado... Lloriqué un poco, incapaz de controlar mis sentimientos, y eso me asustaba. Suelo tener el control de las cosas. Era como si me desintegrara. Y sin embargo volví a bajar y me senté a su lado. Cogí el vaso de agua y se lo ofrecí.

—No puedo —murmuró desesperado.

—Tienes que beber, si no, morirás.

Él gritó fuera de sí, pero yo me hice la dura y le acerqué el vaso a los labios. Abrió la boca y le eché el agua dentro. Volvió a toser violentamente. Me salpicó agua en la cara.

—No puedo —murmuró.

—Me las arreglaré para que alguien te encuentre —dije, exhausta ya.

—¡Rápido! —Tosió—. ¿A qué espera?

Tragué saliva. Por un encendido segundo me sentí terriblemente avergonzada.

—Creía que estabas muerto.

No contestó. Su cuerpo estaba inmóvil. ¡Cómo podía estar tan quieto! Yo no soy mala. Pero llegó a mi casa algo que no podía controlar. Vivo sola, no hay nadie aquí para ayudarme. Estuve una eternidad sentada en la escalera del sótano con la frente apoyada en las rodillas. Desde abajo no subía ningún sonido, lo único que notaba era el olor a moho, patatas y polvo. Pero poco a poco me fue llegando a los oídos un silbido, al principio débil, luego cada vez más fuerte. Como si alguien diera la vuelta a un reloj de arena. La arena empezó a caer.

Los rizos de Skarre llamaban siempre la atención. Ahora la de una adolescente, junto al expositor de las revistas. No era correspondida. Él estaba a otras cosas. Winther tenía razón, claro: Zipp estaba ocultando algo. La certeza de eso era tan firme como su fe en Dios. ¿Qué había dicho Sejer? «La gente siempre tiene una razón para callar, y ni siquiera necesita que sea muy buena.» Al mismo tiempo, entendía la gravedad del asunto. Eso no era un viaje en barco a Dinamarca. Volvió en sí porque la cola de la caja avanzó un poco. Skarre era el cuarto. Delante de él había una mujer mayor con un abrigo marrón. Si miraba por encima de su hombro, podía ver el contenido del carro de la compra. Le divertía mirar los carros de la compra de la gente. Basándose en lo que acababan de comprar, sacaba divertidas conclusiones. La mujer había comprado un biberón de plástico transparente. Un

desinfectante y algodón. Tres botellas de detergente con lejía y una vela de esas pequeñas. ¿No iba a comprar nada de comida? Se estiró y miró los otros carros. Solía haber una especie de orden, cosas que de un modo natural encajaban entre ellas. Como por ejemplo cuatro litros de leche, pan, café y chuletas congeladas. O una caja de cervezas, dos bolsas de patatas fritas, la revista masculina *Vi Menn* y cigarrillos. O pañales, tarritos de comida de bebé, papel higiénico y plátanos. Pero lo que había en el carro que tenía delante era un caos. Skarre se estaba divirtiendo. Miraba fijamente el abrigo lleno de bolitas. Ella volvió a avanzar en la cola. Agarraba el carro con una mano. No era muy alta, pero sí corpulenta y pesada. Como solo la veía por detrás, le resultaba difícil saber si tenía cincuenta o setenta años. Su pelo era gris y bien peinado. Llevaba unas botas cortas con tacones gordos. Reflexionó sobre el biberón. Sería para algún nieto. Miró lo que contenía su propio carro. Cebollas, pimientos, arroz, litro y medio de Coca-Cola, tres periódicos y una bolsita de gominolas. Se palpó el bolsillo para comprobar que tenía cigarrillos. Quizá debería llevarse un paquete de Magic, que estaban en un expositor junto a la caja. Tal vez con una profunda mirada a los ojos de la cajera, y un breve comentario: «¡Vaya, he estado a punto de olvidarme de lo más importante!». Era un juego al que solía jugar. Skarre avanzó en la cola. La mujer del abrigo marrón puso las cosas en la cinta, pagó y las metió en una bolsa. Sin pronunciar palabra, ni gracias, ni que tenga un buen día. Tampoco miró a la cajera a los ojos. Estaba como ensimismada. Y desapareció. De repente Skarre vio algo en la esquina de la cinta. La mujer se había dejado el biberón.

—Yo me encargo —dijo a la cajera.

Ella se encogió de hombros, y en cuanto Skarre acabó con lo suyo, salió corriendo. La mujer se había alejado ya bastante. Tal vez fuera a coger un autobús. Llevaba la bolsa en la mano derecha y andaba pegada a la pared.

Skarre se había metido el biberón en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero y pronto la alcanzaría. Ella no se percató de nada. Cruzó la calle y empezó a subir por Prins Oscar. Él estaba ya tan cerca que podía haberle gritado, pero apretó el paso para poder decírselo en voz baja. Skarre era un tipo muy considerado. Ella se encontraba ya en la mitad de la cuesta, y él cinco metros detrás. Sacó el biberón del bolsillo y correteó hacia ella.

—¡Oiga! ¡Espere un momento!

La mujer se volvió literalmente de un salto y lo miró. El miedo que expresaba era tan evidente que también Skarre se detuvo, hizo un gesto con los brazos y agitó el biberón.

—Se ha dejado esto en la tienda. Era solo eso.

La mujer se quedó unos segundos mirando, a continuación se volvió y prosiguió su camino.

—¡El biberón! —gritó él de nuevo.

Por fin la mujer se detuvo.

—Estaba detrás de usted en la cola de la tienda. Esto se quedó en la cinta.

Ya estaba muy cerca de ella. Vio sus finos labios y sus ojos hundidos. Tenía una ancha mandíbula y las cejas continuas. Su cara estaba blanca, como algo encerrado.

—Pensé que quizá era importante —dijo él, sonriente, alcanzándoselo.

Ella lo cogió vacilante.

—Perdone —murmuró—, es que me he asustado.

—No era mi intención —dijo Skarre con una pequeña reverencia.

—Hay tanta gente rara por ahí —prosiguió ella—. Nunca se sabe quién puede aparecer. —Le ofreció algo parecido a una sonrisa—. Usted podría haberse marchado como si nada. Este biberón es importante, ¿sabe?

—Entiendo.

Él se fue retirando. Ella ya se había tranquilizado por fin.

—Que tenga un buen día —dijo Skarre.

—¿Un buen día? —Fue como si se despertara—. No sabe usted de lo que está hablando.

Skarre vaciló. La mujer parecía confundida. Se dio la vuelta y prosiguió su camino. Skarre vio que giraba a la izquierda, justo antes de un tupido seto. Detrás de los árboles vislumbró una casa blanca con marcos verdes.

Abrí el grifo y dejé correr el agua. Me sentía lo bastante concentrada como para ser capaz de mostrar un poco de compasión; además, era responsable de él. Solo me tenía a mí. Ese pensamiento sonó como una canción en mi interior, aunque sabía que no duraría, que solo tendría una persona a mi disposición de esa forma por un breve tiempo. Alguien obligado a escuchar. Empezó a jadear cuando abrí la trampilla. Me resultaba extraño estar allí con el biberón en la mano, hacía mucho tiempo que no cogía uno. Lo había planificado todo. Si le ponía un cojín sobre el pecho, el biberón podría descansar sobre él. Porque sujetárselo yo, eso sí que no lo soportaría. Me parecía raro que siguiera vivo. Algo les pasaba a sus brazos y a sus piernas, y tal vez también a sus pulmones. Tenía la voz débil y le costaba respirar. Me quedé un rato con el biberón en la mano. ¡Cómo pude dejármelo en la tienda! Me costaba recordar lo que había dicho al joven. Me dejó algo preocupada. Pero tenía muchas cosas en que pensar. Bajé la escalera. Él vio enseguida el biberón y abrió los ojos de par en par. Le puse el cojín sobre el pecho, encima de la manta. El biberón casi se hundió. El chico se puso al instante a chupar el agua, sin pausa, el biberón burbujeaba. Yo me quedé mirándolo inmóvil desde los primeros escalones, de tal modo que su cabeza quedaba visible entre mis rodillas, como algo que hubiese parido en el suelo. Menos mal

que por fin pudo beber agua. Las lágrimas le chorreaban mientras bebía. Yo estaba absorta en esa cara hermosa, en esos claros ojos, y en el agua que le chorreaba por el cuello. Con unas tijeras había hecho más grande el agujero, para que no le fuera tan laborioso beber. Cuando el biberón estaba casi vacío, pesaba tan poco que se cayó del cojín al suelo de hormigón. Se oyó un frágil sonido cuando salió rodando.

—Gracias —susurró. Acto seguido, cerró los ojos.

Me emocioné. ¿No iba a gritar de nuevo? ¿A maldecirme, a obligarme a pedir ayuda? Parecía dormido. Yo esperé piadosamente. Respiraba con dificultad. Me hubiese quedado allí sentada toda la noche de no ser porque me dolía la espalda. Si hubiese podido, lo habría llevado en brazos a mi cama. Lo habría hecho por él, lo habría hecho con mucho gusto. No hay nada como estar mirando a una persona totalmente sometida a ti. En ese mismo instante y en ese mismo lugar decidí cuidarle lo mejor que pudiera. Y el sótano, que conocía tan bien, se transformó lentamente. Vi que ya no estaba oscuro y asqueroso. La bombilla iluminaba la telaraña de debajo del techo, parecían hilos de plata. La penumbra en los rincones, la luz amarilla y el suelo sin brillo. Ahora era como si los tristes muebles viejos tuvieran cierta dignidad, apoyados satisfechos contra la pared del sótano, habían cumplido con su misión. Los desgastados escalones en los que estaba sentada. Ese espacio silencioso. Andreas lo había llenado de algo. Era joven y estúpido, había actuado sin pensar, como hacen los jóvenes, simplemente moverse sin pensar. Pero no se merecía estar allí pasando frío. Volví en mí.

—¿Te duele algo? —le pregunté.

Pasaron unos instantes. Abrió los ojos.

—No —contestó con un hilo de voz.

—¿Tienes frío?

—No —repitió.

Se chupó los labios. Se le estaban agrietando. El pelo del lado derecho de su cabeza estaba untado de sangre. Coagulada y pringosa.

—Estás incómodo. Voy a moverte.

—¡No! ¡No!

Gritó fuerte. Sus ojos se pusieron blancos de miedo.

—Tienes las piernas como subidas en la escalera, parece doloroso.

—¡No! ¡No las muevas!

Me levanté y me coloqué detrás de su cabeza. Vacilé un poco antes de inclinarme sobre él. Se quejó, rogándome que no lo moviera. Pero me hice la dura y le metí las manos debajo de los brazos. Conté hasta tres y tiré de él hacia abajo el último trecho de escalera. Sus zapatos chasquearon débilmente contra el suelo. Él no gritó, lo que al parecer le sorprendió. Tenía mejor pinta ya, con las piernas estiradas.

—No siento el cuerpo. ¡No siento nada! —dijo de repente.

Me sobrecogieron sus palabras, me sobrecogió la que yo había liado. La que «él» había liado, me corregí a mí misma. Me vino de repente con mucha fuerza, y luego la gravedad, viendo lo malherido que estaba. ¡Tenía que quitarme de encima esa desesperación que sentía y que no soportaba! Me enderecé vehementemente.

—¡Deberías haberlo pensado antes!

Abrió la boca para contestar a gritos, pero no tenía fuerzas. Subí la escalera. Cerré la trampilla. ¿Se habría roto la nuca? ¿Habría perdido el contacto con la parte inferior de su cuerpo y con todo eso que dejaría de funcionar? ¿Podría vivir así? ¿Le llegaría oxígeno suficiente? Era demasiado tarde para retroceder. Quemé un puente cuando cerré la trampilla la primera vez. No había vuelta atrás. Y tampoco había camino hacia delante. Me senté junto a la mesa y me sujeté la cabeza con las

manos. La cara del chico aparecía ante mí a intervalos, estorbándome. Pero luego volví a ser buena, amable y complaciente. Pensé que la siguiente vez podría llenar el biberón de leche caliente, añadir un poco de azúcar, tal vez. O un par de pastillas tranquilizantes, Stesolid. Así podría dormir. Esos pensamientos me proporcionaron una especie de paz. Todo lo bueno que se puede hacer si se quiere. Hojeé los periódicos. No encontré ni una sola página sin violencia, guerra o desgracias semejantes. Un joven le había pegado un tiro en la cara a su novia. Había más gente como Andreas, había muchos. Leí una historia tras otra, a cuál peor. De vez en cuando me volvía y miraba por encima del hombro. Me esperaba algo. Una cara en la ventana, una llamada telefónica. Cuando por fin sonó el timbre, el corazón estuvo a punto de parárseme. Pero se tranquilizó cuando pensé que simplemente podía no abrir. Yo decidía sobre mi propia vida y mi propia casa. Dejé que llamaran, pero no paraban de insistir. Al final miré por la mirilla. Una figura se erguía en los escalones de fuera, me topé directamente con una cara ajada. Era mi amiga Runi. La madre de Andreas.

Robert llegó de la cárcel acompañado por dos agentes. Estaba muy pálido. Se le habían reventado varios vasos sanguíneos de los ojos, y llevaba varios días sin comer. No como una forma de protesta; la comida no le entraba. Se alimentaba de Coca-Cola, café y cigarrillos. No pretendía escaquearse, ni justificarse. Solo entender. No tenía nada más con qué contribuir. De repente tenía todo el tiempo del mundo, y comprendió enseguida que el mejor camino para el resto de su vida sería la colaboración. Además, eran agradables, lo trataban con amabilidad. Todos, a todos los niveles. Como ese inspector jefe. Robert se sentó lentamente. ¿Para qué iba a darse prisa? ¿Dónde podría

escondarse? Aquello lo perseguiría siempre. Haber matado a Anita. Lo arrastraría como un rabo de lagartija. No había hecho muchas cosas malas en su vida. Ciertamente no era un buen estudiante, pero no carecía de amigos, y era un chico positivo, lo ponía en su libro de escolaridad. Y creía, como la mayoría de los chicos, que lo que tenía por delante era bueno. Que no caería en ninguna trampa. Y ahora estaba allí, acusado de asesinato con premeditación. Esa certeza era un mazo que le golpeaba con una precisión infalible, una y otra vez. Se había acostumbrado al dolor.

—Siéntate —dijo Sejer—. Fuma si quieres. Y dime si hay algo que necesites. Cualquier cosa.

—Gracias —dijo Robert.

Miró fijamente al hombre canoso. Sejer destacaba por su impresionante altura, pero no parecía una amenaza. Ante todo cumplía con su trabajo. Era evidente. Había hecho eso antes. Él no era un chico muy especial, allí dentro no, solo uno de muchos. Le hubiera gustado que fuera distinto. Le hubiera gustado ser el primero. Y que fuera recordado por ello.

—¿Un psicólogo, Robert? Vendrá si lo llamo.

—Está bien así.

Sejer asintió con un gesto de la cabeza. Se pasó una mano por el pelo canoso. Robert intuía que detrás de esa tranquila manera de ser latía una fuerza enorme, que tal vez se convirtiera en rabia si él no cooperaba. Vestía camisa y corbata y un discreto pantalón gris con la raya muy marcada. Los ojos grises lo escrutaban tranquilamente.

—Hay una cosa que quiero subrayar para esta conversación. A lo mejor no es fácil, pero inténtalo de todos modos. —Acercó más la silla a la mesa—. Cuando ahora repasemos lo ocurrido, intenta evitar referirte constantemente al hecho de que bebiste mucho en el transcurso de la noche y de lo borracho que estabas todo el tiempo. Los dos sabemos que estabas muy borracho. —Se

calló y miró fijamente a Robert, que le devolvía la mirada con los ojos abiertos de par en par, y asintiendo constantemente con la cabeza—. Los dos sabemos que esto no habría ocurrido si no hubieras bebido.

Robert bajó la mirada. Oyó las pestañas dar contra la mejilla.

—Simplemente vamos a repasar lo que ocurrió tal y como lo recuerdas, sin hacer hincapié en que estabas borracho. Lo de situar los sucesos en relación con el estado de embriaguez en el que te encontrabas vendrá más tarde. De eso se ocupará tu defensor. ¿Me entiendes?

—Sí.

Se sacudió las manos sudadas debajo de la mesa. Echó un vistazo a sus zapatos. «Pies de cárcel —pensó—. Del preso Robert.»

—Repasemos el día de los hechos. Desde que te levantaste por la mañana hasta el momento en el que Anita yacía muerta en el suelo. Lo mejor que puedas. Tómame el tiempo que necesites —añadió.

Robert tomó impulso.

—El despertador sonó a las ocho menos diez.

«Mi voz es la voz de un niño. Floja y rara», pensó.

—En realidad tengo bastante sueño por las mañanas. Pero era viernes. Cuesta menos los viernes... —dijo con una sonrisa— sabiendo que pronto voy a librar. Habíamos planeado hacer una fiesta. Antes solo tendría que trabajar unas horas. Anita dijo que sí. Esa noche no tenía que hacer de canguro. Y el dueño del piso se había marchado. Teníamos la casa a nuestra disposición. Pues sí —dijo, respirando— era un día completamente normal. Me sentía bien. Mejor que de costumbre.

—¿Por qué?

—Por... por Anita.

Pronunciar en voz alta el nombre de Anita le costó lo indecible. Ojalá el nombre se pudiera borrar de todos los registros del mundo. Había muchas

Anitas. Cada vez que oyera ese nombre, todo volvería a emerger. Le golpearía hasta dejarlo K.O.

—Al mismo tiempo —carraspeó— tal vez sospechaba que aquello no duraría. Para siempre, quiero decir. Y cuando pensaba en ello me sentía deprimido.

—¿Por qué? —quiso saber Sejer—. ¿Por qué deprimido?

—Anita era... guapa. Yo no necesitaba nada mejor que ella. Pero muy dentro de mí sabía que ella pronto se buscaría a otro. A alguien mejor que yo. Antes o después.

—¿Cómo podías saberlo?

Sejer miró los hombros del joven. Se encogían como se encogen cuando les llega un frío viento por detrás.

—Se portaba como suelen comportarse las novias. Pero tampoco estaba superenamorado. Solo era cuestión de tiempo que me dejara por Anders. O Roger o quien fuera. Supongo que es así cuando puedes elegir. Yo nunca he podido elegir —añadió—. Por eso me importaba tanto. Tener novia. No, no tener novia, he tenido otras novias. Sino tener a Anita.

Sejer apoyó la barbilla en las manos.

—¿Anita era la novia más guapa que has tenido?

—Supongo que sí. Cuando vas con ella por la calle llama la atención. La gente mira su pelo y todo eso. Y luego miran al tío que ha sido capaz de ligarse a esa tía.

Sejer lo contemplaba muy de cerca. La cara estrecha y el pelo sin peinar hacía tiempo y que ahora seguía su propio camino enloquecido. Ojos azules oscuros vagando por toda la habitación. Una raya de boca, casi sin color. Dedos finos con uñas mordidas. Casi un niño.

—¿Cómo transcurrió tu jornada de trabajo?

—Como siempre. Los viernes hay mucho que hacer. Llamé a Anita en la

hora que nos dan para comer. No porque tuviera nada especial que decirle, sino porque me gustaba poder llamarla cuando quería. Ella trabaja en la tienda Magasinet. Hablamos unos minutos y colgamos. Me apetecía pedirle que se pusiera un vestido, pero no me atreví. No quería ser uno de esos que lo controlan todo. A las chicas no les gusta. Así que no dije nada. Pero ella vino con vestido.

—¿Qué hora era cuando estabais todos reunidos en tu estudio?

—Sobre las siete. Anders llegó más tarde, porque trabaja hasta las siete, llegaría sobre las siete y media, no me acuerdo bien.

—¿Qué hicisteis?

—Bebimos cerveza, claro. Bueno, quiero decir que estuvimos charlando y oyendo música. Discutimos sobre varios temas.

—¿Qué temas?

—Fútbol. El concierto de Joe Cocker. Estuvimos allí, en Oslo Spektrum. Estuvo bastante flojo, hablamos mucho rato de eso. Las chicas se irritaron, a ellas les parece tan... a ver, ¿qué dijeron? Tan genial. Ya sabe, esa manera de estar en el escenario, con ese cuerpo y esas cosas que no domina. A ellas les gusta eso.

Sejer sonrió. Robert se iba relajando poco a poco. Quedaba todavía mucho para ese nefasto disparo, se encontraba en un punto en el que aún no se había convertido en homicida, y estaba bien encontrarse allí, olvidarse de lo otro, aunque se estaba acercando. Como un toro rabioso, el crimen estaba corneando detrás de una frágil valla.

—Luego hablamos de política. De las elecciones. Dos iban a votar y discutieron un rato sobre el tema. Roger y Greta se pusieron a bailar. Anita estaba sentada a mi lado en el sofá. No se movió de allí en toda la noche, salvo para ir al servicio. Ya sabe, las chicas cuando beben... —Se detuvo en seco—. Yo estaba muy contento —dijo en voz baja—. Lo tenía todo. Lo digo

en serio. Casa. Trabajo. Novia. Amigos. Teníamos dos cajas llenas de... no solo tenía el fin de semana por delante, sino la vida entera. En ese momento era capaz de imaginarme que tal vez durara. Pero estaba empezando a emb...

—¿Qué pensabas —lo interrumpió Sejer— allí sentado en el sofá junto a Anita, mirando todo lo que tenías, lo que te rodeaba?

—Que podría quedarme allí sentado para siempre. Y también en qué pasaría cuando ella me dejara.

—¿Qué vida te imaginaste entonces?

—No lo sé muy bien... —Se esforzó—. Tener que empezar de nuevo, lo pesado que resulta. Que en realidad no avanzamos nada, solo volvemos a empezar todo el tiempo. Nuevo trabajo, nuevos amigos. Nuevas tías. Una y otra vez.

—Entonces ella se levantó, atravesó la habitación y desapareció de tu vista. ¿Qué pensaste entonces?

—Me quedé quieto. Ella estaba en su derecho de moverse libremente. No hacía nada, pero yo la seguía con la mirada. Seguía a todos con la mirada. A Anders y a Roger. Ellos la miraban, pero todo el mundo lo hacía. No suelo poner problemas. Y aunque estaba... aunque la quería para mí, no decía nada, pero la miraba fijamente y miraba a los que la miraban, para ver qué pasaba.

—Robert agachó la cabeza y se miró los pies de preso—. Anders era el peor, lo conozco. Debería haber estado preparado. Supongo que me tenía envidia. A lo mejor quería provocarme un poco. Lo hace a menudo, pero no es malo. No especialmente.

—¿Qué hizo?

—Se acercó a Anita y se puso a bailar con ella. Nunca he pensado que ella no pueda bailar con otros, de verdad que no. Anders me miraba de reojo para ver qué hacía yo. Yo no hacía nada. Pero estaba atento. Me sentía muy raro —añadió en voz baja.

—¿Raro?

Robert se había encogido un poco y sus ojos estaban a punto de perderse en algo lejano. Pero estaba pensando, buscando dentro de él lo que ocurrió. Sejer murmuró:

—¿Puedes describirlo?

—Me cuesta recordar.

—Intenta hacer memoria. Métete en situación.

—Veo algunas imágenes. Pero el sonido desaparece.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no oía la música. Solo la imagen de Anders y Anita era supernítida.

—¿Supernítida?

—Veía a Anita —dijo con pesadez—. Pero todo lo demás desapareció. Estaba bailando con Anders. Bailaban muy despacio, como si todo estuviera a punto de pararse. La luz, el sonido, no podía moverme, solo veía a Anders y Anita. Ella se había olvidado de mí. Pero estaba bastante borracha. ¡Quiero decir, aunque no lo íbamos a mencionar, que se olvidó de mí! —dijo desesperado.

—Pero Anders no se había olvidado de ti —dijo Sejer.

—Él me miraba con una sonrisa asquerosa. Lo había visto sonreír así antes, pero nunca había pensado en ello de esa forma. Tenía los dientes amarillos. No le devolví la sonrisa. Estaba pensando en que todo eso iba a pararse.

—¿Y luego?

—Luego retrocedió un poco. Alejó a Anita de un empujón. Pensé que iba a marcharse, pero no fue así. Levantó las manos y apretó las tetas de Anita. Lo hizo para que yo lo viera.

—¿Y cómo reaccionó Anita?

—Bueno, estaba bastante... Se reía —dijo con pesar—. Solo se reía. El

momento había llegado. Yo tendría que empezar de nuevo. Lo sentía como algo imposible. Me daba igual morirme.

—¿Te daba igual morirte?

—Sí —contestó, sin más.

—¿Cómo se te ocurrió pensar en la escopeta?

Se tomó tiempo para pensar. Se estaba esforzando. Esa tremenda concentración le afectaba a la respiración, que se volvió rápida y superficial.

—En el momento en que pensé que me daba igual morirme. Me acordé de que estaba en el armario de la entrada. Te puedes morir muy deprisa, no tardas más que un segundo.

—¿De manera que la idea repentina de la escopeta surgió cuando pensaste en la muerte?

—Sí, el casero tenía una escopeta. Se me ocurrió que podía estar en la entrada.

—En ese instante, al pensar en la escopeta, ¿miraste a Anita?

—Parecían desconocidos. Había una luz extraña.

—¿Cómo extraña?

—De esa que hay de vez en cuando en las discotecas. Una luz azul, metálica.

—¿Qué hiciste?

—No veía nada de la habitación, solo un camino luminoso hasta la puerta. De repente me encontraba en la entrada. Seguía sin oír nada. El sonido no era más que un pequeño hormigueo. Como hormigas en la oreja —dijo lentamente—. Sabía que le había gritado algo a Anders, pero no recordaba qué. Abrí la puerta del armario. Allí estaba la escopeta, como siempre. Pulida y estupenda. Montada, preparada. Era para mí.

—¿Y la munición?

—Varias cajas. Estaban sobre un estante.

La voz era turbia. Sejer tenía que esforzarse para oírle.

—¿Recuerdas algo de los sentimientos o pensamientos que tenías justo en ese momento?

—Ningún sentimiento. Estaba muerto.

—¿Qué quieres decir?

—Noté que la cara se me encogía. Recuerdo que la piel se me tensó alrededor de la boca. Era asqueroso. Pensé que tendría que parar el tiempo antes de volver a empezar.

—¿Cómo ibas a poder parar el tiempo?

—Con un gran estallido —susurró—. Si pegaba un tiro, habría un gran estallido. Y todos se despertarían. —Se pasó la mano por la frente—. Un estallido. Eso nos despertaría.

—¿Estabais dormidos?

—Todos se movían con gran lentitud. Alejándose.

—Cargaste la escopeta y volviste a entrar. ¿Qué dijiste?

—Todos me miraron. Eso me gustó, el que se vieran obligados a escucharme. Dejaron de sonreír. Todos menos Anders.

—¿Oíste algo?

—Mi nombre. Alguien lo gritó. Desde muy lejos.

—¿Por qué levantaste la escopeta y apuntaste?

Sejer estaba inclinado sobre la mesa.

—No. No lo sé...

—Intenta recordarlo, Robert. ¿Por qué levantaste la escopeta?

—¡Necesitaba oír el estallido!

—Pero apuntaste —dijo Sejer—. Podías haber apuntado al techo. Pero apuntaste a Anders.

—¡Sí!

—Apuntaste a Anders y disparaste. ¿Por qué?

—No lo sé. ¡No me atrevo a decirlo!

Estaba suplicando, en alto y con voz estridente, para no tener que seguir.

—Lo único que intentamos es entender —dijo Sejer—. No me río. No pego. Solo quiero entender.

Robert sollozó, se sorbió los mocos y centró la mirada en la pantalla del ordenador, donde se veía un mapamundi. Su mirada aterrizó en un blanquísimo y gélido Antártico.

—Había salido muy cabreado a buscar la escopeta. Habría dado una impresión muy cobarde pegar un tiro al techo.

Bajó la cabeza hacia el pecho. Sejer se reclinó de nuevo en la silla. Su cara no cambió de expresión, algo que de todos modos Robert no notó, porque seguía en el paisaje helado.

—Disparé, pero no pasó nada. El seguro estaba echado. Se pone al doblar la escopeta. Me acordé y lo quité. Me sentía avergonzado —dijo por lo bajo—. Cometer ese fallo. Olvidarme del seguro.

—¿No te diste cuenta de que Anders estaba escondido detrás de Anita?

—Sí.

—Y sin embargo disparaste. ¿No pensaste que ibas a darle a ella? ¿A Anita, a quien tanto querías?

Robert se encontró un instante con su mirada.

—No. Sí. Tampoco podía pedirle que se apartara. «Apártate, Anita, que voy a matar a Anders.» No podía. Tuve que disparar.

—¿Estabas enfadado, Robert?

—¿Enfadado? —dijo lentamente—. No creo. Pero Anders era un cobarde.

—¿Te concentraste en el disparo?

—Quería que sonara un estallido —repitió.

—¿Por qué no te detuviste?

—Resultaba muy difícil. Ya estaba en marcha.

—Estabas en marcha. Y sonó el estallido. ¿Cómo te sentó?

Robert tragó saliva una y otra vez. Se demoró en contestar, incapaz de creer sus propias palabras.

—Bien —dijo en voz baja. Al mismo tiempo empezó a temblar violentamente—. Me sentó bien. Me subieron los calores. Noté que me caía.

—¿Los sonidos? —preguntó Sejer—. ¿Volvieron?

—Al cabo de un rato. Fue como si alguien pusiera la radio a todo volumen. Me di un susto tremendo. Se inclinaron sobre mí, todos se inclinaron sobre mí, algunos gritaban. Las chicas gemían, y varios vasos se cayeron al suelo.

—¿Qué pensaste de lo que acababa de ocurrir?

—Que había ocurrido una terrible desgracia. Que estaba herido.

—¿Tú herido?

—Alguien me había dado. Todo era muy raro. El ruido era demasiado alto. Había sangre en el suelo. «Enseguida vendrá alguien a ayudarme», pensé. Me dejé caer mientras esperaba que llegara la ayuda. Me gustaba la idea de que alguien viniera a sacarme de allí. Me gustaba —dijo en voz baja.

—¿Qué tal vas, Robert? ¿Quieres seguir?

—Sí.

Se había esforzado tanto que tenía manchas de sudor en la camisa.

—¿Por qué?

—Este comienzo es distinto. Esta vez no serán las mismas cosas una y otra vez. —Se dejó caer extenuado sobre la mesa—. Pero no entiendo por qué. El psicólogo encontrará una explicación. ¿Y cómo puede saber que es la correcta?

—Él no está siempre seguro, Robert. Hace su trabajo lo mejor que puede. Intenta comprender.

—Pero ¿hay algo que comprender? Simplemente ocurrió.

—Muchas cosas simplemente ocurren. Pero es importante repasarlas. Y

quizá comprendas más conforme vaya transcurriendo el tiempo.

—¡No estoy loco!

Eso era lo único que no soportaba, que le dijeran que estaba loco.

—No. No te considero un loco. Lo que ocurre es que a veces se caen demasiadas fichas a la vez, tirándonos a nosotros también. Pero tú podrás volver a levantarte. Sigues decidiendo sobre tu propia vida.

—No es verdad. Aquí dentro no decido nada.

—Sí. Tú decides casi todo. Lo que quieres, lo que quieres pensar, en lo que ocuparás tus días. —Sejer le cogió la mano—. Me gustaría verte comer algo.

—Si no como estoy muy flojo, y así no tengo fuerzas para pensar tanto.

—Si puedes, es mejor que pienses. No lo retrases. De todos modos los pensamientos te llegarán antes o después.

Robert tenía la boca seca. Ojalá ese hombre fuerte pudiera levantarlo y llevarlo en brazos de vuelta al catre de la celda.

—Usted puede levantarse y marcharse —dijo Robert—. Marcharse de aquí y olvidarse de nosotros. Yo ya me he convertido en el trabajo de alguien —añadió pensativo—. A usted le pagan por tratar con gente como yo.

—¿Eso te molesta?

—Un poco.

—Yo me siento bien con gente como tú.

Robert desapareció dentro de sus propios pensamientos. Sejer le dejó hacerlo. Cuidadosamente, el chico fue encadenando sus ideas. Aguantaría lo que le esperaba. Sobreviviría a la cárcel. Todos los que estaban allí dentro habían cometido el mismo fallo. Él era uno de muchos, algunos habrían actuado incluso peor que él. Él se adaptaría, seguiría las reglas, sería un preso modelo. Día tras día, mes tras mes. Pero ¿qué pasaría luego, cuando un día saliera? ¿Qué contestaría él, y qué harían los demás cuando comprendieran todo? ¿Lo lograría? ¿O tendría que arreglárselas de tal manera que volviera

rápidamente a esa casa de orden y reglas? Era fácil. Unas cuantas tareas sencillas, comida tres veces al día, dinero para tabaco. Incluso amabilidad. Empezó a temblar.

—¡No sé cómo voy a arreglármelas! —exclamó. Tuvo un acceso de llanto, pero se lo tragó y se secó los mocos con la manga de la camisa. Luego se quedó callado con el llanto reprimido sacudiéndole por dentro. Ya no conocía al Robert que había sido. No estaba agarrado a nada. Lentamente empezó a elevarse de la silla, tanto que al final se quedó volando sobre la mesa. Podía mirar hacia abajo a su silla vacía, podía girarse despacio y dar vueltas por la habitación. El inspector jefe no se dio cuenta, estaba ocupado tomando notas.

Runi estaba en los escalones de fuera gritando. Parecía muy alterada. Tiró varias veces de la puerta. Yo me detuve en seco, volví a la cocina y puse la radio a todo volumen.

—Irma, soy Runi. ¡Ábreme, Irma!

Pensé a marchas forzadas. ¿Tenía que abrir? ¿Qué pasaría si no abría?

—¡No me encuentro muy bien! —grité—. ¡Hoy no he ido a trabajar!

¡Tuve que apoyarme en la pared, tenía que mantenerla alejada! ¡Ah, todo eso que llegaba a mi casa, queriendo meterse a toda costa!

—¡Tengo que hablar contigo!

Runi no se daba por vencida. Intenté buscar una excusa para no abrir. Andreas podría oírnos, empezaría a gritar. Ella no solía venir sin estar invitada, era muy descarado por su parte presentarse así, y para mí completamente imposible dejarla entrar. Pero si no abría...

—¡Abre ya, Irma! ¡Te lo ruego!

Gritaba con la voz en falsete. Me acordé de los vecinos. La oirían.

Tenía que abrir. Giré la llave con mucho cuidado y abrí una rendija. Ella entró dando tumbos. Tenía los ojos hinchados. Ni siquiera se había abrochado el abrigo. Resultaba asqueroso verla así, me gusta más cuando cacarea amablemente.

—¡Ha ocurrido algo terrible!

Se dejó caer en la silla que había junto a la mesa y se puso a buscar el tabaco en el bolso. En la radio sonaba música gitana. La miró y gritó, presa de la desesperación:

—¡Te he llamado varias veces! ¿Por qué no coges el teléfono? ¿Puedes bajar el volumen de ese aparato?

Me acerqué a la radio y bajé el volumen, pero solo un poco.

—¿Qué pasa?

—Andreas —gimoteó—. Andreas ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir? ¿Desaparecido?

La miré, sin entender. Pero no necesitaba preocuparme, pues ella estaba completamente absorta en su propia desesperación, cosa bastante típica de Runi, por cierto, a mí ni siquiera me veía. Lo único que veía era su propia desgracia.

—Lleva dos días sin aparecer por casa. He ido a la policía.

—¿La policía? —jadeé.

—Sí, he denunciado su desaparición.

Me ajusté la chaqueta al cuerpo mientras escuchaba con atención posibles sonidos procedentes del sótano, pero no oía nada. Quizá se hubiese desmayado, tal vez estuviera dormido. ¡Querido Dios que estás en el cielo y en quien no creo, haz que esté dormido!

—Pero Andreas —me aventuré a decir—, ¿no desaparece cada dos por tres? ¿Has llamado a su padre?

—No está allí. La policía ha hablado con él.

—¿Y sus amigos?

—Solo tiene uno. Él no sabe nada. Algo le ha sucedido. ¡Dios mío! Estoy destrozada. Quizá haya huido. Nos pasamos la vida discutiendo. Yo nunca estoy contenta, y él se habrá hartado. ¡Esta espera me está volviendo loca, me estoy volviendo loca, Irma!

Se derrumbó y empezó a llorar, lloró un buen rato mientras yo buscaba palabras. No soy nada buena con las palabras, todo aquello me molestaba; además, me pareció oír un ruido procedente del sótano. Una especie de chasquido. Débil, pero nítido. Pero él no era capaz de moverse, tendría que venir de otro sitio. Busqué febrilmente una explicación. ¿Y si Runi lo oía? Pero ella no podía imaginarse que Andreas yacía en mi sótano con el cuello roto. No tenía tanta imaginación.

—Se habrá metido en algún lío —dije para tantear.

Fue como echar agua en una sartén de aceite hirviendo. Runi saltó de inmediato:

—¡No digas eso! Hablas exactamente igual que su padre. Andreas nunca haría nada ilegal, si es a eso a lo que te refieres. Pero con toda esa gentuza que anda por esta ciudad, sobre todo de noche, me temo lo peor. Me vuelvo loca cuando pienso en todo lo que puede haberle sucedido.

Seguía llorando, ahora más bajo. Debería ofrecerle algo de beber, pero sabía que entonces se quedaría más tiempo, de modo que no lo hice.

—¿Me invitas a un café? —preguntó de repente.

Me irritó, pero tenía que decirle que sí. Podía empezar a sospechar. Runi no es muy inteligente, pero es aguda de una manera primitiva. Me levanté y enchufé la cafetera. Entonces volví a oír el ruido. Runi estaba absorta en sus pensamientos. Su cigarro enviaba una fina y asquerosa nube de humo hacia el techo.

—Tienes que llamar a todas partes —dije, de espaldas a ella. Pensaba que era importante mantener a flote la conversación, porque mientras hablábamos ella no podía oír el ruido del sótano—. Su trabajo. ¿Has hablado con ellos?

—Claro que sí.

—Quizá se haya fugado con alguna chica —dije—. Con lo guapo que es Andreas. Una aventura. ¿Llevaba mucho dinero encima?

—No creo. No gana mucho, y lo que tiene, lo comparte con Zipp. Si se hubiera fugado con Zipp, lo entendería. Pero Zipp está en su casa. Sano y salvo.

—¿Zipp?

—Su amigo. Están siempre juntos.

—¿Ah, sí? ¿Siempre?

Saqué dos tazas del armario y escuché. Un frágil sonido, de algo fino y ligero.

—Voy a pedir a la policía que anuncien la desaparición de Andreas en las noticias de la televisión. Con foto y todo. Dicen que cuando sacan algo allí reciben muchas llamadas telefónicas, que siempre hay gente que sabe algo.

—¿Eso es verdad?

—Dicen que sí.

—¿Quién lo dice?

—La gente con la que he hablado.

Al poner el filtro de papel manché la encimera de café, pero ella no se dio cuenta de nada.

—No. Porque a menudo tienen sus razones para callarse.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Fui al armario a por el azucarero y lo puse en la mesa. El sonido del

sótano había desaparecido. ¿Estaba él escuchando? ¿Reconocía la voz de su madre a través del suelo? La voz de Runi era muy chillona.

—¿Puedes apagar esa música? —dijo—. ¡No me deja pensar!

—Vale, vale.

La bajé un poco más. Ella me miró de repente extrañada, porque yo no hacía lo que me decía que hiciera. Toda la vida he hecho lo que la gente me ha dicho que haga, ya me había cansado. Dejé encendida la radio. Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué puedo hacer? —susurró.

—Bueno, el chico volverá —dije torpemente.

—¡Tú no entiendes nada! No entiendes lo serio que es esto. Dos días y dos noches. ¡Piensa en todo lo que puede pasar en dos días y dos noches!

—Pero él ya no es un niño —objeté.

—Sí. ¡Es mi niño!

—Quiero decir que a lo mejor se ha metido en algún lío. En alguna cosa que tal vez no haya...

Me detuve, encogiéndome de hombros.

—¿De qué estás hablando?

—Solo intento pensar en alto. No sueles preocuparte por él.

—¡Pero ha desaparecido!

Le puse una mano en el brazo. Fue extraño. Durante todos esos años, nunca lo había hecho. Ella la miró asombrada.

—Si vienen aquí —dijo, suplicante—, la policía, quiero decir, a hablar contigo... ¿Me prometes una cosa?

—¿Van a venir aquí?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Porque tú lo conoces.

—¡No, no! ¡No lo conozco! —Noté que me ponía pálida—. No está

nunca en casa cuando voy a visitarte. Una vez quizá, como mucho dos.

—¿Qué estás diciendo?

Me miró asustada.

—Quiero decir que apenas lo he visto, Runi.

—¿Pero sabes quién es! ¡No hables así! —Abrió los brazos en ademán de impotencia—. Solo quiero pedirte que hables bien de él. Te preguntarán qué clase de chico es. Di que no crees que se drogue, se emborrache o cosas así. ¡Tienes que decir la verdad, que es un chico decente!

Empecé a sudar por las axilas. Yo que siempre estoy seca y cómoda.

—Pero no sé gran cosa de lo que hace en su tiempo libre.

—¡Dios mío, lo harás por mí!, ¿no?

—Pero no puedo mentir a la policía.

Runi estaba tan estupefacta que cerré la boca.

—¿Mentirles? Claro que no. Solo vas a decir la verdad. Andreas es un joven decente con trabajo fijo. No debe darles la impresión de que está metido en cosas raras. Entonces no lo buscarían en serio. Lo abandonarían a su suerte. Ojalá hubiera sido una chica. Eso es distinto, pueden ocurrir tantas cosas... Eso piensan, ¿sabes? ¡Bastante difícil ha sido ya, te lo aseguro, hacerles entender la gravedad!

—Perdóname, Runi. No quería decir eso. Pero espero que no vengan aquí. Y no vendrán si tú no les das mi nombre. Habrá otras personas que lo conozcan mejor. Eso tú también lo sabes. Yo no lo conozco.

—¿No quieres ayudarme?

Daba la impresión de estar petrificada, de poder caerse de la silla en cualquier momento.

—Sí, claro.

—Les di tu nombre ya hace mucho. Van a hablar con todo el mundo

que lo conoce.

Me levanté y me puse a ordenar la encimera, aunque estaba ya ordenada, moví frasquitos de especias, manoplas y macetas. Ella debía de notar que estaba a punto de derrumbarme. La policía en mi puerta. Y en ese instante volví a oír el ruido. Subí el volumen de la radio. Miré febrilmente por la ventana.

—Me estás poniendo muy nerviosa —tartamudeé.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué no estás en el trabajo? —me preguntó de repente. Era como si por fin me viera de verdad. Fue terrible.

—No estoy del todo bien. Supongo que se me pasará.

Runi se calló. Yo me callé. Se oía el suave viento de fuera. El abedul se inclinaba sobre el tejado del cenador, rozando las planchas verdes, como un aviso prudente de vientos más fuertes después en el otoño.

—¿Sabes lo que he leído hoy en el periódico? —preguntó Runi.

—No.

—Algo sobre una pandilla de jóvenes que hicieron una fiesta en un estudio. Ya sabes, esas cosas que suelen hacer. Cosas inocentes. Donde se toman una o dos cervezas.

—¿Sí?

Intenté pensar en mi juventud. Nunca estuve en ninguna fiesta en ningún estudio. Henry y yo caminábamos solos por las calles. Él era muy tímido.

—Uno de ellos tenía una nueva novia. Y uno de los otros chicos empezó a... bueno, ya sabes. A tocarla. Entonces él se puso tan furioso que fue a por una escopeta y le pegó un tiro a la chica en la cara. Murió en el acto.

—Lo leí. ¿Por qué lo mencionas?

—Pensé en Andreas. ¡Y en todo lo que puede haber ocurrido!

—Pero no estarás pensando que alguien le ha pegado un tiro, ¿no?

Se echó a llorar de nuevo.

—No, pero por muy horrible que sea, prefiero saberlo a vivir con esta incertidumbre. ¿Qué he hecho mal, Irma?

Yo podría haber enumerado una larga lista de cosas. Pero era demasiado tarde.

—Creo que debes irte a casa y acostarte —dije con firmeza.

—¿Acostarme? —Me miró incrédula—. ¿Por qué tengo que acostarme?

—Pareces agotada. Te vendría bien descansar un poco. Y estar cerca del teléfono por si él llama.

—Si él llama —dijo ella en voz baja, como un débil eco.

—O si llama la policía. Cuando lo encuentren.

—No soporto estar sola en casa, me vuelvo loca.

«¡Dios mío! Me va a preguntar si puede quedarse aquí —pensé—, ¿dormir en mi casa!» Me levanté nerviosa y empecé a dar vueltas por la habitación.

—¿Qué pasa, Irma? Pareces muy alterada.

—Sí, no, me pongo nerviosa al oírte decir esas cosas. Y no me encuentro bien. En realidad, debería estar en la cama.

Runi se levantó de repente de la silla. Parecía diferente. Esperé nerviosa lo que iba a decir.

—Me voy —dijo con voz dura. Parecía paralizada, herida de muerte.

Me quedé mirándola, con sentimiento de culpabilidad.

—No te entiendo —prosiguió—. Nunca te he entendido.

—No hay mucho que entender —dije escuetamente.

Empecé a encerrarme en mí misma, lo noté con toda claridad, me

estaba alejando y replegándome en un lugar seguro dentro de mí, donde ella no podía alcanzarme.

—¿Ya no somos amigas? —Me escrutó con la mirada.

—Hay muchas cosas que tú no sabes —dije en actitud negativa.

—Pero si nunca me cuentas nada.

—No hay mucho que contar. Estoy mejor sola —añadí.

Runi se puso el abrigo. Cogió el bolso del respaldo de la silla. Se tambaleó por un instante. Sus ojos estaban llenos de agua.

—Cuando Henry te abandonó, intenté ayudarte. Entonces no estabas muy animada. ¿Lo has olvidado, Irma? ¿Y aquella vez que caíste enferma? Al menos lo intenté. Ve a acostarte. No te molestaré más.

Fue hacia la puerta. Yo debía echarme a llorar, pero en realidad me sentía aliviada de que se marchara de mi casa. Se detuvo en la puerta, con una expresión interrogante en la cara.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

—Viene del sótano. ¿No lo oyes?

—No oigo nada.

—Chsss. Calla.

—Ah, ese ruido. —Miré rápidamente por encima del hombro hacia la trampilla. Y dije, porque de repente lo entendí—: Es el calentador del agua. Hace mucho ruido. Está a punto de romperse. A lo mejor fue por esos truenos de hace dos semanas, ¿sabes?, cuando hubo un incendio aquí, en la calle, más abajo, y se cayó ese árbol sobre...

—Adiós, Irma.

No contesté, me limité a mirarla fijamente. Pensé: «Vete ya, Runi. Déjame en paz». En cuanto cerró la puerta, giré la llave. Me quedé un

buen rato apoyada en la cómoda. Cuando levanté la cabeza, vi mi cara en el espejo. Estaba normal de nuevo.

—Me llamo Irma —dije en voz alta—. Y esta es mi casa.

Bajé la escalera y me senté. Llevaba un farolillo en la mano. La frágil llama y la luz errante sobre su cara me parecieron bonitas. Andreas abrió los ojos. No parecía tener miedo. Yacía tranquilo, esperando. Entonces avistó el farolillo. Se lo acerqué a los ojos. Él frunció la frente.

—Haces que me sienta feliz. Voy a leerte el periódico. Hay algo que quiero que oigas.

Sonreí al decirlo. Me gustaba tenerlo allí tumbado, incapaz de escapar. Y que estuviera obligado a escuchar. Un hombre se veía obligado a yacer inmóvil y escuchar a Irma Funder, y todo lo que ella tuviera que decir. Un hombre guapo. De esos que creían tener toda la vida por delante, de esos inmortales. Tienes que entender que eso significaba mucho para una mujer como yo. Ahora era yo quien ponía las reglas. Metiéndoselas por la cabeza. Es agradable decidir.

—Escucha. Yo no entiendo estas cosas, no entiendo a esa clase de gente. Y leí en voz alta: «Una mujer acudió al servicio de urgencias del Hospital Central con su bebé el pasado 1 de septiembre».

Andreas parecía aburrirse, o quizá estaba dormido. Pero yo sabía que estaba escuchando, lo notaba en su cara. Allí abajo, en el sótano, las horas se le harían largas. Tendría que tomar lo poco que se le ofrecía.

—«El bebé fue examinado, el médico constató que todo estaba bien. La mujer volvió a su casa tranquilizada.»

Ahora Andreas respiraba deprisa y ligeramente, casi como un niño.

—«Más tarde, esa misma noche la mujer llamó al Hospital Central.

Había encontrado al bebé muerto en la cuna.»

Por fin abrió los ojos.

—«Cuando le preguntaron si el niño había sido objeto de golpes o caídas, la mujer contó que ese día estaba paseando junto al agua, en Furulund, cuando dos jóvenes se lanzaron sobre el cochecito y le quitaron el bolso. El bebé, un niño de cuatro meses, se cayó del coche en la confusión y se golpeó la cabeza. Ella pudo...»

Andreas jadeó. Sus ojos me miraban como dos pozos negros de terror. Yo lo miré asombrada, incapaz de entender tanta compasión. El que realmente se dejara asustar por esa historia. Como si algo tan tremendo lo conmoviera realmente. ¡Pensé que había esperanza!

—«Ella contó que al principio el niño lloraba de un modo normal, pero que durmió mucho las horas siguientes. La policía ha puesto en marcha una intensa búsqueda de esos dos hombres, que seguramente son la causa indirecta de la muerte del pequeño, al que se le hará la autopsia en el Instituto Forense, lo que es habitual en casos de muerte súbita en niños pequeños. Así se sabrá si el bebé murió de lesiones en la cabeza como consecuencia de la caída.»

Me detuve y lo miré.

—¿Quieres más agua?

Nunca había visto nada igual a esos ojos suyos cuando me miró.

—¿Muerto? —dijo—. ¿El niño está muerto?

Lo miré.

—Eso pone aquí. La madre lo encontró en la cuna. Pero no están seguros. Pudo ser una muerte súbita. Cuando nos abren —dije pensativa—, lo averiguan todo. Cómo hemos vivido, qué hemos comido. ¿A que es curioso?

Su cara se encogió.

—Un bebé —dije—. De cuatro meses. ¿No podían haber dejado en paz a una joven madre con un cochecito de bebé? Cobardes. ¿Quieres más agua?

—Quiero un martillo en la cabeza —gimió.

Me quedé callada mirándolo.

—¿Estabas con Zipp? ¿Vinisteis juntos aquí?

Abrió los ojos de par en par, asustado.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo coño conoce su nombre? ¿Cómo...? —El estallido le hizo gemir de dolor—. —¿Cuéntemelo! —gritó con voz ronca—. ¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo —contesté, secamente. Me gustó la expresión de su cara justo en ese instante, la confusión total.

—Estaba conmigo. Me esperaba en el jardín. Pronto vendrá a buscarme. Si aparece, puede decirle que se vaya.

«La silla», pensé.

—No va a venir —dije en voz alta—. Habría venido hace tiempo. Te ha fallado, Andreas. Tu mejor amigo. Qué mal trago para ti.

Algo parecido a una risa salió de su garganta.

—Está loca. ¿Lo sabe?

—¿Quién está loco aquí? —grité—. ¿Acaso yo voy corriendo por ahí con un cuchillo para robar a la gente?

Por fin se calló. Le brillaba la cara de sudor.

—No sé muy bien lo que quiero —dijo en voz baja—. Es muy raro.

—No importa lo que quieras —dije escuetamente—. No tienes elección.

—Uno siempre tiene elección —contestó él, con los ojos cerrados. Ese chico de mierda cerraba constantemente los ojos.

—Me estás mintiendo —dije en voz baja—. Tienes dolores. No quiero

torturar a nadie. Arriba tengo calmantes.

—Deme una sobredosis —sollozó.

—Voy a organizarlo para que alguien te encuentre.

—¿Cuándo lo va a hacer? ¿Cuándo? ¡Estoy a punto de pudrirme!

—Cuando todo esté arreglado —dije tranquilamente—. Aún no lo está.

—Usted nunca ha estado preparada.

—¿Quieres agua?

No contestó. Fui a por agua. Tenía una almohada de más en mi cama, la cogí también. Y la estufa eléctrica que no usaba. Machaqué dos pastillas de Stesolid y las eché en el biberón. Bajé todo al sótano. Él no podía levantar la cabeza, tuve que hacerlo yo. Le metí la almohada debajo. Él gritó. Le arropé mejor con la manta. Enchufé la estufa, la puse al máximo. Y le coloqué el biberón sobre el pecho. Vi algo en el suelo detrás de su cabeza. La gorra azul. La cogí.

—Hay unos puntitos en el agua —dijo.

—Stesolid. Para que duermas un poco.

—Gracias —susurró.

Zipp le pidió a su madre doscientas coronas. Ella intuyó cierta desesperación en la voz de su hijo. Algo se estaba cociendo, no le cabía ninguna duda. Su curiosidad se convirtió en preocupación. Ya no eran unos niños, pero no quería saber más. Solo las pequeñas cosas. Lo que estaba dentro de lo normal en cuanto a la necesidad juvenil de rebeldía. Su cobardía la venció y pensó en el padre del chico, que ya no estaba, y deseó que volviera. Este pensamiento también la asustó. No lo echaba de menos. Pero él podría haberse encargado de esto.

Zipp se fue derecho al pub *Headline*, con el propósito de sentarse en la misma mesa y revivir aquella tarde en la memoria. De encontrar una explicación. Pero la mesa estaba ocupada. Por un instante se quedó desconcertado, con el vaso de cerveza en la mano. Se sentó en otra mesa. Bebía lentamente. Eran las nueve y empezaba a oscurecer. Iría a la casa, llamaría a la puerta y se lo preguntaría directamente a la vieja. Si es que le abriría. Se cargó de valentía bebiendo. De repente se le ocurrió que si *Andreas* no volvía, se quedaría completamente solo. Nunca se había molestado en buscarse otros amigos, no había sentido necesidad. ¿O había sido *Andreas* el que lo había querido así? Un círculo mayor habría representado un mayor peligro. En realidad, había sido utilizado por *Andreas* como una especie de seguro de vida. *Andreas* era un buen estratega. Pero a él no le había ido mal, nunca había tenido motivos para quejarse. ¿Por qué quejarse entonces ahora? Excepto que estaba completamente solo y tal vez tuviera que suplicar ser admitido dentro de un nuevo grupo de conocidos lejanos que puede que ni siquiera quisieran aceptarlo. Pero ¿por qué dudar de él? Podía preguntárselo, joder. Cuando por fin apareciera, porque pronto aparecería y le daría dos golpecitos en el hombro. Con esa mano fina. Le tocaría. El marica *Andreas*. Zipp se secó una gota de la nariz. La vida le estaba resultando demasiado difícil. ¿Dónde podía dirigirse para pedir ayuda? ¿A la policía, quizá? ¿Y decirles la verdad? Estuvo a punto de atragantarse con la cerveza. «Mi amigo y yo desplumamos a una tía en *Furulund*. Por cierto, el crío se cayó del cochecito y lloraba como un endemoniado. Luego bebimos bastante, y todo se fue a la mierda en el cementerio, él me acosó, y resultó bastante jodido. Para él y para mí. ¡Decidimos apagar ese incendio! Y elegimos a una vieja que vivía sola. *Andreas* entró con un chuchillo en la mano. ¿Y sabéis qué? No volvió a salir.» Zipp vació el vaso y fue a por otro. Ahora se enteraría de una vez por todas de lo que había pasado. Tendría que preguntárselo a la

vieja y decirle la verdad, que estaban los dos juntos. A ver si ella podía aclararle algo. La madre de Andreas había vuelto a llamar, tendría que contar la historia de nuevo, y se dio cuenta de que le costaba recordar lo que había dicho la primera vez. Les había contado cosas diferentes a ella y a ese policía de pelo rizado. No es que importara mucho, podía disculparse diciendo que era muy tarde y estaba oscuro, por lo que no podía asegurar nada. La mujer estaba completamente fuera de sí. Resultó muy desagradable, no estaba acostumbrado a estallidos emocionales de esa clase. Contemplaba a la gente que iba y venía. La mayoría se topaba con conocidos y gritaba: «Joder, ¿qué haces tú aquí?». Y cosas por el estilo. A él le llegaba algún que otro distante saludo con la cabeza, nada más. Andreas lo había tenido muy dominado, había delimitado el terreno para poder mantener su asqueroso secreto. Le parecía un secreto asqueroso, a la vez que se sentía avergonzado. Era su amigo, y la mayor parte de Andreas era el mismo de antes. La manera en la que andaba y se reía. La manera de sostener el cigarro. Vivía donde vivía, y trabajaba donde trabajaba. Era más guapo que la mayoría de los chicos, y tal vez también más listo. Lo único que pasaba era que cuando se ponía cachondo necesitaba a un hombre. Pero el sexo era importante. Decía mucho de cómo eras. Zipp leía revistas de tíos, donde ponía que el impulso sexual dirigía a las personas durante toda la vida, intervenía en su elección de profesión, en qué tipo de coche se compraban, en qué les gustaba hacer en general. Así que Andreas y su amor por los chicos formaría parte de todo, incluso de él mismo. Andreas lo había elegido como amigo. A menudo, le había resultado extraño. ¿Andreas lo deseaba desde que iban al colegio? ¿Nunca había renunciado a su deseo de verlo boca abajo? ¡Boca abajo, joder, solo pensar en ello...! Se retorció en la silla. Al mismo tiempo, todo se le vino de nuevo encima. Los brillantes ojos muy cerca de los suyos, los dientes blancos, la mano allí abajo. Sudaba como un pollo, tuvo que beber más

cerveza. Mierda, solo estaba trastornado. Por no decir expuesto al acoso. Pues sí. Se había apretado contra él. Y ahora eso lo estaba persiguiendo. Pero entonces se acordó de su expresión. De los estrechos hombros, de la mirada obstinada. Un nuevo Andreas al que nunca hasta entonces había visto. No podía ser así. Lo había elegido como amigo. Zipp se levantó de repente y salió. Estaba anocheciendo cuando empezó a andar. No tenía miedo, ni siquiera estaba nervioso. Notaba que una enorme rabia iba creciendo dentro de él. Esa noche no saldría de allí sin haber resuelto el problema. Andaba tan deprisa que empezó a sudar, se paró frente a la tienda de espejos. Miró hacia dentro, a un montón de pequeños Zipp. Encajaba con cómo se sentía. Roto en mil pedazos. Siguió andando. Llegó a la cuesta y tuvo que reducir la velocidad. Vio la verja, y detrás el tupido seto. Decidió meterse primero a escondidas en el jardín y comprobar por la ventana que esa vieja estaba en casa. Se encogió para atravesar el seto, arañándose las mejillas con las puntiagudas ramas. La silla estaba de nuevo en el cenador. La cogió y la colocó sigilosamente junto a la pared de la casa, sobre el macizo de flores, con mucho miedo de que golpeará la pared y ella lo oyera. Las cortinas estaban a medio echar, pero lo suficientemente abiertas para que pudiera mirar dentro de la cocina. ¡La mujer estaba allí sentada! Se veían unos papeles en la mesa y una taza de café al lado. Zipp se bajó de la silla de un salto, contento. Dio la vuelta a la casa y se colocó frente a la puerta principal. Se permitió unos segundo para armarse de valor. Leyó el nombre en la placa: IRMA FUNDER. Pulsó el timbre. No ocurrió nada. No esperaba que ella le abriese enseguida. Pero no se daría por vencido. Volvió a llamar, decidió insistir hasta que la mujer abriera. Antes o después el timbre la volvería loca. Y quizá no tuviera suficientes conocimientos tecnológicos como para saber desconectarlo. Dentro no se oía nada. Bajó del escalón y corrió hasta la parte de atrás de la casa. Volvió a subirse a la silla. Había desaparecido la rendija

de la cortina, ya no podía mirar hacia dentro. ¡Joder, la tía había echado la cortina! Volvió a toda prisa a la puerta y llamó de nuevo. Al final dejó el dedo pegado al timbre. Sonaba fuerte dentro de la casa. Oyó pasos, pero se detuvieron. Nadie abrió la puerta. Volvió a pulsar el timbre. De repente sintió miedo. ¿Y si ella llamaba a la policía? Lo que él estaba haciendo formaba parte de lo que se entendía por acoso, ¿no?

De repente, la mujer abrió una rendija. Zipp vio su cara blanca, y sus ojos eran afilados como vidrio.

—¿Qué quieres?

Una voz rajada, seca como una rama.

—Andreas —gimió—. ¿Dónde está Andreas?

Ella calló un buen rato. Lo escrutó, casi con curiosidad. ¡Zipp se dio cuenta de que ella sabía! Esto le produjo más coraje, más ira.

—¿Qué pasó?

Zipp intentó meter un pie dentro, pero ella fue demasiado rápida. La puerta se cerró.

—Joder —gritó—. ¡Tengo que saber dónde está!

—Tú no tienes derecho a saber absolutamente nada.

—¡Lo sé! —gritó él—. Pero puedes darme una pista, ¿no?

—¿Por qué iba a ser amable contigo? —preguntó ella con voz inexpresiva.

—Porque yo te lo pido —dijo Zipp entre sollozos.

Ella volvió a abrir la puerta.

—No es tan fácil conmoverme —dijo—. Vete a tu casa. Ya lo encontrarán.

La puerta se cerró por segunda vez. Zipp pulsó el timbre, pero no ocurrió nada. De nuevo corrió hasta la parte de atrás de la casa y se subió a la silla. En la parte de más abajo de la cortina había una pequeñísima rendija. Apretó los ojos en un intento de visualizar esa minúscula imagen del interior. Algo

azul penetró en su campo de visión, algo parecido a una pequeña cruz blanca. La gorra de Andreas.

Andreas abrió lentamente los ojos. Yo me encontraba en mitad de la empinada escalera mirándolo. Jugaba con ventaja. Yo estaba arriba, mientras él yacía debajo de mí en el suelo. Tenía la sensación de que si extendía los brazos podría elevarme y volar. Volaría por encima de él en círculos perfectos, contemplando su inmovilidad.

—Has oído el timbre de la puerta, ¿no? Un conocido tuyo. Zipp.

—Miente —susurró.

—Preguntó por ti. Me suplicó de rodillas.

Su pecho se elevaba casi imperceptiblemente debajo de la manta.

—Esas cosas que lleva en la tripa —dijo en voz baja—. No tienen por qué avergonzarla.

—¡No me avergüenzan! —Lo dije con la voz más atronadora que pude —: ¡No me avergüenzan! ¡No es culpa mía!

—Estuvo enferma, ¿verdad?

Retrocedí dos pasos, y me puse las manos sobre la tripa.

—No es de tu incumbencia. ¡Nunca he dado la lata a nadie con ese tema!

Me dejé caer sobre uno de los escalones, agotada después de ese estallido, y también sorprendida de la emoción, de haber gritado así. A su cara. Apuntar a alguien y disparar. Estaba extenuada y me sentía bien. Con ganas de reírme a carcajadas. Pero eso le daría más argumentos para decir que estaba loca o algo por el estilo, y no lo estaba. Yo no.

—Irma es una persona rara —dijo de repente.

—¿Por qué lo dices? —Lo miré fijamente.

—Mi madre suele decirlo. Cada vez que viene usted a casa.

—¿Me reconoces?

—Claro.

—No hables así. Me será difícil soltarte.

—No me soltará nunca —dijo con voz débil—. Me moriré aquí abajo.

Mi cuerpo está desapareciendo. ¿Cree que no noto cómo huelo?

—La herida que tienes en la cabeza —intenté decir— se está infectando.

—Esa bolsa que lleva en la tripa —prosiguió Andreas— no es nada. Debería saber el peso que yo arrastro. Aunque ya no ando, claro. Pero pesa de todas formas. —Su voz se redujo a un susurro.

Yo di un paso hacia abajo.

—Es jodido —lloriqueó.

No le entraba la suficiente cantidad de aire en los pulmones para poder llorar de verdad, lo que le hacía parecer muy desamparado. Resultaba mejor cuando estaba enfadado, era una sensación más manejable. Ahora se iban despertando lentamente en él todos esos incómodos sentimientos. Me sobrecogió su cara hermosa, más hermosa que nunca cuando se alejaba la maldad y solo quedaba visible el niño. Le temblaba la boca y parpadeaba para evitar que le saliera alguna lágrima. Me recordaba a Ingemar cuando era pequeño, y su olor a jabón y colonia. El cráneo redondo, tan tremendamente frágil. Esa fragilidad que Andreas mostraba ahora.

—El niño —dijo con pesar—. En Furulund. Ese niño que murió. Fuimos Zipp y yo.

La mandíbula inferior se le desencajó. Por un momento fue como si

entrara en coma. Una gran burbuja de saliva fue creciendo entre sus labios.

—¿El bebé? —pregunté asombrada.

Andreas tragó con dificultad.

—Íbamos a quitarle el bolso a la mujer. Estaba paseando cerca del agua. No me importa lo que me pase. Puede hacer lo que le dé la gana.

Estuve un buen rato paralizada escuchándole. Su voz estaba a punto de desaparecer.

—Tendrás una lesión en el cerebro —aventuré a decir.

—Váyase —dijo.

—Me iré cuando me dé la gana. Esta es mi casa. Tenemos que hablar de ello. ¡Qué imprudencia por vuestra parte!

—Lo sé. Ya me he dado cuenta. Pero lo del bolso no era más que una tontería.

—¿Robarle el bolso a la gente es una tontería?

—Lo he entendido todo. Ahora que es demasiado tarde. Usted está completamente pirada, pero ya no puede hacerme ningún mal.

—¡Ten cuidado! —grité—. La conversación terminará cuando yo lo decida. Y no intentes emplear lo que te queda de tiempo en humillarme. ¿Lo entiendes? ¡Contrólate! ¡Si no, no te daré más agua!

—Querida Irma. —Sus labios se retorcieron—. Ya controla mi cuerpo. Y no quiero más agua.

—Estás a punto de morir deshidratado.

—Uno se muere antes sin agua.

—Me estás vacilando. Y no has entendido nada. Si hubieras entendido algo serías un poco más humilde. Y me tendrías un poco más de respeto.

—Estoy tirado en el suelo de su sótano —dijo él escuetamente—. Más

bajo no puedo estar. La muerte es una liberación, Irma. Me he alojado ilegalmente en la tierra. Ya es hora de retirarme.

No entendía las bobadas que decía. Estaba desvariando. Me levanté y me marché de allí enfadada. Estuve un cuarto de hora sentada junto a la mesa de la cocina pensando. Luego bajé de nuevo con leche azucarada caliente en el biberón. El chico me recordaba a un bebé. Me había puesto una chaqueta de lana para no pasar frío, pero allí abajo hacía calor debido a la estufa. Me gustaba estar allí mirándolo. Cuando acabó de beber, estuvo a punto de adormilarse de nuevo, pero grité su nombre una y otra vez. Andreas, Andreas, y abrió los ojos. Saqué el periódico del bolsillo del delantal y le enseñé el anuncio de su desaparición y la hermosa foto. «¿Alguien ha visto a Andreas?»

Entonces se echó a llorar.

¡Escúchame! Bajaba al sótano una y otra vez. Día tras día. Le preguntaba si necesitaba algo. Cambiaba la vela del farolillo, le colocaba la manta. Andreas empezó a oler. Tenía la cara hundida y los labios casi grises. Yo siempre sentía una efímera alegría cuando vislumbraba la cabeza con los oscuros rizos. El que siguiera allí tumbado, sin ruido. No pensaba en el futuro. Tampoco en el pasado, y eso era algo nuevo para mí. Estaba acostumbrada a preocuparme por el mañana y todo lo que pudiera suceder. Ya no era así. Vivía en el presente. Por fin una especie de paz.

4 de septiembre.

Habían pasado ya tres malditas noches. Zipp abrió la guía telefónica por la F. «Es tan fácil... —pensó—. Simplemente abrir la guía, buscar, llamar y de repente estar allí, pegado a la oreja de esa mujer. Amenazar y molestar.» Zipp cogió el auricular.

—¡Soy Zipp! —gritó—. Quiero hablar con Andreas.

Durante un rato hubo silencio. Solo oía un débil silbido y a alguien respirar.

—Andreas no está disponible.

La voz de la mujer era ruda. ¿Qué quería decir? ¿No disponible? Esa jodida vieja gorda se creía que estaba en posesión de la verdad. Empezaron a temblarle las piernas de pura alteración. Esa maldita sensación, saber que alguien te estaba mintiendo a la cara, o al oído, para ser más preciso. Tan resbaladiza, tan descarada. Su propio enfado le zumbaba en los oídos.

—Sé que Andreas está ahí. ¡Joder!

—Tú no sabes nada.

La voz sonaba tranquila. Zipp notó cómo le martilleaba el corazón.

—Su gorra está en la encimera de tu cocina.

Otro silencio. ¡Le había dado algo en que pensar! Zipp estaba pateando el suelo, luchando por dominarse.

—Deberías ser más ordenada —dijo bruscamente.

—Estoy en ello. Y tú, ¿has puesto orden en lo tuyo?

Zipp escuchó la voz tranquila e intentó averiguar qué pensaba esa mujer. Cómo podía estar tan tranquila.

—Sí —contestó—. Solo me falta Andreas.

—¿Y el bebé? —preguntó ella en voz baja.

—¡No tengo ningún bebé! —gritó—. Y no pienso seguir jugando contigo. ¡Solo quiero encontrar a Andreas!

—Andreas está llorando —susurró ella—. Lloro por el bebé.

De repente Zipp sintió miedo.

—El bebé de Furulund. Ya no vive.

Zipp se quedó mirando fijamente la guía telefónica. Funder, Furnes, Fyken. ¿De qué estaba hablando esa mujer? Acto seguido miró hacia el periódico, que estaba sobre la mesa, pensando que la mujer estaba delirando.

—Daños cerebrales —susurró ella—. Los bebés son tan frágiles... Si no dejas de molestarme, llamaré a la policía y les diré que tú lo mataste. A un bebé de cuatro meses. Os están buscando.

—¡Yo intenté parar el cochecito! —gritó.

Un pequeño clic. Y el tono de línea libre en el oído. Por la ventana podía ver el chapitel de la iglesia. Una raja en el pálido cielo. Le temblaban las rodillas. El bebé. Tendría que buscar en los periódicos, asegurarse de que esa mujer estaba mintiendo. Solo intentaba asustarlo. Leería los periódicos luego. Ahora tenía que descansar un poco. Bajó tambaleándose a la sala del sótano, se tumbó en el sofá, cerró los ojos. Y se durmió. Se despertó dos horas después. La voz de su madre sonaba desde arriba.

—¡Teléfono! La policía. Tienes que ir a la comisaría.

Temblaba tanto que necesitó las dos manos para meter una moneda de cinco coronas en la máquina del aparcamiento. Joder, lo ponía en el periódico

Aftenposten. ¡La vieja tenía razón! El episodio podría llegar a considerarse homicidio involuntario. Fue su propia madre la que se equivocó con el freno del cochecito. ¡Mierda! Notaba que el suelo se mecía bajo sus pies, era como andar por un pantano. Un chorro de sudor le bajaba por la sien, y era incapaz de mover los ojos como quería. ¡Se erizaban como dos bolas de cristal, y decían «culpable, culpable, jodidamente culpable»! Empezó a lloriquear mientras luchaba contra esa mierda de máquina, esa maldita tragaperras. Ese jodido mundo en el que le habían metido. ¿Lo había pedido él? ¿Se había alegrado alguien con su llegada? ¿Había gente que se quería? Echó los hombros hacia atrás y pensó: «Contrólate, tío. Solo van a hablar de Andreas».

Mientras se acercaba a la entrada principal se repetía a sí mismo: «No me acuerdo, no me acuerdo». Si ellos consideraban que él estaba mintiendo u ocultando cosas, tendrían que demostrarlo. Entró en la recepción y dijo su nombre en el mostrador. Se quedó esperando. Llegó un hombre sin uniforme. No era el tío de los rizos. Esto era peor. Se enderezó, quería estar a la altura de la situación, solo para descubrir que el hombre le sacaba la cabeza. De repente tuvo una sensación, un pensamiento horrible, y era que engañar a ese monolito sería imposible. Esa aura de amabilidad que le rodeaba no era más que una fina capa de barniz. No podía ocultar ni por un instante cómo era en realidad por dentro. A Zipp le hizo pensar en hierro y acero, en madera untada de aceite, y al final en vidrio de plomo. Entonces se encontró con los ojos grises del hombre. Notó una mano en el hombro que lo llevaba hacia un rincón del ascensor.

—Konrad Sejer.

La voz le salía de muy abajo. Indudablemente era uno de los jefes. ¿Por qué? Su despacho le sorprendió. Parecía un despacho normal y corriente, con dibujos infantiles, fotografías, tarjetas de agradecimiento, cosas así. Un

cómodo sillón. Vistas al río. Vio pasar deslizándose el Barco Turístico, en uno de los últimos recorridos de la temporada.

—Zipp —dijo Sejer—. Voy a pedir café. ¿Tomas café?

—Claro.

No había empezado bien. Le temblaba la voz. «No me acuerdo, no me acuerdo.» El policía desapareció por la puerta. Zipp se puso a pensar en las consecuencias que podía tener si mentía. Solo era una conversación, ¿no? Recordó las palabras de su madre: «Te conozco, ¿sabes?». Había algo en ese hombre que le producía la misma sensación. Tenía que procurar usar un tono amable. Mientras usaran un tono amable, podía sentirse seguro. Sejer volvió con una cafetera y dos tazas de porexpán.

—Me alegro de que hayas venido —dijo.

«Como si tuviera elección.» El hombre canoso lo sabía. Estaba jugando a algo. De repente parecía indeciblemente peligroso. Una sensación de desaliento se apoderó de él. Un miedo sordo de que no volvería a salir de allí de una sola pieza.

—Sí, pero no entiendo muy bien qué hago aquí —tartamudeó—. Ya conté lo de la última noche.

Le llegó una rápida mirada, como una ráfaga de viento en los ojos.

—El asunto ya es serio —dijo Sejer secamente—. Tres días es algo muy distinto a uno.

Zipp optó por hacer un gesto mudo con la cabeza.

—Espero por tu bien que encontremos a Andreas —continuó Sejer, siguiendo con la mirada el chorro de café ardiente que caía en la taza blanca.

«¿Por tu bien?» ¿Qué coño quería decir con eso? Estuvo a punto de preguntárselo: «¿Qué coño quiere decir con eso?». ¿No había una insinuación en esa frase? Que si no lo encontraban, entonces...

—Es tu mejor amigo, ¿no?

—Sí, lo es.

Zipp asintió vehementemente con la cabeza. Ahora le pareció que se usaba en su contra el que fuesen amigos, que Andreas fuera su mejor amigo. «Quédate ahí sentado, tranquilo —se dijo a sí mismo—. Limítate a contestar a las preguntas.»

—Voy a serte sincero —prosiguió Sejer—. Es que soy un hombre anticuado, ¿sabes?

Y le echó una cautivadora sonrisa, lo que hizo pensar a Zipp que era jodidamente majo, o muy buen actor. Se decantó por lo último.

—Uno de mis agentes, Jacob Skarre, ha hablado ya contigo. Vayamos al grano. Me dijo que durante la conversación que mantuvisteis tuvo la sensación de que no decías la verdad. Por eso estás aquí ahora. ¿Me entiendes?

Zipp se encogió de hombros. «Tranquilo, tranquilo. Respira con el diafragma.»

—Y conozco muy bien la intuición del agente Skarre. Quiera o no, tengo que tomarla en serio.

Zipp extendió las piernas y puso un pie sobre el otro.

—La posibilidad que yo barajo es que los dos, en algún momento de aquella tarde noche, hicierais algo que tal vez tuvo un resultado insospechado. Algo que tú prefieres ocultarnos. Por miedo a las consecuencias.

Zipp se concentró en algo de saliva que le subía a la boca. Por fin cesó el torrente de palabras de la voz grave. Al parecer, estaba esperando algo.

—¿No vas a contestar? —preguntó por fin.

—Estuvimos en el pub —dijo Zipp, desconcertado.

—Entonces cuéntame con tus propias palabras cómo transcurrió la tarde —dijo Sejer. Había vuelto a sentarse en el sillón.

—¿Con mis propias palabras? —tartamudeó.

—Qué hicisteis, de qué hablasteis. Basándome en lo que hicisteis y hablasteis, tal vez pueda formarme una idea de lo que está ocurriendo.

¿Sabía más de lo que daba a entender? ¿La tía del cochecito les había descrito hasta el más mínimo detalle?

—Perdone —dijo Zipp vacilante, mientras buscaba lo que el hombre llamaba sus «propias palabras».

—No te sientas cohibido. Esta conversación no saldrá de aquí, no se grabará y no se hará ninguna referencia a ella. Puedes hablar libremente.

¡Esas expresiones que usaba el hombre! Ahora quería dar la impresión de ser su aliado, pero no lo era, ¿no?

Enderezó los hombros.

—No hay mucho que contar. Estuvimos en el pub tomando una cerveza. Luego fuimos a mi casa. Vimos una película. Después dimos una vuelta por la ciudad. Andreas se fue a casa a dormir. Eso fue todo.

Sejer asintió como dándole ánimos. Algo en su cara indicaba que ignoraba el caso del bebé. De hecho, parecía estar interesado en Andreas y en nada más. Zipp intentó mantener la calma. No mostrar una actitud defensiva.

—No fue a su casa a dormir. —Sejer sonrió.

Una nueva sonrisa, abierta y grande.

Zipp tuvo que sonreír de su propia estupidez. Pero se le escapó, inocentemente, tal vez a su favor, a juzgar por la sonrisa.

—No, claro, pero eso fue lo que dijo.

—Exactamente. ¿Iba a levantarse temprano?

—A las ocho.

Sejer dio un sorbo de café.

—¿Qué película visteis?

¿Tenía eso alguna importancia? ¿Se estaría preguntando el hombre si

habían visto una película que les había llevado directamente a la maldad?

—*Blade Runner* —contestó en voz baja, y un poco reacio por no poder manifestar ningún entusiasmo. Sejer captó esa pequeña animosidad.

—Yo la vi hace mucho —dijo—. No me entusiasma. Pero claro, soy un anticuado.

Zipp se relajó.

—Andreas quería verla a toda costa. Aunque la ha visto más de cien veces.

—No me digas. ¿Cien veces? ¿Tú te aburriste?

—Me aburro a menudo.

—¿Por qué?

—No tengo trabajo.

—¿Así que estás esperando todo el día a Andreas para tener compañía?

—Suele llamarme después del trabajo.

—Al despediros, ¿quedasteis para el día siguiente?

—No, no nos dio...

Se detuvo en seco. Las palabras le habían salido solas. «No me acuerdo, no me acuerdo.» Zipp flotaba como un rollo de papel por la agitada corriente que era ese hombre.

—No os dio ¿qué?

—Andreas se encontró con alguien —se le escapó. Luego se quedó completamente callado.

—¿Ah, sí? ¿Se encontró con alguien?

Zipp no levantó la vista, pero si lo hubiera hecho, habría visto esa pequeña sonrisa cáustica.

—¿Con quién, Zipp?

—No los conocía.

Ahogó una maldición interior. ¿Quién coño le había puesto esa frase en la boca? Ahora el poli le preguntaría que por qué no se lo había dicho al otro

agente que le había interrogado en su casa. De acuerdo, lo había olvidado, no era tan grave. Si era una mentira había que demostrar que lo era, no bastaba con sentirlo, sentir que las mentiras se encontraban juntas en el aire, como granizo.

—Qué bien que te hayas acordado —dijo Sejer contento—. Es lo que suelo decir. Uno se va acordando poco a poco. Y tú te encuentras en una situación difícil. Tu mejor amigo ha desaparecido y estás preocupado por él.

En su interior, Zipp se imaginaba a Andreas encerrado en algún lugar. Solo, en la oscuridad. La casa blanca, no lo entendía. Un nudo le fue creciendo en la garganta y el agua le subió a los ojos. Pero eso quizá jugara a su favor. Sumamente preocupado.

—Dos tipos —dijo con la mirada baja—. Se nos acercaron en la plaza.

—¿Dos hombres?

—Sí.

—¿Jóvenes?

—Mayores que nosotros. De unos treinta, quizá.

—¿Los habías visto antes?

—No.

—Pero ¿Andreas sí los conocía?

—Esa fue la impresión que me dio.

Una larga pausa. Penosamente larga. O el hombre estaba elaborando la información, esa grandiosa mentira, o se divertía con esas enloquecidas fantasías. ¿Y si Andreas aparecía de repente y contaba su versión? «¿Estoy dando por sentado que nunca aparecerá? ¿Lo he abandonado? ¡No, no, soy un buen amigo!»

—Bueno, cuéntame.

—Contar ¿qué?

Se estaba metiendo en un jardín del que no sabía cómo salir. Las imágenes

le pasaron volando, las mejillas de Andreas, el bebé con las encías sin dientes.

—Estábamos sentados en un banco. Ellos estaban de pie junto a la fuente. Andreas dijo que tenía que irse. Y se marcharon, no sé adónde. Yo estaba un poco cabreado.

Zipp se calló. Su café estaba sin tocar en la taza. A lo mejor debería dar un sorbo, sería lo normal. Pero no se fiaba de sus manos. Sejer en cambio sí se fiaba de las suyas. Dio varios sorbos sin hacer ruido. Sus últimas palabras quedaron flotando en la habitación: «Yo estaba un poco cabreado». Solo había fantaseado, pero la mentira estaba a punto de convertirse en verdad, y si aquello hubiese ocurrido, que ellos hubieran estado sentados en el banco y Andreas de repente se hubiera largado, Zipp se habría cabreado de verdad. Llegó muy satisfecho a esa conclusión.

—Pero ¿Andreas no trataba solo contigo?

Zipp se retorció.

—Eso era lo que yo pensaba.

—La calle Thorne —dijo Sejer de repente.

Zipp levantó por un instante la mirada.

—Dijiste a la madre de Andreas cuando te llamó que os despedisteis en la calle Thorne.

—No me acuerdo —se apresuró a contestar.

—Lo menciono porque tiene que haber una razón por la que dijiste justo eso. Obviamente no lo recuerdas muy bien, eso ya lo hemos aclarado, pero sigue habiendo una razón por la que el cerebro hizo esa elección. Tal vez estuvisteis cerca de la calle Thorne esa noche.

Zipp se desconcertó.

—Simplemente me salió así —dijo—. Error de memoria —añadió.

—Esas cosas ocurren —admitió Sejer. Se levantó y abrió la ventana. Entró

flotando el aire de septiembre—. ¿Qué crees tú que ha podido suceder? — preguntó. Había vuelto a su sillón.

—Joder, no tengo ni idea.

—Habrás reflexionado sobre ello.

—Sí.

—¿Puedes decirme algo al respecto?

Pensó intensamente. Se dio cuenta de que aquello, que solo era una conversación, empezaba a parecerse a un interrogatorio a pesar de todo.

—¡He pensado en todo! —exclamó, con una repentina y vehemente sinceridad—. Que ha podido ahorcarse. O cualquier cosa.

—¿Podría llegar a hacer algo así?

—No lo sé. —Pensó en el cementerio—. No lo sé —repitió.

—¿Tenía algún problema?

—No comentó nada.

—¿Hablabas a menudo de sí mismo?

—Nunca.

Sejer se acercó a un archivador verde y sacó unos papeles. Se puso a hojearlos. Zipp estiró el cuello, pero estaba demasiado lejos. Sejer se quedó con parte del contenido de la carpeta y empujó algo hacia Zipp.

—¿Qué piensas, Zipp? —preguntó muy serio. Su mirada era penetrante—. ¿Está vivo?

Zipp miró fijamente la foto de Andreas.

—¡No lo sé! —tartamudeó.

—¿Existe una sola razón para suponer que está muerto?

—¡No lo sé! —volvió a tartamudear. Tenía la asquerosa sensación de haber caído en una trampa—. ¿Cree que ha muerto? —preguntó con voz apagada.

Sejer apoyó la foto en la cafetera.

—¿Por qué mientes? —preguntó sin tapujos.

¡Por fin llegó! ¡Sabía que antes o después sucedería, estaba preparado para ello! La pregunta le alcanzó como una pelota de goma y regresó como si tuviera un resorte. No le dejó ni una marca.

—No sé nada —salmodió.

—Esos tipos de la plaza, ¿podemos descartarlos?

—No sé adónde se dirigían —contestó Zipp.

—Pero ¿estuvieron allí de verdad?

—Solo los vi de lejos.

—¿Cuántos eran?

¿Qué había contestado? ¿Dos? ¿O tres?

—Dos o tres, no me acuerdo.

—¿Estás preocupado por tu mejor amigo?

—¡Claro que sí!

Zipp lo miró escandalizado. Al mismo tiempo, vio que quería llevarle a su terreno.

—¿Por qué no me ayudas entonces?

—Ayudar. ¡Pero si no me acuerdo! —Perdió el control. Habría problemas —. He dicho todo lo que sé. ¿Puedo marcharme ya?

—No.

—No estoy arrestado, ¿no?

—No puedes marcharte.

—¿Por qué no?

—No he acabado aún.

Zipp notó cómo caía lentamente. La verdad le estaba pareciendo una solución más fácil. Lo entendió todo. Que la gente confesara cosas que no había hecho, cualquier cosa para librarse. Se tambaleaba en la silla. Los peligros amenazaban por todas partes. Entraban volando por la ventana, le

subían gateando por las piernas. Un asqueroso futuro que él no deseaba. Acusación y condena. La madre del bebé en primera fila, mirándolo fijamente, en el banquillo de los testigos. Un juez vestido de negro con un mazo que le retumbaba directamente en el pecho, sacando el corazón de su ritmo y haciéndolo cojear, incapaz de respirar. Años de soledad en dos por tres metros. De repente se mareó. Un murmullo y un vaciado de la cabeza a la vez. Quería esconderse, alargó la mano en busca de la taza de café, la vio emerger en su campo de visión pero, al ir a cogerla, apuntó mal y la tiró. El café chapoteó por la mesa.

Le goteó hasta los muslos y le quemó a través de la ropa.

Le conté a Andreas que había llamado Zipp. Pensé que empezaría a gritar, pero no tenía fuerzas. Parecía indiferente, no lo entendía. Quizá empleara el tiempo en reconciliarse con lo peor de todo, con la posibilidad de que fuera a morir allí abajo, en el sótano. Solo, entre patatas, arañas y ratones. Los seres humanos no tenemos límite. Somos capaces de solucionarlo todo, si se nos concede tiempo. Él no quería hablar. Me dejó fuera. No me alteré, solo me quedé un rato molestándole con mi presencia, jugueteando con los botones de la chaqueta. Volví a subir. Me puse a ordenar cajones y armarios. Tuve cuidado con lo que quedaría detrás de mí, había metido en sacos algunos papeles y la ropa más gastada. No tenía mucho tiempo, Andreas estaba agotado. Me gustaba más cuando rogaba e imploraba, ahora no quería nada. Cerraba los ojos cuando yo estaba en la escalera. Yo hacía ruido con las puertas y daba golpes en el suelo. ¡Él solo me tenía a mí! Decía que no tenía dolores, pero yo no le creía. No quería darme el gusto de verle sufrir. Quizá ya no tenía fuerzas para seguir en ningún caso. Subir del sótano,

ingresar en un hospital. Moverse en una silla de ruedas. Con todos esos recuerdos. Algunas vidas resultan demasiado difíciles de vivir, puede que eso pensara él. Yo no podía consolarle. No merecía ningún consuelo. No debería haber venido a mi casa.

La desesperación me golpeaba de repente de vez en cuando. Repentinos e imprevisibles ataques de pánico. No me reconocía del todo a mí misma. Ninguno de los dos nos merecíamos esto, ninguno de los dos lo queríamos. Andreas era un rayo del cielo. Un rayo que me alcanzó a mí. Entonces me eché a reír. Estos días, todo lo que había sucedido, eran algo inconcebible. Probablemente no del todo real. ¡Un chico joven en el suelo del sótano de una anciana, qué historia! Me acerqué a la ventana. Entremedias debemos comer y descansar, yo llevaba una eternidad sin comer. Vi el final de la desesperación, una repentina claridad. Dejé todo lo que tenía entre manos. No podría ser peor que esto. Se trataba de poner fin a esta ridícula representación de una vez por todas. Él había sufrido ya bastante. Había aprendido una lección. Me levanté y abrí la trampilla. Le grité por la escalera: «Me voy a la comisaría. ¡Pronto vendrán a buscarte!».

Supongo que no me creyó. Yo estaba muy cansada. La policía podía hacer conmigo lo que le diera la gana, a mí ya no me importaba. Andreas podría explicarlo. Él había empezado.

—¿Te encuentras mal, Zipp? Estás muy pálido.

Sejer limpió el café con papel del dispensador que había junto a la pila. Zipp se estaba concentrando en agarrarse a la mesa y no contestó. El cuerpo le había traicionado. Pero no importaba. El policía era ya un enemigo declarado, no fingido y amable. Ahora emplearía métodos más severos,

actuaría con más dureza, tal vez con amenazas. Fue un alivio. Ya no estaba abierto a la amabilidad de Sejer, ya no se dejaría seducir o engañar. Apretó las muelas. Sejer reconoció esas señales de cientos de conversaciones. Fue un alivio también para él. Había que pasar a una nueva fase. Conocía el esquema, la mímica, el lenguaje corporal. La tensión en aumento, un atisbo de ira, pero debajo estaba el miedo. ¿Qué podrían haber hecho esos dos aquella nefasta noche? Miró a Zipp con sincera curiosidad.

—Espero, por Dios y por Andreas, que tengas buenos motivos para callarte —dijo con voz afilada.

Zipp no se dejó provocar. Era un muro sin ventanas, sin una rendija siquiera. Todo se volvió pesado y seguro dentro de él. Era completamente infranqueable.

—¿Andreas está vivo?

Zipp se tomó su tiempo. No había prisa.

—No lo sé.

Era verdad. Resultaba demasiado fácil. Casi tuvo que contener una sonrisa.

—¿Por qué os peleasteis?

—No nos peleamos.

Sejer cruzó los brazos.

—Esto atañe a más personas aparte de ti. Andreas tiene una madre asustada y un padre que está preocupado. Tú sabes cosas que a lo mejor pueden ayudarnos. Si él acaba como algo que hay que llevar a su casa dentro de un ataúd, te lo reprocharás el resto de tu vida.

Ese era un duro golpe. Zipp tuvo que reconocerlo.

—Yo no tengo ninguna culpa de eso —dijo.

—¿Qué es «eso»?

—No lo sé.

Volvió a frenar. Le estaba sorprendiendo lo difícil que era callarse por

completo. Esos ojos grises tan intensos le exigían cosas, le atraían hacia ellos.

—¿Has visto alguna vez a un hombre muerto?

No. No quiso ver a su padre, pero de aquello hacía mucho tiempo. No contestó.

—La primera vez es una experiencia sobrecogedora. Te quita el aliento. Cuando te das cuenta de que nos vamos a morir.

Zipp escuchaba. La seriedad le asustó. Todo eso que no sabía, el hecho de que era un tonto. Reprimió el sentimiento. No era un tonto, solo había tenido muy mala suerte.

—Si el muerto es una persona que conocías bien, la sensación es el doble de fuerte. La persona yace allí, pero no está allí. Algo se derrumba. —Sejer hizo una pausa. La cara muerta de su madre se le apareció de repente, estorbándole—. Vosotros habéis compartido muchas cosas, como pasa con los amigos. ¿Te las arreglas sin él?

Zipp apretó los labios. Se le estrechó la garganta y le escocían los ojos, pero no pestañeó. Solo esperaba que el agua que estaba subiendo no se derramara por el borde del ojo y se convirtiera en lágrimas. Aunque tal vez eso causara buena impresión. Estaba desesperado, joder. Pero el tío tenía más cosas guardadas, lo notaba en su voz. Esto no era más que el principio.

—¿Cómo te sentirías si fueras indirectamente responsable de la muerte de alguien?

La pregunta estuvo a punto de sacarle a sollozos una risa seca, pero se contuvo. Quizá nunca descubrieran quién había causado ese infierno con el bebé. Quizá lo mejor sería que Andreas muriera. El pensamiento le vino de pronto e inesperadamente, y sin embargo era lógico. Le asustó. ¿Deseaba la muerte de Andreas? No, no la deseaba, pero si él de repente apareciera, todo saldría a la luz, ¿no? Quiénes eran y lo que habían hecho. Antes preferiría estar solo el resto de su vida que tener que cargar con la responsabilidad de

ese bebé. Tenía que buscar algo en donde fijar la mirada. Estudiarlo hasta el último detalle, reproducirlo correcta y fielmente por dentro. Como hacían los presos en sus celdas. Su corbata. Una corbata entre gris y azul, con una minúscula cereza bordada...

—Zipp, hay algo que tengo que contarte.

¡Ahora viene! ¡Después de todo, lo sabe! Su pelo, tan tupido, del color del acero...

—Te has encerrado dentro de un gran sosiego, lo que no es nada difícil. Todo el mundo lo consigue. Yo no puedo alcanzarte. Pero lo que estás haciendo exige una profunda concentración.

«Joder, vaya discurso.» Lo habría aprendido en algún cursillo. Tenía las manos grandes y los dedos largos, las uñas limpias y blancas. Un tipo muy aseado. En la solapa llevaba un alfiler que recordaba a un paraguas...

—El problema es que la concentración profunda requiere mucho esfuerzo. Puedes mantenerla un rato, luego la pierdes. Cuenta lo que sabes. Eso en realidad es solo un aplazamiento. Y el aplazamiento lleva su tiempo. Ese tiempo podríamos usarlo en buscar a Andreas. Podríamos llamar a su madre y decir: «Lo hemos encontrado, señora Winther. Sano y salvo». —Se inclinó sobre la mesa—. Gracias a Zipp, que entró en razón.

«No soy razonable. Así de simple. Me es indiferente, me importa una mierda...»

—Es imposible para una persona mantener un determinado estado de ánimo durante mucho tiempo. Está dirigido por hormonas que tú no controlas. De repente se levantan como fuentes. Tú estás en esa edad. Con el tiempo dejarás atrás lo que tienes justamente ahora y pasarás a otra cosa que...

—¿Puede callarse ya la boca? —Zipp empezó a temblar—. ¡No puede tocarme!

Sejer esbozó una sonrisa triste.

—¿Tan seguro estás de eso? ¿No lees los periódicos? —Bajó la voz—. Deberías saber hasta qué punto puedo enfadarme.

Se levantó y empujó el sillón hacia atrás. Se colocó la chaqueta. Miró a Zipp. La sonrisa era amable, casi jovial. Zipp intentó ponerse muy firme.

—Ya puedes irte a casa.

Zipp se quedó sentado, boquiabierto. Quizá fuera una trampa. Si ahora se levantaba para atravesar la estancia, tal vez el poli le pusiera la zancadilla para que se cayera de bruces.

—¿Irme a ca-casa?

—Métete en tu cama caliente. Y envíale a Andreas un amable pensamiento.

Zipp intentó alegrarse de haber resistido, de haber conseguido callarse, pero no encontró ninguna alegría, solo vacío. «Del bebé —pensó—, del bebé no saben nada.» Eso ya era algo. El tiempo pasaría. Y él seguiría enterito. Se deslizó delante de Sejer, no le llegaba ni a las solapas de la chaqueta. Pero vio el alfiler. Un pequeño paracaidista de oro.

Anna Fehn abrió la puerta y escrutó con la mirada a Sejer. Le gustó lo que vio, pero al mismo tiempo se sentía preocupada. El cuadro de Andreas estaba en el caballete, a medio terminar. Y ahora la policía iba a hacerle preguntas. ¿Cuánto les contaría? ¿Qué pensaría aquel hombre? No se sentó cuando ella le señaló el sofá.

—¿Por qué viene usted aquí? ¿Cómo me ha encontrado?

El hombre sonrió brevemente.

—Esta ciudad es pequeña. Solo tengo curiosidad. ¿Sería posible ver el cuadro que está usted pintando de Andreas?

Ella salió de la habitación y entró en otra más grande y más luminosa. El caballete estaba a la derecha de la ventana, de tal modo que la luz llegaba por la izquierda. Sejer no pudo reconocer a Andreas, porque este tenía la mirada fijada en un determinado punto del suelo. Pero el pelo, tal vez. Esos rizos rebeldes. Por lo demás, ella solo quería reproducir su cuerpo. A Sejer le impresionó lo desnudo que estaba, más desnudo de lo que habría aparecido jamás en una foto. El cuerpo, más definido de lo que la edad podría indicar, estaba en movimiento, un tremendo movimiento. Predominaban los tonos azules y verdes, solo el pelo era rojo.

—¿A él le gusta hacer de modelo?

Ella ladeó la cabeza.

—Al parecer sí. Es guapo y lo sabe.

—¿Y el cuadro? ¿Le gusta por ahora?

Ella se rio levemente.

—La primera vez que lo vio, dijo: «¡Joder, es muy cachondo!».

Sejer acercó la cabeza al lienzo.

—Esto será algo para muy pocos. Exhibirse de esa manera.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Intento imaginarme a mí mismo en una situación así. Me habría resultado completamente imposible.

—Quizá se tome usted demasiado en serio.

Ella se fijó en los ojos oscuros, que no eran marrones, como había pensado al principio, sino de un gris profundo. El pelo sería negrísimo en sus tiempos. Adivinó que era un tipo práctico, pues llevaba el pelo muy corto y se movía con una elegancia ponderada, sin exhibirse. «Un adulto», pensó ella.

—¿Hacen ustedes algo más que pintar?

Ella se esperaba la pregunta, pero no estaba preparada porque llegó muy de

repente. ¿El tío era descarado o solo extremadamente perspicaz?

—A veces —contestó ella, evasiva.

—¿Comparten algo de comer, y tal vez una cerveza?

Ella tosió apresuradamente.

—Bueno, sí. Puede ocurrir.

—¿Qué puede ocurrir?

Él la miró fijamente. Una minúscula sonrisa quitó algo de agresividad a la oscura mirada. La mujer se puso a jugar con un pincel que tenía en una jarra. Se acarició la barbilla con los suaves pelos.

—Nos hemos acostado.

—¿Quién tomó la iniciativa?

—Yo. ¿Qué pensaba usted?

La respuesta fue seguida de una risa seca. Sejer volvió a mirar el cuadro, registró el entusiasmo en cada pincelada. El joven cuerpo en el que todo estaba en su sitio. Y la fuerza. La juventud. Anna Fehn tendría entre cuarenta y cuarenta y cinco años, y Andreas dieciocho. Bueno, no era una historia nueva.

Ella miró al suelo.

—A decir verdad, creo que él nunca tiene ganas. Pero lo hace de todos modos. Como si opinara que es algo que se espera de él, o que viene dado con la situación, no lo sé muy bien. Me pregunto muy a menudo por qué. Por qué se entrega de esa manera.

A Sejer no le resultó tan difícil entender que un hombre joven como Andreas aprovechara la ocasión cuando se le brindara. Anna Fehn no era una belleza deslumbrante, pero era muy atractiva. Con curvas y rubia.

—¿Conoce usted a su amigo? ¿A Zipp?

—Andreas lo ha mencionado alguna vez. Con condescendencia. Como si fuera un chico completamente imposible e inútil.

—Hace muchos años que son amigos.

—Sí. Y me pregunto si su descontento es una tapadera. Que en realidad oculta un gran entusiasmo. Tan grande que le molesta.

—¿Qué quiere decir con eso?

Ella se acercó a la ventana, la luz gris cayó sobre el cuerpo desnudo del lienzo.

—Me atrevo a decir que tengo cierta intuición. Creo que Andreas... no hay ningún ardor en él. Bueno, usted me entiende, ¿no? Como una especie de falta de interés. Creo que prefiere a los chicos. Y creo que está enamorado de Zipp.

Sejer la miró sorprendido.

—Perdóneme si estoy dando pie a un rumor. Pero creo que yo solo soy una coartada. Algo de lo que él puede presumir ante los demás.

—Ante Zipp —dijo Sejer, pensativo—. No va con nadie más que con Zipp.

—Lo sé.

—Pero ¿no está segura?

—Algunas veces resulta evidente. He tenido muchos modelos en el transcurso de los años, y varios eran homosexuales.

—¿Qué le hace verlo?

—Creo que las mujeres lo descubrimos antes que los hombres. Piénselo. Yo le miro. Usted me mira. Nos hacemos nuestra composición. Lo hacemos antes que ninguna otra cosa, quizá en el transcurso de la décima parte de un segundo. Nos evaluamos el uno al otro. ¿Quiero hacer el amor con este hombre, con esta mujer? Sí o no. Cuando lo tenemos claro, seguimos y cumplimos con lo que realmente es nuestro cometido. O tal vez dejamos la tensión aparte. Pero siempre viene primero. Es una emoción a la que nos acostumbramos tanto en el transcurso de la vida que nunca reparamos en ella. Hasta que de repente nos encontramos delante de un hombre y esa emoción

no aparece. Es una extraña experiencia. Nos hace relajarnos. Las mujeres nos encontramos a gusto en compañía de hombres homosexuales —dijo—. No creo que los hombres se sientan bien en compañía de mujeres lesbianas. ¿A que es curioso?

De repente tenía un aspecto ligeramente provocador. Sejer escuchaba asombrado, mientras pensaba en sí mismo. ¿Era eso lo primero en lo que pensaba cuando se encontraba ante una mujer? Creía que no. Excepto con Sara, cuando la conoció. Pero primero Elise. Y a veces, alguna rara vez, la señora Brenningen, de la recepción. Pero por lo demás, pues sí, cuando se trataba de una mujer guapa. Pero si no era nada atractiva entonces la rechazaba. Después de haber... Se detuvo en medio del razonamiento.

—¿Le queda mucho para terminar el cuadro?

Señaló el lienzo, cuyo personaje carecía de nariz y boca. Solo los ojos estaban insinuados, como dos sombras verdes debajo de un rizo de pelo rojizo.

—Supongo que sí. Pero la cabeza ya no voy a tocarla. Le prometí que nadie lo reconocería, y tendré que cumplir mi promesa. ¿Dónde está? —preguntó de repente.

—No lo sabemos. Solo tenemos a Zipp, y no es muy comunicativo. ¿Qué hará usted ahora? —prosiguió—. Andreas ha desaparecido y no puede seguir pintando el cuadro.

Ella se encogió de hombros.

—Ya aparecerá. Y si no, será siempre un esbozo. ¿A usted le gustaría hacer de modelo para mí?

Sejer estuvo a punto de toser de asombro.

—Creí que había dejado clara mi actitud ante estas cosas.

—Es útil romper barreras —dijo ella—. Desnudarse y dejarse estudiar, dejarse mirar a través de los ojos de otra persona. Resulta muy liberador.

Estar delante de esta mujer en pelotas. Con sus ojos por todas partes, ojos que lo analizaban y lo conquistaban, hasta quedar como una mera impresión. No como él, que era de verdad. Solo la impresión que dejaba en ella. Que solo era de ella. ¿Qué vería ella? Un cuerpo nervudo de cincuenta años en buena forma física. Atisbo de eccema en ciertas partes del cuerpo. La diferencia de color en la cintura, donde estaba más blanco que por el resto del cuerpo. Una cicatriz en el muslo blanco, que lucía blanca y brillante. Horas y horas, hasta que estuviera fijado en el lienzo, tal vez por una pequeña eternidad de tiempo. Saber que alguien sería dueño del cuadro, que lo colgaría. Que lo miraría. Pero ¿por qué era eso mucho más aterrador que ser fotografiado? «Porque la lente está muerta y no puede juzgar.» ¿Tenía miedo de ser juzgado? ¿Superaría algo si dijera que sí? Y en ese caso, ¿a qué conduciría? Sejer notó que su curiosidad no le incluía a él mismo, solo a todos los demás.

Su cara era cortés y correcta cuando le dio las gracias por su ayuda.

Andreas abrió los ojos. ¿Cómo podría yo explicar esa expresión suya cuando por fin comprendió? Una pequeña vela que de pronto se apaga.

—No ha estado usted allí —dijo, extenuado.

—¡Claro que he estado! —Me retorcí las manos avergonzada. Por haberle fallado. Pero también estaba rabiosa con toda esa gente que saca conclusiones con solo echarle una rápida mirada—. Estuve allí. Pero no entendió nada. Un hombre joven, no llevará mucho tiempo trabajando. Intenté explicarle, pero lo único que me preguntó fue si necesitaba ayuda para volver a casa. Como si fuera una vieja chiflada. ¿Y sabes qué? Lo había visto antes, pero no recuerdo dónde. Es muy curioso.

Un gemido salió de Andreas. Habría mantenido la esperanza hasta

entonces, y ahora la había perdido del todo.

—Joder, ¿estuvo allí y se marchó sin más? —Empezó a toser, como si tuviera la garganta llena de flemas. No consiguió expulsarlas. Los pulmones le sonaban—. ¡Váyase!

—Me iré cuando me dé la gana. Lo he intentado.

—¡De eso nada! Dios mío, qué miserable es usted.

—El miserable eres tú. ¡Mírate! No me provoques, no tengo mucho aguante.

—Pobre Irma. El mundo la ha tratado injustamente. Nadie la entiende, ¿a que no?

Se echó a llorar, una especie de llanto mezclado con risa. No sonaba nada bien.

—Cállate, Andreas.

—Hablaré todo lo que quiera. Es lo único que puedo hacer.

—No te daré más agua.

—¿Le resulta agradable, Irma? ¿Atormentarme? ¿Dónde lo nota? ¿En algún lugar entre las piernas?

—Ten cuidado —resoplé—. Si supieras de lo que soy capaz...

—Lo sé. Pero me da igual.

—No tienes ni idea de lo estás diciendo.

—Váyase a dormir. Quiero estar tranquilo.

—¿Quieres estar tranquilo? Deberías haberlo pensado antes. ¿Sabes una cosa? Yo también quiero estar tranquila. ¿Lo tuviste tú en consideración?

—No —contestó dócilmente.

—¡No contaste con Irma!

—No sabía que vivía aquí.

—¡Mentiroso!

—Tampoco la reconocí, hasta que era demasiado tarde.

—¡No me digas! Porque si te hubieras dado cuenta enseguida habrías continuado hasta la siguiente casa, ¿no? Para poner el cuchillo en la cara de otra persona. Una persona desconocida. ¡Siempre es más fácil!

Yo temblaba de ira, aunque también era delicioso, esos sentimientos intransigentes que me hacían arder las mejillas. Yo era un ser humano colérico con una razón más que justificada, librando una de mis batallas más importantes. ¡Y lo mejor de todo: él estaba obligado a escuchar! El chico no era capaz ni de levantar las manos para taparse los oídos. Su cara parecía de repente completamente inexpresiva. Me había dejado fuera. Pero bueno, yo sabía que me oía.

—Eres un niño mimado.

No contestó, pero vi que las pestañas le vibraban muy levemente.

—¿Qué has hecho tú por tu madre? Dímelo. ¿Qué obligaciones has tenido?

Esbozó una débil sonrisa.

—Sacaba la basura. Todos los días.

—¡Qué maravilla! ¡Sacabas la basura! Me impresionas, Andreas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —susurró.

Hice la cuenta en la cabeza.

—Tres días y tres noches. ¿Quieres salir? Intenta buscar mis puntos débiles. El instinto maternal. La llave de la libertad. Soy madre de un hijo, claro que tengo ese instinto. A ver si eres conocedor de la naturaleza humana.

—Sí que lo soy —dijo Andreas, cansado—. Pero esa cualidad no hace falta aquí. Incluso un niño vería lo obvio. Que está usted loca de remate.

Me levanté y le amenacé con los puños. Quería gritar muy alto, mostrar mi cólera.

—¡Maldito niñato de mierda!

Me miró asombrado con esos ojos claros.

—Sus mejillas están ardiendo, Irma.

Me di la vuelta y me fui. Esta vez apagué la luz. Al instante, estaba rodeado de una densa oscuridad.

—¡Llame, joder! —gritó—. Vieja de mierda. ¡Llame para pedir ayuda!

Me caí de rodillas y cerré la trampilla con un estallido. La abrí y la volví a soltar una y otra vez, los estallidos pasaron por la casa como un terremoto. Me desplomé, agotada, en el suelo.

5 de septiembre.

La señora Winther llamó. Skarre intentó explicarle.

—No, señora Winther, no se puede. No es que no queramos cooperar, pero hablo por experiencia. En las noticias de la televisión no sacan este tipo de casos. Solo si estamos muy seguros de que ha sucedido algo delictivo. Y en este... Sí, señora Winther, lo entiendo. Pero conozco al director de los informativos, es una persona que no se deja convencer fácilmente. Claro que puede usted llamar, yo solo intento ahorrarle la decepción. Solo se ocupan de cosas muy especiales... Ya sé que Andreas es muy especial para usted, pero todos los días desaparecen personas. Entre dos mil y tres mil cada año, para ser preciso. ¿Que una niña de diez años tendría más posibilidades? Pues sí, eso es verdad, así funciona. Conseguimos que publicaran una foto en el periódico local, bastante esfuerzo nos costó. ¿El director de la sección de noticias? Claro que puede usted llamar, pero no creo que... Por supuesto que llamamos enseguida, pero hay límites de lo que podemos hacer desde aquí. A decir verdad, hemos hecho más de lo que solemos hacer en casos como este.

Entiendo que usted no lo vea así. Pero no podemos descartar la posibilidad de que Andreas se haya marchado voluntariamente. En ese caso... Sí, usted no cree que eso sea posible, pero eso piensan todos. Lo que pasa es que si lo encontramos no tenemos ningún derecho a facilitarle a usted su paradero si él no quiere. Por desgracia, así son las reglas. Él es ma... . Adiós, señora Winther.

Ingrid Sejer estaba sentada delante del televisor viendo las noticias. Matteus estaba detrás de su silla mirando la pantalla. Descalzo y con un pijama fino. Su madre se volvió de repente a mirarlo.

—Matteus. Ya es hora —dijo en voz baja.

El niño asintió con la cabeza, pero no se movió. Su madre parecía un poco triste. Le puso las manos en los delgados hombros.

—¿Qué estás masticando?

—Un coche de regaliz.

Su madre sonrió con tristeza.

—El abuelo dice que no debo agobiarte —dijo—. Pero me gustaría mucho que me dijeras quién escribió aquella nota. Esa nota tan terrible de tu estuche.

—A mí no me importa —respondió el niño, evasivo.

—Pero ¿no te asustaste? —le preguntó su madre.

—No —contestó sencillamente.

Ella lo miró asombrada y notaba que le creía, lo que le parecía muy extraño.

—Si me dices quién es no voy a ir corriendo a contárselo a la directora del colegio —se apresuró a decir—. Ni tampoco a su madre. Solo quiero saberlo.

Matteus libraba una silenciosa batalla. Resultaba difícil cuando la madre se lo pedía con tanta insistencia.

—Vale —dijo por fin—. Fue Tommy.

La madre se quedó muda y sacudió la cabeza con los ojos en blanco.

—¿Tommy? —tartamudeó—. Pero si él es... —Parpadeó desconcertada—.

Él viene de Etiopía. ¡Tiene la piel más oscura que tú!

—Ya —contestó Matteus, encogiéndose de hombros.

—Pero ¿por qué Tommy, justamente...?

De repente se echó a reír disimuladamente. Matteus hizo lo mismo, y entonces se rieron los dos a voz en grito, su madre lo abrazó y Matteus no entendía por qué ella de repente estaba tan feliz. Pero lo estaba. Su madre se levantó y fue a por un vaso de Coca-Cola para él. Acto seguido se sentó a ver las noticias, y a veces sacudía la cabeza. Matteus se sentó en el sofá. Abrió un periódico como si fuera un adulto y se quedó mirando una foto. Era de un hombre joven con rizos oscuros. Sonreía a Matteus con dientes blancos. En la foto parecía amable, mucho más amable que aquel día dentro del coche verde. Era él, estaba seguro.

—¿Por qué está este chico en el periódico? —preguntó.

La madre echó un vistazo a la foto y leyó el texto de debajo.

—Porque ha desaparecido.

—¿Cómo desaparecido?

—No lo encuentran. Ha desaparecido —le explicó ella.

—¿Como la bisabuela?

—No. Que no saben dónde está. Salió de su casa y no ha vuelto.

—Va por ahí en un coche verde —informó Matteus.

—¿De qué estás hablando?

Lo miró escéptica.

—Él y otro. Dentro de un coche verde. Me preguntaron cómo se iba a la bolera.

Ingrid Sejer lo miró boquiabierta.

—¿Es este uno de los chicos que se metieron contigo en la calle aquel día?
¿Cuándo venías del cumpleaños?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Claro.

Ella agarró el periódico y leyó. Desaparecido desde el 1 de septiembre.

—Tengo que llamar al abuelo —se apresuró a decir.

—Pero no sé dónde está ahora —dijo Matteus, preocupado.

—No importa. Tengo que llamarlo de todos modos. Vete a dormir mientras tanto.

—Quiero hablar con el abuelo.

—Te doy dos minutos.

Ingrid marcó el número de su padre y esperó.

Skarre no paraba de masticar el bolígrafo, lo que le dejó un sabor a metal en la boca. ¿Cómo podía desaparecer así una persona de la faz de la tierra? Al mismo tiempo se acordaba de las palabras de Sejer: «Siempre hay alguien que sabe algo». Y Zipp sabía. Fue interrumpido en sus pensamientos por el teléfono.

—Policía judicial. Jacob Skarre.

Un extraño zumbido sonó por el auricular. Escuchó un instante, esperó.

—¿Hola? ¿Hola?

El silencio proseguía. Solo se oía ese débil zumbido. Podía haber colgado hacía rato, recibían muchas llamadas de gente que nunca se daba a conocer, pero él esperó.

—Tienen que venir enseguida. ¡No creo que le quede mucho tiempo!

Sonó un clic. La comunicación había terminado. Skarre se quedó perplejo

con el auricular en la mano.

Una mujer. Sonaba histérica, casi llorando. En ese instante sintió una sacudida, se levantó tan de repente que el sillón se cayó hacia atrás, golpeando el archivador metálico con un estallido. Esas palabras. ¡Esa desesperación! ¿Dónde las había oído antes? Se apoyó en el archivador y se quedó pensando. Esa voz ronca le recordaba a alguien, si pudiera hacer memoria... Algo muy reciente. Se volvió a sentar. Pensó intensamente. Pero se le hizo un nudo en el estómago. ¿Cómo podía volver a encontrar ese recuerdo? ¿Por qué era importante?

Intentó pensar en otra cosa. Por fin se dio cuenta de lo que la mujer realmente había dicho: «No creo que le quede mucho tiempo». ¿Significaba que alguien se estaba muriendo? ¿Se trataba de Andreas Winther? ¿Por qué pensó inmediatamente en Andreas? Sacó un cigarro del bolsillo de la camisa. Un papel doblado salió a la vez. Lo desdobló. «Mujer de unos sesenta años se persona en el despacho a las 16.00 h. Parece confundida.» Entonces lo recordó todo. La mujer del abrigo marrón y lo que había dicho: «Se trata de una persona desaparecida. No creo que le quede mucho tiempo». Esa extraña mujer que se dejó el biberón. ¿En qué demonios estaba metida? Encendió el cigarro y se acercó a la ventana. La abrió, sopló el humo fuera. El teléfono volvió a sonar.

—Soy Runi Winther. Solo quiero disculparme por darle tanto la lata.

Skarre carraspeó.

—No se preocupe, señora Winther. Sabemos que esto es muy difícil para usted.

—¿Han hablado ustedes con mi amiga?

—Aún no.

—¡Me lo prometieron!

—Iré a verla mañana, señora Winther.

—Ella responde de él. ¡Tiene que hacerlo!

—En lo que se refiere a la conducta de Andreas no tenemos ningún motivo para pensar que no sea correcta.

—Pero quiero que se lo diga alguien que lo conoce.

—Sí, señora Winther. No se preocupe, llame usted cuando quiera, para eso estamos aquí. Así es. De acuerdo.

La cabeza de Sejer asomó por la puerta.

—Me pregunto qué habrán hecho esos dos. Zipp miente sobre la hora. Fueron vistos juntos a las seis y cuarto.

—Y yo me pregunto —dijo Skarre— si no vamos mal de tiempo.

6 de septiembre.

Skarre condujo a lo largo del río, giró a la izquierda en una rotonda y cambió de marcha justo antes de bajar una cuesta muy empinada. No iba muy a menudo por esa parte de la ciudad, pero le gustaban esos barrios, los jardines cubiertos de vegetación y los manzanos torcidos. «Calle de Prins Oscar.» Escuchó extrañado su propio pensamiento. Un tupido seto a la izquierda. Número 17, qué desastre, ya se había pasado. Tendría que subir hasta arriba y dar la vuelta. Se paró junto a una verja de hierro forjado. Avistó una casa blanca. Por un instante frunció las cejas. ¿Esa casa blanca con los marcos verdes, era allí adonde se dirigía? ¿Qué significaba? Aparcó junto al seto y cerró el coche. Miró el buzón y vio que era el nombre correcto. «Irma Funder.» Atravesó lentamente la gravilla. Tocó el timbre y esperó. Fue como si algo le estorbara, le impidiera concentrarse. Dentro no se oía nada, pero no descartó la posibilidad de que alguien estuviese mirando por la mirilla. Intentó poner una cara que inspirara confianza. Se oyó tintinear una cadena. Un clic en la cerradura. Una cara pálida apareció en la rendija de la puerta.

—¿Irma Funder?

Ella no asintió, solo lo miró fijamente. Él no veía mucho más de la mujer que la nariz y los ojos.

—¿Qué quiere? —preguntó. La voz era turbia. Al parecer era para ella un momento muy inadecuado.

—Me ha dado su nombre Runi Winther. La madre de Andreas. Sabe usted que ha desaparecido, ¿no?

Más ruido de la cadena. Pies que se movían en el felpudo.

La mujer abrió un poco más. Skarre la miró incrédulo. Contempló el pelo rizado, los finos labios y la ancha barbilla. Una luz se le encendió de repente. ¡Era ella! La mujer que se presentó en su despacho. La que... —intentó reponerse—, la que se dejó el biberón en la tienda. Era una extraña casualidad. Una sensación insidiosa de algo muy raro le subía por la columna vertebral. Tuvo que apoyarse en la barandilla, mientras el cerebro se esforzaba al máximo por recordar lo que ella había dicho. Aquel día, en el despacho, delante de él. Exactamente lo mismo que la mujer del teléfono: «No creo que le quede mucho tiempo». Se le erizó el pelo, igual que el día que ella estaba delante de él.

—¿Puedo entrar?

Skarre estaba tan alterado que le temblaba la voz, y dos manchas muy rojas aparecieron en su cara. Ella lo vio, claro. Le entró miedo y quiso retirarse. La puerta se fue cerrando y quedó una rendija más estrecha que antes.

—¡Yo no sé nada!

—La señora Winther desea vivamente que hablemos con usted. Está muy afligida.

—Lo entiendo. El chico aparecerá.

—¿Usted cree? —Skarre metió a la fuerza un zapato, bien lustrado de acuerdo con el reglamento, mientras exhibía su mejor sonrisa—. Es pura

rutina. Su nombre está en mi lista —explicó—. Y forma parte de mi trabajo escribir algunas líneas en el informe. Así podremos tacharlo y acabar de una vez por todas para continuar con cosas más importantes.

«Estoy hablando demasiado deprisa —pensó—. ¡Dios mío, ayúdame para que no asuste tanto a esta mujer que me cierre la puerta antes de que me entere de algo más!»

—Sé que yo no soy importante —dijo ella de repente.

Él la miró. Algo grave estaba teniendo lugar debajo de ese pelo rizado.

—No es un momento muy oportuno.

Ella quiso cerrar de nuevo.

—No será más que un minuto.

—¡Pero yo no sé nada!

—Escuche... —Skarre se concentró, tenía que entrar en esa casa y descubrir quién era esa mujer, aunque no era capaz de ver ninguna conexión entre ella y Andreas. Aparte de que conociera a su madre. Una mujer de casi sesenta años que vivía sola, quizá apartada del resto de la sociedad, ¿por qué iba ella a saber algo? Aunque una frase resonaba en su memoria: «Sé dónde está él».

—Si no me deja hablar unas palabras con usted, vendrá el jefe en persona —se apresuró a decir Skarre—. ¿Sabe usted? Un inspector jefe de la vieja escuela.

Era una amenaza. Vio que ella la sopesaba. Por fin se decidió a abrir. Skarre entró. La casa estaba ordenada. La cocina era azul, con una jarapa atravesando el suelo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó señalando una silla.

—Si no puede estar de pie durante sesenta segundos, tendrá que sentarse —dijo ella escuetamente.

Él sacudió la cabeza. ¿Qué clase de persona era esa mujer? ¿Acaso no

estaba bien de la cabeza? La señora Winther no había dicho nada de eso. Y la señora Winther era una persona cabal en todos los sentidos. ¿Por qué escoger a esta loca como amiga? «Que el señor perdone mi arrogancia», pensó. Y se sentó. No sacó su libreta ni su bolígrafo, se limitó a mirarla. Estaba ocupada en algo junto a la encimera. Skarre miró a su alrededor. Vio el biberón. Estaba al lado de la cafetera eléctrica. ¿Para qué querría un biberón?

—Su nombre es Irma Funder, lo he visto en el buzón —dijo con mucha prudencia.

—Así es como me llamo —contestó con sequedad.

—Solo que no es muy corriente. Por regla general en el buzón pone el nombre del marido, o el de los dos. O solo el apellido.

—Mi marido ya no está —explicó ella.

Skarre pensó unos instantes.

—¿Ya no está? Dijo que estaba enfermo.

Ella se paró en seco y lo miró boquiabierta.

—¿Cuándo? —se apresuró a decir.

—Cuando hablamos la última vez.

—Yo a usted no lo conozco de nada.

La cara de la mujer estaba distorsionada de preocupación.

—No —dijo Skarre—. Pero hemos hablado antes. Hace muy poco. ¿Ya lo ha olvidado? —La miró inquisitivamente—. Cuénteme lo que sabe de Andreas.

Ella le dio la espalda y se encogió de hombros.

—Eso está hecho en un periquete. No sé nada. Él nunca estaba en casa cuando yo iba a ver a Runi.

—¿Iba? ¿Ya no va a ver a la señora Winther?

—No me encuentro bien —se apresuró a contestar.

—Entiendo —dijo Skarre, pero no entendía nada. Solo que había algo raro

en todo aquello—. Hábleme de su marido.

Entonces ella se volvió hacia él. Los finos labios no tenían color.

—Me dejó —contestó.

—¿Hace mucho?

—Once años.

—¿Y ahora piensa usted que ha muerto?

—Ya no recibo nunca noticias tuyas.

—¿Y usted se las arregla sola?

—Mientras me dejen en paz. Pero todo este ir y venir constante en mi puerta me saca de quicio.

—¿Todo este ir y venir? —Skarre afinó el oído—. ¿Qué quiere decir?

—Nada. Hay mucha gente rara por ahí por las noches. No suelo abrir. Suelo tener la puerta cerrada. Pero como usted llevaba uniforme, corrí el riesgo. Por regla general no es fácil ver de qué está hecha la gente.

—¿De qué está hecho Andreas? —preguntó él en voz baja.

—Bueno, Andreas... Es muy raro. Como sintético.

—¿Cómo dice? —La respuesta dejó algo perplejo a Skarre—. ¿Tiene usted hijos? —le preguntó.

—Tenía uno. Ingemar.

—¿Tenía? ¿Ha muerto?

—No lo sé. No sé nada de él desde hace mucho tiempo. Así que por mí puede estar muerto. —La mujer se volvió de nuevo—. Ha acabado su tiempo. Dijo usted un minuto.

—¿De modo que no ha visto usted a Andreas? —insistió Skarre, esforzándose para que ella no desviara la mirada.

—Lo he visto muchas veces —respondió ella secamente—. Ese chico no me interesa.

«Está mujer no está cuerda del todo», concluyó Skarre.

—¿Cree usted que puede haberse metido en algún lío? —preguntó como con inocencia.

—No me extrañaría. Sé que Runi opina otra cosa, me pidió que hablara bien de él. Pero supongo que usted quiere saber la verdad.

—Desde luego que sí. —Skarre miró a su alrededor en la cocina azul, a las dos puertas, que tal vez daban a un baño y a un dormitorio. La voz de la cinta. La misma voz. Estaba segurísimo de ello. ¿Por qué se había presentado en la comisaría? ¿Qué pretendía contarle?—. Me gustaría saber la verdad —dijo.

—Creo que sería capaz de muchas cosas. Él, y ese amigo con el que anda por ahí.

—¿Lo conoce usted?

—Se hace llamar Zipp.

—Hemos hablado con él, pero no sabe nada.

Irma Funder sonrió.

—Eso dicen siempre. Se ha acabado el tiempo.

Skarre se levantó reacio de la silla. Había algo en esa casa. Algo que no encajaba. En el transcurso de los pocos minutos que llevaba allí había registrado casi todo. Un cuaderno con una pluma al lado, sobre la mesa de la cocina. Tres botellas de Klorin en la encimera. Dos bolsas negras, tal vez de basura, junto a la pared. Como si la mujer estuviera recogiendo todo para marcharse.

—¿Qué quería usted cuando vino a mi despacho? —preguntó con voz incisiva—. ¿Qué quería cuando nos llamó por teléfono?

En ese momento se sentía como si se estuviera tirando desde una montaña sin haber comprobado antes las condiciones de aterrizaje.

Ella alzó los ojos al cielo.

—¿Llamar por teléfono? Jamás se me ocurriría. —De repente dejó todo y

lo miró. El pesado cuerpo se sacudió levemente—. No me queda mucho tiempo —dijo con tristeza.

Skarre volvió a ver en ella esa llama detrás de los ojos. Las palabras le llegaron como un martillazo. Su cara no esperaba ninguna respuesta, era una constatación. Él la miró a los ojos, desesperado. ¿Cómo iba a manejar eso? ¿Qué podía hacer? Nada. Simplemente marcharse y dar parte al jefe. Las paredes azules de la cocina lo encerraban con esa mujer, y ahora tenía la sensación de que se estaban acercando, mientras la habitación se iba haciendo cada vez más pequeña y afuera todo se volvía lejano y borroso. La vista desde la ventana, el bonito cenador y el gran abedul no eran más que una imagen. Fuera de esas paredes azules no había nada.

—Entonces la velada se inició en el pub —dijo Sejer—. ¿Fuisteis allí para tranquilizaros?

—No sé de qué está hablando —dijo Zipp.

Lo habían llamado por segunda vez. ¿Significaba eso que ya sabían algo más? ¿Había denunciado la mujer al carterista? «Resulta agotador estar tanto tiempo al borde del precipicio. Prefiero caerme», pensó.

—Por favor, dime de nuevo a qué hora os visteis.

—Como ya dije: a las siete y media.

Sejer daba golpecitos en la mesa con un bolígrafo. Los chasquidos hacían que Zipp lo mirara con mucha atención.

—Hay algo que no entiendo —dijo Sejer despacio—. No entiendo por qué mientes sobre esto.

—No miento.

—Os visteis mucho antes. Algo ocurrió.

—¡Nos vimos a las siete y media!

—No. Andreas salió de su casa a las cinco y media. Estuvisteis dando vueltas por la ciudad en el coche.

Zipp se esforzó al máximo pensando. ¿Quién los había visto, excepto esa tía de Furulund? ¿Había llegado el momento en que iban a hablarle del crío muerto? ¿Del que a breves intervalos había conseguido olvidarse, dando lugar a una promesa de futuro de que un día se hubiese borrado, como algo no real?

—En ese caso hay alguien que miente —dijo malhumorado.

Sejer dejó caer el bolígrafo.

—Parasteis a alguien para preguntarle por el camino.

—¿Ehh?

—A un niño. Tal vez os divertisteis un poco con él. —En ese momento Sejer se miraba fijamente las manos—. Quizá solo pretendíais asustarlo un poco.

Zipp se sintió tan aliviado que le entraron ganas de reírse.

—Ah, sí, es verdad. Un negrito. No lo asustamos. Nos lo encontramos camino del pub. Tal vez un poco antes de las ocho.

—Ese negrito —dijo Sejer despacio— es mi nieto. Llevaba un reloj en la muñeca. Vosotros ibais en un coche verde. Andreas dijo algo sobre la chaqueta del niño. Eran las seis y cuarto. ¡Y no me digas que no lo asustasteis!

La voz de Sejer había adquirido un matiz amenazante.

—¿Su nieto?

A Zipp casi se le escapó un hipo de asombro. De repente era posible, pensó, que el inspector jefe le diera un puñetazo. ¿Y qué sabía él de los métodos de la pasma? ¡Mierda! ¡Ahora sí que la había jodido!

—¿Está Andreas enamorado de ti? —le preguntó Sejer de repente.

Zipp se sentía mareado. ¿Con quién habían hablado? Nadie lo sabía, y

desde luego no el negrito. ¿Era algo que ya se contaba por ahí?

—Perdone —dijo con voz pastosa, intentando todo el tiempo encajar las indirectas del inspector—. Creo que está usted equivocado.

—De hecho me equivoco a veces. En ese caso te pido perdón. ¿Andreas es homosexual?

Zipp pensó que tal vez pudiera aprovechar eso. Que podía enviarlo por una vía muerta. Desviar sus pensamientos de los otros.

—Sí —dijo dócilmente—. Al menos eso creo.

«No te chives. ¡Sí, joder!»

—¿Por qué lo crees? ¿Ha intentado algo contigo?

—¡No! No es idiota.

—Todos tenemos nuestros momentos de debilidad. ¿Te resultó difícil?

—No sé a qué se refiere.

—¿No soportabas la mera idea, quizá, de que él pudiera desearte? ¿Te cabreaste?

—Solo me sorprendí —murmuró por fin.

—¿Le pegaste? ¿Con demasiada dureza?

Lentamente Zipp entendió lo que el otro insinuaba.

—No —dijo en voz baja—. Ganas no me faltaron, pero no lo toqué.

—Ahora te estás vengando de otra manera. Ocultando información. ¿Es para salvar tu propio pellejo?

No recibió respuesta.

—Zipp... —Sejer bajó la voz hasta susurrar—: ¿Cómo vas a salir de esta?

—¿Salir de dónde?

—Del lío en el que te has metido. ¿Te da igual si Andreas no vuelve a aparecer?

—¡Claro que no, joder!

—Estoy buscando un motivo —dijo Sejer—. Una razón por la que no me

cuentas la verdad. Como te dije la otra vez: debe de ser muy buena. ¿Lo es?

Zipp se retorció las manos.

—Sí —gimió—. Sí que lo es. ¡Y no diré nada más! ¡Quiero irme a casa!
No tiene usted derecho a retenerme aquí.

—Bueno, tenemos nuestros recursos.

Zipp lo miró escéptico.

—Desde las seis hasta que fuisteis al pub... ¿Qué hicisteis en ese tiempo?

—Estuvimos dando vueltas en el coche. Mirando a las chicas.

—Tú mirabas a las chicas —le corrigió Sejer—. ¿Qué pasó?

—Nada.

—¿Entonces por qué no lo dijiste?

—No lo recuerdo.

Y así siguieron. A Zipp le sorprendía su propia tozudez. Que tuviera tanta voluntad. Que fuera capaz de hacer casi enloquecer a un hombre. Era curioso, jamás lo habría creído. Pero el otro también tenía una fuerte voluntad. Estaban tirando cada uno de su extremo invisible de una cuerda. Zipp alternaba entre gemir de agotamiento y de repente volver a llevar ventaja. Por primera vez en su vida luchaba contra otra persona. Una prueba de resistencia pura y dura. Era extraño, y luego todos esos sentimientos que aparecían y desaparecían. Y que a ratos le gustaban. Que le gustara el hombre al otro lado de la mesa.

Ya solo era cuestión de tiempo. La policía llamaría pronto a mi puerta. Lo sabía por ese joven agente, se olía que algo pasaba en mi casa. Sus ojos, que se movían por todas partes captando todo, rebosaban voluntad. El sótano estaba calentito. Me quedé quieta mirando a Andreas. En realidad no le faltaba de nada, yo me había preocupado por él. Entonces

me llegó un pensamiento como una bofetada: él nunca habría hecho lo mismo por mí.

—Me marcho —dije en voz baja.

Él intentó fijar la mirada en algo. Eso requería cierto esfuerzo. Por fin sus ojos encontraron la bombilla del techo.

—Pronto vendrán a buscarte. La policía acaba de estar aquí. Dejé la puerta abierta. ¿Me estás escuchando?

Andreas cerró los ojos. No dijo nada. Ni siquiera se alegró.

—¿Hay que ver la que has liado! —dije abatida. Me senté en el escalón—. ¿Por qué no me explicas qué clase de persona eres? ¿Por qué viniste aquí? Para que yo pueda entenderlo.

—No lo entendería —susurró—. Nadie lo entendería.

—No me das la posibilidad. Siempre hay una explicación. Y así sería más llevadero.

Él lloriqueó un poco.

—No soy peor que los demás.

Fruncí las cejas.

—Conozco a muchos que no se hubiesen metido a la fuerza en la casa de una mujer solitaria. Con cuchillo y todo. No le quites importancia, Andreas.

—Tuve que hacerlo —susurró—. Me había despojado de todo, lo había dejado todo en el cementerio. Tenía que buscar algo... algo que ponerme. Porque él me vio como era. Zipp. Y de repente apareció usted. La necesitaba.

—No. Me elegiste. Quiero saber por qué.

—Tenía que seguir adelante, ¿no lo entiende? Tenía que entrar en su casa y volver a salir... como alguien distinto.

—¿Como un vulgar delincuente!

—No, dejé lo viejo en el cementerio. Necesitaba algo nuevo.

—No te entiendo. Dices muchas cosas raras.

—No llamó para pedir ayuda —dijo él en voz baja—. Eligió no hacerlo. ¿Por qué?

—¡Yo no lo elegí! He intentado entenderlo.

—No. Personas como usted no saben elegir. Simplemente se quedan sentadas, esperando. Y nadie llega. Así uno puede volverse loco, ¿verdad, Irma?

¿Cómo podía ser tan insolente cuando por fin iba a buscarle ayuda? Por Dios, tendría mucha ayuda. Cuidados y curas. Un tratamiento justo. Era muy joven. Una sentencia insignificante. Su propio psicólogo. Tenía que darle la estocada de muerte.

—Justo esa libertad de elegir es lo que te ha estropeado, Andreas.

—Yo nunca he podido elegir.

—Tengo mis ideas al respecto.

—Hay muchas cosas que usted no sabe.

—Ahora voy a dejarte. Quizá hayas aprendido algo. Deja a la gente en paz.

—Yo nunca he molestado a nadie —dijo él en voz baja.

Carraspeé para darle miedo.

—Hasta ahora —añadió Andreas—. Me importa un carajo que me crea o no. Sé cómo soy.

—No me digas. ¿Hay algo que saber?

—Sí —murmuró—. Tardé en enterarme. Pero ahora lo sé.

Me callé y suspiré. Nadie es más sabio que los jóvenes cuando empiezan a comprender las cosas.

—¿Adónde va? —preguntó él en voz baja.

—Fuera. Pero primero tengo que vestirme.

—Pero ¿adónde?

—Fuera —repetí en actitud negativa.

—No hace falta que se marche —dijo él, cansado—. Yo asumiré toda la culpa.

Pasó un rato hasta que sus palabras me penetraron y entendí su significado. Fue demasiado. Me levanté temblando.

—¿QUE ASUMIRÁS TÚ LA CULPA, ANDREAS? ¿HAY EN ESTO ALGO IMPORTANTE QUE AL PARECER NO HAS ENTENDIDO! ¿TÚ TIENES LA CULPA! ¿SABES? ¿ME ENTIENDES?

Parpadeó asustado ante mi estallido. Las viejas somos más fuertes de lo que los jóvenes piensan. Deberían cuidarse de nosotras. Yo seguía temblando, y separé un poco las piernas para no caerme, de pura agitación. Él se puso a llorar de repente. Lágrimas y mocos le salían a chorros. Olía, un olor empalagoso de la herida infectada de su cabeza. Del cuerpo sin asear. Olía a moho y patatas, y a polvo quemado en la estufa, que emitía una luz roja. Ay, cómo lloraba. Me era necesario escucharlo justo antes de marcharme. En ese momento. Para llevármelo. Entonces el llanto cesó.

—No llama nunca. No cumple con su palabra. Está loca, es cobarde y completamente imprevisible.

Me mordí con tanta fuerza los labios que se me saltaron las lágrimas.

—¿Se pregunta por qué la elegí a usted? Porque es muy fea, Irma.

Empecé a temblar.

—Fea y gorda. Con los intestinos colgándole por fuera. Nadie puede amar a alguien como usted.

—¡Cállate ya! —grité levantándome.

—Estoy viendo sus varices a través de las medias. Son grandes como uvas, joder.

Yo seguía allí, de pie, quería emprenderla a puñetazos con él. Estaba horriblemente feo cuando dijo eso. Perdí el control, empecé a agitar los brazos dando un ridículo espectáculo, lo sabía, pero era incapaz de frenar esa cólera que me salía de dentro. Tenía que destrozar y golpear, aporrear, de repente me sobraban las fuerzas. Un enorme excedente que amenazaba con hacerme pedazos. Se convirtió en dolor, quemaba como fuego, y busqué algo en el oscuro sótano, algo que pudiera destrozar y despedazar, pero no vi nada. Solo viejos muebles de plástico. El depósito de las patatas. Una vieja ventana apoyada contra la pared. Y una caja de herramientas. Estaba debajo del banco de carpintero. Abierta. Saqué un martillo con el mango de goma. Volví y me coloqué delante de él. Y entonces ocurrió, justo cuando estaba allí exhibiéndome, demostrando que yo llevaba ventaja, que tuviera cuidado. ¡Se echó a reír! Y todo me sobrepasó. Yo aguanto casi todo. El no ser vista, el no ser escuchada, que me regañen y que me griten. Pero esto no. Que alguien se ría de mí. Y entonces golpeé con fuerza. Le di en alguna parte de la blanca frente, y su risa se cortó, se paró en un débil gemido, y le golpeé una vez más. El martillo dio en el suelo un par de veces, subían volando unas chispas blancas cada vez que el acero daba contra el cemento, pero yo seguía dando golpes, noté que lo que había debajo del martillo se salía lentamente de su forma y se ablandaba. De repente vi mi cara en la vieja ventana. Él tenía razón. Yo era fea. Así que seguí dando golpes hasta que ya no me quedaban fuerzas. Estuvo bien. Ya me había vaciado. El cuerpo se fue tranquilizando poco a poco. Miré a mi alrededor. Me escocían los ojos. Oí un pequeño suspiro. Si provenía de Andreas, un último resto de sus pulmones, o si alguien nos estaba mirando, no lo sabía. ¡Que no intentaran nada! Estuve un largo rato con el martillo levantado mirando dentro de las sombras.

Zipp vio su silueta en la pantalla negra del televisor. Algo cobarde y difuso. Subió ruidosamente la escalera del sótano y salió, cerrando la puerta tras él con un estallido. El objetivo lo tenía ya clarísimo. La casa blanca con los marcos verdes. ¿Acaso no había resistido a una enorme presión? ¿Acaso no le quedaban fuerzas? Esta vez no se contentaría con una charla, ¡iba a entrar, joder! Subió la empinada cuesta con pasos largos y decididos. Desde atrás se veía el redondo culo contonearse y retorcerse, subiendo con energía. ¡Aunque tuviera que forzar la puerta y reducir a la vieja, daría con la verdad! No solía mostrar tanta decisión en su vida, pero le gustaba esa sensación de estar tan seguro. ¡Podría con todo! Al cabo de quince minutos divisó la verja. De repente oyó una puerta que se cerraba. Pasos rápidos por la gravilla. Era ella. ¡Esa vieja, Funder! La vio alejarse y se metió en el jardín. Subió los escalones exteriores y probó la puerta, que, claro, estaba cerrada. Dio sigilosamente la vuelta hasta la parte de atrás de la casa. Se aseguró de que nadie pudiera verlo desde fuera. Con un pie de cabra debería ser capaz de abrir una de las ventanas del sótano y conseguir entrar. Pero no tenía un pie de cabra. En el macizo de las rosas había una piedra del tamaño de una col. Le dio la vuelta y quitó algo asqueroso que se movía por ella. Se arrodilló. Intentó mirar por las ventanas. Una de ellas estaba cubierta con un saco o algo por el estilo. Por la otra podía ver algo cuando se ponía las manos como unos anteojos delante de la cara. Levantó la piedra y la lanzó contra la ventana. No hizo mucho ruido. Estuvo un rato quitando trozos de vidrio del marco. Acto seguido metió las piernas, se dio la vuelta y se dejó caer. Había bastante altura. Se le doblaron las rodillas, se sacudió el pantalón y las manos. Se volvió despacio y vio una puerta. Permaneció unos instantes sin moverse para acostumbrarse a la oscuridad. Estantes con botellas y frascos. Un viejo trineo, un parasol carcomido. Y una puerta. La abrió con el corazón en vilo. A lo mejor tenía algún resorte. Detrás había otra habitación. Una extraña luz roja que ardía sin

llama se veía en la oscuridad. Allí dentro hacía calor, y olía a algo desagradable. Dio unos pasos vacilantes, el corazón le temblaba como un pollito debajo de la chaqueta. Iba tanteando las paredes con las manos mientras daba pequeños pasos. Tenía que encontrar un interruptor. De repente chocó con algo blando. Algo que cedía bajo su pie y crujía de un modo extraño. Se detuvo en seco. Había algo en el suelo. ¿Qué coño era eso? Retrocedió unos pasos y se quedó escuchando. Sonó un estallido de metal contra el suelo. Había tirado una pequeña estufa eléctrica. Luego vio un escalón. Una escalera que iba del sótano a la planta de arriba. Lo que significaba que arriba habría un interruptor. Subió de puntillas mientras escuchaba con atención. ¿Qué era eso blando que había pisado? ¿Y si ella volvía? ¿Por qué iba a volver? Podía haber olvidado algo. Eso pasaba constantemente, al menos en las películas. Siguió hacia arriba, contando los escalones. De repente dio con la cabeza en el techo. Una trampilla de las antiguas. Buscó el interruptor, palpó las paredes, se le metieron astillas en la piel. Por fin un interruptor. Lo giró. Se oyó un pequeño clic, y encima de él se encendió la luz de una bombilla desnuda colgando de un cable. La claridad llegó lentamente, como si el filamento estuviera viejo y necesitara tiempo. Se volvió y miró hacia abajo, al círculo de luz. Vio una lona de plástico que cubría algo. Basura quizá. ¿Al pie de la escalera? ¡Santo Dios! Por un fugaz instante le pareció una persona. Tenía aspecto de persona. Pero no podía ser. Pensó que tal vez fuera una vieja manta que no cabía en el cubo de la basura. Y que la vieja la había dejado allí tirada. Tenía que volver a bajar, averiguar qué era aquello. Porque no podía ser... Bajó de nuevo de puntillas... «¿Qué coño estoy haciendo aquí, qué está pasando? En realidad estoy dormido en el sofá de mi casa.» Lloriqueaba y se limpiaba los mocos con el dorso de la mano. Ya estaba abajo. Miró a su alrededor, buscó con los ojos a través del

plástico turbio. Algo blanco y difuso. Se agachó, pero se tapaba la luz y se movió un poco. Consiguió agarrar un trozo. Se oyó un leve crujido.

—¡No, joder, no!

El grito sonó fuerte, retumbó y quedó suspendido en la habitación. Dio un paso atrás y abrió los brazos en busca de apoyo. Sus ojos escrutaron los oscuros rincones, vio la mesa de carpintero, una vieja bicicleta, un almacén de patatas. «Patatas», pensó. Todo era muy extraño. «¡Sal de aquí, joder!» Entonces oyó una puerta que se cerraba. Alguien andaba por arriba con pasos rápidos. Pensó en la luz. Vio la puerta por la que había entrado. Ya no pensó, corrió, dejó que la puerta se cerrara tras él con cuidado, se encogió y se metió en un rincón. Esperó. La vieja había vuelto. ¡Estaba completamente chiflada! Pensó que tal vez bajara la escalera con un hacha. Oyó que una silla se movía encima de él. Zipp miró hacia la puerta. Si la mujer levantaba la trampilla, vería la luz. Tenía que salir de allí por el mismo camino, por la ventana. Pero no alcanzaba. El trineo que había junto a la pared, podía subirse en él. Agarrarse, escapar. Llamar a la policía. Esa mujer estaba loca, tenían que encerrarla. De repente escuchó nuevos sonidos. Un crujido de madera, tintineo de cadenas. Pasos en la escalera. Ahora ella vería la luz. Zipp pensó: «Yo golpearé primero». Buscó con la mirada algo con que pegar. Quizá una botella. Estaban colocadas una tras otra en los estantes, sería zumo o vino. Se acercó de puntillas, desplazando el peso del pie con mucho cuidado de atrás hacia delante. Cogió una botella y la agarró bien. Se colocó junto a la puerta, y se quedó temblando con la botella en la mano. Tanto temblaba que le castañeteaban los dientes. «¡Acércate, joder, te voy a dejar K.O.!» Entonces oyó los pasos. Silencio de nuevo. ¿Qué estaba haciendo esa mujer? ¿Preguntándose por lo de la luz? Asquerosos pasos de pies que se arrastraban por el cemento. Se apretó contra la fría pared. Miró fijamente la estrecha rendija de la puerta, que se iba agrandando muy despacio. Zipp tomó aliento

y levantó la botella en el instante en el que ella asomó la cabeza. Por un segundo vio la ancha mandíbula y los ojos hundidos. Entonces golpeó. Le alcanzó un poco de lado. Pero ella dobló las rodillas y la pesada puerta le dio por detrás, de modo que se desplomó hacia delante, derecha al pecho de Zipp. Él gritó como un animal salvaje y dio un salto hacia atrás. La mujer cayó el último trecho. Aterrizó boca abajo. Su frente yacía sobre la zapatilla del chico, que tuvo que tirar del pie para liberarla. Se oyó un sonido leve cuando la cabeza dio en el suelo. Le extrañó que la botella no se rompiera. La miró por un instante, enloquecido. Soltó la botella, que se rompió por fin, y notó el olor a vino agrio que se extendía por la habitación. Quería salir y escapar, pero ella obstruía la puerta. El pesado cuerpo llenaba todo el hueco, Zipp pasó por encima de la mujer, tropezó con su espalda y estuvo a punto de caerse sobre ella. Se tambaleó y recuperó el equilibrio. Salió pitando, por encima de la lona. Alcanzó la escalera, oyó sus propios sollozos y supo que algo horrible había pasado, a juzgar por esos sollozos. Lo que había debajo del plástico estaba completamente destrozado. Dentro de él había algo que gritaba: «¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa!». La trampa estaba abierta, había luz en la estancia. Consiguió llegar arriba y contempló la cocina azul. Se acercó al agujero de la trampa y miró por él. El cadáver debajo del plástico le estaba sonriendo. Dejó caer la trampa. «Esto es el final», pensó. La trampa cayó como el disparo de una escopeta. «Esto es el final. Completamente destrozado, hecho papilla, irreconocible. ¡Pero esa camisa amarilla!» Y salió pitando.

Sejer pensó en un árbol muerto. La mujer seguía erguida y de pie delante de él, pero la fuerza la había abandonado. A ella no le importaba que él arrestara a unos miserables carteristas. El bebé había muerto. Durante más de treinta

años había vivido sin él. ¿Hasta qué punto puedes atarte a un niño, tras cuatro meses? «Atada hasta la muerte», pensó él. Luego pensó en el fenómeno tiempo, cómo tendía a transcurrir. Al menos a hacer que las cosas palidecieran. La dejó estar unos minutos. Entretanto se acordó de lo que había dicho el médico. Que al niño se le haría la autopsia. Que lo más probable fuera que la caída del cochecito no tuviera que ver con su muerte. Sino que podía tratarse de una inquietante y extraña casualidad. De nada serviría decírselo a la madre. Ella lo había decidido. Dos jóvenes habían matado a lo que ella más quería del mundo. Ella no pensaba en ellos, no era eso. No pensaba en nada, sino que dejaba que el tiempo transcurriera mortecinamente. Alguna rara vez pestañeaba, los ojos se le cerraban despacio y luego se le volvían a abrir, como con un gran esfuerzo.

—¿No quiere sentarse?

La mujer se deslizó hasta la silla. El abrigo de color claro ya no parecía una prenda, sino un gran trozo de tela que alguien le había echado sobre los hombros.

—Cuénteme todo lo que sea capaz de recordar del aspecto que tenían —le pidió Sejer.

—Nada —contestó ella, como perdida. La voz era inexpresiva. Quizá estuviera drogada. Algún médico desconcertado no habría soportado ver su dolor.

—Seguro que sí —objetó Sejer—. Es posible recordar algunas partes sueltas si uno se esfuerza.

—¿Esforzarse? —La palabra le hizo levantar la cabeza y mirarlo incrédula. Apenas tenía fuerzas para mantenerse sentada en la silla—. ¿Por qué iba a ayudarlo a usted? —dijo con voz débil.

—Porque estamos hablando de dos hombres que necesitan sentir y entender la gravedad de lo que han hecho. Nunca los podré juzgar como

responsables de la muerte de su hijo, pero les meteremos el susto en el cuerpo para evitar que vuelva a ocurrir.

—A mí ni me va ni me viene. —De nuevo levantó la cabeza y lo miró—. Y lo que acaba de decir no se lo cree ni usted. Si a partir de ahora matan a un bebé por semana no es de mi incumbencia.

Él buscó algo que pudiera despertarla.

—Ahora no —dijo—. Pero tal vez dentro de un año se sienta molesta por no haberlo intentado. Al pensar que ellos andan por ahí como si nada hubiese pasado.

Ella se rio, cansada. Sejer se levantó y se acercó a la ventana, como hacía a menudo. El agua del río corría como de costumbre. Imperturbable, siempre el mismo. Pensó que algo seguiría siendo igual cuando todos hubiesen desaparecido. Seguiría corriendo, moviéndose con el viento, golpeando los peñascos, salado y duro.

—Está usted aquí —dijo él, volviéndose—. Así que habrá pensado que podía ayudarnos. ¿Por qué ha venido si no? Yo ya pensaba que no iba a venir. Hemos perdido mucho tiempo.

Sus palabras hacían que lo mirara, más despierta ya.

—No —tartamudeó—. Supongo que esperaba una explicación. Siempre hay una explicación, ¿no?

—¿Explicación? —Como si él la tuviera. Sacudió lentamente la cabeza—. Puede ayudarme —dijo en voz baja—. Aunque yo no puedo ayudarla a usted. Por eso me daba un poco de reparo pedirle que viniera. Pero si se marcha sin haberme dicho nada, podría arrepentirse más adelante, y entonces sería más difícil recordar.

—Uno de ellos llevaba gorra.

Lo dijo en voz baja y a regañadientes.

—¿Gorra? —se apresuró a decir Sejer—. ¿Seguro que era roja?

Vio el esbozo de una sonrisa cuando ella dijo:

—No, era azul. Con letras blancas. Y una pequeña cruz blanca. ¿Lo oye? ¡Una cruz blanca!

Sejer notó que se había roto el hielo. Por primera vez ella se relajó.

—Iban en un pequeño coche verde. Uno era alto y muy delgado, con las piernas largas. Llevaba una camisa amarilla. No pude verle el pelo porque se lo había metido en la gorra. Era muy guapo. Tenía los ojos claros, azules o verdes. Llevaba unos pantalones anchos. Recuerdo que me fijé en ello cuando volvía corriendo al coche, en que el pantalón revoloteaba a su alrededor. Llevaba unos zapatos negros.

Sejer se quedó boquiabierto. La mujer lo había descrito sin vacilar. Ese era justo el aspecto que tenía el chico.

—¿Y el otro? —tartamudeó. Un reloj en su cabeza empezó a hacer tic tac.

—El otro era más bajo y más robusto. Pelo rubio, vaqueros estrechos, zapatillas de deporte. Intentó parar el cochecito —dijo de repente—. Pero no pudo alcanzarlo.

Algo de eso le sonó muy familiar. ¿Qué había en lo que ella acababa de decir? ¿Por qué había algo que de repente le irritaba, algo que hacía tic tac, algo que le decía: «¡Aquí está, por Dios, no lo ves!»?

—¿Edad? —susurró mientras intentaba interpretar todas esas extrañas señales que le daban vueltas en el cerebro. Pensó: «Si respiro hondo me van a desaparecer», razón por la que se quedó sin oxígeno durante un buen rato.

—Dieciocho, tal vez veinte años.

Sejer anotó los detalles con breves signos. Y advirtió esa buena sensación que le llegaba cuando puntos y rayas llevaban tiempo moviéndose como un malestar delante de sus ojos y de repente se unían en un sistema. Claro, nítido, casi bello. Algo cálido le fluyó por el cuerpo, y notó que le encantaba.

—¿No recuerda más detalles del coche?

Se esforzó por mantener el tono profesional, pero no le resultaba fácil.

—No sé nada de coches —contestó ella en voz baja—. Me parecen todos iguales.

—Pero ¿era un coche pequeño?

—Sí. Y algo viejo.

Él volvió a tomar nota.

—Esta ciudad no es grande. Seguro que los encontraremos —dijo.

—Entonces se pondrán ustedes contentos —dijo ella con una sonrisa. Por unos segundos el recuerdo del niño había abandonado sus pensamientos, y apareció la primera punzada de sentimiento de culpa. El descubrir que se podía olvidar del niño por breves momentos. ¡Qué traición!—. Le están haciendo la autopsia —dijo con amargura—. Cuando acaben, no tendré nada que decir. ¿Y si se equivocan?

—¿Sobre la causa de la muerte, quiere decir? Son especialistas —dijo Sejer—. Debería fiarse de ellos.

—La gente comete errores constantemente —susurró ella—. Yo no debería haber soltado el cochecito.

—La habían atracado —dijo él con vehemencia.

—No —contestó en voz baja—. Me cogieron el bolso, eso fue todo. Ese viejo bolso, como si tuviera alguna importancia. Cuatrocientas coronas. Y yo solté el cochecito. A pesar de encontrarnos junto al agua. No lo entiendo.

—¿Por qué no los denunció enseguida?

No le gustó hacer esa pregunta, pero se sintió obligado a ello.

—Me daba igual. A mí solo me importaba el niño. Que seguía gritando. —Lo miró—. Además, ¿qué habrían hecho ustedes? Lo habrían archivado, ¿no? Hasta el momento en el que hubieran podido sobreseer el caso por falta de pruebas.

—Sí —admitió él—. Pero la sociedad se irá a pique si dejamos de informar

sobre las cosas. No se preocupe usted por la cantidad de trabajo que tenemos, si ocurre algo háganoslo saber. Y cuantas más denuncias, más posibilidades de subvenciones. De hecho, tiene usted la responsabilidad de denunciar asuntos como este.

Ella emitió un chillido que tal vez fuera una risa. Él no supo interpretarlo.

—No me río de usted —dijo ella—. Me río de todo lo demás. Llegamos aquí, eso no podemos cambiarlo. Pero ¿por qué nos quedamos?

Se levantó. No llevaba bolso, sus brazos se movían como si estuvieran buscando el manillar del cochecito del niño. Se detuvo junto a la puerta.

—¿Sabe usted qué es lo peor de todo?

Él negó con un gesto de la cabeza.

—Que no tiene nombre. —Empezó a andar por el pasillo, pero se volvió por última vez—. No conseguí decidirme nunca. Este es el castigo.

Su espalda desapareció por las puertas del ascensor. ¡Por fin! Uno rubio y otro moreno en un coche verde. Zipp y Andreas.

Dos agentes fueron a buscar a Sivert Skorpe. Su madre estaba en la entrada, contemplándolos con creciente preocupación.

—Siempre vuelve a casa por la noche —insistió.

Dieron unas vueltas en el coche por la ciudad buscando. Sejer les pidió que le informasen enseguida si encontraban al chico. Y se dispuso a irse a casa. Se paró en una gasolinera Shell a repostar. En el mostrador eligió un CD. Sarah Brightman. *Nice Price*. El tráfico estaba en su peor momento, había un barullo constante que él apenas oía. Mientras conducía, repasó mentalmente la jornada laboral. Para él había consistido en manejar sucesos grandes y pequeños de la manera habitual. Para otros había ocurrido lo peor que podía pasarles. A él le dolía, pero sabía no obstante manejarlo, archivarlo. ¿Estaba

hecho de algo distinto a los demás? Muchas personas no podrían hacer el trabajo que él hacía. Todo lo que había tenido que aguantar en el camino hasta inspector jefe. Borracheras y altercados, vómitos sobre el uniforme. «Poli de mierda, ¡jodido poli cabrón!» Todos reincidentes. Gente sin voluntad, fuerza, ni expectativas. Y, peor aún, alguna vez gente sin escrúpulos, ni arrepentimiento, ni temor. Aunque él opinaba que había conservado la mayor parte de su humanidad, era a la vez capaz de apartarla. Sentarse y comer. Dejar todo tras él, como dijo Robert. Quizá quedarse dormido media horita en el sofá. Su sueño nocturno se veía perturbado muy rara vez, y en esos casos se debía a que le picaban los codos o las corvas. Aunque su eccema había mejorado. Cuando abrió la puerta de su casa y Kollberg acabó de celebrar el reencuentro, descubrió a Sara. Iba en camiseta y bragas, estaba despeinada y con esas mejillas rojas.

—¿Qué pasa? —preguntó él, inseguro.

—Yoga —contestó ella con una sonrisa—. Acabo de hacer unos ejercicios.

—¿Sin ropa?

Ella se echó a reír, mientras le explicaba lo difícil que resultaba estar patas arriba con una falda sobre la cabeza. Era algo entendible, ¿no?

—Deberías aprender algunos ejercicios. Si quieres te enseño.

—No quiero ponerme patas arriba —dijo él.

—¿Temes obtener una nueva perspectiva?

Sejer se encogió de hombros. ¿No sería demasiado tarde? Tenía ya más de cincuenta.

—¿Ha sucedido algo emocionante hoy? —preguntó Sara mientras metía los pies por la falda y los brazos en una blusa.

Él no quería observarla mientras se vestía, así que se fue a la cocina y encendió la luz que había sobre la encimera. Ella fue detrás, descalza.

—No —contestó él en voz baja—. Nada emocionante.

Algo en su tono la preocupó.

—Robert —admitió él—. Se ha quitado la vida.

Ella frunció las cejas.

—¿El novio de Anita?

—Lo encontraron en la celda.

—¿Cómo? —preguntó, con interés profesional. En su trabajo había tenido experiencias parecidas. Quizá a menudo.

—Hizo tiras una camisa para ahorcarse. Se colgó del pomo del armario de la ropa.

Sejer fue al cuarto de estar. Sacó el CD del bolsillo de la chaqueta y lo puso en el aparato. Localizó la melodía que le gustaba más que ninguna otra. «Who wants to live forever?» Tenía ya 537 CD, todos de cantantes femeninas. Se dejó caer en el sofá. Pensó en la valentía que se necesitaba para ahorcarse de rodillas. En toda esa voluntad que el chico podría haber usado para empezar una nueva vida. Kollberg llegó trotando y se tumbó a sus pies. Sejer se agachó, cogió la enorme cabeza del perro con las dos manos y miró fijamente dentro de los ojos negros. Le tocó el hocico. Estaba como debía estar, húmedo y frío. Le levantó las sedosas orejas y miró detrás. Todo parecía estar en orden, no olían. Pasó los dedos por la tupida pelambreira, que estaba más larga y reluciente que nunca, entre rojiza y dorada, con algunas partes más claras, solo la cara era negra, con amagos de pelos plateados. Las garras eran de un largo apropiado y no molestaban. En suma, estaba bien. Lo único que le faltaba era educación.

—Eres muy grande —le susurró—, pero no muy listo.

El perro movió la cola, expectante. Sejer no tenía ninguna galleta para darle, así que soltó la cabeza, que le cayó a plomo sobre los pies. Sara apareció en el vano de la puerta. Llevaba un paquete de espaguetis en la mano.

—¿Qué hacéis cuando pasa algo así?

Él suspiró.

—Lo de siempre. El suceso se investiga como lo que denominamos «muerte sospechosa». El técnico saca una foto de la celda. Se interroga al personal de la cárcel, se le pregunta cómo estaba él. Si la celda estaba cerrada, si alguien pudo haber entrado. Si el chico estaba deprimido. Y si así era, si había recibido asistencia médica. Luego todo pasa a manos del forense.

—¿Te sientes culpable? —preguntó Sara en voz baja.

Él se encogió de hombros. ¿Se sentía culpable?

—Colaboraba mucho —dijo pensativo—. Quizá demasiado. Estaba muy interesado en esclarecerlo todo. Tenía planes. Incluso había comido algo por primera vez en mucho tiempo. Yo no trabajo en la cárcel, pero debería haber reparado en ello.

—No eres adivino —se apresuró a decir Sara.

La miró.

—Tú sí que te habrías dado cuenta, ¿a que sí?

Ella se apoyó en el marco de la puerta.

—Yo he perdido algunos pacientes.

—¿Sí?

—Pero tienes razón. Habría reforzado la atención. Suele ser habitual que mejoren bastante a la vez que se vuelven suicidas. Porque por fin han tomado una decisión y ven el final de su desesperación. Cuando el paciente nos pide que le reduzcamos la medicación o incluso que se la suspendamos, solemos ponernos en guardia. Pero Robert no era un paciente psiquiátrico. Era un preso.

—Quizá haya aprendido algo a pesar de todo.

—Tú no eres médico —dijo Sara en voz baja—. ¿Han sido informados los padres de Anita?

—Hablé con el padre. Se puso muy triste. Dijo que esperaba que no fuera por ellos. No le guardan rencor. No tienen fuerza suficiente.

Ella se fue a la cocina, y él oyó el zumbido de la cacerola cuando el agua se aproximaba al punto de ebullición. Al cabo de diez minutos, Sara lo llamó. Él se lavó las manos y se sentó a la mesa. Durante un rato comieron en silencio. Era maravilloso estar callado al lado de Sara. Ella era capaz de vivir su propia vida, aunque él estuviera sentado a un metro de distancia. Capaz de pensar sus propios pensamientos sin incluirlo a él. Ponía unas curiosas expresiones de cara conforme iba pensando. Él le echaba rápidas miradas cada vez que se estiraba para coger la sal y la pimienta. Ralló una abundante cantidad de parmesano sobre los espaguetis.

—Sara, tu trabajo es hacer hablar a la gente. De ellos mismos. De las cosas difíciles. ¿Cómo consigues que hablen?

Ella sonrió asombrada.

—Eso lo has hecho tú cientos de veces. No me digas que no conoces tu trabajo.

—Claro que conozco mi trabajo. Pero a veces me quedo atascado con alguna persona. ¡Sabiendo que sabe! Simplemente no soy capaz de sonsacárselo.

—Eso también me pasa a mí.

—De todos modos, ¿qué usas para llegar dentro de ellos?

—Tiempo —contestó Sara.

—¡Pero yo no tengo tiempo! Un joven de dieciocho años ha desaparecido y su amigo tiene tanto miedo que está a punto de desmayarse sobre mi escritorio. Pero aprieta los labios como hacía Ingrid de pequeña cuando intentábamos hacerle tomar una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

—Para todo jardín hay una puerta —dijo ella, críptica.

Él tuvo que sonreír en contra de su voluntad.

—Y si hay excepciones, tendrás que saltar por encima de la verja.

—Yo soy policía. Tengo que seguir ciertas reglas.

—La imaginación es una buena cosa.

—¿Yo no tengo imaginación?

—Claro que sí. Pero tienes que usarla. ¿Cuántas veces has hecho ir a ese chico?

—Dos.

—¿Y dónde habéis estado?

—En mi despacho. Necesitamos un marco autoritario. Para que entiendan la gravedad.

Sara cogió el frasco de ketchup y lo agitó con fuerza.

—Invítalo a tomar una cerveza. Vete a ese pub donde estuvo con Andreas. Sentaos a la misma mesa. Ponte otra ropa. Vaqueros y chaqueta de cuero. ¿Por qué no te dejas crecer un poco el pelo, Konrad? Me imagino que junto a las orejas se formarían rizos si se lo permitieras.

Konrad puso los ojos en blanco.

—¿Qué os pasa a las mujeres con los rizos? —preguntó extrañado—. Deja los cacharros, fregaré cuando vuelva a casa.

—Tengo que darme una vuelta por casa de mi padre —dijo ella de repente—. He de comprobar que tiene comida en el frigorífico.

Ahí estaba otra vez esa palabra que siempre le hacía sentirse incómodo. «Padre.» Una pequeña punzada familiar.

—¿Cómo se toma el estar tanto tiempo solo así, de repente?

—¿Tienes mala conciencia?

—Tal vez él te necesite más que yo.

—¿Tú no me necesitas? —se apresuró a decir Sara.

La miró confuso.

—Claro que sí. Solo pienso... que como está enfermo. Yo puedo

apañármelas.

—¿De verdad?

No sabía adónde quería llevarlo. Se olvidó de comer. Se quedó buscando una respuesta en su cara, y luego en el montón de espaguetis blancos. Claro que la necesitaba. Pero no podía dejar de pensar en el padre de Sara, que tenía esclerosis múltiple, iba en silla de ruedas y estaba solo. En que le había robado a su hija. Bueno, no todo el tiempo, pero cada vez más.

—Yo te necesito mucho —dijo torpemente.

—Más que mi padre —afirmó ella con contundencia—. Tú me necesitas más de lo que me necesita mi padre. ¡Dilo en voz alta!

Pero él no dijo nada. Intentó reflexionar. ¿Cómo sería su vida si ella de repente desapareciera? Por dentro estaba preparado para ello. ¿Acaso reprimía sus sentimientos? ¿Contaba con que ella se marcharía pronto y por eso vacilaba en entregarse por completo a esa relación? ¿Cuánto lo necesitaba ella a él? Sara era muy independiente. Daba la sensación de poder hacerlo todo sola. ¿O quizá se equivocaba? En el fondo, él no era lo que ella necesitaba. Él no quería jugar. Antes o después ella encontraría a otro, a alguien más joven. A alguno como Jacob, se le ocurrió. «¿Dios mío, en qué estoy pensando? En realidad estoy celoso. De los que son más jóvenes y más atrevidos que yo.»

—Tienes que perdonarme —dijo—. Soy un hombre muy lento.

La miró desconcertado. Y en sus ojos vio algo que casi lo dejó sin aliento. Una abrumadora ternura. Tuvo que agachar la cabeza. Le resultó demasiado fuerte. Siguieron comiendo, en silencio. Ahora era Sara la que pensaba en él, lo notaba. Luego aclaró escrupulosamente los platos bajo el grifo. Sonó el teléfono. Era la animada voz de Skarre, mezclada con un ruido atonal. Sejer gritó por el auricular.

—¡No te oigo! ¿Puedes bajar el volumen de ese ruido? ¿Estás en tu casa?

—*¡Jazz desde el Infierno!* —gritó Jacob—. Frank Zappa. ¿A eso llamas tú ruido?

Sejer oyó que colocaba el auricular sobre una base rígida. El ruido desapareció.

—He estado en casa de la amiga de la señora Winther —dijo sin aliento—. Hay algo raro en esa mujer. Perdona la expresión, pero me pregunto si no está completamente chiflada.

—¿Sí? —dijo Sejer, esperando que el otro continuara.

—¡Ve a hablar con ella!

—¿Cómo?

—Ella sabe algo. Ha sucedido algo extraño. No sé explicarlo. Pero como solía decir tu madre, ¡simplemente lo sé!

—Es tarde —empezó a decir Sejer—. Tengo más cosas que hacer. Los padres de Robert...

—Ya. Pero ella se ha presentado aquí, ha llamado aquí, de su boca salen extraños comunicados, que sabe dónde está él, que no le queda mucho tiempo y Dios sabe qué. ¡Tienes que comprobar todo eso!

—¿Dice que sabe dónde está él?

—No menciona su nombre. Pero lo sabe. Tienes que hablar con ella. No, no tengo ninguna teoría clara, solo me resulta extraño todo esto. Además ella lo conoce, es amiga de su madre.

—Pero tú estuviste allí, ¿no? ¿Encontraste algo o no encontraste nada?

—Solo sé que tienes que hablar con ella. Tienes que vivir lo mismo que he vivido yo, ¿comprendes?

No podía ignorar el interés que Skarre mostraba, esa vehemente intuición. El perro lo miró decepcionado, y el hombre se lo pensó un segundo o dos antes de llamarlo. Kollberg atravesó la habitación como un rayo lanudo. Sejer se despidió de Sara con una caricia en la mejilla y empezó a bajar los trece

pisos. El perro vacilaba ante cada escalón. Sejer se paró a mirar su cuerpo pesado y se dio cuenta de que se estaba haciendo mayor. Que tal vez debería ahorrarle ese montón de escaleras.

—Tú tampoco vas a durar mucho —murmuró.

Salieron a la calle. Volvió a pararse.

—Estás viejo —dijo sosteniendo la mirada oscura del perro—. ¿Lo sabes?
—Kollberg esperó pacientemente. Podría aparecer algo importante. Un trozo de pescado seco, por ejemplo—. No —murmuró Sejer—. No hay nada.

Tuve un sueño horrible. Soñé que me despertaba abajo, en el sótano. En el suelo, tumbada, helada y golpeada. Me dolía la cabeza, un martillo sordo que golpeaba sin parar. Conseguí ponerme en pie y salí tambaleándome del cuarto. Llegué a la escalera y vi que había algo en el suelo, debajo de una lona. ¡Alguien había tirado su basura en mi sótano! ¡Qué caradura! Tuve que pasar por encima. Entonces vi a través del plástico dos ojos muertos y una boca abierta sin dientes. Quise gritar, pero ningún sonido salió de mis labios. Cuando por fin volví en mí en la cama, la cabeza me seguía doliendo horriblemente. Me desperté porque sonó el timbre. «Es Runi —pensé—. ¡No voy a abrir!» Pero a pesar de todo me levanté y me acerqué a la entrada con pies marchitos. La cabeza me pesaba tanto que tenía que sujetármela con la mano. Miré por la mirilla y vi a un hombre muy alto, canoso, no tenía pinta de ser vendedor o algo así. Me quedé quieta oyendo el timbre, que sonaba sin cesar. Todas esas visitas estaban a punto de sacarme de quicio. Si a mi casa nunca venía nadie, ¿qué estaba pasando ahora?

El timbre sonó de nuevo, con decisión y durante un buen rato. Una voz en mi cabeza me ordenó que abriera. Quizá el hombre había mirado por

la ventana, como hacían siempre, y había visto que estaba en casa. Una vez más había descubierto una silla de jardín colocada junto a la pared, y si no abría, forzarían la puerta, lo que tenía que evitar a toda costa. Todo el mundo me estaba persiguiendo, ¿lo entiendes? Y luego ese asqueroso sueño que seguía en mi memoria. Tal vez si abría, desaparecería. Con el sonido de una voz real. Abrí un poco. Seguramente tenía fiebre. Notaba cómo me ardían las mejillas.

—¿Irma Funder?

La voz era muy profunda. Con esa voz plena y grave, mi nombre sonaba bonito. Los ojos eran oscuros y despejados, y no pestañeaban. Clavados en mí. No me moví, solo lo miraba. Muy atrás, en mi cabeza dolorida, zumbaba algo, algo muy importante. ¡Que tenía que irme de allí! Que tenía que dejarme caer, entregarme. El zumbido no cesaba. Me costó averiguar qué era lo que yo quería. Yo quería todo. Huir de pánico, desplomarme. Dormir para siempre.

—¿Va todo bien?

No contesté, me limité a mirarlo, esforzándome por salir del sueño. Quería acercarme a ese hombre. Por fin asentí con la cabeza, una y otra vez. «Es lo que he hecho toda la vida», pensé, y de repente me enfadé. No con ese hombre gris, solo con Irma.

—Soy de la policía —dijo mientras seguía mirándome fijamente, muy serio.

Entonces pensé que a lo mejor él podía ayudarme. Que entendería. Me toqué la cabeza. Él sonrió. Entonces era distinto, la sonrisa levantó esa cara surcada. Un hombre guapo, y tan alto que casi tuvo que agachar la cabeza para entrar en la cocina. La casa es vieja. Supongo que ahora construyen de otra manera, pero Henry no era un hombre alto, y yo soy baja. Ando de puntillas, ya te lo he contado. Y ahora fui de puntillas tras

él a la cocina. Me gustó ir silenciosamente de puntillas detrás de ese hombre alto. Miró a su alrededor. Señaló una silla. Lo invité a sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tranquilamente.

Daba la sensación de saber muchas cosas. Pero no podía ser, ¿cómo iba a saberlo él? Por un instante pensé en contarle el sueño, pero cambié de idea. No le gustaría. Así que no contesté. Seguía con la mano en la cabeza. Me puse la otra sobre la tripa. Tenía miedo de que la bolsa se desprendiera y cayera al suelo por debajo del vestido. A este hombre tan guapo había que ahorrarle una experiencia semejante.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza?

Por un instante me quedé mirándolo desconcertada, mientras pensaba: «¿Cómo puede saberlo él?». Me miré la mano y vi que estaba ensangrentada. La piel de los dedos se me pegaba. Entonces entendí que seguía soñando, que ese hombre que estaba junto a la mesa no era real, sino solo un sueño. Tendría que seguir el juego, todos los sueños tienen un final, así que dije la verdad, que un ladrón me había golpeado con algo abajo en el sótano. Y que consiguió escapar. Me fui a la cama. No, no había tenido fuerzas para comprobar si en la casa faltaba algo. No le había visto la cara, allí abajo estaba muy oscuro. El hombre me escuchaba pacientemente. Me preguntó si quería denunciarlo.

¿Denunciarlo? Ni siquiera se me había ocurrido, de todas formas ellos no harían nada. El hombre se levantó y dio una vuelta por la cocina, se acercó a la ventana y miró fuera.

—Tiene usted una bonita casa —dijo cortésmente—. Con un hermoso jardín. Y un precioso cenador. Me tomé la libertad de dar una vuelta por detrás.

Sentí como un murmullo dentro de mi pecho, como si alguien estuviera haciendo mucho fuego en una estufa de leña. Pronto acabaría

la pesadilla, porque el hombre ya empezaba a estar difuso, allí, de espaldas. Pero de repente se dio la vuelta y algo de su amabilidad había desaparecido. Un atisbo de autoridad se oía claramente en su voz.

—Debe usted denunciarlo —dijo—. La ventana del sótano está rota. Al lado hay una piedra grande. El hombre se ha encogido para meterse por ella. Bajaré al sótano a mirar. Quizá haya dejado alguna huella.

Me apoyé pesadamente en la mesa. A la vez entendí que el sueño había terminado, porque siempre termina justo antes de la gran catástrofe. Intenté recordar qué era la gran catástrofe y me acordé del cadáver del sótano. Esa basura de allí abajo, qué sabía yo. Él lo descubriría, claro, volvería a subir y diría: «Hay un hombre muerto en su sótano, señora. ¿Sabe usted quién es?».

Hice esfuerzos por despejar la mente. ¿Lo sabía yo? Andreas Winther. El hijo de Runi. Al parecer había muchas pesadillas. Y también una realidad que intentaba recordar, pero estaba muy lejos. ¿Me creería si le dijera la verdad? ¿Qué ocurriría? No, no me creería. Al contrario, me miraría como a una persona perturbada, y yo no lo era. No lo soy. Lo único que me pasa es que estoy agotada.

—No —dije, extrañada de lo firme que me mostraba—. Déjelo. Ahora no tengo fuerzas para hacer nada. Mi hijo pondrá el cristal. Ingemar. Vendrá si lo llamo.

—La han atracado —dijo él—. Eso lo consideramos un caso grave. Le ruego que lo denuncie.

—Soy yo la que decido —me apresuré a decir—. Esta es mi casa.

Entonces me miró, y en su cara vi una creciente curiosidad. Yo, una vieja, y ese hombre tan elegante aquí, dentro de mi cocina, ¿tendría que haberlo visto Runi!

—¿Dónde está la escalera del sótano? —preguntó.

No contesté. De hecho, el hombre la estaba pisando en ese instante con los dos pies. Con sus bonitos zapatos negros. Echó un vistazo a la entrada, pensando quizá que la escalera se encontraba allí.

—Me duele muchísimo la cabeza —dije—. Necesito acostarme un rato. No me encuentro muy bien.

—La llevaré al médico. Tienen que verle esa herida.

Abrí los ojos de par en par.

—No me pasa nada. Tengo una salud de caballo. Eso dice mi médico.

—No lo dudo —insistió él—. Pero le han dado un golpe en la cabeza.

—Me tomaré un Stesolid y me meteré en la cama. No soy una enclenque. Aguanto algunos golpes.

Lo último lo dije con orgullo.

—Seguro que sí. No puedo obligarla.

Se hizo el silencio. Dejó deslizar la mirada por la habitación, la ventana y los árboles de fuera, que empezaban a ponerse amarillos. No quedaba mucho tiempo.

—Estoy buscando a Andreas —dijo en voz baja.

Por un momento volví en mí, y asentí con la cabeza.

—Andreas Winther. El hijo de Runi. ¿Lo conoce? ¿Qué cree que puede haberle pasado?

Intenté buscar una buena respuesta. Se estaría refiriendo a lo que había debajo del plástico. Todos hablaban de ese joven con veneración, como si la sociedad hubiese sufrido una pérdida irreparable. Me entraron ganas de bufar con desdén, pero me contuve.

—Los jóvenes se inventan muchas cosas raras —dije en actitud negativa—. Y supongo que no era muy distinto a los demás.

—Por lo visto sí lo era. ¿Conoce usted a su amigo?

—¿Se refiere a Zipp? —Reflexioné un poco, a pesar de los latidos de la

cabeza—. Runi lo ha mencionado alguna vez. Pero no lo conozco.

—Sospecho, como también usted insinúa, que pueden haberse metido en algún lío. —Clavó sus ojos en mí con una precisión escalofriante—. Ya encontraré la respuesta.

Pues sí. Pero para entonces yo habría desaparecido haría tiempo, estaría en un lugar en el que él no podría alcanzarme. Ya estaba alejándome, notaba que el suelo se mecía débilmente. Entonces él se levantó, su cara estaba muy cerca.

—Daré una vuelta rápida por el sótano para comprobar.

Yo le llegaba solo al pecho. Me sentía ridícula, pero quería que ese hombre saliera a toda costa de mi casa y ellos no pueden entrar a la fuerza en casa de la gente, por Dios, así que dije:

—No, no y no, ¡dejémoslo estar! No tengo fuerzas para seguir con esto. Y supongo que es algo que yo puedo decidir. Como he dicho, no he llamado para denunciar nada. ¡Si hubiese necesitado ayuda, la habría pedido!

Él no sonrió, se limitó a mirarme.

—Creo que usted tal vez necesite ayuda. No todo el mundo la pide.

Hizo un leve gesto con la cabeza y fue hacia la puerta. Allí se volvió por última vez, siempre sin sonreír y con un aspecto serio, y con gran decisión, dijo:

—Enviaré a alguien. Adiós, señora Funder.

Entonces será demasiado tarde. Yo me marchó ya. ¡No debes juzgarme, no estabas allí! Toda la vida he valorado a la gente basándome en cómo deberían ser, no en cómo son de verdad. Ya es demasiado tarde. Yo llegué a la tierra e hice todo mal. Tengo casi sesenta años. No tengo

fuerzas para empezar de nuevo, sería demasiado difícil. ¿De qué va a vivir una cuando comprende todo? Me siento presa de algo extraño justo ahora, a punto de abandonar esta casa, que me ha ocultado durante muchos años. Empujo la jarapa con el pie y abro la trampilla. Grito hacia la escalera:

—Ya me marchó, Andreas. ¡Dejaré la puerta abierta!

Atravieso la ciudad con mi abrigo marrón. Camino con una especie de paz. No como suelo caminar, con miedo de haberme olvidado de algo importante, una ventana medio abierta, una vela encendida. El viento empieza a soplar, y a mi cara llega una ligera llovizna. Hay algo triste en todo. Pesadas copas de árboles que ceden. Basura en las calles, papel blanco manchado de ketchup. Perros sin dueño. No me gustan los perros, sobre todo no me gustan los perros flacos, parecen cobardes y siempre piden. «¡Sé valiente, Irma!» No estoy desesperada o afligida. He ido muchas veces al teatro y siento el mismo vacío que cuando la obra ha sido mala. Cuando ha sido una pérdida de tiempo. Ahora tú lo sabes todo. Pero no importa nada si lees esto. Y sin embargo, cuando hojees los periódicos piensa en lo que he dicho, piensa que no debes fiarte de lo que ponen. No debes fiarte de nadie.

Pienso en mis padres. Siguen delante de la casa amarilla. Tampoco ahora agitan la mano. No, eso habría sido una concesión. Y por fin pienso en Zipp. Si pudiera despertar y organizarse la vida. Encontrar algo de verdad. Ver ese pálido sol de septiembre cuando luce débilmente en las copas de los árboles, las hojas secas que se convierten despacio en oro puro. Bueno, ahora no, porque está empezando a llover, pero quizá mañana. Pero nadie le ha enseñado, ni nadie me enseñó a mí. La casa queda allí atrás, iluminada. Henry opinaba que estaba construida sobre

terreno arcilloso, que solo era cuestión de tiempo de fuertes lluvias que se desprendiera y se deslizara.

El choque contra el perro lo envió derecho a la pared y se dio un golpe. Le dolía la parte posterior de la cabeza y se la frotó. Aguzó el oído para ver si había alguien en casa. ¿Llevaba ella ropa? ¿Estaba fumando hachís?

Se tranquilizó al oír que estaba hablando por teléfono. Con una amiga, seguramente, al menos se reía como una niña. Sejer intentó parar al danzarín perro y colgó la chaqueta. Fue a la cocina y se lavó las manos. Abrió el frigorífico y miró dentro. Kollberg llegó detrás de él y adoptó la posición firme. «No me muevo —decían los oscuros ojos de perro—. No gimo y no pido, solo babeo muchísimo.» Sejer sacó la comida y la puso sobre la encimera. Dos salchichas frías envueltas en plástico. Huevos duros. Algo en un cuenco, algo machacado, quizá una compota de fruta. Susurró «siéntate» al perro y agitó una salchicha delante de él. «Tengo que llamar al servicio de enfermería del ayuntamiento —pensó—. Irma Funder necesita cuidados, quizá incluso ingresar en el hospital.»

—Pero ¿estás loco? —Oyó decir a Sara desde el cuarto de estar—. Cuéntame algo más. Todos los detalles. —Y se volvió a reír entre dientes.

Sejer recibió la pata que le ofrecía el perro y le alcanzó una salchicha. Cortó una rebanada de pan y partió los huevos. Echó sal encima.

—Justo eso no me gusta. —Oyó—. Prefiero jugar.

Afinó el oído. ¿Con quién estaría hablando?

—Con la luz encendida. Claro que sí. ¿Crees que me da vergüenza o qué? No, no tengo veinte años, podría ser tu madre.

Sejer se quedó con un tubo de mayonesa en la mano, como congelado en ese movimiento, y ahora escuchaba sin escrúpulos. Sara no le habría oído

llegar. O sí, le habría oído, el barullo de Kollberg se oía a través de varios pisos.

—Pero el deseo es excitante, estoy de acuerdo contigo. Aunque no siempre. Sí, sí. Totalmente.

Sejer cogió la otra salchicha. Su confusión dio lugar a un poco de sadismo. Se puso a darle vueltas por encima de su cabeza. El perro intentó entender el juego. Quiso levantarse sobre dos patas, pero pesaba demasiado. Setenta kilos y un centro de gravedad bajo. Así que se puso a rascar las perneras de los pantalones de su amo. Sejer se la dio. Luego echó mayonesa encima de los huevos duros.

—A veces necesito ser pequeña. Una niña pequeña. Es lo que más me gusta.

Sejer se echó leche en un vaso. ¿Una niña pequeña? ¿No iba a acabar ya? ¿No había un débil olor a hachís? De repente se sentía muy cansado. Pero esa sensación se convirtió en otra. Pensó: «Voy a entrar en el cuarto de estar. Quiero ver las noticias». Ella estaba sentada junto a la mesita del teléfono, con el auricular apretado debajo de la barbilla. Lo oyó, se volvió y le guiñó un ojo, con una expresión de complicidad. Él se quedó desconcertado. La rebanada se deslizó en el plato y amenazó con caerse. Kollberg se tumbó a su lado, las fosas nasales le vibraban débilmente. Sejer se concentró en la rebanada de pan con huevos.

—Tengo que colgar ya —dijo Sara de repente—. Puedo volver a llamar cuando te necesite, ¿verdad que sí?

Y sonrió directamente a la pared de encima de la mesita del teléfono, donde él tenía un calendario y un viejo diploma del campo de tiro. Sejer era un excelente tirador.

—¿Que qué llevo puesto?

Se miró a sí misma, al pantalón de pana verde y la camisa de franela a

cuadros que llevaba.

—Un bonito vestido rojo de seda sin mangas. Y estoy morena. Acabo de volver de Israel. Estás hablando con una mujer judía. ¿No has estado nunca con una mujer judía?

Sejer, que acababa de dar un mordisco a la rebanada, estuvo a punto de atragantarse. Miró al perro, y de repente se alegró de que el animal no entendiera. Encendió el televisor y miró fijamente la pantalla, a la cara que leía las noticias que no oía, porque había bajado el sonido. Por pura cortesía había bajado el sonido. Pero ahora se le ocurrió ponerlo a todo volumen y forzarla a colgar. En la pantalla había guerra. Aviones de caza despegando de una nave, que volaban como rayos metálicos por el cielo. Notó la fuerza G sentado en el sillón.

—Buenas noches, querido.

Sara terminó la conversación. Se acercó a él y se sentó sobre el reposabrazos.

—¿No has visto el rosbif en el frigorífico? —preguntó extrañada.

¿Rosbif? No, no había visto nada tan delicioso, solo la había escuchado a ella, completamente aturdido. Además, los huevos estaban estupendos. Demasiado colesterol, sí, pero con muchas proteínas, algo que necesitaba para mantener en orden la masa muscular.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó extenuado.

—Con el teléfono del sexo —dijo riéndose mientras se peinaba hacia atrás el largo flequillo. En absoluto avergonzada.

Él no contestó. En realidad no tenía hambre.

—Me estaba aburriendo. Tú no estabas.

—¿Sabes lo que cuesta eso? —se le escapó, y ella se echó a reír.

Tenía una risa áspera, fuerte. Él no sabía de qué se reía. En realidad, preferiría estar solo.

—¿Y cómo sabes tú, mi querido hombre, que el teléfono del sexo es horriblemente caro?

Él no contestó, seguía allí sentado, como un perfecto imbécil. Sara le besó su hirsuto pelo gris.

—He llamado varias veces. Puedo pagarlo si quieres. Gano más que tú. — Y se rio aún más.

—Pero... —tartamudeó él—. ¿Por qué?

—Es divertido. Al otro lado hay un hombre vivo y coleando. —Se inclinó sobre él y le susurró al oído—. Tienes que probarlo alguna vez.

Él seguía mirando fijamente la rebanada con huevo duro. Solo era cuestión de tiempo que Kollberg se la robara.

—¿Dónde has encontrado el número? —preguntó desconcertado.

—En el periódico. Hay mucho donde elegir. Según lo que prefieras. ¿No tienes curiosidad?

—No.

—Te dan todo lo que quieras. De lo que es posible enviar a través de un cable, claro está. ¡Y no es poco!

Sejer cogió la rebanada, mordió un trozo y masticó despacio.

—Tienes frío —dijo Sara. Le puso una mano en la mejilla. Ella ardía—. De vez en cuando una se puede permitir un poco de diversión, ¿no?

¿Diversión? ¿Era eso algo importante? A Sejer se le ocurrió una diablura. Se levantó del sillón, descollaba sobre ella con su metro noventa y seis centímetros, y ella parecía una niña, mirándolo preocupada. Él pensó: «Soy más fuerte que ella. Puedo cogerla y llevarla en brazos. Podrá patear y retorcerse, pero no tendrá ninguna posibilidad de escapar». La cogió por la cintura y la levantó del reposabrazos. Ella chilló alborozada, pero él notó, con gran satisfacción, un atisbo de pánico en su voz mientras la llevaba como una muñeca. Se paró delante del alto y antiguo secreter que siempre había estado

en casa de sus padres y que pesaba una tonelada. Encogió las rodillas, tomó impulso y con gran decisión la sentó encima. Había sitio de sobra. Ella chillaba de risa.

—Quédate ahí sentada sin moverte —le ordenó, y dio un par de pasos hacia atrás—. Si te mueves, te puedes caer.

—Quiero bajarme —jadeó Sara.

—No puedes —dijo—. ¡Podrías tirar el mueble!

—No puedes dejarme aquí sola —se rio ella mientras se movía vacilante hacia el borde, pero se paró al notar que el mueble cedía bajo su peso.

—No te muevas —dijo él con voz severa—. Voy a comer en paz, y luego daremos un largo paseo.

Él se sentó y empezó a comer. Kollberg saltaba, ladraba y hacía mucho ruido, no reconocía a su amo. Sara se reía tanto que Sejer tuvo que pedirle que bajara la voz, por miedo a que el mueble se cayera hacia delante y acabara en el suelo. Estaba lleno de objetos de cristal. Ella pasó un dedo por la parte de arriba. Se quedó completamente gris.

—A mí me gusta el polvo —dijo riéndose—. El polvo es un poco de todo. De ti y de mí.

—¡Malcriada! —gritó él.

Al lado del río había una mujer mayor. Estaba a la derecha de la barcaza que solía funcionar como cafetería, pero que ya estaba cerrada. Se quedó un rato contemplando la estación de ferrocarril al otro lado. Estaba erguida, como si hubiese concluido algo. Luego dio unos pasos y volvió a pararse junto a la escalera que bajaba al agua. Empezó a descender por ella. En el tercer escalón se paró y levantó la cabeza hacia el puente, esa larga y fina línea de hormigón que unía las dos partes de la ciudad. La gente iba y venía por él.

Las luces, miles de ellas, brillaban como reflejos refractados en el agua. Bajó otro escalón. Y entonces hizo algo que a la gente le habría extrañado si lo hubiera visto. Se levantó un poco el abrigo. Un viejo abrigo marrón. Bajó un escalón más, el agua le llegaba por encima de los tobillos. Se quedó como paralizada por lo fría que estaba. En la plaza había algunas personas, pero ella era muy silenciosa, no hizo ni un solo ruido cuando por fin se dejó caer hacia delante con los brazos extendidos. Recordaba a un niño grande bajando por una gran masa de nieve.

«Lástima que ella no pueda vivir, pero ¿quién vive?»

Lloviznaba. Sara y Sejer caminaban muy juntos. Kollberg iba tras ellos atado de una corta cadena, con la ligera lluvia brillando en su hirsuto pelo. Algunas almas solitarias apretaron el paso al ver que la lluvia iba en aumento. Atravesaron la plaza y llegaron al puente. Sejer quería cruzar al otro lado, al barrio de las pequeñas tiendas. Andaban deprisa, con el fin de conservar el calor. Se pararon en el punto más alto del puente y se asomaron. Es lo que se suele hacer en lo alto de un puente. Notar el placer de seguir vivo. Sara lo miró. Su cara, ancha y hermosa. Sobre todo sus ojos, y el tupido pelo. Escondió la frente en la manga de su abrigo.

—¿Estás cansado, Konrad?

—Sí —contestó—. Ocurre de vez en cuando.

—¿Mucho lío en el trabajo?

—Como siempre. Pero al fin y al cabo llevo andando por la tierra cuatrocientas cuarenta mil horas.

—¡Eso es bastante! —jadeó Sara, asombrada.

—Mm. Ya sabes, Jacob. Es muy juguetón. Cuando se aburre, saca la calculadora.

Sara pensó en ese número vertiginoso.

—De alguna manera tiene que estar bien morir en el agua.

—¿Por qué? —quiso saber él. No se volvió, se quedó mirando fijamente al agua, y luego hacia la izquierda, donde estaba la barcaza en la orilla.

—Quedarse quieta meciéndose. Ser lamida por el agua.

Lamido hasta quedar limpio. Quizá sí. Pero no ahogarse. Resistir apretando, notar la tensión detrás de los ojos, luego en el pecho, antes de expandirte, hincharte hasta que todo te explote dentro de la cabeza. Y por fin la niebla, de la que había oído hablar. Roja y caliente.

—Piensa en toda la gente que está debajo del agua, muerta —dijo Sara—. Que ignoramos.

«Esta ciudad es triste —pensó él—, sobre todo cuando llueve. Como si estuviera abandonada a la orilla del violento río.» Pero los puentes lo cautivaban cuando los veía todos a la vez, con sus bóvedas, rodeadas por la brillante luz. Sejer miró hacia atrás, a la plaza. De repente soltó la mano de Sara. Ella siguió su mirada hacia abajo, hacia la barcaza.

—Una mujer —se apresuró a decir Sejer—. Allí, en la escalera. ¡Con el agua hasta las rodillas!

Soltó al perro. Puso en movimiento sus largas piernas, Sara corrió tras él. Los zapatos de Sejer contra el asfalto, la gente empezó a mirarlo. Kollberg ladraba, el pesado cuerpo se ondulaba al moverse, la gente se alejaba al ver al gran animal. Sejer se estaba acercando al final del puente y se apresuró hacia la escalera. Se quedó sin aliento. Algo flotaba en el agua, algo denso y oscuro. Bajó corriendo la escalera y vio un bulto pesado que se hundía lentamente. El agua helada le entró en los zapatos, pero él no se dio cuenta, intentaba calcular la dirección en la que debía saltar para poder rescatarla.

Sara gritó:

—¡No lo hagas! ¡Te arrastrará la corriente!

Él se volvió a medias. «Tiene razón», pensó, con la cabeza martilleándole. No lo conseguiría, se hundirían los dos. Pero no podía quedarse sin hacer

nada. Verla morir. Sara bajó corriendo la escalera, lo agarró del brazo y le gritó:

—¡No lo hagas!

«Tiene miedo», pensó él, extrañado. El cuerpo había desaparecido. Siguió una burbuja de espuma con la mirada. Vio la vertiginosa velocidad y pensó: «He estado a punto de ahogarme, como se ha ahogado ella». Se acercó las manos a la boca y las sopló.

—Era una mujer —dijo en voz baja.

Se palpó la cadera y encontró el teléfono. Kollberg estaba en el borde ladrando. Llegaba gente corriendo de todas partes. «Quedarse completamente quieto y ver a un ser humano hundirse. ¿Eso puede hacerse?»

El incendio empezó en la cocina. La cafetera llevaba horas enchufada y estaba incandescente. Las pequeñas llamas crecieron deprisa y lamieron las cortinas agresivamente. Pronto alcanzaron la silla roja y la jarapa del suelo. El calor vibraba ya en la cocina, el plástico se derretía, no paraban de caer cosas, el incendio se propagó hasta la habitación siguiente, y luego la otra. Las llamas se veían a través de las ventanas. Un ciclista se fijó en la luz errante. Los bomberos llegaron al cabo de siete minutos, y muy poco después, los técnicos de la policía. Se abrieron camino hasta dentro, examinaron las habitaciones. La trampilla del sótano parecía una boca abierta. Miraron abajo. Se limpiaron el sudor y el hollín de la frente.

Estaba oscuro como la boca de un lobo. Un agente encendió una linterna. Iluminó. Vio algo entre gris y blanco en el suelo. Acudió más gente. Pisaron con cuidado el primer escalón, luego el siguiente, mientras iluminaban con las linternas; por fin las voces se acallaron. Miraron fijamente la lona. Ya abajo tuvieron que pasar por encima y echarse hacia los lados. El plástico se

había ablandado por el calor, ya no crepitaba. Quitaron la lona. Contemplaron aterrados lo que había debajo. Una maraña de plástico, pelo y piel. En suma, resultaba completamente indescriptible.

10 de septiembre.

Lo que más recordaba del entierro de su madre era el sonido de la tierra seca contra la tapa del ataúd. No era capaz de sacárselo por completo de la cabeza. Abrió la ventana con el fin de ventilar la estancia, se sentó y empezó de nuevo. Varios fragmentos de la gran tragedia iban llegando a su mesa. Una imagen, aunque poco nítida, fue tomando forma lentamente. Pero no daba crédito a sus ojos. A cómo había sucedido todo. ¿Y por qué? El cuerpo de Irma fue rescatado del río la noche después del ahogamiento. Llegó flotando hasta un viejo y podrido fundamento que había debajo del nuevo puente de la autopista. Allí estaba, meciéndose, en el resplandor de la luz. La bolsa estaba limpia, el agua del río la había aclarado, pero seguía colocada debajo de la estrecha camiseta. Y luego el incendio. El hallazgo del sótano. Las circunstancias de la oscura habitación. Lo que significaba. Pensar que él mismo había estado en esa cocina, a unos metros de Andreas. Se acordaba de la sensación que tuvo cuando se encontró delante de ella. La conclusión que sacó al instante fue que la mujer estaba mal de la cabeza.

¿Y qué? Eso no le daba derecho a registrar la casa.

Levantó la vista cuando Jacob Skarre entró, agitando los papeles.

—Esto es increíble —murmuró.

Habían recibido el informe de la oficina del forense. Skarre se dejó caer sobre una silla. Sejer leyó en voz alta:

«Niño de cuatro meses hallado muerto en la cuna. La autopsia revela que la muerte se debe a un hematoma epidural. Una hemorragia entre el cráneo y

la meninge, consecuencia de un golpe en la cabeza. Estos hematomas surgen con posterioridad, hacen que aumente la presión, y la hinchazón se propague por el bulbo raquídeo, que controla la función respiratoria. En otras palabras, el niño muere porque deja de respirar. Justo después del suceso el niño puede dar la impresión de total normalidad, sin síntomas visibles. No se puede inculpar a urgencias por su valoración. Tras unas horas se percibe cansancio o apatía, estado mental variable. Sería razonable decir que el niño murió como consecuencia directa de la caída del cochecito. Caída que a su vez se debió al asalto a la madre».

—¿Podríamos haber acusado a Andreas de imprudencia temeraria con resultado de muerte? —preguntó Skarre.

Sejer esbozó una amarga sonrisa.

—Ni el juez más colérico del país. Le robaron el bolso del cochecito. A ella no la tocaron. Eso es un simple hurto y nada más. Con una escala penal de tres años, pero ni siquiera habría estado cerca. Chico joven, sin antecedentes. Lo habrían dejado en libertad con una amonestación.

—La madre del crío... ¿lo sabe ella?

—Sí. Ella es responsable de su hijo bajo cualquier circunstancia. Soltó el cochecito. Y se equivocó al poner el freno. —Sacudió la cabeza—. ¿Qué dice el informe sobre Andreas? ¿Qué han encontrado?

—Algo parecido a una pesadilla. Si es que tienen razón en sus suposiciones.

—¿Cuáles son?

—Que se cayó o fue empujado por la escalera. El golpe contra el suelo le provocó una fractura cervical, en concreto de la vértebra C4. La fractura tuvo que provocarle la parálisis desde el cuello hasta abajo. Y se quedó allí tumbado.

—¿Y luego ella le destrozó la cabeza con un martillo? —preguntó Skarre.

—Sí, pero no inmediatamente.

Sejer apartó los papeles y se levantó. Se apoyó en el archivador, golpeando los dedos contra el metal verde.

—Hay cosas que indican que estuvo allí un buen rato. Solo, en el suelo. Con la nuca fracturada.

—Define «un rato».

—Varios días. Desapareció el 1 de septiembre, ¿verdad? Una de las heridas de la cabeza, probablemente causada por la caída, destacaba sobre las demás. No era lo bastante profunda como para provocarle un coma, quizá solo una pérdida transitoria de conciencia. Y estaba sumamente infectada. Esas cosas necesitan tiempo. Además, tenía úlceras de decúbito, entre otras partes, en el trasero. Y una manta encima. Y una estufa encendida a su lado. Ella lo tuvo allí recluido. De una manera u otra el chico tomaría algo de alimento, al menos agua. La mujer le dio agua —concluyó con asombro en la voz.

—El biberón —susurró Skarre.

—¿De qué estás hablando?

—Le daba agua con un biberón. Yo estaba detrás de ella en la cola de la caja de CC, y ella se lo dejó olvidado. Recuerdo que me sorprendió. ¿Qué iría a buscar Andreas a casa de esa mujer?

—Dinero —opinó Sejer—. Llevaba un cuchillo. Lo encontraron debajo del banco de carpintero. Regalo de su padre por la confirmación.

—¿A casa de la amiga de su madre? No era muy listo, ¿no?

—Quizá no supiera que vivía allí. Por cierto, Irma Funder está en nuestros archivos.

—¿Por qué?

—Vino hace once años a denunciar la desaparición de su marido. Desapareció sin dejar rastro. Vacío la cuenta corriente y se llevó el pasaporte.

Y sin embargo ella opinaba que le había sucedido algo. Luego apareció el hijo. Ingemar Funder. Bastante avergonzado. Había encontrado una carta en el despacho de su padre en la que explicaba que no podía más y que se marchaba al extranjero. Algunos no soportan que los abandonen —añadió meditabundo—. Debió de ser demasiado para ella.

Se callaron un rato. Skarre se mordió el labio.

—¿Has hablado con el hijo? ¿Qué te ha dicho?

—No mucho. Se limitaba a sacudir la cabeza con pesadez. Una cabeza que ya era bastante pesada, por cierto. Se parecía a su madre.

—Es jodido, perdón por la expresión —dijo Skarre—, pero me estoy acordando del día en que ella se presentó en mi despacho. Recuerdo lo que dijo: «Sé dónde está. No creo que le quede mucho tiempo». Y cuando le pregunté dónde vivía, dijo la dirección. Calle Prins Oscar, 17. Con consonantes muy claras, mientras me miraba fijamente a los ojos. Quería contarme dónde estaba él, y yo no lo entendí. Quizá el chico aún vivía entonces —dijo con tristeza.

—Lo que más me apena es saber que jamás vamos a conocer la versión de Irma. Ya es demasiado tarde. No podemos arrestar a nadie por nada. ¿A que no?

Había hablado con todo el mundo. Con Runi Winther e Ingemar Funder. Había intentado ofrecerles una explicación, esforzándose por encontrar una versión que ellos pudiesen aceptar. Parecía imposible. La madre de Zipp no dejaba de llamar. Apenas tenía nada que contarle, solo que estaban haciendo todo lo que podían. Luego bajó al coche y condujo por las calles, intentando hacer balance. De lo que había ocurrido y de su propia situación. Se dirigía a casa, donde lo esperaba Sara. «Mi madre está muerta y enterrada», pensó,

notando las finas ranuras del volante en las puntas de los dedos. Los zapatos le estaban cómodamente amplios, podía encoger los pies. «¿Estoy vivo en este momento? No —pensó—, porque en mis pensamientos me encuentro en la entrada de mi casa. Sin tener ni idea de lo que me espera. Sara. Con comida caliente. O tal vez se haya marchado. Esta vida es inhumana. Un despiste y una salida de la carretera, para acabar en...» ¿Qué sabía él? Tal vez en el agua. Tal vez en cristales rotos. «Pero bueno», se dijo, concluyendo. Y se puso a hacer planes para el día siguiente, como hacía siempre. Unos puntos fijos. Por si acaso. Aunque podía ocurrir cualquier cosa, y algo importante podía surgir, le gustaba tenerlo todo organizado, incluso las cosas aparentemente insignificantes.

Kollberg estaba solo. Sejer lo tranquilizó y miró hacia dentro. Vio una nota en la mesa del comedor. «Sara ya se ha marchado», pensó. Atravesó la habitación, tomó aliento y desdobló el papel: «He tenido que ir a ver a mi padre. Vuelvo enseguida. En el horno hay un pastel de pescado. Para ti, el terrón de azúcar más dulce de todos».

Bueno. Él se esperaba cualquier cosa, pero eso excedía todos los límites.

11 de septiembre. Ingemar Funder conducía un viejo Ford Sierra. Era robusto y sombrío, con la cara ancha y los ojos oscuros muy hundidos. En todo lo que hacía se mostraba tranquilo y modesto, nunca se daba ninguna importancia. Era conocido como un hombre sosegado, que jamás se quejaba. Pero vivía solo. La compañía de otras personas era demasiado para él. Paró el coche junto a la verja y salió. Miró detenidamente la casa destrozada. Entró por la gravilla y la rodeó. Era de noche, pero avistó el pequeño cenador que había construido su padre. Un regalo para su madre en su cuarenta cumpleaños. Era muy bonito y el incendio no le había alcanzado. Subió los dos escalones y se

sentó en el banco. Estuvo allí un buen rato. Repasó mentalmente todo lo que había pasado y supo que podría seguir como antes. Por fin se levantó. Pisó con cuidado el suelo. Algunos tablones estaban sueltos y cedieron bajo su peso. Salió al césped. Había dejado de llover. Las nubes se rajaron y una luna blanca alcanzó sus fuertes hombros. Por unos instantes estuvo bañado en la luz entre azul y blanca. Habían transcurrido once años. «Quince menos once son cuatro», pensó. «Cesación de la pena y otras consecuencias judiciales: Un hecho dejará de ser punible cuando se produzca la prescripción, según las reglas de los párrafos 67-69.» Faltaban cuatro años. En algún momento en el transcurso de ese tiempo se le había ocurrido pensar que su madre no recordaba nada. Que simplemente lo había reprimido todo. La policía nunca había comprobado la letra de la carta. Ni se les había ocurrido. Él gozaba de credibilidad. Como en un destello recordó la voz de su madre, el grito desesperado y los ojos ardientes: «¡Tienes que ayudarme, Ingemar!».

En lo que se refiere al cadáver de Andreas Winther y lo que ocurrió en el sótano de la difunta, la policía lo considera un enigma. Tampoco se ha podido aclarar qué hacía él en casa de la señora Funder. El único que tal vez pueda aclarar el misterio es Sivert Skorpe, de dieciocho años, que estuvo con Andreas el 1 de septiembre. No obstante, él ha desaparecido. Mide un metro setenta centímetros, tiene el pelo rubio y corto, lleva vaqueros negros estrechos, y probablemente una chaqueta de cuero. Habla dialecto del este. Si es que habla. Cualquier información al respecto puede comunicarse a la comisaría más cercana.

Tal vez tú lo hayas visto.

La cuarta entrega de la serie protagonizada por el inspector Konrad Sejer es una de las novelas más oscuras y siniestras de Karin Fossum, autora destacada de la nueva narrativa policíaca escandinava.

El inspector Konrad Sejer y su compañero Jacob Skarre no encuentran conexión alguna entre la muerte de un niño y la denuncia por desaparición de un delincuente juvenil. Así, mientras la confusión y los misterios se acumulan en el mundo exterior, la terrible verdad se esconde tras la puerta cerrada de una casa cuya llave guarda celosamente una aparentemente apacible anciana.

«Fossum nos atrapa tanto por la proximidad de tantas vidas echadas a perder como por nuestra incapacidad de cerrar el libro.»

Booklist

Karin Fossum (Sandefjord, Noruega, 1954) es una de las autoras de *thrillers* más reconocidas en el panorama internacional. Considerada la gran dama noruega del crimen, obtuvo el prestigioso premio Glass Key con la novela *No mires atrás* (1996), segunda entrega de su famosa serie protagonizada por el inspector Sejer. A esta la había precedido *El ojo de Eva* (1995) y la siguieron *Quién teme al lobo* (1997), *La luz del diablo* (1998), *Una mujer en tu camino* (2000), *Segundos negros* (2002), *Drapet på Harriet Krohn* (*El asesinato de Harriet Krohn*, 2004), *Den som elsker noe annet* (*Quien quiera algo más*, 2007), *Den onde viljen* (*Malas intenciones*, 2008), *Presagios*(2009), *Carmen Zita og døden* (*Carmen Zita y la muerte*, 2013), *Helvetesilden* (*Fuego infernal*, 2014) y *Hviskeren* (*Susurros*, 2016). Siete de ellas han sido publicadas en español y están disponibles en el catálogo de Debolsillo. *Yo veo en la oscuridad* (2013) es una novela independiente, que no pertenece a ninguna serie. Sus novelas han sido traducidas a veinticinco idiomas y han ganado numerosos premios.

Título original: *Djevelen holder lyset*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 1998, J. W. Cappelens Forlag a.s.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Kirsti Baggethun Kristensen y Asunción Lorenzo Torres, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Fotografía de portada: © Inkit / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4215-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

La luz del diablo

Sobre este libro

Sobre Karin Fossum

Créditos